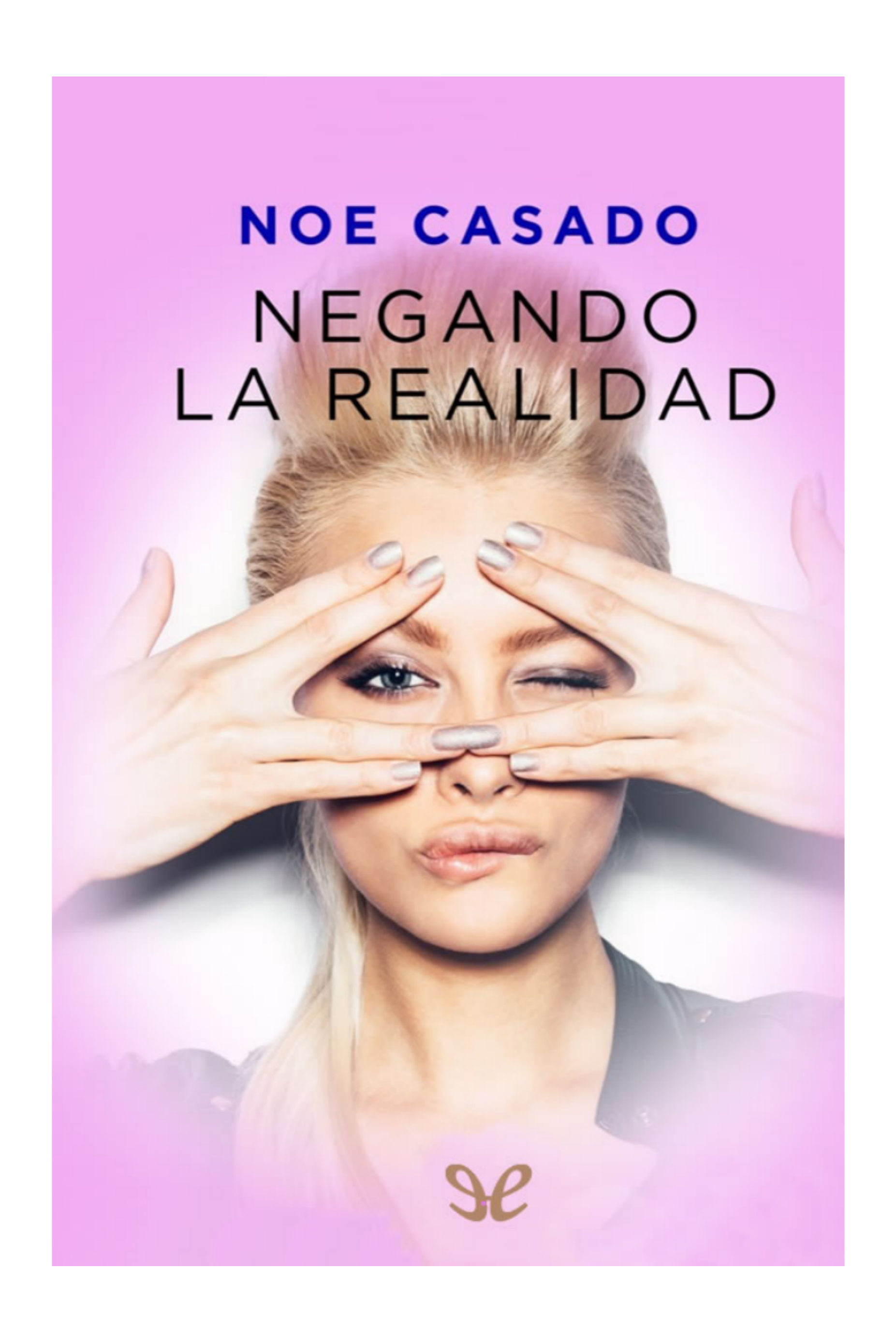

NOE CASADO
NEGANDO
LA REALIDAD

De una boda, en teoría, sale otra boda.

Chorradas.

¡Qué más quisiera yo!

Porque os seré franca, quiero casarme cuanto antes, pero no me sirve cualquiera.

En mi entorno familiar, el matrimonio es un arte, o al menos así me lo ha explicado mil veces mi madre.

He tenido novios y pretendientes; sin embargo, ninguno cumplía todos los requisitos, empezando por una cuenta bancaria saneada. Ya sé lo que estáis pensado, no hace falta que me lo digáis, pero antes escuchad mis razones.

Yo no valgo para trabajar, mis estudios son limitados y, la verdad, no me he criado entre algodones para ahora echarlo todo a perder. Así que necesito un candidato a esposo que, preferiblemente, no me saque muchos años y que, además, no sea difícil de mirar. Aunque, según mi madre, eso es lo de menos, «a todo se acostumbra una, hija», es su frase preferida.

Y ahora, cuando estoy en la boda de una amiga, miro alrededor convencida de que éste no es el sitio donde encontrar candidato. Y no es muy difícil de prever porque la novia pertenece a una de esas familias de nuevos ricos.

Así pues, seguiré buscando…



Noe Casado

Negando la realidad

Pijas y Divinas - 2

ePub r1.0
Titivillus 17-01-2020

Título original: *Negando la realidad*
Noe Casado, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Capítulo 1

De una boda, en teoría, sale otra boda.

Chorradas.

¡Qué más quisiera yo!

Porque, os seré franca, quiero casarme, cuanto antes, y no me sirve cualquiera.

Os lo explicaré.

En mi entorno y en mi familia, el matrimonio es un arte o al menos así me lo ha explicado mil veces mi madre, que, con veintiún años recién cumplidos, no lo pensó dos veces y «engatusó», como ahora dice mi padre con resignación, a un niño rico, obteniendo así una posición social inigualable, con la que la hija de un modesto zapatero (con negocio propio, eso sí) jamás habría soñado.

Cuando le llegó la hora de trabajar, tenía dos opciones, seguir en el negocio familiar o intentar conseguir un puesto en unos grandes almacenes, lo cual era sin duda más elegante, así que hizo las pruebas y se empleó como vendedora en la sección de caballeros.

Por lo visto, mi padre, un señorito de los de toda la vida, iba a esos grandes almacenes a encargar su ropa a medida, y mi madre, que no quería conformarse con ser una simple dependienta, se las ingenió para convencer al chico de buena familia y no dudó en adelantar la noche de boda. ¿La consecuencia? María del Pilar de la Vega Sañudo, yo. Aunque desde hace años nadie me llama así. Mi mejor amiga y yo decidimos buscarnos nombres más elegantes, así que todos me conocen como Mapi.

Bien, volvamos al asunto de las bodas.

He tenido novios, pretendientes, lo normal; sin embargo, ninguno cumplía todos los requisitos, empezando por una cuenta bancaria saneada. Ya sé lo que estáis pensando, no hace falta que me lo digáis, pero antes escuchad mi razonamiento.

Yo no valgo para trabajar, mis estudios son limitados y, la

verdad, me he criado entre algodones y no quiero echarlo todo a perder, así que necesito un candidato a esposo que preferiblemente no me saque muchos años y que además no sea difícil de mirar, aunque, según mi madre, eso es lo de menos. «A todo se acostumbra una, hija» es su frase preferida.

Y ahora estoy en la boda de Gema, una de mis dos amigas, y miro alrededor convencida de que aquí no está el candidato. No hace falta esforzarse mucho, porque la familia de la novia es, por decirlo de una forma educada, pintoresca, nuevos ricos.

Y la del novio no se queda atrás, pero sin economía boyante.

A mi lado está Sun, la tercera del grupo. Nos conocemos desde niñas, pues nuestras familias viven en la misma urbanización de lujo. Después se incorporó al grupo Gema, y las tres, desde la adolescencia, hemos pasado por todo juntas.

Incluido que yo me acostara con el que es ahora el marido de Sun. Un error estúpido, pues Daniel pensaba en ella y no en mí. Todavía, y eso que ha pasado bastante tiempo, me siento incómoda cuando lo veo, aunque por mi amiga finjo lo que haga falta.

La que hoy se nos casa, a pesar de que el novio no nos gusta a ninguna es Gema. Conoció a Alberto en la boda del hermano de Sun. El chico trabajaba como camarero, una profesión muy respetable, no digo que no, sin embargo, no es lo que tanto Sun como yo hubiésemos querido para nuestra amiga, sobre todo porque el padre de Gema es un tipo con dinero gracias al pelotazo urbanístico que dio hace unos años.

Alberto, pese a no tener unos ingresos considerables, ha sabido ganarse a sus suegros, que por lo visto valoran el esfuerzo y la honradez antes que la cuenta bancaria. Algo que queda muy bien, pero que no comprendo.

Y aquí estamos, a punto de ver cómo cortan la tarta nupcial, rodeados de una familia chabacana, gritona y sin pizca de glamour.

Ahora diréis ¿qué tiene eso que ver conmigo? Pues mucho, pues si se hubiese tratado de una boda de postín, yo podría tantear el terreno.

—Llevas demasiado tiempo callada —dice Sun a mi lado—. ¿Es por lo de tu padre?

Tanto Sun como Gema conocen las andanzas financieras de mi padre, que lo han llevado a prisión por estafa, alzamiento de bienes

y evasión de impuestos. Una situación que nos ha dejado casi en la ruina. Amén del descrédito social, pues Adolfo de la Vega, mi progenitor, pertenece a una larga estirpe de hombres de negocios, pero no ha sabido capear los altibajos y ha acabado mal, con las cuentas embargadas y a punto de perder la vivienda familiar.

—Ya nada puede sorprenderme sobre lo que dicen que ha hecho —admito y hago una mueca—. El problema es que vamos a tener que vender la casa.

—¡Ay, joder, lo siento!

—Y mudarnos con mi tía Demetria.

—Ay, joder, eso lo siento todavía más —comenta Sun haciéndome reír, porque la conoce.

La hermana de mi madre, esa mujer que no parecía gran cosa, en vez de casarse con un niño rico, lo hizo con un tendero de barrio. Se pasó años tras un mostrador vendiendo ultramarinos a las marujas. La de veces que mi madre se reía de ella por tener como marido a un tipo tan pobretón que despachaba chóped. Pues bien, el pobretón se dedicó a ir comprando pisos y locales con lo que sacaba de la tienda, hasta que se jubiló y gracias a los alquileres ahora viven como marqueses.

Y las tornas han cambiado, pues mi tía Demetria nos restriega por el morro que si tan finolis y tan señoritos éramos, ¿por qué nos van a echar de nuestra casa? Un duro golpe para el orgullo de mi madre, que ha tenido que pedirle ayuda económica para llegar a fin de mes, ya que un juez ordenó el bloqueo de las cuentas y con lo que dejó libre apenas podíamos pagar gastos, y más teniendo en cuenta el nivel de vida que llevábamos. Ahora ya sólo tenemos dos personas de servicio y en breve prescindiremos de ellas. Sé que por ahí mi padre tiene dinero oculto, no obstante, tenemos que ser muy cuidadosos a la hora de recurrir a él, para que el juez no sospeche. Lo dice el abogado, no yo.

—Prefiero no hablar ahora de mi familia —le digo a Sun, que está sentada a mi lado vestida de forma impecable, lo mismo que yo, que pese a estar a punto del desahucio, mantengo las apariencias—. ¿Cuándo os vais a casar en serio Daniel y tú?

Sun tuerce el gesto y suspira con aire dramático, aunque yo sé que en el fondo no la afecta tanto como quiere aparentar.

—Me temo que —mira su alianza— tendré que conformarme

con el bodorrio de Las Vegas. Daniel se niega a hacer el paripé aquí.

—Chicas, chicas, ¿qué hacéis ahí sentadas? ¡Salid a bailar! —nos dice Juana, la madre de la novia, que se ha acercado a nosotras.

Suenan las primeras notas de *It´s Rainning Men* y, bueno, podría ser peor.

—Yo he perdido un marido —dice Sun de buen humor y señala la barra donde el susodicho charla animadamente con otros invitados, algo que me sorprende, pues Daniel es profesor universitario y no entiendo cómo se relaciona con tanta facilidad con esta gente.

—¡Fran! —grita Juana—. ¡Ven aquí, anda! Y saca a esta chica tan guapa a bailar.

Me señala a mí, por supuesto, porque soy la amiga soltera.

No sé quién es el tal Fran ni quiero saberlo y mucho menos bailar con él, seguro que se trata del familiar paleto; sin embargo, me encuentro delante de un tipo que… bueno, no está nada mal, aunque, la verdad, sus rasgos son un poco rudos. Lleva un traje caro, eso no me pasa desapercibido, aunque da la impresión de que el traje lo lleve a él.

—Mapi es amiga de Gema —nos presenta Juana—. Y es soltera.

—Gracias, tía, pero ya tengo plan para hoy —suelta el tipo, que apenas me mira durante cinco segundos—. Mejor me vuelvo con Irina, que para eso es mi acompañante.

El tipejo nos deja sin más explicaciones y la cara de Juana es un poema.

—Mi sobrino es… de lo que no hay. Sigue encaprichado de ese pendejo, que sólo está con él para sacarle el dinero —explica Juana con disgusto—. Toda la familia, en especial mi hermana, cruza los dedos para que la deje, pero no hay manera. La Irina es tan lista que le come la cabeza.

Ni Sun ni yo la corregimos cuando pone el artículo delante del nombre propio. Y tampoco decimos en voz alta que esa mujer le come otra cosa, no la cabeza. O no al menos la que lleva sobre los hombros.

—No te preocupes, no me ha molestado —digo, para que no le dé más vueltas.

Ahora encajan más piezas, tipo rústico, sin modales y con algo de dinero. Mejor ni acercarme y si lo miro desde el punto de vista

positivo, me ha hecho un favor, porque el tal Fran tiene pinta de macarra, de chulo, de esos que muestran la cartera y las llaves del coche esperando que alguna se rinda a sus pies. Un horror, no estoy tan desesperada por encontrar un marido como para ni planteármelo.

Es la impresión que me ha dado. Viste bien, pero da la sensación de que no está acostumbrado a llevar traje. Su tono de voz ha sido desconsiderado y vulgar. De estar habituado a moverse en círculos selectos, sin duda habría rechazado la propuesta de su tía de manera mucho más educada y si encima está saliendo con una chica que se llama Irina, que quiere sacarle el dinero, pues sumas dos y dos.

—Vaya papeleta —murmura Sun a mi lado, señalando al primo de Gema, que está bailando con la tal Irina, que por cierto es mona, todo hay que decirlo.

—Casi siento pena por la pobre —añado, mirando a la parejita.

—Qué manía tiene la gente de emparejar a los solteros —se queja mi amiga—. Como si no pudiéramos apañarnos nosotras solas.

—No conocía esa faceta tuya tan independiente —me guaseo y ella sonríe.

—Ni yo —añade risueña y me deja sola cuando su marido le hace una seña para que vaya con él.

Y aquí sigo, saludando a invitados a los que no conozco de nada, hablando de temas insustanciales, sonriendo un tanto forzada y viendo a mis dos amigas bailar acarameladas con sus respectivos maridos, mientras yo lo hago con un tío de Gema que me dobla la edad y encima soltero. Me ha pisado ya dos veces y va borracho, porque esto de que tras en el banquete haya barra libre es un arma de doble filo.

Yo también estoy tentada de acercarme a la barra y pedirle al camarero que me ponga media docena de chupitos, a ver si me animo, sin embargo, prefiero librarme de mi pareja de baile con la excusa de que tengo que ir al aseo. Menos mal que no se ofrece a acompañarme y se queda en la pista bailando (o haciendo el ridículo) al compás de *Dancing Queen*.

No voy a usar los aseos situados junto al salón, seguro que están hechos un asco, y me voy a los servicios de la primera planta, para

lo que atravieso todo el salón de ceremonias, no sin antes esquivar a dos invitados bastante alegres que quieren bailar sin tener la menor noción del ritmo.

Y yo no me he maquillado, peinado y vestido con esmero para que dos tipos con dudoso ritmo y sudados se acerquen a mí. No voy a disculparme por ser exigente y, no lo neguéis, más de una vez seguro que fingís hablar por teléfono para no saludar a esa persona demasiado efusiva y con escasa afición por la higiene.

El establecimiento donde Gema ha celebrado su boda es enorme, caro y de buen gusto, menos mal, porque conociendo sus orígenes proletarios tanto Sun como yo nos temíamos lo peor, pero en esta ocasión el dinero de su padre está siendo bien empleado.

Bueno, el mérito es de la *wedding planner*.

Aunque lo estéis pensando, no es una crítica, es una simple opinión, porque quiero a Gema y no deseo que se convierta en uno de esos nuevos ricos que, queriendo hacer ostentación, terminan haciendo el ridículo.

Llevamos muchos años de amistad y tanto Sun como yo siempre le hacemos observaciones sobre ciertos aspectos que en determinados círculos son importantes.

Por fin llego a los aseos, amplios y bien dispuestos, porque odio esos minúsculos cubículos donde apenas puedes moverte. Además, mi intención es retocarme el maquillaje y preciso buena iluminación y espacio. Aunque primero voy al retrete.

—¡Eres un hijo de puta! —exclama una mujer, justo cuando echo el pestillo.

—No montes un escándalo, guapa —replica una voz masculina con un tono cercano al aburrimiento.

Esa voz me suena de algo…

—Y un tacaño, ¡me van a desahuciar pasado mañana!

Lo que me faltaba, un sainete de pareja mientras hago pis, a ver cómo salgo yo de aquí sin parecer una cotilla que pega la oreja tras las puertas. Porque me importa un pimiento qué les ocurra a esos dos. Espero que se reconcilien pronto y se larguen.

—Te lo advertí hace seis meses, Irina —indica él —. Yo no voy a seguir pagándote tus pijadas y caprichos. Trabajas y listo, que no eres una cría.

—Hace tiempo que nadie me llama. Mi agente dice que las cosas

ahora van muy mal —se excusa ella.

Cierto, las cosas van mal para mucha gente.

¿Y a mí qué me importa lo que le pase a esta tiparraca?

—Te pasé el teléfono de un amigo que organiza eventos y busca azafatas; ni siquiera tuviste la decencia de llamar —alega el tipo, cabreado.

—¡Soy modelo, no azafata! —se queja la chica y, la verdad, llamándose Irina pensaba que tendría acento ruso o algo, no que hablara en castellano normal y corriente.

«Vaya, tiene aspiraciones», pienso con sorna, pues anda que no hay niñas monas aspirantes a modelo por ahí.

—No me jodas, Irina, no me jodas. Y no seas tan digna, que yo no me mato a currar para mantenerte a ti, te lo dije desde el primer día.

—Pensaba que al acostarnos… —murmura acongojada— te ocuparías de mí.

Ay, ay, ay, pienso, sentada en el retrete, a pesar de haber acabado hace un ratito, pero es que no puedo salir, aquí se masca a tragedia.

—Sólo follamos, por el amor de Dios, y si te presté algo de pasta fue por echarte un cable, no para que vivieras a mi costa, que ya eres mayorcita, guapa —le suelta con chulería.

Joder, qué mala suerte, ir a encontrarme con el primo de Gema, el chulo del traje caro.

Ella se echa a llorar, un clásico para conmover a cualquiera, aunque intuyo que al primo de Gema le resbala.

—Fran, sólo este mes, te prometo que…

—Ni un céntimo —la interrumpe—. ¿Te crees que a mí me llueve el dinero del cielo?

—¿Qué te cuesta, joder? Ganas mucha pasta —insiste Irina con voz quejumbrosa.

¿Fran gana mucha pasta? Lo dudo, a saber qué considera la aspirante como mucha pasta.

—He dicho que no. Ya lo hablamos la semana pasada, cuando prometiste acompañarme a la boda de mi prima y portarte bien, así que haz el favor de arreglarte y no beber más. No quiero hacer el ridículo delante de toda la familia.

—Tu madre me odia —le espeta ella con rabia contenida.

«No me extraña —pienso—, si lo único que quieres es sacarle el dinero sin siquiera esforzarte por cumplir un papel.» No la culpo, pero eso hay que hacerlo con más sutileza, no lloriqueando en un aseo.

No es tan fácil, como muchas piensan, tener entretenido a un hombre y conseguir que pague tus gastos. Es todo un arte y has de llevar años entrenándote, y chicas monas como Irina, sin preparación alguna, que lo apuestan todo a una carta (su físico) las hay a patadas. Aparte de guapa hay que ser inteligente y nunca, nunca, parecer desesperada. Eso enciende todas las alarmas en los hombres.

—Te suena el móvil —dice él.

—No, será el tuyo —replica ella, llorosa, y hasta la oigo sorber los mocos.

Mal, muy mal, nunca se ha de perder la compostura. Si se recurre a las lágrimas, debe ser como último recurso y de forma sutil.

¡Sorber los mocos, por Dios!

—No, no es mi móvil —gruñe él.

Mecachis, es el mío. Rechazo la llamada para que no siga sonando.

Alguien, lo más probable él, empuja la puerta, que está bloqueada con el pestillo.

De momento mi identidad queda protegida.

—Ocupado —murmuro con un hilo de voz, a ver si creen que soy una ancianita y se largan.

Pero el puñetero móvil vuelve a sonar y la melodía no es precisamente la que llevaría una señora mayor, sí, esa típica de los Nokia de hace diez años y, claro, me toca salir y dar la cara.

Seguir escondida ya no es posible.

Descorro el pestillo y, muy digna, salgo fuera.

Fran arquea una ceja y cruza los brazos.

No así la chica, que, muerta de vergüenza y sollozando, sale escopetada del baño dejándonos a solas.

Él, ahora sí, me mira mejor. No parece afectado por el hecho de que haya escuchado una conversación que a mi modo de ver no deja bien parado a ninguno de los dos.

—Vaya con la amiguita de Gema, además de pija, cotilla —me

espeta con altanería.

—Vaya con el primito de Gema, además de hortera, chulo y tacaño.

—¿Hortera? —repite.

—No se te olvide, también chulo y tacaño —le recuerdo, porque me parece ilógico que sólo le moleste el primer adjetivo.

—¿Vas a ir a contárselo corriendo a Gema? —pregunta, adoptando esa pose de tipo duro, que sí, impacta, y por eso no me debe confundir.

—No, iré despacio, que estos tacones no son para correr.

Le muestro mis *stilettos*, lo que hace que mis piernas, ya de por sí alucinantes (nada de falsa modestia, lo son), sean examinadas por un tipo que ni me va ni me viene, pero al que prefiero tocarle la moral, por prepotente.

—No, no lo son —comenta divertido y me mira con aire burlón antes de añadir—: Son para follar.

Abro los ojos como platos ante semejante descaro.

—Creo que te estás confundiendo, es tu amiguita a la que tienes que llevar al huerto, no a mí.

—En el fondo sois parecidas —me suelta con aire de perdonavidas.

Sí, el traje es caro, pero una vez más se cumple el dicho de que aunque la mona se vista de seda…

—¿Perdona?

—Ella al menos admite que necesita la pasta —dice y me mira fijamente—, y por lo que he oído de ti, eres una pija arruinada. Aunque, dadas las circunstancias, hasta podríamos llegar a un acuerdo ventajoso.

¿Le doy una bofetada o no?

Respiro, las personas no hacen eso, aunque seguro que entendéis mis ganas de darle en esa cara de engreído que tiene.

—En el caso de que necesitase financiación… —me acerco a él, quedando cara a cara; gracias a mi estatura y a los tacones puedo mirarlo a los ojos—, tú serías el último al que recurriría. Tienes pinta de ser eyaculador precoz.

Fran se echa a reír a carcajadas.

—Joder con las pijas, si al final vais a ser divertidas y todo —se guasea— y, por lo que veo —se asoma a mi escote—, hasta puede

que seas medianamente interesante.

Desde luego, este tipejo carece de filtro verbal.

—Algo que nunca podrás saber a ciencia cierta.

Y con toda la elegancia del mundo, le doy unas palmaditas en la mejilla. Una actitud condescendiente que cabrea mucho a los hombres y en especial a éste, seguro, que es un chulo con todas las letras.

Pero no contaba con su rapidez, porque me sujeta de la muñeca, me la agarra con fuerza y, sin dejar de sonreír de forma burlona, me acorrala contra la encimera del lavabo. Utiliza su superioridad física para intimidarme.

—Me apuesto lo que quieras a que todo depende de la oferta que te haga —murmura casi pegado a mi boca.

—¿Te funciona alguna vez este numerito *machoman*? —pregunto sin pestañear.

—Sí, querida, funciona —responde en voz baja, ¿seductora o me lo ha parecido a mí?

A ver, partiendo de la base de que a todas, bueno, a casi todas, que siempre hay algún bicho raro, nos gustan los tipos malotes, tengo derecho a flaquear, pero sólo durante unos segundos, los que tardo en humedecerme los labios para que se confíe, antes de darle un empujón.

—Sigue soñando —le suelto con desdén y me acerco a la puerta, deteniéndome medio segundo antes de salir para mirarlo por encima del hombro y sonreírle.

Fran se queda allí, en el servicio de señoras, con los brazos cruzados y una actitud chulesca que enerva un poco, ¿a que sí?

Pero no le voy a dar el placer de replicarle, por lo que vuelvo a la fiesta.

—¡Ya nos veremos, señorita pija! —grita y se echa a reír.

—Gilipollas.

Capítulo 2

—Tengo la sensación de que hoy el novio no va a tener una noche de bodas clásica —murmura Sun a mi lado, mientras miramos a Gema, que lleva un buen pedo.

Alberto, el novio, la sujeta con cariño, intentando que no se caiga de bruces. No, si al final va a resultar que la quiere de verdad, porque cualquier otro estaría fumando en pipa ante la noche que se le avecina.

—Es que ya le vale, ponerse a beber sin control el día de su boda —añado yo, negando con la cabeza.

Es tarde, ahora sólo quedan en el salón los más noctámbulos, bailando, o al menos intentándolo, al ritmo de una de esas canciones de moda que todo el mundo tararea, pero de la que nadie conoce ni el título, creo que incluso la han utilizado como sintonía de un anuncio.

Da igual. A mí me gustaría marcharme a casa en vez de quedarme en una de las habitaciones del hotel, que Gema ha reservado para los más allegados; sin embargo, a estas horas no me apetece coger un taxi y tampoco creo que haya en la sala alguien lo bastante sobrio como para conducir.

Veo a Daniel, el marido de Sun, acercarse. La miro de reojo y veo que sonríe coqueta y él, que también se ha tomado alguna copita de más, le hace un gesto de lo más elocuente para que se acerque y allí, delante de una soltera con escasas o nulas posibilidades de pasar una noche entretenida, se dan el lote. Sun le susurra algo y él le da un azote en el culo.

Mi amiga se despide de mí con un gesto y yo suspiro.

Envidiarla está mal, ¿verdad?

Pues no puedo evitarlo.

No existe la envidia sana, quién afirme lo contrario, miente.

Al menos Sun y su marido sí van a tener una noche

emocionante.

Sigo sintiendo envidia y vosotros también, no me lo neguéis.

—¿Te lo estás pasando bien? —me pregunta Juana, sentándose a mi lado.

—Creo que me voy a retirar, tengo los pies molidos —respondo con amabilidad y ella sonríe.

Entonces se nos acerca otra mujer, su hermana Mariana, y se sienta al otro lado. Rodeándome. Tendré que ser cordial y charlar con ellas cinco minutos.

—Mi hijo es un imbécil redomado —se queja la recién llegada, con una copa de cava en la mano casi vacía. Espero que no esté achispada, no me apetece aguantar los desvaríos de más gente borracha.

—¿Qué ha hecho ahora Fran? —pregunta Juana.

—Esa zorra de Irina le ha pedido que la llevase a su casa, porque la van a echar del piso y tiene que recoger sus cosas, y mi hijo, como un imbécil, en vez de mandarla a paseo, ha cogido el coche. ¡A estas horas! —se queja la madre del susodicho.

—Es que Fran tiene mala suerte con las mujeres, todas quieren sacarle el dinero —apunta Juana con resignación.

Mejor me callo, ¿verdad?

—Mira que hay chicas majas, como tú, María del Pilar. —Mariana me da unas palmaditas en la pierna—. Lista, de buena familia y guapa. Y el idiota de mi hijo va y se lía con una aspirante a modelo que sólo sabe poner morritos y engatusar a los hombres.

Sigo callada, por prudencia.

—Es que todos están cortados por el mismo patrón —la secunda la madre de Gema—. En cuanto ven un par de tetas, se vuelven locos.

—Tetas postizas —puntualiza Mariana.

O que son unos chulos y necesitan reafirmarse colgándose a una modelo, o aspirante (previo acuerdo económico), del brazo, para parecer alguien importante, aunque para ello deban enseñar primero la tarjeta de crédito. No, espera, que no son tan sutiles, los gañanes como éste seguro que enseñan directamente el fajo de billetes.

—Creo que hoy han discutido —comenta Mariana esperanzada—. Con un poco de suerte, la perdemos de vista.

—¡Dios te oiga! —exclama Juana también optimista y después me mira a mí—. Y dime, Mapi, ¿no has conocido a ningún chico interesante?

Vaya, ahora tengo que responder.

—No, no ha habido suerte —murmuro y me doy cuenta de que debo ir pensando en una vía de escape o estas dos me buscan un maromo para pasar la noche.

—Le he presentado a Fran, pero tu hijo no se ha fijado mucho en ella —le dice Juana a su hermana.

—Qué lástima, a mí me gusta esta chica como nuera.

Hagamos una pausa, porque esto empieza a ponerse raro. En el supuesto caso, muy supuesto caso, de que hubiera una remota posibilidad de que yo, sí, yo, María del Pilar de la Vega y Sañudo, soltera y de treinta y dos años de edad, tuviera una relación con Fran, de apellido Chulo, sería estupendo contar con el beneplácito de la suegra, sin embargo, me da a mí que a Mariana mejor sacarle esta estrafalaria idea de la cabeza.

—Gracias por el cumplido —agradezco diplomática—, y ahora, si me disculpáis, me voy a retirar. Ha sido un día muy intenso.

Antes de que vuelva a convertirme en el centro de atención, le doy un beso a cada una y me largo a mi cuarto. Una preciosa *suite* con cama de matrimonio que voy a desaprovechar.

Una vez que me he quitado el vestido y desmaquillado, miro con cierta pena mi exiguo estuche de maquillaje. Donde antes estaba la crema a base de algas La Mer, ahora hay una de Deliplus para todo tipo de pieles que cuesta cinco euros. Una desgraciada consecuencia más de la precaria situación familiar por la que atravieso.

Para evitar caer en la depresión, me acerco a la ventana y salgo a la pequeña terraza. Debería haberme preparado una copa para disfrutar en soledad y nocturnidad, sin embargo, se está bien en el sillón de mimbre.

Desde allí observo el jardín trasero y el aparcamiento. Vacío a estas horas de la noche. Para no arruinar el efecto, apago la luz y me quedo tranquila, sentada y repasando un poco lo que esta jornada ha dado de sí.

Más bien poco, la verdad, en lo que a mí se refiere, pero la boda de Gema ha sido preciosa. Y eso que yo no apostaba por su relación con Alberto, el camarero; no obstante, salta a la vista que se quieren

y me alegro por ambos.

Sí, no hace falta que me lo recordéis, soy la única soltera que queda.

Cómo os gusta echar sal a la herida.

Pasaré por alto vuestros pensamientos y me centraré en el momento. Me encanta estar aquí, relajada, antes de que mañana regrese a casa y a los problemas, a soportar las quejas de mi madre y a evitar los periódicos por si aparecen noticias de mi padre.

Por desgracia, siempre hay un tonto al que le gusta hacer ruido con el coche, uno por supuesto de alta gama, y molestar a los huéspedes. Al estar en la primera planta, veo con claridad un Lexus azul que acaba de estacionar.

No entiendo mucho de vehículos de lujo, lo imprescindible para saber si quien me invita a una copa merece la pena o no, pues detesto perder el tiempo con hombres con los que jamás llegaré a nada, y en los últimos tiempos ni a echar un polvo decente, que llevo muchas decepciones a mis espaldas. Se apea un tipo. El Lexus que veo no es uno de los baratos (si existe alguno), sino que se trata del modelo RCF coupé. Me gusta el coche, lo que no me gusta tanto es el dechado de virtudes que se apea de él, pues reconozco en el acto al tonto que se deja corromper por aspirantes a modelo sin un céntimo.

Genial, el primo de Gema ha vuelto, solo, por lo que veo. A saber dónde ha abandonado a Irina. Como si alguien lo estuviera observando, se queda junto al coche en una pose un tanto tópica de tío bueno con deportivo de lujo que mira el móvil.

A ver, ese tipo no me gusta, os lo garantizo, no obstante, una sabe apreciar el conjunto y, la verdad, un coche caro siempre interesa.

Amparada por la oscuridad, me acerco a la barandilla. Si tuviera una maceta o algún objeto que arrojar, disfrutaría dándole un susto de muerte, pero me conformo con mirarlo ahí parado. No puedo distinguir su expresión desde mi puesto de vigilancia, aunque deduzco que lo que mira en el móvil debe de ser importante, para que a estas horas de la madrugada le dedique tanto tiempo. Levanta la cabeza un instante, como si hubiera detectado mi presencia, pero no mira hacia arriba, sólo alrededor.

—¡Mierda! —exclamo, al oír mi propio móvil, sonando a estas

horas en la quietud de la noche.

Lo he dejado en la mesilla, me voy rápida a buscarlo y miro la pantalla. ¿Un número que no conozco y de madrugada?

No frunzo el cejo porque si no a la larga me saldrían arrugas de expresión y, a pesar de usar cremas, por obligación baratas, que a saber si cumplen su función, no quiero tener un rostro envejecido antes de tiempo.

Acallo el tono sin cortar la llamada, pues no estoy muy segura de si es prudente responder y, la verdad, me apetece cotillear desde la terraza mucho más que contestarle a un desconocido. Con el móvil en la mano, vuelvo a asomarme.

Ahí sigue Fran, junto a su Lexus y entonces mi móvil vuelve a sonar. Qué inoportuno, maldita sea. Él levanta la mirada y yo tengo el tiempo justo de esconderme. Sólo me faltaba ser descubierta.

—¿Quién es? —pregunto de malas maneras, dispuesta a enfadarme y a mandar a paseo a quienquiera que sea, ya que llamar a estas horas me parece una falta de educación.

—Espero que sea urgente, pues tengo cuatro llamadas perdidas y dos mensajes de este número —me responden y me quedo confundida.

—¿Perdón?

—Oye, no sé quién cojones eres, pero ya puedes decirme qué es eso tan importante que querías hablar conmigo.

—Maldita sea… —murmuro al reconocer su voz.

Me asomo desde una esquina y sí, en efecto, ahí sigue con el teléfono en la oreja y la cuestión es, ¿cómo es que tiene mi número?

—¿Quién narices eres? —insiste de malas pulgas—. Porque si no respondes voy a averiguar cómo has conseguido este número y saber quién eres, para darte una clase de buenas maneras y que así se te quiten las ganas de molestar y de dar por el culo.

—¿Tú de buenas maneras… a mí? —replico y en el acto me doy cuenta de que he metido la pata. Hasta el fondo.

—¿Te conozco? —pregunta, con la sospecha implícita en el tono.

Mejor desviar la atención.

—Espero que no, la cuestión es que se trata de un error. Buenas noches.

—Eh, eh, no te salgas por la tangente. Una llamada es un error,

cuatro no, algo quieres, guapa.

«Ya empezamos», pienso, al oír su tonito de chulo y ese «guapa» con aire despectivo.

—Insisto, yo no te he llamado —digo.

Lo miro por la ventana. Sigo sin poder saber si ha averiguado quién soy, aunque el problema aquí es la persona que lo ha llamado desde mi número.

—Joder, creo que ya sé quién eres… —murmura, ¿divertido?

—He de colgar, lo siento —digo, metiéndome en la habitación para evitar más problemas.

Corto la llamada y me pongo a pensar. A ver, durante la celebración he bailado, me he hecho fotos, he ido al aseo…, lo normal y sí, he dejado el bolso en mi asiento, pero dudo que alguien haya cogido mi móvil y, de haberlo hecho, lo han tenido que desbloquear, lo que significa que sólo han podido hacerlo dos personas, las únicas que conocen mi clave. Mis dos amigas.

¡La madre que las parió!

Porque a pesar de los intentos de Juana y Mariana por emparejarme con Fran, dudo que ellas se atrevan a cogerme el teléfono.

Estoy tentada de llamar a Gema y a Sun para pedirles explicaciones, pero una está en su noche de bodas y la otra… bueno, la otra también.

Vuelve a sonar el móvil. Genial, no se da por vencido.

—A ver, pija, ¿te sientes tan sola esta noche que no puedes evitar molestarme?

Mecachis, me ha reconocido. Mecachis, ahora voy a tener que aguantar su estupidez.

—¿Quién eres? —pregunto, haciéndome la tonta.

—El mismo al que puedes abrirle la puerta de tu dormitorio para pasar un buen rato —añade sin vergüenza alguna.

Bien, no merece la pena fingir, así que es mejor dar la cara.

—Muchas gracias, pero no. Los eyaculadores precoces no me van.

Oigo sus carcajadas a través de la línea. Me asomo a la terraza y ya no lo veo. Mejor, que se vaya a su *suite* y se olvide de mí.

—Buena respuesta, pija, pero no cuela. Tú has estado preguntando sobre mí y ahora que seguramente conoces mi estado

financiero has cambiado de opinión —comenta ufano.

—Desde luego, la modestia no es lo tuyo —replico.

Ya sé lo que estáis pensando, ¿por qué no lo mando a paseo? Muy simple, admito que es un prepotente, pero estoy tan aburrida que esta conversación al menos me entretiene.

—Por supuesto que no. Entonces, ¿me dices el número de tu habitación para que compruebes por ti misma mi resistencia, habilidad y artes amatorias o prefieres masturbarte pensando en mí?

Ahora es mi turno de reírme.

Cierto que sus palabras tienen un tufillo machista difícil de pasar por alto, pero como dice el refrán: ofende el que puede, no el que quiere, así pues, está en mi mano devolverle la pelota y pararle los pies.

—Mi vibrador Lelo suple con creces cualquier posible fantasía que durante medio segundo de enajenación hubiera podido tener contigo.

—Además de pija, retorcida —se burla.

Lo admito, he utilizado un tono muy repelente.

—Buenas noches —le espeto, convencida de que la conversación ha de acabar aquí.

—¿Estás en la ciento veinte? —pregunta y emito un leve jadeo de sorpresa.

—No. Me han asignado la trescientos cinco —miento y cruzo los dedos para que el muy imbécil no vaya a molestar al huésped que ocupa esa habitación.

De repente la línea se corta.

Mejor.

Pese a que me ha dejado con la palabra en la boca, lo prefiero así. No vaya a ser que termine haciendo una estupidez.

No he traído mi vibrador, una lástima, pues ahora me sería de mucha utilidad, sin embargo, me las apañaré yo sola. No sé si por suerte o por desgracia poseo la experiencia suficiente para satisfacerme con las manos y mi imaginación.

Demasiados años de encuentros sexuales, por llamarlos de alguna manera, en los que me he quedado a medias, a veces incluso ni eso, y al llegar a casa he tenido que combatir la insatisfacción sexual yo sola.

Ya sé que a un tío le pone mucho ver a una mujer masturbarse, y yo no tendría ningún reparo en hacerlo delante del hombre adecuado, pero no le voy a dar ese gusto a un inútil que no ha sabido llevarme al orgasmo. Y, aunque os sorprenda, en estos tiempos que corren hay mucho incompetente suelto, de esos que consideran una maniobra de seducción bajarse los pantalones y enseñar la colita. Sí, a veces lo de la colita es casi literal.

O peor aún, que se ha visto cientos de películas porno y presume de ello, porque las considera una educación sexual adecuada.

¿Es mucho pedir que un tipo con el que te vas a la cama conozca las nociones básicas?

Primera: no sobar las tetas como si fueran un trozo de plástico y, en el supuesto caso de que lo haga, esforzarse al menos por añadir alguna palabra o algún gesto que deje claro que sólo es un juego, que conoce más técnicas.

Segunda: los calcetines. Siempre hay que quitárselos antes de los pantalones. Repito, siempre.

Tercera: meter mano. Si hay confianza y surge la ocasión, se puede echar un polvo rápido con un magreo limitado, pero si dispones de un espacio cómodo y tiempo, no te limites a bajarme las bragas (o peor aún, a pedir que me las quite) y tocarme lo imprescindible entre las piernas. Muchos se conforman con comprobar que estás húmeda. Y a veces ni eso.

Cuarta: besar. Parece una tontería, no obstante, hay muy pocos tipos que besen bien. Muy pocos. Yo tuve un novio que parecía una aspiradora succionando a máxima potencia. Daba grima, de verdad. Lo mejor son incursiones precisas y rápidas, mordisquitos en el labio y control de la saliva.

Y quinta: en serio, tener una polla enorme está bien, pero no hace falta que me digas cuánto mide; ya haré yo las comprobaciones si lo considero oportuno.

Tumbada en la cama, repasando mis normas, me acaricio por encima de las bragas de forma un tanto distraída, no estoy tan animada como pensaba. Quizá un orgasmo no sea la mejor opción para conciliar el sueño. Cierro los ojos y me acurruco de lado, dispuesta a dormir en una cama *king size* yo sola, pero dos minutos más tarde unos golpecitos en la puerta frustran mis intenciones.

Podría fingir que estoy dormida, sin embargo, me levanto,

sabiendo casi al noventa y nueve por ciento de quién se trata.

Abro la puerta y, en efecto, ahí está.

Sigue con su traje caro, aunque ya no lleva corbata. Creo que pretende tener un aire de chico malo, aunque a mí me parece un chico malo cutre. Sí, lo admito, soy muy puntillosa.

—Como familiar directo de la novia es mi obligación comprobar que todas las invitadas estén perfectamente instaladas —me espeta.

—¿Y a cuántas personas has molestado para saber en qué habitación me alojo?

—Sólo a dos. Al huésped de la trescientos cinco y a mi madre —responde sin ápice de arrepentimiento.

Arqueo una ceja.

—Pues ha sido en vano.

—Eso está por ver, ¿no te parece?

Sin pedir permiso, se mete en la habitación.

Mal asunto.

No me fío de mí misma.

—¿Dónde escondes ese trozo de plástico con el que sustituyes a un hombre de verdad?

Lo dicho, problemas.

—¿Te funciona alguna vez semejante estupidez? —respondo bostezando.

—Por lo general, sí —admite y algo me da que miente.

Lo que me deja aún más perpleja, aparte de que se haya colado en mi habitación, es que saca la cartera del bolsillo interior de su chaqueta.

¿Va a ser tan descarado de dejar a la vista los condones?

Pues no, algo mucho peor, me muestra su Visa Platino e incluso la mueve delante de mis narices como si fuera una especie de varita mágica.

—Esto siempre, créeme, siempre funciona.

Hagamos aquí un alto, porque esto, mal entendido, puede dar problemas.

Si lo que pretende es comprarme, vamos mal, pero que muy mal, pues es un insulto en toda regla. Ahora bien, si no me quedo en la superficie y ahondo más en el gesto, puede que Fran sólo se haya topado con lagartas sacacuartos. Véase el ejemplo de la tal Irina en el cuarto de baño.

—Guarda eso —murmuro de malos modos.

Fran se encoge de hombros.

—Como quieras.

¿Qué hago yo ahora con este hombre?

Aparte de ofrecerle una copa, aunque, cuando me acerco al minibar, me dice que no quiere nada, que ya no son horas de beber.

—Pues tú dirás qué hacemos, porque no tengo ningún parchís a mano para echar una partida —digo, mientras él permanece de pie, con las manos en los bolsillos, sin duda observándome.

No voy precisamente elegante con mi pijama veraniego de raso azul, aunque es mono y marca lo que tiene que marcar.

—Quiero ver ese cacharro que tienes por ahí —sugiere y yo niego con la cabeza—. Pues entonces…

Se me acerca. Aprovecha su altura y superioridad física para irme acorralando contra la pared. Se cree muy listo, pero no hay entrepierna masculina que aguante un buen rodillazo y yo estoy dispuesta a llevar a cabo la maniobra si se pone en plan dominante.

Ojo, jugar a ser dominada es una cosa, me gusta, me divierte, pero creo que aún no existe suficiente confianza entre ambos para llegar a ese punto.

—¿Ya te has deshecho de tu novia? —pregunto, sabiendo que eso lo frenará.

En efecto, da un paso atrás y frunce el cejo.

—No es mi novia, creo que eso ha quedado claro —refunfuña.

—Ah, sí, que tú eres de los que sólo follan —me guaseo—. Y, dime, ¿la has llevado a su casa antes o después de echar un polvo?

—Eres pija y mala, por lo que veo —replica y no parece muy ofendido—. Y no, no me la he tirado esta noche. Paso de ella, hace tiempo que ni la aguanto.

¿Me lo dice para llevarme al huerto?

—Ay, pobre, se la veía tan enamorada —añado burlona.

—Oye, no he molestado a mi madre para conseguir el número de tu habitación para que ahora me vaciles. ¿Te apetece follar o no?

Me llevo la mano al pecho cual damisela escandalizada ante una propuesta vulgar. He sentido cierto temblor y hasta un cosquilleo entre las piernas, sin embargo, niego con la cabeza. En casos como éste se impone la prudencia.

—Eres una cobarde —me acusa, sin enfadarse ante mi negativa

—. Y si no te apetecía, mejor no haber abierto la puerta.

—No haber llamado, que ya estaba acostada.

—Tú me has llamado al móvil. Yo tenía planes que he dejado de lado para volver aquí —me espeta, señalándome con su teléfono.

—Mira, guaperas de mercadillo, yo no te he llamado. Ni loca ni desesperada ni borracha me enrollaría con un tío como tú y si te he abierto la puerta es porque no quería que montaras un escándalo en medio del pasillo. No tienes pinta de ser un hombre con modales suficientes como para aceptar una negativa con deportividad.

—Vaya discursito de pija que me has soltado. ¿Te sientes mejor?

—¡Fuera! —exclamo, señalando la puerta.

Pero Fran ni se mueve, por lo que me veo obligada a ir yo misma, abrirla y señalarle el camino.

Él se ríe mientras niega con la cabeza y camina tan pancho, pero se detiene justo donde estoy yo para inclinarse y susurrarme al oído.

—Tú te lo pierdes.

Y acto seguido abandona la habitación.

Antes de que me arrepienta y cometa una estupidez, cierro y me voy a la cama.

Al final sí que voy a necesitar un orgasmo para conciliar el sueño.

Ese imbécil me ha puesto cachonda.

Capítulo 3

El día después… Es domingo, nueve y media de la mañana y aquí estoy, más sola que la una en el comedor del hotel, desayunando mi té orgánico y unas rodajas de piña. No bebí demasiado, sin embargo, siempre es bueno desintoxicarse.

Cuánto me hubiera gustado colgar el cartel de «No molestar», pero no fue posible. Sí, ya lo sé, pensaréis que desaproveché una oportunidad. Bueno, sí, rechacé a un tipo que… dejémoslo en que podría haberme alegrado un poco, sólo un poco. Porque, admitámoslo, el primo de Gema tiene pinta de resistente; sin embargo, algo me dice que hay que hacer un cursillo especial para aguantar su arrogancia y su chabacanería. Y, vale, hace tiempo que no echo un polvo decente, aunque no tanto como para arriesgarme con un paleto como Fran.

Alrededor no veo mucha gente conocida, algún que otro invitado y clientes del hotel. Ni rastro, como era de suponer, de mis dos amigas. Las envidio, vaya si las envidio, y mucho. No merece la pena disimular.

Mientras mastico despacio un trocito de piña y me doy cuenta de que ya es tarde para huir, mi visión periférica ha detectado a alguien acercándose, en concreto a Mariana. Tenía que haber sido más espabilada y marcharme a primera hora. Sin desayunar. No sería la primera vez, de vez en cuando viene bien un día de ayuno para desintoxicarse.

Trataré de ser educada y poco más, no quiero que me cante una vez más las virtudes de su «niño». Y si lo hace, aguantaremos estoicamente.

—Hola, Mapi, ¿qué tal has dormido?

¿Os habéis dado cuenta de ese tonito con segundas o soy yo, que estoy un tanto susceptible?

—Bien, gracias —respondo educada.

—Me alegro, yo en cambio… —niega con la cabeza—, estoy preocupada por Fran. Este chico…

—Mi madre también se preocupa por mí —contesto, utilizando una frase tópica—. Es lo normal.

—Es que mi Fran es tan bueno, tan cariñoso…

Sí, claro, pienso, un angelito.

Sonrío como si estuviera de acuerdo, porque no voy a corregirla, hacerlo significaría hablar de él y me interesa muy poco.

—Y eso que siempre ha sido un chico obediente, trabajador…

A ver, no se la puede culpar por hablar así de un hijo; sin embargo, debo ir preocupándome, pues me lo quiere endosar, sólo le falta el papel de regalo. Y ni con un lazo alrededor me lo quedo.

—¡Y tan buen hijo! Nunca me ha dado un disgusto —apostilla—. Y a pesar de todo no puedo dejar de preocuparme por él, por su futuro.

—Mariana, hablas igual que mi madre —le indico con suavidad.

—Tiene treinta y siete años y aún está soltero. ¡¿Te lo puedes creer?!

Pues sí, me lo creo. Es más, no me extraña lo más mínimo.

—Ahora la gente se casa más tarde —digo con diplomacia.

—Ya lo sé. En el caso de Fran es debido a la mala suerte que tiene con las mujeres —se lamenta.

«O que tu hijo se comporta como un prepotente», pienso.

No eructa ni se rasca los huevos, pero poco le falta.

—¡Mírale, ahí está! —exclama entusiasmada (amor de madre sin duda) y señala un punto detrás de mí.

¿Me doy la vuelta arriesgándome a que el hijo perfecto se venga arriba o lo ignoro arriesgándome a que se enfade Mariana?

Vale, me habéis pillado. Siento una malsana curiosidad por verle, así que me vuelvo y lo localizo junto a la cafetera. Puede que sea debido a la falta de sueño o que de verdad necesito un psicólogo, porque a primera hora de la mañana, Fran, con su chulería, me resulta extrañamente atractivo.

La razón me dicta que no puede ser, que me estoy equivocando.

Qué narices, atractivo no, muy atractivo. Parece otro. No me lo podéis negar. Con esos vaqueros negros rotos, zapatillas deportivas, no distingo desde aquí si son de marca, y esa camiseta gris un tanto deforme. Coste de todo el atuendo: no más de treinta euros. Efecto:

uno muy interesante, aún por determinar la cuantía.

Como no podía ser de otro modo, viene hasta nuestra mesa y, antes de sentarse, le da un beso a su madre en la mejilla, junto a un «buenos días» de lo más cariñoso. Desde luego, está claro que ambos mantienen una relación muy estrecha.

Será un pedante y un chulo, pero al menos es buen hijo. O, como sospecho, se trata de una fachada. Anda que no es listo ni nada.

Se digna mirarme durante tres segundos y después se sienta con su taza de café. Intuyo que es por no hacer un feo a su madre.

Mariana sonríe orgullosa y después fija su atención en mí.

—Mapi, ¿cómo vas a volver a casa? —inquiere amable.

—Pediré un taxi.

—Ah, no, no, no. Fran puede llevarte en su deportivo.

«Peligro —me digo—, busca una excusa convincente que al final te lía.»

—No hace falta… —murmuro, al tiempo que él dice:

—¿Y tú? Ibas a venir conmigo.

—He cambiado de idea. Me voy con tu tía Juana, queremos ir a ver unas cosas juntas —responde la celestina, toda ufana.

Fran disimula su sorpresa y su disgusto, pues sabe, igual que yo, que es una encerrona en toda regla.

Me dirige una mirada un tanto sospechosa. No le hace mucha gracia, a mí tampoco, la idea de pasar unos ochenta kilómetros en un espacio reducido y a una velocidad considerable, porque estoy segura de que no conduce como una abuelita miope. Y menos si tenemos en cuenta el deportivo que tiene.

—Bueno, os dejo, que he visto a una amiga con la que he de comentar unos asuntos.

La retirada de Mariana es poco o nada sutil.

Fran toma su café. Me está ignorando. No lo culpo, es lo mejor, así que le ofreceré una salida honorable. No obstante, él se adelanta al preguntar:

—¿Estás enferma?

—¿Perdón?

—O estreñida, porque si te estás tomando ese brebaje y la piña no cabe otra explicación —me suelta con guasa.

«Calma —me digo—, estamos en un sitio público y él sólo quiere

tocarte la moral porque anoche no echó ese polvo que fue a buscar a tu habitación y, como todo hombre, se siente frustrado y ha de buscar a alguien que pague los platos rotos.»

—¿En alguna ocasión te has planteado pensar antes de hablar?

—En una hora te espero en el aparcamiento. No llegues tarde —me espeta y se pone en pie.

—Mira, a ti no te hace mucha gracia llevarme ni a mí que lo hagas…

—Ni puta gracia —puntualiza.

—Pues eso. Si no te importa, le mentiré a tu madre y si me pregunta le diré que te has comportado como un perfecto caballero —digo con calma.

Le he ofrecido una solución a mi entender razonable y, por tanto, él puede largarse sin sentirse culpable por desobedecer a su mamá.

Fran arquea una ceja y me contesta:

—Yo nunca le miento a mi madre.

—¿Me estás vacilando?

—Tienes una hora. Por muy pija que seas, seguro que te las puedes apañar —me suelta, sin darme tiempo a replicar, pues se da media vuelta y se larga.

Sé que Mariana nos está observando, por lo que finjo una sonrisa, como si todo fuera a las mil maravillas, aunque lo cierto es que me gustaría salir al aparcamiento y pincharle un par de ruedas, pero las señoritas no hacemos esas barrabasadas.

Termino mi plato de fruta y veo entrar a Gema. No trae buena cara y se acerca a mi mesa. Resopla y vuelve a resoplar. En teoría, una recién casada no sale de su habitación ni para desayunar.

—Nunca he estado casada, sin embargo, esa cara que me traes no es propia de una mujer el día después de la noche de bodas.

—De la mierda de noche de bodas, querrás decir —me corrige de mal humor.

—No seas grosera —le digo y ella suspira—. A ver, ¿tan mal fue?

—Un asco, y lo digo de forma literal —se queja Gema—. Vomité en sus zapatos, dos veces.

Pongo cara de circunstancias y de repugnancia, por supuesto. Lo de vomitar me supera. Mi amiga gime abochornada.

Ahora me toca animarla.

—Alberto está loco por ti, no lo tendrá en cuenta. Seguro que lo comprende.

—Lo dudo. Anoche tenía que ser especial y yo la cagué.

—Explícate —le pido.

—No hicimos nada de nada —confiesa en voz baja y se tapa la cara con las manos.

—Bueno, tampoco se va a morir por no echar un polvo. Que tú no eras virgen al casarte.

—Es que… —Se muerde el labio y baja la voz para añadir—: Como queríamos que fuera intenso, llevábamos un mes sin follar.

—¿Un mes? —Ella asiente—. Vale, pero nadie se muere por no follar durante un mes y un día.

—No estoy tan segura.

El protagonista de la noche de bodas más atípica de la historia hace su aparición.

Miro al novio, que parece ajeno al sufrimiento de Gema. Está charlando de manera animada con Daniel, el marido de Sun, por lo que nuestra amiga debe de andar cerca.

—Yo no lo veo muy afectado —comento para animarla.

—La procesión va por dentro.

—Qué exagerada eres.

—Disimula porque me quiere, seguro, pero esto, si un día discutimos, me lo echará en cara. Ya lo verás —murmura abatida.

Justo en este momento, Sun se sienta junto a nosotras, bosteza y su expresión denota que, a pesar de haber dormido más bien poco, está satisfecha.

—No han consumado —la informo y Gema asiente confirmando mis palabras.

—¿Bromeas? —pregunta Sun, a punto de llevarse a la boca una rodaja de kiwi.

—Como lo oyes —añado.

Gema nos cuenta toda la historia, ahora con más detalle, ya que estamos las tres. Yo reconozco que no presto toda la atención que debería, pues mis ojos buscan constantemente a mi «chófer» y sí, lo localizo. Ahí está, de pie, junto a Daniel y Alberto. Tengo una estupenda perspectiva de su trasero embutido en sus vaqueros baratos. ¿Cómo sería si llevara unos de marca?

Gema está diciendo algo sobre que bebió demasiado cava, que, mezclado con los mojitos, hicieron que se cogiera un pedo del quince, por lo que al llegar a la *suite* se sintió mareada. Le pidió una papelera a Alberto y cuando éste se la acercó, ella no acertó y le echó la papilla en los zapatos. Cuando pensaba que ya se le había pasado la mona, su marido fue a ayudarla y de nuevo le vomitó encima.

—Así que acabé desmadejada en la cama, hecha polvo, sin desmaquillar, durmiendo la mona y con toda seguridad roncando. La mejor estampa para comenzar un matrimonio, sí señor —comenta Gema abrumada.

—Tengo la solución —afirma Sun convencida.

—Oigámosla —dice la recién casada, no muy optimista.

—Esta noche vuelves a ponerte el vestido de novia, todos los complementos. Maquillaje y peluquería también y lo esperas en la *suite*…

—Se te olvida un pequeño detalle —interrumpe nuestra amiga.

—¿Cuál? —inquiero yo—. La idea me parece estupenda.

—El vestido quedó hecho un asco, lo he mandado esta mañana a la tintorería.

—Joder, Gema, un poco de iniciativa —se queja Sun—. Estoy segura de que tienes por ahí un conjuntito de lencería apropiado, que pensabas estrenar para tu marido.

—Ah, vale —dice la mujer sin noche de bodas y sonríe—. De eso sí tengo.

—Problema resuelto —sentencia Sun y después se dirige a mí—. ¿Y tú qué tal? ¿Nada que contarnos?

Niego con la cabeza.

—Mi madre y mi tía intentan emparejarla con Fran.

Sun arquea una ceja, por lo que me veo obligada a aclarar:

—Sin éxito. Lo siento, no te enfades, tu primo es demasiado prepotente y chulo para mi gusto. No gracias. Paso.

—No me ofendo, pero Fran no es así —lo defiende Gema con énfasis.

Otra que ha caído bajo el influjo del niño modelo.

No la culpo, son familia.

Señala hacia su primo.

—¿No será el tipo que charla con Alberto? —pregunta Sun,

mirando con descaro, y Gema asiente—. Uy, uy, uy, me gusta. Mucho. ¿Y qué defectos dices que tiene?

El tono de guasa de Sun es evidente, mejor no caer en la provocación.

—Tiene novia, o al menos ayer la tenía —afirmo convencida.

—Si lo dices por Irina… —Gema niega con la cabeza y pone cara de asco—, es una lagarta que sólo quería vivir a su costa. Fran, que es un currante nato, la caló el primer mes, pero ha seguido con ella por… ya me entendéis.

—Pues tiene una pinta de vivir de rentas… —murmuro mirándolo por enésima vez, a hurtadillas, lo reconozco.

—¿Mi primo? —dice Gema—. Qué poco lo conoces.

—Cuenta, cuenta —la apremia Sun, ahorrándome a mí la vergüenza de hacerlo, pues no quiero demostrar interés por él, sin embargo, soy cotilla y no puedo (quiero) evitarlo.

—Desde los dieciséis no ha parado. Del padre nunca se supo. Mariana lo tuvo con apenas dieciocho. Un escándalo. Mi abuelo intentó que se casara con alguien de la comarca, pero ella no cedió y tuvo a Fran sola.

A ver, no me malinterpretéis, pero la historia del niño traumatizado ya me cansa un poco. Pensamiento que, por supuesto, no expreso delante de Gema para no ofenderla.

—Así que se pasó toda su infancia soportando las burlas de los otros chicos del pueblo por no tener padre, ya que mi tía nunca ha querido decir quién era. Sospechamos que se trataba del hijo de los dueños de la fábrica donde trabajaba.

—Vaya, ¿el señorito y la asistenta? —inquiere Sun.

—No, mujer, mi tía era una empleada más —aclara Gema y siento un cierto alivio—. En los estudios Fran era un desastre, así que a los dieciséis empezó a trabajar en el campo, ayudando en lo que fuera para ganarse un dinerillo. Ahorró lo suficiente para sacarse el carnet de conducir y comprarse una furgoneta de cuarta mano para hacer portes. Se pasó dos años trabajando de extranjis, ya me entendéis, sin seguro y durmiendo en la parte de atrás de la furgoneta para no gastar y llegar antes al reparto.

Sun y yo nos miramos. Nunca hemos tenido que trabajar, ni ahorrar ni mirar las etiquetas de lo que compramos, porque nuestras familias disponían de recursos. Mi única preocupación al

cumplir la mayoría de edad era celebrar una fiesta divina de la muerte para impresionar a amigos y conocidos.

Lástima que las malas decisiones de mi padre nos hayan llevado a la bancarrota y a punto de perder la casa familiar. Sin olvidar el descrédito social, que también hace mucho daño. Preguntádselo a mi madre.

Una realidad a la que me enfrentaré en breve. La boda de Gema ha sido un paréntesis.

—Consiguió buenos clientes y tener beneficios. Se sacó el carnet de camión y compró uno de segunda mano. Así estuvo cinco años, al volante, haciendo kilómetros y kilómetros, comiendo bocadillos y durmiendo en el vehículo hasta conseguir ampliar la flota y contratar gente.

—Vaya, un emprendedor —comento con cierto retintín.

Gema me fulmina con la mirada.

—Antes de cumplir los treinta ya tenía su propia empresa de transportes, una cartera de clientes nada desdeñable y dinero en el banco. Los que en el pueblo se reían de él, dejaron de llamarlo Paquito y pasó a ser Fran. Compró la casa en la que había vivido de pequeño con su madre de alquiler, la tiró y construyó una impresionante para mi tía Mariana y, por supuesto, hizo que ella dejara de trabajar de fábrica en fábrica.

Mejor me callo, ¿verdad? Que Gema siga hablando.

Sun tampoco dice nada.

—Y hace un par de años vendió la empresa de transportes a una importante corporación por cinco millones de euros.

—O sea, que sí, que vive ahora de las rentas —apunta Sun con humor.

—No —niega Gema—. Fran no es un tipo que se quede de brazos cruzados, es incapaz de estarse quieto, así que ha montado una granja.

—¿De camionero a granjero? —pregunto yo y, lo juro, no me estoy cachondeando.

—Una granja de bueyes de raza Kobe —explica Gema, orgullosa ante los progresos de su primo.

Yo no estoy muy convencida de que haya evolucionado, pero allá él y sus aspiraciones.

—Eso está ahora en pleno auge, cada vez hay más demanda —

añade Gema.

—En las cartas de los mejores restaurantes no puede faltar carne de buey Kobe —indica Sun.

¿Se nota que a causa de la mala situación financiera de mi familia yo ya no voy tanto a restaurantes de moda como antes?

—Ha conseguido criarlos en el pueblo, un entorno a priori difícil. Está dando empleo a cinco personas de modo fijo y además ha logrado introducir sus productos con éxito en el mercado. Y he sabido —Gema baja la voz— que una importante firma de alimentación internacional ha contactado con él para comprar parte de la producción, así que en breve comenzará a exportar, lo que significa más ingresos.

—Vaya…, en tu familia os encanta salir de la pobreza —comenta Sun con admiración, pues el padre de Gema pasó de ser un albañil sin mucho futuro a constructor multimillonario.

Vemos acercarse a Juana, dispuesta a interrogar a su hija sobre su noche de bodas, así que dejamos de hablar de Fran. Lo agradezco, pues ya tengo demasiada información.

Gema le miente a su madre, contándole que todo está perfecto y que no se preocupe. Después Juana fija la atención en mí y suelta:

—Fran te está esperando en el aparcamiento para llevarte a casa. No le hagas esperar.

Sun y Gema me miran con cara de que les estoy ocultando algo.

¿Qué excusa puedo darles y que resulte convincente?

Ninguna.

Exacto.

Capítulo 4

Llevo veinte kilómetros en riguroso mutismo. Una tortura, pues a pesar de que intento no hacerlo, no dejo de mirar a Fran de reojo mientras conduce. Sólo se oye el ronroneo del motor y la radio. Ha elegido una emisora de música en la que sólo emiten canciones de rock clásico. Ahora mismo voy escuchando *November Rain* y, la verdad, no me molesta, pero tampoco me entusiasma.

Se podría elaborar una teoría sobre la clase de tío que es en función de la música que escucha, sin embargo, no estoy de humor para pensar teniéndolo tan cerca. Huele bien. No identifico la fragancia, pero es agradable.

Y no quiero que me guste nada de él.

Exceptuando el cochazo que lleva, por supuesto.

Soy consciente de que por su parte también me dedica alguna que otra miradita de soslayo y estoy tentada de preguntarle por qué al final ha accedido a llevarme si tanto me detesta, porque, seamos sinceros, el cuento de que lo ha orquestado su madre no cuela.

¿De verdad no existía ninguna excusa para librarse del encargo?

Os dejo que contestéis.

Confesaré, y que no salga de aquí, que podría haberme vestido de otra forma, en vez de elegir unos *shorts* vaqueros cortos, una camisola transparente negra, muy vaporosa, y unas sandalias de cuero metalizado rosa de Jimmy Choo, que, vale, son de la temporada pasada, pero siguen estando como nuevas y me hacen unas piernas fantásticas, que es de lo que se trata. Al vestirme así, mi única intención era estar cómoda durante el viaje, admito que el calzado no lo es mucho, y también porque mi vestuario era más bien reducido, ya que en la maleta sólo llevo, además del vestido que me puse para la boda, otros dos veraniegos más sencillos, un pantalón negro pitillo, una blusa de Desigual y dos camisetas de

manga corta ajustadas.

Vaya martirio que me espera, callada como una tumba, porque Fran no dice ni mu. Se limita a conducir, de forma prudente, a pesar de que con este deportivo podríamos ir a toda velocidad. Estoy tentada de hacérselo saber y también de mencionarle que su indumentaria no casa para nada con el vehículo que lleva, y que cualquiera que le vea con estas pintas pensará que lo ha robado. Lo único que lo salva es el reloj, que debe de rondar los cinco mil euros. Lo sé porque el año pasado asistí a una fiesta organizada por Tag Heuer y ese modelo lo estaban promocionando. Desde luego, una combinación de lo más curiosa, camiseta de mercadillo y cronógrafo de marca.

La música se corta de repente y comienza a oírse por el sistema de audio del coche el tono de llamada, así que Fran, sin preocuparse de que yo pueda escuchar una conversación, pulsa la tecla de responder.

En la pantalla aparece «Ful». ¿Qué narices significa eso?

—Hola, tío, siento llamarte hoy. Ya sé que estás con la familia, pero nos han surgido problemas —dice una voz de hombre, con un evidente tono de preocupación.

—A ver, Fulgencio, relájate, que te gusta demasiado el drama —le pide Fran a su interlocutor sin alterarse—. ¿Qué pasa?

Misterio resuelto, Ful es Fulgencio. Vaya papeleta para el tipo. Una venganza de los padres, seguro. Intento no reírme.

—Una avería de tres pares de cojones con el sistema de agua.

—¡¿Qué?! —grita Fran, nervioso.

—No llega agua a los animales y no podemos estar rellenando los abrevaderos de forma manual. Ya sabes que algunos están a tomar por el culo —explica el tal Ful.

—¡Joder, me cago en mi estampa! —masculla Fran, perdiendo, ahora sí, el temple.

—Y no sólo eso, además el traductor que iba a acompañarnos mañana se ha puesto malo.

—¿Qué hostias le ha pasado?

—Por lo visto, el niñato de ciudad se ha ido a dar un paseo y ha bebido agua de un manantial sin saber si era potable o no, así que se va de vareta. Una gastroenteritis de manual. Se ha tomado Fortasec como si fueran Lacasitos y nada, así que se ha marchado al

hospital —añade Ful, divertido ante la adversidad del tipo.

—Cojonudo, el sistema nuevo de agua averiado y el traductor con el culo suelto. Mierda —gruñe Fran y resopla.

No me hace especial gracia que siga conduciendo mientras se cabrea por los problemas que le cuenta el tal Ful, pero cualquiera le dice nada.

—Así que ya puedes dejar de hacer cosas de pijos y venir para acá cagando leches; tío, que nos jugamos mucho. Mañana vienen los de Caprice Food International y hay que tenerlo todo a punto.

—Ya lo sé, joder…

—He hablado con Eleuterio, que chapurrea algo de inglés, pero no sé yo…

—Tu marido no tiene ni puta idea de inglés —lo interrumpe Fran—. Además, tiene que estar en la farmacia, ¿cómo va a ayudarnos?

Vale, Fulgencio está casado con Eleuterio. No me llama la atención que tenga unos colegas gais, sino los nombrecitos. No me digáis que no es para descojonarse. Se me escapa una risita. Deben de formar una pareja muy peculiar.

—Puede quedarse mi cuñada, aunque Reme siempre lía alguna —añade Ful.

Fran tuerce el gesto.

—Tu cuñada… —murmura y deja implícito que sea quien sea esa mujer no le cae nada bien.

—No nos queda más remedio. Ya sé que prefieres no deberle un favor por lo que os pasó y eso, aunque ella hace tiempo que lo olvidó.

—Yo no —dice Fran entre dientes.

—Da igual, lo importante ahora es sacar esto adelante. Así que, venga, vente rápido.

—Tengo que entregar un… —me mira de reojo— paquete.

¿Paquete?

¿Me ha llamado paquete?

—¿Y no puedes esperar a mañana? Joder, Fran, que se nos echa el tiempo encima.

—Es un encargo de mi madre —explica como si yo no estuviera presente, lo que me indigna todavía más.

—¿Y dónde estás ahora?

—Regresando de la boda de mi prima Gema.

—¡Joder, eso te pilla a una hora de aquí!

—Ya lo sé, maldita sea —masculla Fran, tenso.

Me doy cuenta de que ha aumentado la velocidad, y además va conduciendo tenso, una combinación que, al volante, nunca es segura.

—¿Y cuánto tardas en entregar ese paquete y volver?

—Como tres horas si me doy prisa.

—Ni hablar, ya hablo yo con tu madre, seguro que lo comprende.

—No hagas nada, ya me encargo yo. Voy para allá —afirma y corta la llamada.

Esto es el colmo y no pienso permitirlo.

Fran inspira hondo y no me gusta nada cómo me mira.

—¿No tendrás pensado dejarme en una gasolinera para que me busque la vida? —inquiero mosqueada, nada más cortar él la llamada—. Porque lo del paquete no ha tenido gracia, que lo sepas.

—Cállate, joder, estoy pensando. Ya sé que a las pijas no os preocupa nada, pero si no es mucho pedir, cierra el pico.

—¡Encima te pones chulito! —exclamo indignada.

Fran pega un volantazo y se mete en el último segundo en un carril de salida de la autovía, obligándome a sujetarme como buenamente puedo del tirador de la puerta. Se detiene en una intersección, levantando bastante polvo al salirse del asfalto, apaga el motor y me mira con cara de mala leche, sin pestañear.

Me incomoda, porque si lo que pretende es intimidarme, está cerca de conseguirlo.

—He invertido mucho tiempo y dinero en este proyecto —dice de malos modos—. Sé que a las niñas caprichosas os gusta dar por el culo y que os lleven en palmitas.

—No generalices —lo interrumpo por el simple placer de tocarle la moral.

—Como has oído, he de solucionar unos problemas. Una vez que lleguemos al pueblo, me encargaré de que alguien te lleve de regreso a casa, o te pagaré un puto taxi, pero haz el favor de no dar el coñazo o no te abandonaré en una gasolinera, sino en un cruce y me aseguraré de que no haya cobertura. ¿Estamos?

Yo me vuelvo en el asiento, porque de ninguna manera me voy a

dejar impresionar por un tipo cabreado. Son sus problemas, que los solucione y me deje a mí tranquila, que yo ya voy bien servida con los míos.

—En primer lugar, no pagues conmigo tu frustración —le espeto muy seria y él resopla con desdén—. Si te metes a empresario, te jodes y apechugas con los imprevistos. —Se peina o despeina con los dedos—. Segundo, te dije que no hacía falta que me llevaras; no obstante, como a todos los que la tenéis pequeña os gusta impresionar con un coche grande y potente, que por cierto, el tuyo es una pasada, a pesar de que conduces como una abuelita miope, tú te has empeñado en que volviese contigo, aunque yo me había negado.

—Yo no la tengo… —intenta meter baza, pero estoy lanzada y por tanto continúo.

—Tercero, no vuelvas a tratarme como si fuera un paquete. Soy una persona y si me explicases la situación de forma educada, desde luego me mostraría más solidaria. Cuarto, estoy hasta el moño de que me llames pija. Lo soy, pero ¿sabes qué…?

—Te he llamado pija, caprichosa y añado: parlanchina —me interrumpe mordaz y se inclina hacia mí.

Retroceder sería un error táctico, así que inspiro y sigo, porque ahora llega la traca final:

—… Las pijas como yo estudiamos los veranos en Inglaterra, además de ir allí de *shopping* siempre que se nos presenta la ocasión, por lo que mi inglés es bastante fluido. —Esto último se lo he soltado con un tonito engreído que, no lo negaré, he disfrutado.

Fran parpadea. No se esperaba una revelación semejante. Pinta de tonto no tiene y su mente está calibrando a toda velocidad cómo maniobrar para convencerme de que lo ayude. Tal como están las cosas, sería un milagro encontrar un traductor en menos de veinticuatro horas.

Él lo sabe.

Yo lo sé.

—¿Cuánto hace que no vas a Londres a derrochar el dinero que tu familia ya no tiene? —me espeta, acercándose todavía más. Apenas nos separan diez centímetros.

Uy, uy, uy, que éste intenta seducirme otra vez para que pase por alto su insulto.

De acuerdo, es cierto, nuestra liquidez es historia. Bien que me duele tener que preocuparme por cada euro que gasto; sin embargo, todavía puedo mantener el tipo. Analizo sus palabras, es evidente que ha preguntado por mí.

¿A qué se debe tanto interés?

—¿Vas a abandonarme en una gasolinera o no? —lo desafío orgullosa.

Fran sonríe de medio lado y acorta distancias.

¿Cuál es la mejor defensa?

Exactamente.

Sé que quiere besarme, pese a ello, se contiene. Su respiración le delata. El muy cretino no es tan indiferente a mi presencia como ha fingido durante unos cuantos kilómetros. O puede que haya sido mi camisola transparente, da igual.

Démosle donde más le duele a un hombre arrogante como él, robémosle la iniciativa. De todas es sabido que a los tíos eso los desconcierta.

Me humedezco los labios. Despacio. Que lo vea bien. Él mira atento. Ni parpadea. Su respiración se acelera aún más. Estoy por desviar la mirada para comprobar si hay actividad por debajo de su cintura. No lo hago, pues perder el contacto visual mermaría mi control. Me muerdo el labio inferior, pongo carita de no haber roto un plato y, sin perder un segundo, aprovecho la ley de la ventaja y me acerco para besarle.

La sorpresa es tal que se queda inmóvil, aunque en cuanto gimo bajito y saco la lengua para pedir paso, manda al cuerno la contención y nos damos el lote. En el coche ya sé que es un poco cutre, sin embargo, he de amoldarme a las circunstancias.

Puede que mis expectativas respecto a sus habilidades amatorias fueran tan bajas que hasta me parece que besa bien. No me toca, sigue con una mano apoyada en el reposacabezas y la otra en el volante. Sus labios son suaves. Eso no me cuadra, porque Fran parece uno de esos tipos que avasallan. Y yo… bueno yo podría hacer algo más, sin embargo, me parece que así, a lo tonto, aparte de excitarme, hemos creado un momento especial.

Ya sé que os estáis riendo porque ha sonado cursi, vale, requetecursi, pero no encuentro otra forma de describirlo. A veces ocurren cosas así, sin explicación; es más, prefiero que no haya una

explicación y dejarlo en un arrebato tonto.

Retrocedo, soy yo quien pone punto final. Fran me mira fijamente. No se lo esperaba. Su expresión es, aparte de confusa, interrogativa. Está esperando a que yo haga algo.

Sigo en silencio. Nos miramos. Hasta que él esboza media sonrisa burlona.

—No sabía que a las pijas les gustaba montárselo en los coches en medio del campo —me espeta, rompiendo un posible comienzo de entendimiento.

Inspiro y me recompongo.

—¿Quieres o no quieres tener una intérprete para mañana? —pregunto un tanto impertinente y Fran tuerce el gesto. Entonces caigo en la cuenta—. ¿No te fías de mí?

Me coge de la muñeca y lleva mi mano hasta su entrepierna. Presiona antes de soltarme. Está empalmado. Mucho. Inspira hondo. ¿Qué mosca le ha picado?

—Ahora vuelvo. Necesito pensar en tu oferta.

Me quedo perpleja cuando se apea del coche. Por los retrovisores veo cómo se pasa la mano por el pelo, resopla y suelta lo que creo que es algún improperio. Y yo mientras tanto toda digna, esbozo una sonrisa de suficiencia porque lo he descolocado.

Tarda lo suyo y yo aprovecho para comportarme como una pija de manual, así que saco del bolso un pequeño estuche de maquillaje, bajo el parasol del coche y me retoco el pintalabios. Cuando miro el resultado me siento bien, pese a estar utilizando las muestras gratuitas que me han dado en la perfumería donde he comprado durante años. Fui hace un mes fingiendo que quería adquirir un nuevo color de barra de labios y, como no me decidía, me regalaron esta que me veo obligada a utilizar. Es la misma perfumería en la que Sun compra todos sus cosméticos y donde siempre probamos las nuevas tendencias en maquillaje. La dueña, Leo, es un amor y me atiende con profesionalidad. Me parece que conoce mi situación e intenta hacer que me sienta mejor.

Fran parece más sereno, o al menos es la sensación que tengo cuando vuelve a ponerse tras el volante.

—Tengo condiciones —anuncia.

Es mi turno de arquear una ceja, pese a que en un futuro me salgan arrugas que ninguna crema pueda atenuar.

—Condiciones —repito con retintín.

—Eso he dicho. Eres lo que eres, una pija insufrible, pero me juego mucho y no voy a permitir que…

—¿Aproveche para tocarte la moral? —sugiero.

—Exacto —afirma muy serio.

Ahora sí que parece un hombre de negocios, pese al atuendo tan poco apropiado.

—No soy tan retorcida —me defiendo, aunque sí, me habéis pillado, sí se me ha ocurrido liársela buena.

—Como en el pueblo no hay fondas ni hostales, te quedarás conmigo y te adaptarás a lo que hay. Sin protestar.

—Si me adviertes, es que debe de ser horrible. Un cuchitril, vaya —me lamento.

Fran se calla, me fulmina con la mirada y arranca el coche.

¿Dónde me he metido?

Lo averiguo cuarenta minutos después, cuando detiene el Lexus delante de… a ver, buscaré un término para que lo entendáis. Será difícil porque es indescriptible… Creo que «choza» se acerca bastante. Las ventanas, por ejemplo, son tan pequeñas que creo que hasta David el gnomo se sentiría agobiado. La piedra está deslucida y a la madera de la puerta hace mucho que no se le da una mano de pintura.

Y tengo que pasar la noche aquí. Si el exterior es para echarse a temblar, me preparo para lo peor en cuanto pase dentro. Fran me abre la puerta y bajo del coche con el corazón encogido. Estoy tentada de preguntar si la choza tiene agua corriente y luz eléctrica. Por si acaso, me muerdo la lengua para no cabrearlo antes de tiempo. No me entra en la cabeza que un tipo como él, que dispone de recursos, se aloje en semejante casucha.

Fran baja mi maleta y me mira, supongo que no se explica cómo es posible que para pasar tres días fuera de casa necesite un troley de ese tamaño, a priori excesivo, pero hay muchas cosas que considero imprescindibles, además de ropa para cualquier eventualidad, como por ejemplo una cita de negocios.

—Tengo que irme ahora mismo a los establos —anuncia, mientras saca una llave ¿de seguridad? de su bolsillo. Y no una cualquiera, conozco la marca, Fichet, la misma que tenemos en casa. Sin duda contrasta con el entorno.

—¿Me vas a dejar aquí sola? —pregunto con temor.

—No te veo yo muy… —me señala con la mano con aire desdeñoso—… apropiada para ir a ver animales.

—Cualquier cosa es mejor que quedarme en esta choza —replico y Fran niega con la cabeza.

Sí, ya lo sé, debería haberme mordido la lengua.

—Anda, pasa, no vaya a ser que te dé un aire del campo y, con ese visillo que llevas, cojas un resfriado. —Abre la destartalada puerta, que da paso a otra, esta sí de las buenas, dejándome pasmada, aunque no del todo, cuando lo veo pasar una llave de proximidad por un lector—. Adelante, señora —añade guasón.

Las luces se han debido de encender como en los hoteles y lo que me encuentro es, como poco, espectacular. Lo que por fuera no es más que un pajar, dentro es el sueño de cualquier decorador. Cierto que es un espacio pequeño, sin embargo, ha debido de arreglarlo el mejor de los arquitectos interioristas. Todo diáfano; la luz natural entra por una enorme claraboya del techo, porque las ventanas están tapiadas, pero combinada con el destello de los leds es impresionante.

Hay un sofá en forma de ele frente a una chimenea, no una de esas de leña corrientes, sino una espectacular de forja. No podía faltar la enorme pantalla plana para tumbarse a verla durante horas en ese sofá. La cocina es pequeña, aprovechando una esquina. Y al fondo una sola puerta corredera, de cristal esmerilado.

—¿Algo que objetar? —inquiere Fran detrás de mí y me pasa las llaves.

—Eh, no —murmuro.

—Perfecto, dejo este armatoste en el dormitorio y me largo —dice.

—¿Dormitorio?

Me señala la puerta de cristal como si nada y hacia allí se dirige arrastrando mi maleta.

Lo sigo y, de verdad, es para felicitarlo por su buen gusto. El problema, como ya habréis deducido, es que dudo mucho que él se ofrezca a dormir en el sofá. A ver cómo se lo planteo para no dar pie a más chanzas.

—¿Me vas a dejar sola aquí hasta mañana?

—Tranquila, en cuanto acabe en la granja, vuelvo —contesta y

se mete en el dormitorio.

Yo lo sigo, claro, no porque me dé miedo pasar la noche sin compañía en esta choza-resort que tiene, la razón es otra: me pica la curiosidad por ver cómo será su alcoba, sin olvidar, claro, que no podemos compartir cama.

¿Verdad que no?

La habitación es otro ejemplo de dinero bien gastado, y mira que los nuevos ricos tienen la odiosa costumbre de exagerar. En casa de Gema, por ejemplo, en más de una ocasión tanto Sun como yo le hemos mencionado algún que otro detalle, y nuestra amiga, lejos de ofenderse, ha tomado nota de nuestros consejos.

—Ahí está el baño —me indica Fran, tras dejar mi maleta.

Es evidente que tiene prisa por largarse. Plantearé la cuestión directamente.

—¿Y tú dónde vas a dormir?

—En mi cama —responde y esboza una media sonrisa.

Media sonrisa de canalla, no lo dudéis.

—Oye, me parece que te olvidas de un detalle —le recuerdo, siguiéndolo, pues veo que se encamina hacia la puerta, sin tener para nada en cuenta las cuestiones que le planteo.

—Ya te he dicho…

—Mira, te voy a salvar el culo, así que lo menos que debes hacer es ofrecerme un alojamiento decente —lo interrumpo.

—Ya salió la vena pija —se guasea—. ¿No te gusta mi casa? ¿No está a la altura de tus expectativas?

Lo fulmino con la mirada.

—¿Te funciona alguna vez esta maniobra tan rastrera para meter mujeres en tu cama? —replico y él se ríe, mientras me dedica una de sus miradas de autosuficiencia.

—Para eso está la tarjeta de crédito —me recuerda—. Y siempre puedes acostarte en el sofá. Hasta luego.

Ni loca voy a dormir en el sofá, así que salgo tras él, y mira que me joroba comportarme como una cabeza hueca persiguiendo a un hombre que la trata mal; sin embargo, hasta lo agarro de un brazo para detenerlo.

—Te veo muy ansiosa de que llegue la noche —apunta el muy cretino y me aparta—. Tranquila, no te decepcionaré.

Está claro que no voy a conseguir nada. A Fran le divierte

tomarme el pelo y no va a parar hasta que me enfade de verdad, así que no me queda otra opción que mostrarme indiferente.

—Pero que muy ansiosa —ronroneo y él parpadea. Sin duda lo he descolocado. Perfecto, no siempre voy a estar yo en desventaja ante su falta de filtro verbal—. Y ahora, vayamos a esa granja que tanto te preocupa.

—¿Vas a ir de esta guisa? —inquiere señalando mi atuendo y yo asiento. Él resopla y se encoge de hombros antes de añadir—: Venga, sube.

A saber dónde me he metido.

Lo descubriremos enseguida.

Capítulo 5

Me joroba reconocer esto: Fran tenía razón.

Pero ni muerta lo admitiré en voz alta.

Me he dado cuenta en cuanto he puesto un pie en la granja. La zona administrativa es transitable, ningún peligro para mi calzado de marca; no obstante, la avería está localizada en el campo y eso significa tierra, barro y… sí, lo habéis adivinado: caca

Hasta aquí todo lo normal que puede considerarse una granja. En principio yo sólo tenía que quedarme quieta, sentada en la oficina como una buena chica, pero Fran me ha dirigido una de esas miradas que suenan a desafío y me he venido arriba.

Y sí, he sido la más tonta del grupo, pues en vez de mirar por dónde pisaba, me he comportado de forma altanera, soberbia, mirando incluso por encima del hombro a Ximena, la chica que se encarga de la administración, por llevar unas horribles botas verdes. Y, creedme, cuando digo horribles no os hacéis una idea.

Y, claro, con el disgusto de ver semejante calzado, he metido el pie, con sandalias de piel incluidas, donde estáis pensando. En el puto centro de una… No puedo ni decirlo, porque vuelvo a sentir arcadas.

El «chof» que se ha oído ha sido humillante y asqueroso para mí.

—Joder, pija —ha dicho Fran entre risas—, hasta voy a tener que darte las gracias por hacerme olvidar el lío que tenemos encima.

Así que, tras las risas mal contenidas de Ful, que resulta ser el veterinario, de Ximena y de Fran (el muy cabrón se ha desternillado de risa a mi costa y ni se ha molestado en disimular), me he visto obligada a retirarme junto a la administrativa para limpiar el desastre.

Aunque algo me dice que jamás podré dejar las sandalias en perfecto estado. A punto estoy de echarme a llorar, pues hasta he

llegado a pensar que es un reflejo de mi vida actual. Hundida en la… ya sabéis. Lástima, porque a saber cuándo podré comprarme otras sandalias como éstas.

—Son monísimas —dice Ximena, y yo, a pesar de que me pueden salir arrugas, tuerzo el gesto al ver cómo han quedado.

—Lo eran. Ya no volveré a ponérmelas —digo con pesar. Con mucho pesar—. Cada vez que las mire recordaré este incidente.

—¡Qué exagerada eres! —se burla ella, señalando mi sandalia, ahora ya limpia—. Anda, ponte estas deportivas, son mías.

Me pasa unas zapatillas negras, sin ninguna marca reconocida a la vista. No son nuevas, pero están en buen estado. Odio utilizar calzado usado, o, ya puestos, cualquier otra prenda, a no ser que se trate de alguna exclusiva, en ese caso podría hacer una excepción.

—No exagero y, créeme, me costaron una fortuna.

—Deben de costar, ¿cien euros? —sugiere Ximena y me atraganto.

—¿Unas Jimmy Choo por cien euros?

—En el mercadillo seguro que las encuentro por menos —afirma ella—. Pagar más es de idiotas, por muy, ¿cómo has dicho que se llaman?

Le repito el nombre y de paso le menciono que cuestan casi setecientos euros, sin salir de mi asombro pues la chica va sin una gota de maquillaje, con un peinado desfasado y ropa simplona, pero es guapa, podría sacarse mucho partido.

—Yo no pago esa barbaridad por unas sandalias.

—Merecen la pena —afirmo, y ella hace una mueca.

En fin, me conformaré con esto. Cuando llegue a la choza, me limpiaré de nuevo los pies, porque aquí me los he tenido que lavar con agua fría y unas toallitas.

Me calzo las deportivas sin marca y sí, son cómodas y están limpias, aunque me vienen un pelín grandes. Me las apañaré, porque no me queda otra, dudo que por estos lares encuentre un centro comercial decente y también dudo que pueda pagar con mi tarjeta de crédito. Sí, ya lo sé, podría pedírselo a Fran, a cuenta del trabajo que voy a hacer, sin embargo, mejor no le doy argumentos para seguir cachondeándose de mí.

—¿Cuánto llevas con Fran? —me pregunta Ximena, tras acercarme un refresco normal. Hubiera preferido uno bajo en

calorías—. No es mi intención malmeter, pero como las novias le duran menos que el agua en un cesto…

—Yo no soy la Irina de turno —digo y la chica me entiende a la primera.

—No aguanta tonterías y ellas, por mucho que le ruegan, no consiguen nada, de ahí que mi curiosidad sea comprensible.

—Qué bien le conoces —digo con retintín.

—Bueno, yo era una cría cuando Fran ya apuntaba maneras —me aclara.

—¿Tú y él…? —formulo la pregunta con cautela, aunque no sería nada extraño que el jefe se liase con una empleada.

—¿Con Fran? ¿Yo? ¡No, no he estado liada con él!

—Lo dices como si fuera un crimen —murmuro un tanto sorprendida por su vehemencia al negar mi suposición.

—En un pueblo pequeño cualquier desliz se convierte en la comidilla, así que ni loca iba a liarme con uno de aquí. Las locuras las hago fuera.

—Antes de que te montes películas, no estoy saliendo con Fran —asevero, con cara de asco ante semejante posibilidad.

—Qué raro, ¿no? Yo pensaba que iba medio en serio contigo, nunca trae a sus ligues a la casa, las manda a una fonda del pueblo de al lado.

—Lo he conocido hace poco, en la boda de su prima —explico y Ximena arquea una ceja—. No es lo que estás pensando, no tuve ningún lío con él.

—¿Y por qué no? —pregunta frunciendo el cejo—. A nadie le amarga un dulce.

—Me temo que, en el caso de tu jefe, acabaría empalagándome —afirmo con desdén.

—Pues más te vale entonces que lo digas alto y claro. Que llegue a oídos de Reme, porque si no puedes tener problemas…

—¿Quién es esa Reme?

—La hermana de Eleuterio, el farmacéutico.

—Ah, vale —murmuro, porque me he perdido y porque, la verdad, me importa un pimiento—. ¿Y?

—Pues que Fran y ella fueron novios hace tiempo, Creo que él no había cumplido los veinte. Todo el mundo decía que iban a casarse, pero…

No debería importarme la vida y milagros de Fran y ya empiezo a cansarme de que todos canten sus virtudes.

—No me dejes con la intriga —digo para que continúe hablando.

A ver, conocer a las novias de Fran me trae sin cuidado, sin embargo, cualquier cotilleo jugoso puede servirme con él.

—Verás, Fran no tenía ni un duro, vivía de alquiler con su madre y, bueno, al no tener padre y eso, pues no era el hijo predilecto del pueblo. Y Remedios, la hija del boticario, tenía posibles, por lo que su familia no veía con buenos ojos la relación.

—El clásico drama de la diferencia de clases a escala rural —apunto con ironía.

—No te burles, porque ella al final cedió a las presiones de sus padres y se casó con Estanislao, el dueño de una empresa de cementos.

Por estas tierras lo de elegir nombres para los niños es un horror, deberían hacérselo mirar. Estanislao, por favor, ¿no puede ir al Registro Civil y pedir un cambio de nombre? Yo lo haría sin dudarlo.

—Y Fran no se lo perdonó nunca —remato yo.

Ximena niega con la cabeza.

—Él lo entendió y se dedicó a trabajar de sol a sol para sacar adelante su negocio. El problema vino unos años después, cuando ella, harta de las palizas de su marido decidió separarse, con el drama que eso conlleva en una familia tradicional, y al volver al pueblo fue en busca de Fran. Ya no era un muerto de hambre y a la familia de Reme le parecía estupendo, pero claro, él la mandó a paseo.

—¡Qué peliculón!

—Y más teniendo en cuenta que Eleuterio y Fran son muy amigos, pues cuando el farmacéutico decidió salir del armario, todos lo señalaron y sólo unos pocos lo apoyamos, entre ellos mi jefe.

No, si al final Fran va a ser un dechado de virtudes.

—¿Y cuál es el problema ahora?

—Pues que Reme no lleva nada bien que Fran tenga sus líos. Y menos que los traiga al pueblo. Es una amargada y cuando alguna vez él ha traído aquí a alguna chica, le ha hecho la vida imposible.

—A quien hay que responsabilizar es a Fran, por no pararle los

pies a su exnovia —comento con toda lógica.

—Lo intenta, y ella, que es muy lista, le promete que no lo hará más, pero los celos la corroen y no para quieta.

—Pues gracias por avisarme —digo con indolencia, pues mi intención no es quedarme mucho tiempo por aquí y menos aún tener un lío con Fran. Se lo puede quedar la farmacéutica.

—De nada. Y ahora que ya estás lista para la vida rural, vamos a ver a los chicos. ¿Preparada?

Pues no, para nada. Así que me mentalizo. Ya no puedo hacer más el ridículo. Ahora, lo prometo, miraré muy bien por dónde piso.

—Yupi —digo, fingiendo entusiasmo.

Sigo a Ximena hasta donde está Fran, junto al veterinario y otro operario. El *shock* es instantáneo. Lo que lleven los demás me trae sin cuidado, pero ver a Fran con un mono de trabajo, al más puro estilo albañil, botas de plástico verde vómito, remangado y soltando alguna que otra obscenidad mientras ejerce de fontanero o de lo que sea ahí metido, me impresiona.

—Mañana mismo quiero aquí al de la empresa de mantenimiento. Me van a oír —refunfuña, mientras hace no sé qué con los tubos.

—¿Crees que este apaño aguantará? —pregunta Fulgencio con desconfianza—. La cinta americana es buena, pero no sé yo…

—Pues no queda más remedio. Los animales no se pueden quedar sin agua —contesta Fran incorporándose.

Se limpia las manos en un trapo y me mira durante un instante, sin duda extrañado de que me haya atrevido a acercarme.

—Mantendremos la presión de agua en el mínimo, para que no reviente ninguna tubería más —apunta el operario.

Una vez solucionada, o al menos parcheada la avería, regresamos a las oficinas. Se supone que he de enterarme un poco de qué va todo esto y así mañana, cuando ejerza como traductora, que no me pillen fuera de juego.

Fran no se muestra muy de acuerdo, porque me espeta:

—No hace falta que estudies el tema, con traducir sobra —y añade con la misma mala leche—: ¿Podrás hacerlo?

—Si quieres te firmo un acuerdo de confidencialidad —replico con sarcasmo.

Ximena y Fulgencio fingen revisar unos papeles, aunque no pierden ripio.

—Pues no estaría de más —dice Fran.

Allí, delante de todos, comienza a quitarse el mono de trabajo. Debajo lleva ropa, de ahí que no le importe hacerlo con público. Vuelve a ser el empresario *grunge* que viste con vaqueros rotos y camiseta deformada.

—Cuéntale por encima de qué va esto, para que no se líe —le pide a Ximena.

Su tono, como no podía ser de otro modo, es de gilipollas, como si mi cociente intelectual fuera el mínimo y necesitara que me explicaran las cosas al menos tres veces.

—¿Te vas? —pregunto, al ver que abre la puerta, porque lo menos que podía hacer es quedarse aquí conmigo.

—A tomar unas cañas con Ful, que hace tiempo que no charlamos.

Insistir en que se quede sólo serviría para que se pusiera más gallito, así que nada, indiferencia. Yo puedo con todo.

—Desde luego, qué relación más rara tenéis —comenta la administrativa, una vez que nos quedamos a solas.

Ximena me explica de forma muy eficiente qué se va a tratar en la reunión de mañana. No es la primera que tienen con la multinacional de alimentación, pero a diferencia de las anteriores, ésta se va a desarrollar fuera de los despachos pues los enviados de Caprice Food International quieren ver in situ la crianza del buey Kobe.

De llegar a buen término las negociaciones, no sólo venderán la producción, sino que la exportarán a nivel europeo y eso significa unos ingresos nada desdeñables. Todo tiene que estar perfecto, pues la multinacional es famosa por exigir unos estándares de calidad por encima de la media.

Asimilo toda la información. Me doy cuenta de que es la primera vez que voy a «trabajar» y entonces recuerdo un detalle, no he negociado mi sueldo. Y puesto que tengo delante de mí a la administrativa, no dudo en planteárselo.

Ximena se ríe y dice:

—Ya lo tenía contemplado. Fran me lo ha dicho.

—Ah, vale, genial —comento, aunque me hubiera gustado saber

la cantidad, pero no lo pregunto. Es de mala educación. En mi círculo social, una puede estar en la más absoluta ruina, como es mi caso, sin embargo, jamás se menciona el dinero.

—Y ahora, una vez hechos los deberes, vamos nosotras a tomarnos esa cervecita bien fría con los chicos, que nos la hemos ganado.

Pisar una taberna de pueblo no es ni mucho menos mi actividad favorita, pero es eso o quedarme más sola que la una. Una vez allí, el horror es completo, y ya me quedo sin palabras cuando nos sirven unos bocadillos.

Todos parecen llevarse a las mil maravillas y yo no encajo con ellos, pues hablan de sus cosas. Ximena, que está a mi lado, intenta que me integre, pero toda la situación es demasiado grotesca, así que me limito a beber y picotear algo de comida. No mucha ya que tengo serias dudas sobre su calidad.

—Si se acerca y nos cuenta un chiste —señala al tipo que está tras la barra—, ríete. Aunque te parezca horrible.

—Ah, vale —murmuro.

El grupo parece no tener prisa por abandonar la tasca, así que me sirven otra cerveza y otra. Por lo menos están fresquitas, así que entran con facilidad, pese a que yo no soy muy aficionada a esta bebida, pero cualquiera pide en este antro un cóctel.

Observo a Fran, que parece otro, mucho más relajado, junto a sus amigos no deja de sonreír y de hacer bromas. Se nos une Eleuterio, el marido de Fulgencio y yo, de verdad, no entiendo quién ha sido tan mala persona como para llamar así a dos niños.

Se lo pregunto a Ximena en voz baja y ella me explica que a veces se sigue la tradición de llamar al primogénito igual que al padre.

—Pues vaya putada —farfullo.

Creo que estoy un poco pedo.

Miento, voy bastante pedo.

Mis palabras llaman la atención de Fran, que frunce el cejo. Yo levanto mi jarra de cerveza y hago un brindis burlón, lo que por lo visto le sienta como una patada en los huevos, pues de repente deja de bromear con sus colegas. Se levanta, viene hacia mí y, sin muchos miramientos, me agarra de un brazo obligándome a ponerme de pie.

—Vamos, a dormir la mona, que mañana te necesito espabilada —masculla.

—Eh, eh, esas manos quietecitas, que sé andar sola —protesto.

Pero al darme la vuelta para abandonar la tasca con cierta dignidad, siento un mareo y termino cayéndome al suelo de forma poco elegante, es decir, de culo. Y, como pasa siempre, al intentar levantarme vuelvo a perder el equilibrio. Total, que termino siendo el centro de atención de la tasca.

¿Puede una encontrarse en una situación más humillante?

Va a ser que no. Yo, María del Pilar de la Vega Sañudo, en medio de un pueblo dejado de la mano de Dios, tirada en el suelo de una taberna cutre a rabiar y con ganas de ponerme a gritar de frustración, porque vaya día llevo.

—Agárrate —dice Fran tendiéndome la mano.

Disimula, bastante mal, por cierto, la risa. Como caballero andante salvador de damas, deja mucho que desear.

Pues no le voy a dar el gusto. Se me ha subido algo el alcohol a la cabeza, aunque no lo suficiente como para que no intente mantener un mínimo de dignidad. Recuerdo haber caminado con tacones y mucho más pedo, así que me agarro a una silla y poco a poco me pongo en pie.

—Voy al servicio, ahora vuelvo —digo.

—Acompáñala, por favor —le pide Fran a Ximena.

—¿Alguna vez vas a dejar de dar órdenes? —pregunto con sorna, porque me da que tanta preocupación es fingida—. Ya empieza a cansarme esa actitud tuya tan controladora.

Él se encoge de hombros y vuelve a sentarse con sus colegas.

—Venga, que yo también tengo que ir al aseo —dice Ximena y me da la sensación de que sólo intenta ser amable.

Resignada, me voy con ella a los aseos.

O eso creía yo…

Sólo hay una puerta, lo cual, para empezar, ya es sospechoso.

—¿Entro contigo? —inquiere Ximena y yo niego con la cabeza.

Empujo la puerta y busco a tientas el interruptor. Era mucho pedir que las luces se encendieran mediante un sensor. Cuando por fin consigo ver algo, me encuentro con… no sé ni cómo describirlo. Para empezar, no hay retrete, lo que habéis oído, no lo hay por ninguna parte. En el lugar donde se supone que debería estar, hay

una placa blanca, con un agujero en medio y, por si eso no fuera ya lo bastante surrealista, veo dos marcas a cada lado del agujero. Me inclino con cuidado y compruebo que no son marcas a secas, sino dos huellas de pies.

Y un olor a lejía barata que echa para atrás.

Cierro los ojos, esto es una pesadilla.

—¿Mapi, todo bien? —pregunta Ximena, llamando con los nudillos.

—Eso creo —respondo con voz débil, porque no puedo dar crédito.

Miro una vez más esa placa encastrada en el suelo y no sé si estoy pedo o me sale la vena graciosa, pero me recuerda la foto de las pisadas en la luna.

Si encajo todas las piezas, llego a la conclusión de que esa placa blanca es el váter, uno bastante primitivo y que sólo se puede utilizar en una posición.

Visualizo esa única posición posible y gimo, producto de la frustración. Cielo santo, ¿cómo he caído tan bajo?

¿Y si me aguanto hasta llegar a casa de Fran?

¿Este sistema está autorizado por la consejería de Sanidad?

La naturaleza pide paso y empiezo a desabrocharme el pantalón. A ver cómo me lo monto. Con cuidado de no tocar nada, o sólo lo imprescindible, porque, a buen seguro, en este antro las toallitas antibacterias son un lujo inalcanzable, coloco un pie en cada marca y, para no echarme a llorar, me mentalizo de que estoy en una clase de yoga y debo practicar una postura nueva.

Nunca he sido creyente, no obstante, estoy a punto de santiguarme.

Inspiro, me bajo el tanga. Allá vamos.

Prefiero no mirar hacia abajo, a ese agujero negro, y me concentro en hacer pis lo más rápido posible. Cuando por fin acabo, intento localizar el papel higiénico y… sí, ahí está, junto al lavabo. Colgado de una cuerda. Como os lo cuento. Soy flexible, pero no tanto como para llegar estirando el brazo.

—Mierda —farfullo.

Dejad de reíros, os lo pido por favor. Ya me siento lo bastante abochornada como para que encima os descojonéis a mi costa.

Me muevo lo imprescindible para alcanzar el rollo de papel

higiénico que habrá sobado medio pueblo y ya, al tacto, me temo lo peor. En efecto, es de muy mala calidad.

¿Es que es mucho pedir un papel higiénico decente de tres capas?

Puede parecer una estupidez, un capricho, pero no hay que escatimar en un producto tan importante. Pensad bien para qué lo utilizáis, qué parte de vuestro cuerpo entra en contacto con él, antes de llamarme pija.

Finalizada la tortura, me pongo en pie y siento un pequeño mareo. No quiero tocar con las manos la pared, no puede ser higiénico. Aun así, logro abrocharme los pantalones y lavarme las manos.

Cuando salgo, Ximena está esperándome con Fran al lado. Los dos con cara de preocupación.

—¿Ocurre algo? —les pregunto toda ufana.

—Hemos estado a punto de derribar la puerta.

—¿Por qué? —replico sin entender.

—Porque has tardado una eternidad —explica Ximena.

Les dedico una mirada altiva y vuelvo a la mesa donde hemos estado. Ahí sigue el bocadillo que me han pedido, al que doy un par de bocados.

—¡Otra ronda! —pide alguien a mi lado y de nuevo me encuentro una jarra de cerveza fresquita frente a mí.

—La siguiente corre de mi cuenta —exclamo animada; todos me sonríen y aplauden.

He hecho pis en un agujero, ya puedo decir que me he integrado en el ambiente.

Incluso termino riéndome con un chiste que nos cuenta el camarero.

Capítulo 6

Siento un punzante e insoportable dolor de cabeza. Todo me da vueltas.

Me froto las sienes en un vano intento de sentirme mejor. Voy a ser valiente y abrir los ojos. Todo está oscuro. Lo cual no me cuadra.

Hagamos un repaso rápido a ver si me centro.

Hotel de la boda. Viaje. Beso en medio de la carretera. Granja. Chof. Tasca del pueblo. Agujero negro. Bocadillo grasiento. Cerveza. Chiste malo. Más cerveza… La secuencia está más o menos clara y entre una cosa y la otra no serían más de las seis de la tarde. Teniendo en cuenta que en verano anochece tarde…

—Oh, joder, ¿cuánto llevo inconsciente? —me lamento en voz alta—. Y ya puestos, ¿dónde estoy?

¡Mecachis! Tengo que averiguarlo.

Me incorporo con cuidado, pues alguien me ha acostado y también me ha desnudado, pues veo que sólo llevo el tanga y el sujetador. ¿Quién ha sido el desalmado que me ha dejado el sostén puesto para dormir? Si se ha tomado la molestia de desnudarme, que sea consecuente y lo haga bien. Por favor, que luego me quedan marcas.

Aparto las sábanas de una patada. Cielo santo, me he metido en la cama de alguien. Pero ¿de quién?

Espera… que estoy empezando a atar cabos. Y esto no me va a gustar.

Porque algo me dice que conozco a quien duerme a pierna suelta a mi lado. No me hace falta encender la luz.

Joder…

Aún un poco confusa, me levanto y tanteo a ciegas hasta encontrar la puerta del baño. Me enfrento con ella, pues yo venga a empujar como una posesa hasta que me doy cuenta de que es

corredera.

Qué mal me encuentro.

Una vez dentro, enciendo la luz y… pego un grito de auténtico pavor.

Esa que se refleja en el espejo no soy yo, no puedo ser yo.

¿Habéis visto *El grito* de Munch?

¿Sí? Mejor, así me ahorro las explicaciones y me entendéis a la primera.

—¡¿Qué pasa?! —pregunta una voz nerviosa a mi espalda.

Horrorizada, me vuelvo y veo a Fran, casi desnudo, despeinado y con cara de sueño y preocupación.

—¡No me mires! —le grito, tapándome la cara.

—Pero ¿qué demonios te pasa? —insiste y noto que de verdad está preocupado.

—Mi cara —gimo . ¡Dios mío, parezco un mapache!

—¡Joder! —exclama—. ¿Has gritado como si estuvieras en peligro, sacándome de la cama acojonado por si te había pasado algo, sólo porque el maquillaje se te ha estropeado?

Típico de hombres, no entender nada y menos aún esforzarse por hacerlo.

—¡Nadie me ha visto nunca así! —me justifico, sin mostrarle la cara.

—Maldita sea, son las cinco de la madrugada. Me vuelvo a la cama —gruñe y se da media vuelta.

—¿Las cinco?

—¡Sí! —grita desde el dormitorio.

Salgo del baño y voy en busca de mi neceser. Intento esconder la cara, porque no hay nada más contraproducente que el hecho de que un hombre te vea de esta guisa. Siempre me he esforzado por salir de casa perfecta y, si bien la opinión de Fran me resbala, mejor evitar la situación. Es una de las lecciones que llevo grabada a fuego desde que tengo uso de razón y tuve mi primer estuche de maquillaje.

—Mi maletín de herramientas es más ligero —comenta Fran con ironía cuando me ve trastear en mi maleta.

Por lo visto, se ha desvelado y está sentado en la cama, con los brazos cruzados, luciendo pectorales.

El chico de campo y con modales cuestionables tiene tableta.

Cuidado, no os emocionéis. Yo no lo haré.

Por prudencia, paso por alto el numerito exhibicionista, no tengo tiempo para mirar, y me encierro en el baño, dispuesta a dejar mi cutis en perfecto estado. No llevo todos los productos que desearía, la primera razón es que, cuando viajo, no puedo llevármelos y la segunda, que, por desgracia, ya no me puedo comprar lo que quisiera. Y otra vez recurro a una muestra gratuita del limpiador facial de Vichy que me regalaron.

No debería hacerlo de forma brusca, pero quiero tener cuanto antes la piel limpia, así que, con una triste toallita y movimientos furiosos, me quito los restos de maquillaje. Quizá no lo entendáis, pero soy incapaz de irme a la cama con la cara sucia.

—Desde luego, mira que te gusta dar por el saco con tus pijadas —me espeta Fran cuando vuelvo al dormitorio.

—¿Quién me ha desnudado? —pregunto y me pongo una camiseta, porque no voy a alegrarle la vista.

—Yo, y lo mío me ha costado. Qué pesadita te pones cuando pimplas más de la cuenta. Te has caído relocha nada más salir del bar.

—¿Relocha?

—Redonda —me aclara.

—Vaya, si hasta sabes idiomas —me burlo.

—Anda, métete en la cama, que entre una tontería y otra no vas a descansar. Y los demás, con tanta pijotada, tampoco.

—¿Llamas pijotada a tener la piel limpia? —inquiero, sin salir de mi asombro ante semejante herejía.

—Si antes no te echaras toda esa mierda encima, no tendrías que quitártela después —alega y se queda tan pancho tras soltar esa estupidez.

—La ignorancia es atrevida —le espeto y lo dejo todo recogido junto a la maleta.

—Desde luego, porque estoy seguro de que tu cara te agradecería un descanso. ¿Has probado con agua y jabón?

—Tanta preocupación me conmueve —murmuro.

—Cuido de mis intereses.

—Deberías haber dormido en el sofá —le sugiero, y él niega con la cabeza.

—¿Te ha salido un sarpullido o algo por compartir la cama?

No le respondo. Me limito a taparme y enseguida él apaga la luz. No merece la pena discutir. Mejor descansar.

Oír sus risitas supongo que es el precio que voy a tener que pagar si quiero descansar en la cama en vez de en el sofá.

Debido a algún truco de magia o vete a saber qué, he logrado conciliar el sueño, a pesar de tener que compartir cama con un cromañón. Pese a los temores más lógicos, no ha roncado, ni ha dado patadas ni tampoco me ha robado las sábanas.

Y nada de rozarse accidentalmente.

Qué raro, los chulitos como él aprovechan cualquier excusa para tocar y éste nada nada nada. ¿No os parece raro? ¿Y si se trata de una nueva táctica? Sería lógico, hasta los más arrogantes se reciclan.

Mierda, a primera hora de la mañana y divagando. ¿Para qué perder el tiempo? Total, una vez que acabe aquí, no tengo por qué volver a verle. Sin embargo…

Confieso que tenía ciertas expectativas de que sucediera. Vale, sí, lo admito, quería que me tocase. Aunque no sé si con el propósito de enfadarme o de seguir adelante.

En fin, el machacón sonido del móvil me hace volver a la realidad. Estoy en un pueblucho, voy a trabajar, atención a esto: TRA-BA-JAR. Lo repetiré para asegurarme de que no se trata de una alucinación: TRA-BA-JAR, como intérprete y, para rematar, en un ambiente extraño (y puede que hostil, esto aún no lo tengo claro), pues seguro que todos, al verme, se van a acordar del ridículo que hice ayer. Bueno, los ridículos, porque aparte de meter el pie donde no debía, me cogí un buen pedo en la taberna, lo que resulta extraño, porque el bocadillo que me pusieron, si bien no me lo acabé, llevaba grasa a go-gó. Menos mal que de mis apuros en el aseo no hay testigos.

—Venga, que son las siete y media y necesitas una hora de chapa y pintura para estar lista. —Es la forma de Fran de darme los buenos días—. Te he traído el desayuno —añade, señalando la mesilla de noche.

Me siento en la cama. Admito que no esperaba un detalle de este calibre de su parte. Él está a medio vestir y en esta ocasión va de ejecutivo serio. Ese pantalón de vestir azul marino promete. Y la camisa a medio abrochar… «Mal, muy muy mal, no te fijes en eso.»

En fin, olvidémonos de él y desayunemos.

Me encuentro una bandeja que…

Un vaso de leche templada, sin nada. Un sobre de café soluble. Una simple magdalena. Bollería industrial, algo a lo que ni me acerco.

Eso es todo.

—¿No tienes hambre? —pregunta, metiéndose los faldones de la camisa dentro del pantalón.

—Si esto es una muestra de tu forma de tratar a las mujeres por la mañana, no me extraña que estés soltero —murmuro y cojo el sobre de café soluble, mirándolo con desconfianza.

—No has hecho nada especial para merecer un desayuno mejor —replica él con aire chulesco y apenas me dedica una mirada de reojo.

—¿Tanto presumir de Visa y no tienes presupuesto para una cafetera de cápsulas? —lo provoco sólo por placer, aunque sé que su situación financiera es, con diferencia, mucho mejor que la mía.

Vierto el café soluble en el vaso, porque intuyo que no hay más opciones en el menú del desayuno. Qué tiempos aquellos en los que tenía a mi disposición un surtido de cápsulas de café y tardaba cinco minutos en decidirme, aunque la mayoría de las veces elegía la misma, la de Q77+ colágeno.

—Insisto, levántate, tenemos prisa —dice serio—. Tienes que arreglarte, aunque por mí puedes ir con la cara lavada y punto.

—No pienso salir a la calle sin maquillar —afirmo y él se encoge de hombros.

Hagamos aquí un inciso al tiempo que disuelvo el café despacio con la cucharilla.

Observar a un hombre arreglarse siempre tiene un componente erótico muy difícil de pasar por alto. Supongo que a ellos les ocurre igual con nosotras. Hay detalles que resultan atractivos, pues cuando sólo ves el resultado final, no puedes apreciarlos. Por ejemplo, cómo se abrocha el último botón de la camisa. Si lo hace con rapidez y sin mirarse al espejo es que está acostumbrado a llevar corbata. Si, por el contrario, pone mala cara y debe concentrarse, es evidente que el atuendo formal le molesta. Fran es de esta segunda clase. Frunce el cejo, gira la cabeza y no acierta a la primera.

Podría ayudarle, ¿verdad? Pues va listo, que se las apañe; además, mejor no acercarme y tocarlo.

Se da cuenta de que no le quito el ojo de encima y disimulo, pero es lógico que lo mire, su retaguardia no está nada mal. Esos pantalones le hacen un culo que, bueno… En fin, bebo medio vaso de leche, porque seguro que ni es desnatada ni nada, y me levanto.

—No te olvides la caja de las herramientas —me espeta, refiriéndose al neceser.

—Al final me vas a predisponer en tu contra —le digo con voz dulce y él, que no parece tener un pelo de tonto, entiende a la primera por dónde voy, antes de que añada—: Tú verás cómo te interesa que llegue a esa importantísima reunión.

—Cariño mío, por favor, tómate el tiempo que necesites para realzar tu belleza natural —dice con un tono de voz amable, relajado, amoroso y sarcástico, que no soy tonta.

Aun así, agradezco el detalle.

—Así está mucho mejor —replico y me voy al cuarto de baño.

Para darle en todos los dientes, aparezco media hora más tarde arreglada y lista. Fran me mira de arriba abajo y yo poso orgullosa con el *outfit* elegido. Siempre, escuchadme bien, siempre, hay que llevar un pantalón negro de vestir y una blusa blanca de corte masculino. Nunca falla y si lo combinas con unos zapatos de salón, nadie puede poner un solo reparo al conjunto.

Peinada con una coleta baja, recogido clásico, maquillaje suave y lista para lo que sea, mi aspecto en cien por cien profesional.

—¿Nos vamos? —pregunto e inspiro, porque, oye, con ese traje y, ojo al dato, chaleco incluido, Fran está de hummmm o más.

Muy pocos hombres se atreven con el chaleco. La explicación más sencilla es que les marca la barriga cervecera; sin embargo, Fran, que lo he visto yo sólo con unos bóxers, no tiene de eso. Nada de nada, creedme.

Nos montanos en el Lexus y en poco más de diez minutos estamos en las oficinas. Ximena está ya lista. La chica se ha esforzado; no obstante, le falta estilo. Ese vestido de punto le está grande y las sandalias planas quedan fuera de lugar. Ni una gota de maquillaje y un pelo con ondas naturales, es decir, de las que salen cuando te dejas secar el pelo al aire. Da la sensación de encrespado y, por tanto, de descuidado. Debería utilizar un producto que alisara

un poco o hacerse un recogido sencillo.

—¿Me acompañas un momento al baño? —le pido y ella, siempre servicial, sonríe y asiente.

Una vez parapetadas tras la puerta del aseo, saco del bolso el pequeño estuche de emergencias para retoques y ella frunce el cejo.

—Vas perfecta, ¿para qué te vas a arreglar? —pregunta toda ingenuidad.

Muevo la brocha del colorete delante de su cara y digo.

—Cierra los ojos. Sólo serán diez minutos…

Ximena se ha resistido, pero al final, cuando se ha visto en el espejo, ha sonreído y me ha abrazado emocionada. Y ya la prueba definitiva ha sido cuando hemos regresado a la sala de reuniones (estoy siendo sarcástica, pues es una habitación pintada de blanco con una mesa y seis sillas) y los chicos, Fran y Fulgencio, la han mirado de una forma muy elocuente.

El dueño del cotarro arquea una ceja al cruzar la mirada conmigo y yo me limito a sonreírle.

Como aún falta media hora para que lleguen los enviados de Caprice Food International, Fran aprovecha para repasar algunos asuntos. Tanto él como el veterinario comentan aspectos relativos a los animales. Es evidente que están nerviosos, se la juegan y lo saben.

Desde luego, el Fran profesional no bromea, nada que ver con el que se toma unas cañas en la tasca del pueblo. Lo observo todo el rato, se comporta con seguridad, da su opinión, no avasalla, escucha…

Otro hummmm de los grandes.

Traje y actitud de ejecutivo. Jopeta, me está desmontando el mito de tipo chulesco e inaguantable.

Yo, a pesar de que no me juego nada, también estoy impaciente, así que le pido al jefe (no voy a molestar a Ximena o a Ful) que me prepare una tila. Fran me fulmina con la mirada, pero accede, pues sabe que le conviene tenerme contenta.

Cuando Ximena anuncia que ya están aquí, todos cruzamos los dedos…

—¡Joder, pija, eres la puta hostia! —exclama Fran totalmente acelerado, con una sonrisa de oreja a oreja.

Acabamos de llegar a la casa y/o choza, tras pasar el día

soportando los cientos de preguntas de dos tipos quisquillosos, que me han hecho sudar la gota gorda, pues a la presión de hablar en inglés se ha añadido la de Fran explicándome no sé cuántas pijadas sobre su maldita granja. Un doble esfuerzo, primero enterarme yo y después traducirlo. Sin olvidarme de nada, tomando notas de manera frenética y todo bajo la atenta mirada de Fran, un desafío extra, porque me daba la sensación de que esperaba que la cagase.

Y viceversa, porque hay que ver qué cuestiones planteaban esa gente, sólo les ha faltado preguntar el color de la caca de los animales. Aunque mira, para responder a eso no me habría hecho falta que Fran me ayudase.

Ayer hice un máster en caca, no hay nadie que me supere en ese tema; nótese la ironía.

—¿Acaso lo dudabas? —replico orgullosa mientras me descalzo, porque tantas horas con unos zapatos de tacón, por muy de salón que sean, siempre cansan.

—Tenemos que celebrarlo, y por todo lo alto —añade Fran exultante y esa mirada que me ha echado me inquieta un poco.

Llamadme exagerada si queréis, pero no sé, no sé…

Desde luego, no es para menos, pues todo ha ido a pedir de boca. Aún no es definitivo, aunque al terminar la reunión y marcharse los enviados de Caprice Food International, Fran y sus colegas han dicho que casi al noventa por ciento está el trato cerrado. Mucho se tienen que torcer las cosas para que no salga adelante el negocio.

Tira la chaqueta, el chaleco y la corbata de cualquier manera sobre el sofá y, oye, cómo me pone verlo así, tan suelto, tan alegre y tan poco borde. Me muerdo el labio mientras le miro el culo, pues está de espaldas, sacando algo de beber de la nevera.

¿Y si mando mis prejuicios a paseo y me doy una alegría, que buena falta me hace?

Ay, que me pierdo.

Ay, que me quiero perder.

—Toma, y bebe despacio, que luego tengo que cargar contigo como un peso muerto cuando te emborrachas.

Zas, jarra de agua helada. Con este tío no hay manera.

—¿Me estás llamando gorda? —pregunto y él, que sabe que es una trampa en toda regla, se ríe.

—No puedes negar que tienes un trasero…

—Gracias —lo interrumpo, aceptando el botellín de cerveza—. Aunque empiezo a pensar que tienes algo en contra de los vasos, porque siempre bebes a morro.

—Deja de ser estirada por un día —sugiere, dando un buen trago a su bebida y acercándose más de lo que me conviene—. Y divirtámonos.

¿Soy yo o ese tono que ha usado ha sido seductor?

—No creo que tú y yo entendamos del mismo modo la palabra «divertirse» —alego y sí, me habéis pillado, estoy mareando la perdiz.

—Sé que eres una pija recalcitrante, pero si me esfuerzo un poco y te desnudo, seguro que hasta terminas divirtiéndote —afirma inclinándose más.

—Ya me has visto casi desnuda —le recuerdo y me doy cuenta de que ha sido un error táctico, pues esboza una sonrisa un tanto engreída.

—Eso no cuenta. Deberías desnudarte a plena luz del día, incluido el maquillaje, anoche yo tampoco estaba muy católico.

¿Me lanzo yo y lo descoloco o dejo que todo suceda de forma tradicional, no vaya a ser que el chico se asuste?

Me lanzo.

No, mejor me comporto como una chica tradicional.

Hummm…

Qué coño, me lanzo.

Está a tiro, así que dejo el botellín a un lado y después le agarro la camisa. Ese gesto, lejos de molestarle, hace que sonría de medio lado, interrogándome con la mirada, retándome incluso a que sea más atrevida.

Me he quitado los zapatos así que tengo que ponerme de puntillas. Me resulta un poco raro que Fran, tan chulo, se deje hacer, pero eso ahora me trae sin cuidado, no estoy yo para reflexionar nada.

Acerco mis labios a los suyos con intención de seducirlo despacio, tentarlo, sin embargo, en cuanto lo beso, me agarra del culo y me lo aprieta como un poseso, y no sólo eso, también me pega a su cuerpo.

Bueno, al menos besa bien.

Eso ya lo sabía.

No sé cuál de los dos gime primero. ¿Eso qué importa? Tiro de su camisa y le saco los faldones del pantalón, lo que me permite colar las manos por debajo y acariciarle el estómago. No, no tiene barriguita cervecera, por si alguien albergaba dudas.

Fran me desabrocha la blusa, lo hace con impaciencia, aunque no falla, es preciso y, en cuanto acaba de soltar el último botón, la abre para emitir un silbido muy elocuente.

—Joder, pija, el sujetador balconet te hace unas tetas impresionantes —asevera, antes de poner sus manos sobre mis pechos.

—¿Cómo es que sabes tanto de sujetadores? —me veo obligada a preguntar.

Fran tuerce el gesto antes de contestar:

—Me he gastado una fortuna en lencería femenina, algo se aprende, quieras o no. —Aparta una copa y se inclina para chuparme un pezón—. Anoche, mientras te desnudaba, lo pasé francamente mal —confiesa entre lametón y lametón.

—¿Te aprovechaste de mí? —inquiero, fingiendo indignación.

—Estabas comatosa, ni te habrías enterado, y eso le quita toda la gracia. Eso sí, admito que no cerré los ojos. Aunque no lo disfruté, palabra.

Arqueo la espalda para que mi delantera quede bien expuesta y Fran me acaricia, bueno, me manosea, de forma grosera. Muy bien, ahora es mi turno.

Le clavo las uñas en el vientre lo imprescindible para hacerlo sisear y después voy a por su cinturón. Lo hago sin titubear, pues sé que a los tíos eso los pone cardíacos, lo que no les gusta tanto es que frenes en el último segundo y los dejes ahí, a la espera.

En efecto, Fran gruñe cuando, en vez de meter la mano dentro del pantalón y agarrarle la polla, me limito a sobarle un poco el culo por encima de la tela, algo que los impacienta mucho más.

—¿Te conformas con eso? —pregunta entre beso y beso, pues a la menor oportunidad me devora la boca.

Y besa bien, mecachis, ha debido de leerse el manual de besos perfectos.

—Hummm, sí —replico, con la única y malsana intención de provocarlo.

—Tú verás —ronronea, antes de darme un buen azote en el trasero.

La fase de magreo está muy avanzada y ya estoy excitada, lo suficiente como para dar un paso más. Ahora es mi turno de desabrocharle la camisa. Fran se aparta lo imprescindible, pues se lo está pasando en grande con mi delantera. Y yo también, hacía mucho que nadie le dedicaba tanto tiempo a mis pezones.

—¿Cómo quieres hacerlo?

—¿Desde cuándo un «empotrador» nato pregunta? —replico y Fran se aparta para mirarme con una ceja arqueada.

—¿Eso es lo que quieres, que te folle aquí mismo, sobre la encimera? —inquiere y detecto cierta perplejidad.

—Sí —afirmo con convicción.

—No sabía yo que a las pijas les iba este rollo. Creía que preferían una cama, sábanas suaves y música empalagosa —se guasea—. Aunque no me importaría tumbarte en la cama, separarte las piernas y ver este par de tetas moverse mientras embisto.

—¿Con música empalagosa y todo? —repito riéndome.

—Joder, no me vaciles. ¿Encimera entonces?

—Por supuesto —contesto segura.

—Como quieras…

Mi blusa sale volando y enseguida la emprende con mis pantalones. Se arrodilla para bajármelos, al mismo tiempo que el tanga. Y luego, en vez de incorporarse para meternos en faena, se queda embobado mirándome la entrepierna.

—Tiene que doler una barbaridad cada vez que te depilas —comenta, acariciándome el pubis rasurado.

—Me hice el láser, nada de sufrir innecesariamente cada quince días para tenerlo perfecto.

Me da un sonoro beso, otro, otro y otro mientras separo las piernas y recorre con sus labios el interior del muslo hasta hacerme jadear y arquear todo el cuerpo. Entonces, cuando sabe que me tiene cardíaca, se pone en pie y va a por mi boca, para volver a devorármela.

—Qué prácticas sois las pijas —musita, tocándome el pubis sin rastro de vello.

Debería enfadarme por llamarme pija una y otra vez, no obstante, me da la sensación que ya no lo hace de forma despectiva.

Bueno, lo dejaré pasar porque sus manos están poniéndome muy cachonda.

Qué bien me toca, cuánto me excita, que precisión. Jopeta, que no es uno de esos tipos que sólo soban por encima y punto.

—Supongo que un *machoman* como tú tiene siempre condones a mano.

—La duda ofende —dice entre beso y beso.

Saca la cartera del bolsillo trasero del pantalón y deja tres sobre la encimera.

Yo voy a por su pantalón, ahora sí tengo intención de meterle mano. Lo hago despacio, sólo para atormentarlo, tanteando por encima de los bóxers.

—Hummm… —musito y hasta le pongo morritos—. ¿Todo esto es para mí?

—Tú verás cuánto necesitas.

—Eres arrogante hasta cuando vas a echar un polvo —le digo, antes de darle un buen apretón y él gruñe—. Espero que esto no se desinfle antes de tiempo.

—Joder, cómo te gusta tocarme los cojones.

—Aún no te los he tocado lo suficiente —replico, antes de apartar la ropa, bajarle los pantalones y dejárselos por debajo del culo.

Lo miro a los ojos y estiro la mano hasta localizar un condón. Abro el estuche con los dientes, dejándolo pasmado.

—¿Quieres hacer los honores?

—No, prefiero que los hagas tú, así me tocas un poco la polla, que parece que te cuesta.

—¡Qué idiota eres! —exclamo riéndome, porque ha hablado en falsete.

Fran, una vez con el condón puesto, me sube sin mucho esfuerzo a la encimera y se sitúa entre mis muslos. Con su altura y mi flexibilidad no creo que haya problemas.

—Allá vamos… ¿fuerte o suave?

—No hagas tantas preguntas —murmuro y le rodeo la cintura con las piernas—. Y sé todo lo contundente que seas capaz.

—Pide por esa boquita… —jadea cuando está a punto de penetrarme.

Roza mi sexo, empuja, pero no entra. Se recrea excitándome más

de lo necesario. Le muerdo el labio inferior antes de besarlo con lengua, con mucha lengua, y acierto a decir entre gemidos:

—Saca ese lado primitivo del que tanto presumes…

Capítulo 7

Debe de ser el aire del campo o algo que echan en el agua, pues he dormido como un bebé. De un tirón. Bueno, seré sincera, también tiene mucho que ver que antes de caer «relocha», como dicen por aquí, echara dos buenos polvos.

Ya ni me acordaba de lo que era follar mucho y bien.

El primero sobre la encimera de la cocina. Mereció la pena que se me enfriara el culo en el mármol. Vaya que sí. Yo, sujetándome como podía a sus hombros, mientras él embestía como un poseso. Las clases de pilates son fundamentales para estos casos, os lo aseguro. No echéis un polvo en plan bruto si no habéis fortalecido vuestros músculos pélvicos y eso sólo se logra con el pilates.

Aparte de embestir como un poseso, sin perder fuelle, consiguiendo que en cada envite gimiera y disfrutara como no recordaba, Fran se las ingenió para que sus manos estuvieran en otras partes de mi cuerpo. Partes clave, por supuesto. Qué manera de acariciarme, de atender mis pezones hasta dejarlos sensibles y con ganas de más.

Oh, sí.

El segundo… Oh, joder… Este hombre puede que sea arrogante, pero cuando, tras correrme en la cocina y dejarme apenas unos minutos para recuperarme, se quitó del todo los pantalones, me cogió en volandas y me llevó a la cama, me derretí. Una vez allí, tal como me había pedido, hizo que lo montara a base de bien para ver mis tetas en acción.

Y a las habilidades táctiles demostradas en la encimera, sumó un vocabulario de lo más explícito, que funcionó, pues mi mente no dejó de procesar cada palabra. Podría decirse que también se folló mi cerebro y os aseguro que muy pocos tíos consiguen algo así. La explicación es simple y me entenderéis a la primera, la mayoría ni se esfuerzan.

Sí, ya lo sé, lo he criticado sin piedad y ahora voy a estar en deuda con él.

Desde luego, una no se percata de cuánto necesita un buen polvo (o dos) para sentirse viva.

Me estiro en la cama. Él sigue dormido como un tronco a mi espalda. Creo que hoy nadie me preparará el desayuno. En fin, creo que podré subsistir sin el vaso de leche.

Aprovecho para escabullirme al aseo y llevar a cabo mi rutina diaria de limpieza, porque ni el mejor sexo experimentado en mucho tiempo debe apartarme del buen camino, y cuando regreso me quedo mirándole el culo. Uno de los buenos. No creo que se entere, así que saco el móvil del bolso y le hago una foto. Y como hace tiempo que no comparto nada con las chicas, la mando a nuestro grupo.

No escribo nada, que Gema y Sun elucubren.

Sonrío, a ver qué responden.

Mientras aguardo a que Gema (que está de luna de miel y a lo mejor busca un ratito) o Sun (que trabaja muchas horas, pero hace huecos en horario laboral) escriban algo se me ocurre una maldad, así que dejo el móvil a mano sobre la mesita de noche.

Para mi sorpresa, la primera en escribir es la recién casada.

Gema: Oh, oh, oh, qué culito.
Más detalles, please.

Yo: ¿Qué haces a estas horas con el móvil en vez de hincarle el diente a tu marido?

Gema: Ya os contaré.

Sun: Hola, hola. ¿A quién pertenece esa retaguardia? Ñam, Ñam.

Gema: ¿Ñam, Ñam? ¿Esa expresión no es un poco vulgar para ti?

Sun: Calla y deja que Mapi nos explique dónde ha estado metida. Y con quién.

Yo: Por fin, después de bastantes desengaños, he conseguido un tío que sabe follar.

Gema: Mierda. ¡Creo que he perdido la apuesta!

Sun: ¿Qué apuesta?

Yo: ¿Qué apuesta?

Gema: Sé dónde estás, conozco ese dormitorio.

Sun: ¡¿Te has tirado a un ex de Gema?!

Yo: ¿Eh? ¡No! ¿Por quién me tomas?

Gema: La pregunta es lógica, te follaste al marido de Sun.

Yo: Cómo te gusta echar sal en la herida.

Sun: Quiero saber con quién estás, olvidaos ahora del pasado.

Gema: Con mi primo.

Sun: ¿Perdona?

Gema: Le debo una mariscada. Se la apostó a que era capaz de llevarte al huerto antes de una semana.

Miro al susodicho, que duerme a pierna suelta, y ni siquiera contemplar su desnudez frena mi cabreo. No me hace gracia ser objeto de una apuesta.

Yo: La madre que lo parió.

Gema: No se lo tengas en cuenta, acabas de decir que ha estado bien.

Sun: Eso es cierto, acabas de admitir que hacía mucho que no echabas un polvo decente. ¿Qué más da?

Gema: Fran es un buen tío.

Sun: No hace falta que te cases con él.

Yo: Muy graciosas las dos.

Sun: Quédate con lo bueno.

Gema: Siempre dices que para un paseo cualquier bicicleta es buena.

Sun: ¡Da todos los paseos que quieras!

Yo: Sois unas liantas.

Gema: Pásalo bien. Ya nos contarás.
Y no mandes más fotos del culo de mi primo.

Sun: ¡Aprovecha bien la bicicleta!
Y mándame a mí las fotos de su culo.

Dejo de chatear con las chicas y esbozo una sonrisa. Tienen razón, ¿de qué me serviría enfurruñarme? A ver, si se tratara de un rollo serio, sí, desde luego tendría derecho a exigirle una explicación, pero no es el caso, así que guardaré la información, porque en algún momento dado puede serme útil.

El ganador de la apuesta (de la que conoceré más detalles en cuanto hable con Gema) parece a punto de despertarse. Veamos de qué humor lo hace.

Fran se da la vuelta despacio y se frota la cara. Yo me preparo para recrearme la vista y, sí, me la voy a recrear.

—Deja de mirarme la polla y chúpamela —dice sin abrir los ojos.

—Estaba esperando ese desayuno tan fantástico con el que obsequias a tus visitas.

—Déjate de bobadas, que anoche, entre una cosa y otra, se te olvidó sacarle punta al lápiz —añade y, la verdad, termino riéndome ante semejante eufemismo.

Me acerco despacio y él me mira con interés.

—Eres tan romántico —me burlo, pasando una mano por su pecho hasta detenerme ahí, justo ahí, para ni siquiera rozarle la polla, lo que lo joroba bastante y, por supuesto, hace que proteste.

—Me la puedes chupar con todo el romanticismo del mundo; no me quejaré, te lo prometo.

Sonrío de medio lado. Empiezo a ver cierta gracia en sus réplicas. Puede que sean anticuadas y arrogantes, pero para eso estoy yo, para pararle los pies. Así que cambio de posición y me

coloco de tal forma que crea que soy una chica obediente.

Me humedezco los labios.

Él inspira hondo.

Me aparto el pelo hacia un lado.

Fran, expectante, se incorpora a medias sobre los codos, sin duda con la esperanza de tener unas vistas espectaculares.

Y yo, adoptando una actitud de lo más frívola, comienzo a meneársela. Él inspira hondo ante el contacto. Lo miro a los ojos, eso siempre les gusta y a veces hasta los intimida. Fran no es de estos últimos, pues parece encantado.

Cuando sé que lo tengo en mis manos (no sólo literalmente), me aparto.

—Eh, pija, me parece que no tienes ni pajolera idea de cómo va esto —protesta en tono de broma, sin duda con la intención de provocarme—. Te lo puedo explicar, si quieres, punto por punto. Paso uno, abrir la boca…

—No, gracias —contesto con autosuficiencia.

—Arriba… abajo… apretar… sacudir un poco… —continúa con guasa.

—Antes, saldemos cuentas —le espeto y le doy la espalda, así se recrea con mi retaguardia, que muchas sentadillas me ha costado tenerla perfecta, y saco la tarjeta de crédito de mi cartera para agitarla delante de sus narices.

Fran se echa a reír a carcajadas y me quita la tarjeta.

—A ver, admito que debe de ser la hostia ganar dinero follando, y mucho más divertido que conducir durante catorce horas, pero querida, llegas un poco tarde, ahora no necesito ingresos extra —replica, aunque por lo visto tiene cuerda para rato, porque añade con mala leche—: ¿Tienes saldo?

—Para un polvo cutre, sí —respondo disimulando la risa, porque el jodido sabe darle la vuelta a la tortilla.

—Dejemos las transacciones económicas para otro momento y haz algo con ese par de tetas.

—¿Por ejemplo? —pregunto y él traga saliva cuando me las sujeto con las manos.

Baja la vista hacia su erección.

Adopto una postura sugerente. Me muevo con lentitud para crear expectación, hasta quedar a cuatro patas con la espalda bien

arqueada y me desplazo hacia atrás, a gatas, disfrutando al ser consciente de que no se pierde ni uno de mis gestos. Me humedezco los labios despacio, tanto que noto su tensión.

—¿Es la primera vez que ves una? —bromea.

—Pues sí —miento y pongo morritos—. Y no sé muy bien qué hacer…

—Tú abre la boca y ya vamos viendo —me anima.

—¿Me la tengo que meter entera? —Vacilarle no tiene precio.

—A ser posible.

—Está bien, me esforzaré —musito como si fuera una cabeza hueca.

—Empieza —dice en voz baja, con un tono que me provoca un escalofrío. Jopeta, que aún no me ha tocado y ya me he puesto cachonda.

Como si fuera una novata en estas lides, me acerco y saco la lengua para recorrer la punta. Soplo, pongo cara de chica inocente. Fran sisea y aprieta los puños. Yo ronroneo y abarco un poco más, succiono y retrocedo.

—Joder, qué mal lo haces —protesta e intuyo que sólo es para provocarme.

Hacer una mamada no es lo que más nos gusta a las mujeres, si aceptamos es porque esperamos reciprocidad y, bueno, anoche el chico se comportó, así que hay que mentalizarse, buscar una postura cómoda y algún tipo de aliciente extra para que toda la felación resulte más llevadera.

Cambio de postura de tal forma que su muslo queda a la altura de mi sexo y de esa forma puedo frotarme con él, que una también quiere pasárselo bien. Y, por supuesto, controlar la profundidad. Un inciso, ¿me la puedo meter entera? Pues claro, pero atención, chicos, ¡no nos gusta tener arcadas! Y borrad ya del imaginario sexual eso de que atragantar a la chica es sexy. No lo es.

Fran capta la idea y, lejos de importarle, se acopla mejor y de esa manera consigo bajar la cabeza hasta meterme su polla por completo, pero sin sufrir las antieróticas arcadas.

—¡Qué puta pasada! —gruñe y a duras penas controla las ganas de alzar las caderas

—Ops, pues sí que me cabe. —canturreo cual niñata frívola.

—Qué boca tienes, pija —jadea—. Qué boca…

Puedo ser mala e ir despacio hasta que me suplique o muy mala y hacerlo fatal. Creo que combinaré las dos posibilidades.

Fran gime, suelta palabrotas, algunas incoherentes mientras continúo chupándosela de pésima manera. Aunque por lo visto no le importa mucho, pues no deja de gemir y de alzar las caderas para follarme la boca.

Yo lo freno y entonces gruñe, sin duda molesto por mi fingida ineptitud, pero ¿y lo bien que me lo estoy pasando atormentándole?

—Pija, joder, deja de tocarme huevos y chupa de una puta vez —exige.

—¿No hay que tocarlos? —replico y paso la lengua justo por ahí, por sus pelotas, y con eso logro que sisee de gusto.

—Parece que vas aprendiendo —murmura.

Y, bueno, creo que ya va comprendiendo cómo funciona esto. Si me toca las narices y me chincha más de lo prudente, yo no obedezco.

Vuelvo a chupársela, ahora con más precisión, apretando con los labios, rozándole ligeramente con los dientes. Jugando con la lengua justo en la punta…

Está muy cerca de correrse, y yo también, así que además de utilizar la boca, añado una mano y le acaricio las pelotas o se las aprieto, lo que me apetece. Y parece gustarle, pues aumenta la intensidad de sus gemidos.

—Sigue, sí, ahí, joder, qué bueno, qué boca, hasta el fondo…

Desde luego, qué expresivo es este hombre, aunque no me extraña, pues dejando a un lado algún que otro despiste, me está saliendo una faena de primera.

Fran se agita, me tira del pelo, alza las caderas, mueve la pierna para que yo no me quede a medias… Inspiro por la nariz, estoy a punto de caramelo y gimo fuerte, sin soltar su polla hasta que me corro.

Él apenas tarda un minuto en unirse a mí.

No hago aspavientos, trago y punto. Eso lo complace, de ahí su expresión:

—¡La rehostia! —exclama al alcanzar el clímax.

Suelto su erección. Cambio de postura hasta poder juntar las piernas y me recuesto sobre su estómago. Los párpados me pesan. Estoy demasiado satisfecha como para decir nada, prefiero

recrearme en el placer que acabo de experimentar. Y a él debe de ocurrirle lo mismo, pues me acaricia el pelo de forma distraída. Un movimiento un tanto hipnótico, que me relaja hasta casi quedarme dormida.

Cuando abro los ojos me doy cuenta de que sí, en efecto, me he dormido y, oh, joder, al despegarme de su estómago noto que… mierda, se me ha escapado un hililllo de baba.

Intento disimular, dejando que el pelo me cubra la cara, pero algo me dice que ya es tarde, Fran se ha percatado de ello y disimula, bastante mal, por cierto, una sonrisilla.

—Tranquila, eso le pasa a todo el mundo.

A mí no, pienso avergonzada, y me aparto para escabullirme, pero él me sujeta y hace que me tumbe de espaldas para colocarse con rapidez encima, bloqueando cualquier intento de escapatoria.

—Suéltame, tengo que ir al aseo.

—No seas tan finolis conmigo —murmura cerca de mis labios.

—Aparta…

—Me la has chupado, no hace falta andarse ahora con remilgos.

No se conforma con tenerme inmovilizada, sino que acorta distancias y me besa.

Intento mantener la boca cerrada, no corresponderle, con la vaga esperanza de que desista, sin embargo, no se rinde y al final separo los labios y me muestro más receptiva de lo que debería. Tanto que incluso jadeo, ya que una curiosa mano empieza a enredar entre mis muslos.

Y me encuentra húmeda; mal que me pese.

Aunque decir «chorreando» sería más acertado y debería remontarme mucho tiempo atrás para recordar cuándo me he encontrado así.

No pensaba yo que tras la noche que hemos tenido y el despertar, tendría ganas de otro asalto, no obstante, siento que sí, que la excitación crece, que tengo ganas, que no me importa que Fran se esté comportando como un tipo arrogante que se impone debido a su fuerza física.

Supongo que me pone cachonda porque llevo a cuestas una lista demasiado larga de incompetentes. Aprovechemos y ahora que por fin aparece un hombre que sabe lo que se hace, pues nada, a follar hasta que me aburra o hasta que tenga agujetas.

—Voy a follarte hasta que se me caiga la polla a trozos…

Él ha sido más elocuente que yo a la hora de poner límite.

Tras dejar claro que desea lo mismo que yo, estira el brazo y agarra el condón que aún queda sin abrir. Apoyándose sobre un codo, maniobra para colocárselo y suelta un «joder» cuando, debido a la impaciencia, no atina.

—¿No has oído eso de vísteme despacio que tengo prisa? —pregunto con guasa.

—Muy graciosa. En vez de decir estupideces, colabora un poquito, guapa —me sugiere, y yo, que cuando me conviene soy una chica obediente, lo empujo para que se tumbe boca arriba y le coloco el preservativo a mi manera. Que si deslizo la mano, que si aprieto un poquito, que si sonrío y él pone los ojos en blanco…

—Cómo te gusta dar por el saco —murmura y podría parecer que está molesto, pero no, su tono es divertido.

—Listo.

—Pues ya que sabes hacerlo todo tan bien… —me da un azote en el culo—, cúrratelo.

Otro desafío y, lo reconozco, me encanta y también me sorprende, pues en teoría a los hombres como Fran les gusta llevar la voz cantante, por lo que es raro que no se me eche otra vez encima para demostrar quién manda.

—¿No vas a tumbarme de espaldas y a ejercer tú de macho dominante? —le pregunto con ironía.

—Yo nunca le niego a una mujer el control, pija. Y con tal de ver tus tetas en acción a plena luz del día, por mí como si me atas a la cama.

—Ah, vale —murmuro sorprendida, porque no esperaba una actitud tan sumisa.

Me coloco encima y él estira inmediatamente los brazos hasta llegar a mis pechos. Los estruja y yo no pierdo el tiempo. Gimo a medida que me dejo caer hasta tenerlo bien adentro.

—Un día de éstos tengo que correrme en estas tetas.

Fran tensa la mandíbula y arquea la pelvis, como si quisiera metérmela aún más. Comienzo a moverme adelante y atrás. Quiero ir despacio, sin embargo, me es imposible y los vaivenes de mis caderas son descoordinados, aunque, a juzgar por sus gemidos, le gusta.

Continúa apretándome los pezones, creo que se está ensañando, pese a ello, no le aparto las manos. Desde luego, estoy comportándome de una forma muy extraña, pues no suelo permitir que traten mis pechos de esta manera. Lo curioso es que me gusta, quiero más y, aunque siento pequeños ramalazos de dolor, lo disfruto.

—Eso es, fuerte, móntame bien fuerte —exige entre jadeos.

Echo la cabeza hacia atrás y me vuelvo aún más ansiosa. Entonces siento que afloja la presión sobre uno de mis senos para deslizar esa mano hacia abajo y situarla en mi sexo. Se las ingenia para que el pulgar presione con cada embestida justo en mi clítoris, lo que me conduce con rapidez a uno de esos orgasmos escandalosos.

Grito, le clavo las uñas en el abdomen y hasta gruño cuando me corro.

Me dejo caer hacia delante, importándome poco o nada cómo le van a él las cosas, pero a juzgar por el mordisco que me da en el cuello, creo que le ha gustado.

—Cuando te lo propones eres la puta ama —murmura con los labios pegados a mi cuello.

Me dejo caer a su lado, porque la seguridad manda y no podemos permitir que se escape nada del preservativo. Me tapo la cara con el brazo, desde luego, qué atracón sexual me estoy dando y la falta que me hacía.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —musita Fran, colocándose de lado y acariciando, ahora sí, mis pechos con delicadeza.

—No creo que tengamos la suficiente confianza.

Se inclina y me los besa con un cuidado que contrasta mucho con su actitud de hace unos minutos.

—Hemos follado, eso cuenta —se guasea.

—Está bien. ¿Qué quieres saber? —digo con un suspiro, porque tampoco es plan de ponerme borde y, qué narices, acabo de correrme y me pilla relajada.

—El nombre de tu cirujano plástico.

Aparto el brazo y lo miro como si le hubieran salido dos cabezas, porque no comprendo qué quiere decir.

—¿Cirujano plástico? —repito, a la espera de una explicación.

—Tus tetas, son perfectas. No se nota nada que son postizas. Tienen un movimiento de lo más natural. Conozco a más de una que quiere operarse y como hay tanto chapuzas por ahí suelto…

Me echo a reír, pues ha hablado con una honestidad brutal.

—Mira, chaval, éstas… —me sujeto los pechos y los elevo para que los mire bien— son cien por cien mías. Para que te hagas una idea, en el instituto era la más adelantada de la clase.

—Déjame que haga unas comprobaciones…

Como si estuviera en la consulta del ginecólogo, Fran me somete a una palpación mamaria, aunque el muy capullo termina haciéndome reír. Contagiándome, porque mira que es ganso cuando se lo propone.

—¿Hoy no me traes el desayuno a la cama?

—Me has dejado agotado —responde y me da uno de esos besos que pueden considerarse extraños y hasta peligrosos. Y ya, lo más sorprendente, es cuando me abraza y susurra:

—Quédate aquí conmigo un par de días…

—Vale.

¿Por qué he aceptado?

Mejor no respondo a eso.

No me iba a gustar nada.

Capítulo 8

Las desgracias nunca vienen solas…

Y es bien cierto.

A ver, os resumo, porque desde el último polvo hasta ahora, que estoy a punto de entrar en un merendero para asistir a una barbacoa rural (sí, eso he dicho, barbacoa rural) de esas que a Gema seguro que le parecen lo más de lo más.

¡Quién me ha visto y quién me ve!

Os pongo en antecedentes.

El exceso de orgasmos me está trastornando, tiene que ser eso, porque de otro modo no me lo explico. Nunca me había encontrado en una situación similar, de ahí mi confusión. También puede ser que, tras años de pésimos amantes, cuando aparece uno decente hasta me confunde.

O que en este pueblo le echan algo al agua que me afecta.

Cuando, tras el revolcón, he sido de nuevo consciente, me he encontrado sola en la cama y al abrir los ojos (me había quedado otra vez traspuesta, según palabras de Fran, que a veces habla un idioma que no entiendo) me he encontrado el desayuno en la mesilla, pero en vez de la magdalena industrial, he visto cuatro galletas maría, sí, de esas que come la gente.

Y de una marca desconocida.

Y como no había otra cosa, me las he comido, porque follar da hambre. Bueno, corrijo, follar bien. El caso es que estaba yo buscando una excusa decente para que Fran me llevara a casa, en vez de quedarme, como había prometido, dos días más con él, cuando veo que sale del baño recién duchado.

Aquí hay que hacer un inciso para que os pongáis en mi lugar y comprendáis por qué no he sido capaz de actuar con coherencia.

No critiquéis antes de oír la explicación.

Por norma general, los tíos, cuando quieren presumir delante de

una hembra, al más puro estilo pavo real, como no disponen de una cola de coloridas plumas, tienen dos opciones:

Opción A: ponerse unos vaqueros rotos que parezcan usados, sin abrochar el último botón para que se pueda apreciar la ausencia de ropa interior, marcar tableta (en caso de no disponer de ella, por favor, abstenerse), mostrar algo de vello púbico y, por supuesto, a pecho descubierto.

Opción B: salen del baño con la toalla alrededor de las caderas y luciendo abdominales.

En ambos casos tiene que haber materia prima. Abstenerse tipos con barriga cervecera, los peludos o los que cumplan ambos requisitos.

Pues bien, mi pavo real personal no ha actuado según los cánones del *machoman* estándar. Éste ha salido del baño, sí, con toalla, pero el muy… cabrito, la llevaba en los hombros, para secarse el pelo. Casi me atraganto con las galletas maría. Y no sólo porque eran bastante secas.

Cuando le he dicho que lo estaba poniendo todo perdido de agua se ha reído y sacudido como un perro cerca de mí para salpicarme.

Ni puta gracia me ha hecho, porque yo sólo quería escaquearme y admito que me he despistado. Y ya el colmo ha sido cuando, todo serio, se ha sentado en el borde de la cama y me ha anunciado:

—Tengo dos noticias, una mala y una buena, ¿cuál quieres que te cuente primero?

—La mala —he murmurado con cara de circunstancias, porque tanto abdominal mojado me estaba poniendo de los nervios.

Vale, me habéis pillado, los nervios de cierta parte, que no dejáis pasar una.

—Mejor te suelto primero la buena, así luego la mala no te parece tan horrible.

—¿Para qué preguntas entonces?

Se ha reído y me ha dicho:

—La buena es que nos han invitado a una barbacoa. Verónica, una buena amiga de aquí, del pueblo.

Yo he sospechado inmediatamente, como no podía ser de otro modo, porque eso de buena amiga ha sonado raro, ¿a que sí?

Se lo he hecho saber y Fran, sin rastro de su habitual actitud

risueña, me ha explicado que «Vero» es una de sus mejores amigas, no porque en el pasado tuvieran un rollo, que lo tuvieron, sino porque cuando él andaba muy corto de dinero (tan corto que no tenía ni para pagar el seguro de la furgoneta), ella le cedió lo que tenía ahorrado para ir a la universidad y que, a pesar de no funcionar como pareja, porque lo intentaron (Fran no lo ha ocultado), lograron afianzar una amistad. Y ahora que Verónica está pasándolo mal con sus problemillas de salud (le han diagnosticado una hepatitis tipo A, que no es grave, pero sí algo para tomarse muy en serio) y está descansando unos días en el pueblo con su marido, Rodolfo (un friki de la informática), a Fran le gustaría mucho pasar el día con ellos. Además, se unirán Ximena, Ful y su marido.

Genial. La cuchipandi. Esto último, como habréis imaginado, no lo he dicho en voz alta.

Y otra cuestión, ¿desde cuándo un tío habla con tanta normalidad de una ex delante de su amante?

Y digo yo, ¿por qué tanto interés en que nos relacionemos con sus amigos? Se supone que cuando un tío te invita a pasar un par de días con él es para follar hasta caer desfallecidos, no para alternar con la comunidad.

Es que cada vez que me acuerdo de que Ful es Fulgencio y está casado con Eleuterio, me entra la risa floja. Esta gente necesita un asesor a la voz de ya, para que les busque nombres menos agresivos.

—¿Y cuál es la mala noticia? —he preguntado, una vez concienciada de que iba a pasar la tarde con un matrimonio gay, un friki, una ex de mi amante actual y Ximena.

—Se nos han acabado los condones —ha respondido, poniendo carita de pena.

—¿Me estás diciendo que en este picadero tan mono que tienes no hay una reserva infinita de profilácticos? —he preguntado con ironía.

Fran se ha reído entre dientes y se ha inclinado para susurrarme casi pegado a mis labios:

—A este «picadero tan mono» por lo general sólo vengo a descansar. —Me ha dado un beso rápido, bueno, no tan rápido, y ha añadido—: Y ahora vístete, nos vamos. Y ponte algo cómodo.

—¿Cómodo significa aburrido?

—Cómodo significa que no te pintes como una puerta y lleves ropa suelta, que no parezca que vas a un desfile, joder.

Y, como he dicho al principio, las desgracias nunca vienen solas, de ahí que, a falta de ropa adecuada (si existe) y limpia para una barbacoa rural (siempre hay una primera vez para todo), Fran, tras preguntarme cómo era posible que en ese maletón no tuviera nada disponible, ha llamado a Ximena para que me prestara algo y ella me ha traído unos vaqueros cortos y una camiseta negra.

A ver, no tiene nada de malo reciclar unos vaqueros dándoles un tijeretazo, pero es que éstos son amorfos, anchos de pernera y, como me vienen algo grandes de cintura, al ponerme un cinturón se forman unos pliegues horribles, de lo más antiestéticos que os podáis imaginar.

He transigido con el pantalón, pero con la camiseta no, así que he rescatado la mía de Desigual, que, si bien no está limpia, al menos le da un toque de elegancia al conjunto.

Fran ha sugerido (herejía) que no me maquille, aunque por supuesto lo he mandado a paseo y he utilizado una BB *cream* con factor 50 de protección solar. Ni loca voy a exponer mi piel al sol. Irresponsabilidades, las justas.

Y a la barbacoa rural que nos hemos ido…

—Pasad, pasad —nos dice el anfitrión.

Rodolfo, para ser un friki informático, la verdad es que no está nada mal, si acaso un pelín calvo, o al menos en vías de serlo, pero por lo demás aceptable

—Hemos puesto la mesa en el antiguo corral —anuncia Verónica.

¿Corral? Esta gente le quita el glamour a todo, pienso mientras la saludo con dos besos. ¿Tanto cuesta decir «hemos puesto la mesa en el exterior»?

Fran hace las presentaciones y por fin conozco a la tal Verónica, que se lanza al cuello de mi amante y lo abraza con efusividad. Podría mosquearme, sin embargo no tiene sentido, al fin y al cabo lo mío con Fran es un rollo pasajero, muy pasajero. ¿Qué tiene de malo que se abrace con su exnovia delante del marido de ésta, el que por cierto ni se inmuta?

—Qué bien te quedan mis pantalones —dice Ximena a mi lado.

Esta chica necesita unas gafas urgentemente.

Y un asesor de imagen.

Con lo guapa que la dejé ayer, qué simplona viene hoy. De acuerdo, esto no es una recepción oficial, pero esa coleta tirante y ese mono vaquero con camiseta azul es un *outfit* que ni la mejor top model se pondría para estar por casa.

—Hola, guapísima —me saluda Fulgencio. Lo siento, no puedo llamarlo Ful.

También le doy dos besos a su marido, Eleuterio, al que, por cierto, por más que lo miro no le veo la pluma por ningún lado.

Qué gais más raros hay por aquí.

Nos sentamos en el antiguo corral y, sí, lo han dejado precioso. Bajo una pérgola de madera cubierta de enredaderas hay una enorme mesa y al fondo del jardín la barbacoa, en la que Rodolfo trastea con la parrilla. El pobre está sudando y va a acabar oliendo a ahumado. Yo ni me acerco, que luego ese olor no se quita con una ducha y no hay nada más desagradable, sobre todo en el pelo, que luego apesta.

Me sirven una cerveza fría y, a pesar de mis reticencias, empiezo a sentirme a gusto rodeada de esta gente, en un entorno tan peculiar.

La única sin pareja es Ximena, así que, para que no se note, me siento junto a ella. Me cae muy bien esta chica. Charlamos de cosas sin importancia hasta que Verónica dice:

—Ay, qué cabeza la mía, se me ha olvidado pasar por la farmacia a por las pastillas.

—Luego te las traigo, tranquila —dice el farmacéutico.

—Gracias, Eleuterio, pero las necesito ya. Voy en un momento —contesta y le da un beso a su friki-marido.

—¿Tú no tenías que comprar algo en la farmacia? —me pregunta Fran con un deje de recochineo.

—No, nada que yo recuerde —respondo haciéndome la tonta y él pone una cara extraña. Como empiezo a conocerlo y no quiero que me deje en ridículo, cambio de opinión, porque es muy capaz de decir en voz alta que se nos han acabado los condones—. Ah, sí, te acompaño. ¡Qué cabeza!

Caminamos apenas cinco minutos y nos presentamos en la farmacia. Es lo que tienen los pueblos, que no existen distancias.

Nada más entrar, la dependienta saluda con cariño a Verónica,

aunque a mí me fulmina con la mirada, y le entrega una bolsa de medicinas. Yo sólo tengo que comprar una cosa. Así que cuando ella recoge su pedido, me pongo junto al mostrador y digo:

—Una caja de condones, por favor.

Verónica ni se inmuta. Al final va a ser cierto que hay gente que sabe pasar página y demostrar madurez.

—¿De seis o de doce? —me pregunta con cara de asco la farmacéutica.

Vaya cambio en menos de dos minutos.

—De doce —respondo sin pensarlo demasiado.

—No me quedan de doce —me espeta la caraculo esta.

—Pues deme dos paquetes de seis.

—Así le sale más caro.

—No importa —respondo, manteniendo las formas.

—¿Normales o extra sensibles? —indaga la amargada.

—Me da igual, los que tenga más a mano.

Saca dos cajas y las deja de malos modos sobre el mostrador. Acerca el escáner y aparece el precio en pantalla. Yo le entrego la tarjeta de crédito y ella me mira una vez más con cara de desprecio y suelta:

—Sólo efectivo. No nos funciona el datáfono.

Hago una cuenta rápida de cuánto llevo en la cartera y veo que sólo me quedan dos euros. Vaya apuro. Miro a Verónica, que dice:

—Venga, Reme, dáselos, que se lo pagamos ahora a tu hermano que está en mi casa.

—No la conozco, no fiamos a nadie —dice la otra muy digna.

—No seas así, está con Fran, ¿de él no te fías? —insiste Vero y le noto cierta satisfacción al decirlo.

Entonces caigo en la cuenta. Ximena me contó la historia. Joder.

—Déjalo, ya buscaremos otro sitio —mascullo, dando media vuelta.

—En el pueblo no hay más farmacias —canturrea satisfecha la asquerosa.

—Ya te vale, Reme —la reprende Vero—. Mierda, y yo he venido sin dinero.

—No pasa nada —digo, porque Vero no tiene la culpa.

—Adiós —nos espeta la tal Reme.

Salimos de la farmacia y caminamos de vuelta a la casa.

—No le digas nada a Fran —le pido a Vero, justo delante de la puerta—. No quiero que vaya a echarle la bronca, porque eso es lo que busca, verlo otra vez.

—Joder, pensaba que ya se le había pasado —contesta ella, negando con la cabeza.

—No dejes que nos amargue el día.

—Tienes razón.

Al entrar en casa de Vero, nos encontramos la mesa servida y presiento que voy a tener un problema. Demasiada carne roja. Vamos a ver cómo enfoco esto sin ofender a nadie.

Fran me sonríe, no sé si es porque se alegra de verme o porque cree que en mi bolso llevo mercancía importante para esta noche. El caso es que me ha reservado una silla a su lado y, aunque no me hace ilu que esto vaya de parejitas, estando la pobre Ximena sola, me acomodo a su vera, y Fran se acomoda bien pegado a mí.

Para mi extrañeza, no me pregunta por mis compras, se limita a pasarme una cervecita bien fría y a seguir charlando con Ful de trabajo. Ximena también participa. Me la quedo mirando, no porque me interese la conversación, sino porque esta chica, con un poquito de ayuda, tiene muchas posibilidades. Lo comentaré con Sun y con Gema, seguro que me dan la razón.

—Nada de trabajo —los interrumpe Rodolfo. Deja una gran ensalada en el centro de la mesa y me señala—. Hoy sólo vamos a meternos con la nueva.

—A mí me cae bien —dice Eleuterio.

Qué curioso, el hermano de la farmacéutica amargada resulta simpático. ¿A ver si es adoptado?

—Y a mí —lo secunda Ximena—. Un poco estirada, pero buena chica. —Todos me miran con aire divertido—. La llevé al servicio del bar y no protestó ni salió corriendo.

El coro de carcajadas es brutal. A Verónica incluso se le saltan las lágrimas de la risa.

—Joder, qué cabrona —acierta a decir Fulgencio.

—A mí esta panda de pueblerinos me hicieron lo mismo —añade Rodolfo entre risas—. Qué mal lo pasé en ese puto baño.

Cierro los ojos e intento contener el cabreo, porque estos paletos me la han jugado.

—Qué pena no haber podido grabarlo —se queja Ximena.

Las risas a mi costa duran un buen rato. Miro al que seguramente es el artífice de esta jugarreta y su expresión me confirma que sí, en efecto, fue él.

—Y pensar que en la planta de arriba hay unos baños nuevecitos —interviene Verónica—. No te enfades, es la novatada clásica.

—Oye, pija —susurra Fran a mi lado y a punto estoy de darle un sopapo—, superaste la prueba. Algunos salen a los treinta segundos y otros, mucho peor, con los pantalones… ya me entiendes…

—Me hago una idea, gracias —murmuro cortante.

—Uy, uy, la parejita —se guasea Eleuterio—. Compartiendo secretitos.

—Me temo que no es así —dice Fran divertido, aunque yo le doy una patada por debajo de la mesa. También puedo darle un pellizco en el muslo, para que se esté calladito.

—Venga, ahora que ya nos hemos reído, vamos a comer —propone Rodolfo y me sonríe sin duda solidario conmigo.

Puedo montar un *show*, darle la razón a Fran y comportarme como la pija que él espera, sin embargo, aparco mi sed de venganza y decido disfrutar de la comida y de la compañía.

Fijaos bien, aparco, no olvido, ya se me ocurrirá algo para devolvérsela.

—Come, pija, antes de que se queden frías —me dice él, sirviéndome en el plato al menos cuatro de eso que llaman chuletillas.

Miro la comida con cierto reparo y me doy cuenta de que todos ya le han hincado el diente a la carne. Los cubiertos están de adorno, pues nadie los usa. Como me descuide y no coma, voy a ser el centro de atención, así que, para no ofender a los anfitriones, cojo el cuchillo y el tenedor, dispuesta a hacer un sacrificio en mi dieta. Pero uno pequeñito. Fingiré, como tantas otras veces, que como algo cuando apenas pruebo bocado.

Es todo un arte, nos vayáis a pensar.

—Pero ¿qué haces, mujer? —pregunta Ximena al verme con los cubiertos.

—Perdonadla, es demasiado pija como para comer con las manos —explica Fran un tanto burlón.

Uy, la de cosas que le tengo que devolver cuando estemos a solas. Me conformo con mirarle un tanto altiva, que lo interprete

como quiera. Los demás se dan cuenta y empiezan a hacer comentarios tontos sobre nosotros y yo me veo en la obligación de aclararles que esto no es más que un rollo pero que muy pasajero; no obstante, suena tan mal que al final me muerdo la lengua y termino comiendo las dichosas chuletillas con la mano, tal como hacen ellos.

Puaj, cómo se me están poniendo los dedos y esas servilletas de papel blancas son muy endebles. Resoplo, qué mal rato.

Menos mal que hay algo verde para «desgravar», como ha dicho Eleuterio, el único que parece tener en cuenta algún concepto de vida saludable. Aprovecho y lleno bien mi plato de ensalada, de esa forma ya no queda espacio para otra cosa, sin embargo, Fran, «todo amabilidad», me sirve una y otra vez.

—¿Otra cervecita fría? —me pregunta Rodolfo como si tal cosa, porque ya me la ha puesto delante, aunque el tonto que tengo al lado va y suelta con chulería:

—Que sea sin alcohol, que luego tengo que llevarla a la cama en brazos y pesa lo suyo.

—Oye, Paquito, guapo —tercia Verónica y yo doy un respingo, nadie lo llama así—, no sabía que fueras tan blandengue como para no poder llevar a este pibón en brazos.

Sonrío y le lanzo un beso a la anfitriona.

—Además, Paquito —interviene Eleuterio con voz de falsete y ahora sí parece gay—, nunca te he oído protestar por llevarte chicas en brazos a la cama.

—Creía que era tu especialidad —añade Rodolfo con mucha guasa.

Me dan ganas de pavonearme toda orgullosa, en cambio, me limito a darle un buen sorbo a la cerveza, que, en efecto, está fría. Y para darle en los morros, bebo cual chica de anuncio jadeante que casi tiene un orgasmo.

Fran masculla algo así como «ya vale» y ahora es él el centro de las burlas de todos, incluidos sus empleados Ful y Ximena, que se ríen con ganas.

—¿Postre? —pregunta Rodolfo.

Yo niego con la cabeza, porque saltarse la dieta una vez ya es suficiente y porque hay que ser fuerte y resistir a la tentación, pero dudo cuando veo ese bizcocho casero, al tiempo que Fran se arrima

y, como si fuéramos una de esas parejas de toda la vida, me pasa un brazo por detrás y comienza a acariciarme la nuca. Uno de esos toques lentos y casi descuidados que no son gran cosa, sin embargo, se me pone la piel de gallina.

—Hummm —gime Ximena al dar el primer bocado—. Esto está de muerte. Joder, Rodolfo, cada vez te salen mejor.

—Pruébalo —musita Fran con voz seductora y, no contento con eso, añade—: Te mueres de ganas de hacerlo. No lo niegues.

No quiero ingerir más calorías de las necesarias, pero al ver la cara de Rodolfo siento cierta pena y al final me rindo.

—Joder, tío, tienes que darme la receta —interviene Fulgencio.

—Cuando quieras, chato —replica el artífice del postre.

—¿A que es un chollo de marido? —nos pregunta Vero, abrazando a Rodolfo.

Eleuterio, que está a su lado, le da un azote en el culo al susodicho y exclama:

—¡Claro que sí, guapi!

—Ay, qué sola me siento —interviene Ximena y aunque el tono ha sido desenfadado, me da la sensación de que en el fondo lo dice en serio—. Comer es el único placer que me queda vestida.

—Hay que buscarle novio a esta chica —dice Ful convencido.

—¡No quiero un novio! —protesta la aludida—. Que al principio todo es genial y luego no valen para nada.

—Bueno, pues te buscamos un maromo que te dé lo tuyo y lo de tu prima y listo —se corrige el veterinario.

—¿Y qué pasa con Tito? —pregunta Fran.

—Es mi compañero de piso —replica ella, negando con la cabeza.

—Buscadme uno a mí también —digo convencida y todos me miran como si hubiera dicho una barbaridad.

Vaya metedura de pata, pienso, pues se ha hecho el silencio. Fran deja de acariciarme. No le ha gustado un pelo el comentario y a sus amigos tampoco.

—Eh, guapa, que estaba yo primero —me regaña Ximena, salvándome en cierta forma el culo.

Aunque no sé yo…

Capítulo 9

Cuando regresamos a la choza-picadero de lujo (es la mejor definición que se me ha ocurrido), Fran no se muestra muy hablador. Yo tampoco. Me da la sensación de que sigue algo escocido con el comentario sobre que también necesito un tipo que me dé caña. Y no entiendo por qué, pues con los rollos de una noche no te deberías preocupar demasiado. Pim, pam y listo. Sin complicaciones. Y él creo que es el ejemplo perfecto de la teoría. ¿Verdad? No ha sabido captar la ironía, bueno y sí, me habéis pillado, tampoco yo he estado muy fina, pero se la debía, porque él se ha comportado como un cretino; no me digáis que no.

—Me voy a dar una ducha —comento con aire cansado al entrar en el dormitorio.

Ni siquiera me mira.

—Como te va a llevar un rato quitarte toda esa mierda de la cara, aprovecharé para revisar el correo electrónico.

¡Ya estaba tardando en hacer un comentario sobre el maquillaje!

¿Por qué lo critica tanto?

¿A él qué más le da?

Es evidente que esto ha llegado a su fin. Pasaré la noche aquí, porque no me queda más remedio, y mañana le pediré que me lleve a mi casa.

Tras la ducha, me ocupo del cutis y pienso en Fran. Se nota que no tiene ni idea de maquillaje, pues en apenas cinco minutos tengo la cara limpia e hidratada. Puede que haya salido con muchas mujeres, pero desde luego qué poquito se ha fijado en las rutinas diarias de belleza. Como todos, no supone ninguna excepción.

Al no disponer de ropa limpia, me veo en la obligación de, sí, lo que estáis viendo, lavar mi lencería a mano (algo de lo que se ocupa siempre nuestra asistenta, la única que nos queda, y os lo pido por favor, no echéis sal a la herida) y colgarla en la barra de las toallas.

Confío en que el dueño de la casa no haga comentarios y que, por supuesto, mañana se haya secado, porque no dispongo de bragas limpias.

Juro que nunca más volveré a prolongar una estancia fuera de casa sin revisar antes todo lo que llevo en la maleta, empezando por las bragas.

Salgo del baño y Fran no está en el dormitorio. Me asomo y lo diviso en la barra de la cocina, concentrado en su portátil. Se ha servido una copa y ha puesto música. Jazz suave, creo, porque no me suena de nada. No es un estilo con el que lo hubiera identificado. A priori yo habría dicho que le iba, no sé, algo como el chunda-chunda chabacano. Sí, música de esa marginal o poligonera que la gente se empeña en llevar a todo volumen cuando va en coche con las ventanillas bajadas, para que los miren, pese a llevar un vehículo cutre a rabiar.

Como comprenderéis, yo no estoy muy puesta en ese estilo. O podría ser peor con el maldito trap, que si bien no detesto tanto por el sonido, no puedo con la estética de esos cantantes. Aunque confieso que cuando salgo por ahí bailo sin pensar mucho.

Pero no, sorprendiéndome una vez más, la música invita a relajarse, a conversar. Un ambiente que podría ser agradable, aunque debido al mal rollo que nos traemos, resultará más bien hostil.

A ver, puedo ser comprensiva y puesto que mañana me marcho, intentar despedirnos con un buen sabor de boca, al fin y al cabo, soy una chica que ha recibido una esmerada educación en colegios privados y exclusivos y sabe comportarse en cualquier momento. Y no olvidemos que Fran me ha proporcionado unos orgasmos increíbles. De esos que parecen una leyenda urbana. Además, no quiero que después Gema me dé la chapa con lo mal que me he portado con su primo. Hay que ser prácticas.

Podría birlarle una camiseta del armario, sin embargo, creo que me prestará más atención si me acerco envuelta en la toalla. Llamadme previsible, pero esta maniobra rara vez falla.

—No conocía esta canción —comento y me detengo enfrente de él, al otro lado de la encimera.

Me mira de refilón y vuelve a concentrarse en la pantalla del portátil.

Bueno, tenemos un público difícil, habrá que esforzarse, aunque sólo lo intentaré una vez más antes de mandarlo a paseo.

—*Just a Friend of Mine* —responde cuando pensaba que no iba a dirigirme la palabra.

¿Y ahora qué le digo yo?

—No la conocía.

—Yo tampoco, una tía con la que estuve liado se dejó un pincho en casa y, como no tenía ganas de llamarla —traducido, pasaba de ella y quería evitar líos—, pues lo conecté a ver qué tenía antes de tirarlo a la basura y descubrí esta canción, entre otras.

Ni siquiera me mira y, bueno, una tiene su orgullo.

—¿Me puedes prestar una camiseta para dormir? —Me siento estúpida nada más formular la pregunta, porque así no voy a llamar su atención.

—Duerme desnuda —murmura con desdén.

Uy, qué orgullo más tonto.

Nunca habría imaginado que fuera tan resentido. Así que yo me rindo, no voy a intentar darle más conversación. Me doy la vuelta, dispuesta a irme a la cama, aunque en el último segundo se me ocurre una perversa a la par que interesante idea.

—Como quieras —susurro y dejo caer la toalla, regalándole una vista de mi retaguardia. No me detengo, ni lo miro por encima del hombro, sólo camino despacio hasta el dormitorio.

—Buenas noches —me espeta y ni siquiera se levanta para seguirme.

Mi lado visceral me impulsa a gritarle y a exigirle que me lleve ahora mismo a mi casa al más puro estilo niñata consentida, tal como él ya me ha catalogado; no obstante, sé que debo tragarme el orgullo y quedarme aquí hasta mañana, no vaya a ser que se encabrone y termine aislada en este pueblucho.

Qué triste es no disponer de medios como antaño, para hacer cuanto se me antoje. Pero si lo pienso detenidamente, aunque tuviera dinero, en este pueblo de mala muerte me sería difícil encontrar a alguien dispuesto a llevarme.

Y pese a tener a amigas con recursos, como Sun, que si la llamo se presenta aquí en menos que canta un gallo. Y Gema… bueno, Gema a lo mejor viene, pero para darme una colleja por tratar mal a su primo.

Resignada a pasar la noche en la casa, me acuesto y apago la luz. Que Fran rumie su enfado, el cual, bajo mi punto de vista, carece de sentido. Que le den.

—Si no recuerdo mal, hoy has ido de compras.

Oigo a alguien hablar detrás de mí, sin embargo, apenas presto atención. Me arrebujo bajo las sábanas. Debo de estar soñando que vuelvo a tener una tarjeta de crédito platino, sin límite, que sólo miro las etiquetas para saber la talla y que el precio no importa. Que han cerrado al público una exclusiva tienda de firma internacional para atenderme a mí. Que uno o varios diseñadores me ceden sus modelos para que sea la primera en lucirlos.

Ay, qué bonito es soñar….

Invitaciones a fiestas, ropa de diseñador exclusiva, perfumes de alta gama, sesiones en centros de belleza probando las últimas terapias…

Ah, qué tiempos aquellos en los que asistía a desfiles y después hablaba con los diseñadores para que alguna prenda la ajustaran a mis medidas. Qué tiempos aquellos en los que iba a una *boutique* media hora antes del cierre y las dependientas se quedaban hasta tarde atendiéndome.

Me encanta este sueño. Quizá os parezco una exagerada; sin embargo, poneos en mi lugar. Después de tantos años acostumbrada a vivir de una forma, el cambio es muy duro. Y, total, es un sueño, dejad que lo disfrute; por favor, que nadie ose despertarme.

—Pija…

Por desgracia, hay quien desoye mi petición de no interrumpir. Siento cómo alguien se tumba a mi lado y no sólo eso, me rodea con un brazo. Me he acostado desnuda, así que noto cualquier roce.

Y es ahora cuando sus palabras cobran sentido. No era un sueño. Claro que he ido de compras, aunque no de las que tanto disfrutaba. Lo que Fran desconoce es que he vuelto con las manos vacías, lo que se traduce en que no podemos hacer nada.

—No finjas que duermes —me provoca, pegándose a mí.

Está tan desnudo como yo.

Tiene cierta guasa, no me lo neguéis, que así, de repente, se le haya pasado el cabreo y ahora se arrime porque tiene ganas de sexo. Pues bien, ahora soy yo la que se niega.

Vale, es una actitud pueril, pero estoy en mi derecho.

—No me apetece —murmuro e intento soltarme y, cómo no, su maniobra es pegarse aún más a mí, limitando los posibles movimientos de escape y, por si fuera poco, se vuelve más atrevido.

Su mano se cuela entre mis piernas.

Maldita sea, así va a ser muy complicado quitármelo de encima.

—Venga, me has montado el numerito de la toalla —me dice zalamero.

Yo mantengo, o al menos lo intento, las piernas juntas. Nada de facilidades.

—¿Ya no estás enfurruñado? —pregunto, curiosa por conocer la respuesta.

—No —musita y noto en mi trasero que, en efecto, enfadado no está.

¿A que toda esta situación es absurda de principio a fin?

—Déjame, tengo sueño —le pido en voz baja.

—Voy a darte lo tuyo y lo de tu prima —promete y se me escapa una risita.

Su comentario ha tenido gracia, lo admito.

—Pues me temo que tendrá que ser en otro momento.

—Ahora —dice exigente.

—No quedan condones —replico y siento cierto placer, retorcido y perverso, al decirlo, pues es un jarro de agua helada en toda regla.

Fran se aparta de mí con brusquedad y de repente una luz inunda la habitación. Yo me cubro los ojos para no acabar deslumbrada.

—No digas chorradas. Has ido a la farmacia. ¿Cómo que no hay condones?

—Lo que has oído —respondo y añado—: Se me ha olvidado comprarlos.

—No me jodas… Está de guasa, ¿verdad?

—Es cierto, no hay ni uno.

Fran resopla, sin duda mosqueado. Seguro que era lo último que esperaba, pero mira por donde, es una excelente excusa para tocarle la moral.

Y antes de que me lo preguntéis, sí, a lo mejor también me apetecía echar el polvo de la despedida; no obstante, sobreviviré sin ese último orgasmo, total, la de tiempo que llevaba sin uno decente.

—A ver, que yo me entere, sólo tenías una cosa en la lista de la compra ¿y se te olvida?

Su tono es sarcástico, lo habéis notado, ¿no?

—Así, es, tengo una memoria de pez. Buenas noches. —Bostezo y me tapo, dispuesta a dar la conversación por concluida.

Pero él tiene ganas de pelea, y de echar un polvo, pues me destapa y me obliga a mirarlo.

—¿Qué ha pasado? —inquiere muy serio.

Aquí he de tener cuidado. Ya sabéis lo ocurrido; sin embargo, no quiero echar más leña al fuego. He de buscar una excusa verosímil. Y sólo se me ocurre una.

—Es que no tenían los de la marca que uso siempre y yo soy muy exigente con esos detalles —le suelto y él me mira como si me faltara un tornillo, aunque me da la sensación de que no se lo ha tragado.

—Vaya, por lo visto tienes el chichi sensible —se burla—. ¿Y me lo dices ahora?

—Pues sí —le confirmo muy digna, aunque de ser otras las circunstancias, lo de «chichi» habría que discutirlo.

—¡No me jodas! ¿Y no podías conformarte con otros? —pregunta escéptico.

—Pues no.

—¿Te salen sarpullidos con los que utiliza todo el mundo?

—Prefiero no arriesgarme. Ayer lo pasé por alto y no voy a hacerlo más.

Fran se pasa una mano por el pelo, frustrado y cabreado. No lo culpo, porque la explicación es ridícula, la mires por donde la mires, pero no se me ha ocurrido otra.

—Joder, nunca pensé que fueras tan pija —se queja.

Por suerte, apaga la luz y pone distancia entre ambos.

Cuando les cuente a mis amigas esta conversación, no se la van a creer ni de coña.

He vuelto a dormir como un tronco. Esto del campo me está empezando a afectar. Mis últimas horas aquí. Me comporto igual que un preso al que le falta muy poco para cumplir la condena y alcanzar la libertad. He de recoger y volver a mi odiosa vida. Seguro que la empresa de mudanzas ya lo ha empaquetado todo y lo habrá trasladado a casa de mi tía Demetria.

Y yo voy a tener que vivir allí, bajo el fuego cruzado entre mi tía y mi madre.

Me siento en la cama, sólo cinco minutos más y me levanto. Ni rastro de Fran. Supongo que se habrá ido a la granja. Bueno, lo llamaré para que me lleve a casa. Se acabó.

En la mesilla encuentro el desayuno. Esto empieza a ser una tradición, cutre, desde luego, pese a que hoy no hay ni galletas ni magdalenas. Un vaso de leche y dos cajas de condones; de veinticuatro unidades cada una. Y además de los surtidos, sabores variados. Traducido, como si fuera una macedonia de frutas.

No hagamos, por favor, el chiste de «mojar» nada en la leche, que no estoy de humor.

—Joder —se me escapa, porque es un mensaje alto y claro.

Fran no estará pues en la granja, debe de estar trabajando en el salón y espera que haga algo. La pregunta es ¿qué exactamente?

Como no lo tengo muy claro, cojo el móvil. Estoy por consultar a las chicas; sin embargo, creo que, para empezar, Gema no será imparcial y, segundo, Sun me dirá que gaste cuantos más mejor y punto. Como si no la conociera. Y, desde luego, en otras circunstancias es lo que haría, pero con Fran empieza a ser diferente.

No empecéis a divagar, no es lo que estáis pensando. Ni me he enamorado de él ni lo voy a hacer, es algo complicado de explicar y de entender. Me cae bien y vale, sí, folla como un puto dios del sexo en estado de celo, pero eso es todo y por eso ha llegado el momento de marcharme. Ayer quedó bien claro que una cosa es la atracción inicial y otra muy distinta la forma de pensar. La tensión sexual ya se ha resuelto. Humm, bueno, a lo mejor queda algo de tensión, pero nada que no pueda sobrellevar. Hay relaciones, como ésta, que no deben salir del dormitorio.

Reviso mis mensajes, tengo diez de mi madre. Genial.

Los leo por encima, porque en todos viene a decir básicamente lo mismo. Se pregunta si estoy con un hombre interesante. Y para mi madre «interesante» significa con mucho dinero, dispuesto a casarse y a ser posible rescatar a la familia política. Algo que el marido ideal no dudará en hacer, pues no queda bien tener parientes pobres.

Le respondo diciendo que estoy con un pariente de Gema,

porque sé que eso hará que deje de insistir, dado que considera a esta gente unos advenedizos que tienen dinero pero no clase. Hasta no hace mucho, yo pensaba parecido; sin embargo, ahora que vamos a perder hasta la casa familiar, he ido reconsiderando muchos de mis planteamientos.

Mi madre también me cuenta que la semana que viene ya estaremos en casa de su hermana y que, con un poco de suerte, si conseguimos vender la propiedad antes de que la embarguen, tendremos algo de liquidez tras pagar las multas que le impusieron a mi padre. Resumiendo, que nos vamos a quedar con una mano delante y otra detrás.

¡Quién me ha visto y quién que me!

Las chicas también me han enviado mensajes preguntando sin sutileza qué tal me lo estoy pasando. Quieren más detalles. Sonrío y escribo:

Yo: Hay cosas que no se pueden contar en un mensaje, tendréis que esperar a que vuelva para saber más.

Gema: Di algo o le pregunto a mi primo.

Sun: Qué poca vergüenza tienes, a tus amigas no se les oculta nada. ¿Hay más fotos de su culo?

Yo: Tened paciencia, seré muy gráfica.

Sun: Eso espero. Haz fotos.

Gema: Conmigo ahórrate los detalles morbosos.

Sun: Conmigo no te ahorres nada.

Dejo el móvil a un lado y cojo el vaso de leche. Aún está tibia, por lo que consigo disolver el sobre de café. Suspiro y me bebo medio vaso. Tengo que hacer la maleta antes de pedirle a Fran que me lleve.

Con cierta tristeza, aparto las sábanas con intención de ir al cuarto de baño y justo entonces aparece él con ropa de deporte, de lo más apretadito que me viene el chaval.

—¿Qué pasó ayer en la farmacia? —me pregunta suspicaz.

—Nada, ¿por qué? —replico con cara inocente y, aunque parezca una estupidez, me tapo con la sábana.

Fran se acerca y se sienta en el borde de la cama. Por su expresión deduzco que no está para escuchar excusas baratas, pero yo tampoco quiero darle más importancia al asunto.

—No me vengas con bobadas —me espeta con sequedad y me destapa.

—Está bien, no tenía dinero, así que… —me excuso y él arquea una ceja.

—Mientes de puta pena —me suelta mirándome de forma extraña—. Prueba otra vez.

Me incorporo con cara de «Esta conversación me aburre no sabes cuánto» y cruzo los brazos enfurruñada. Este asunto empieza a resultar cansino. No sé por qué le da tanta importancia al incidente.

—¿Puedo ir al baño?

—¿Qué te dijo Remedios? —contraataca.

—Estoy seguro de que ya te han puesto al tanto —replico muy digna y uso la sábana a modo de escudo, tapándome casi hasta la barbilla.

Fran tuerce el gesto y se pasa una mano por el pelo.

—Pues sí. Imagina mi sorpresa cuando esta mañana me llama Ful contándome no sé qué película sobre condones, y yo, que no tengo la menor idea de qué me habla, me pongo en contacto con Eleuterio, que me confiesa la putada que te hizo su hermana. Y mira —señala las dos cajas de preservativos—, nos ha hecho un buen regalo.

—Pues que te aproveche —le suelto.

—Claro que los voy a aprovechar. Ahora mismo —asevera y, cual modelo de anuncio, se quita la camiseta de deporte para mandarla a tomar viento.

Se inclina hacia mí, y yo, que podría escabullirme, me quedo quieta, pues siento una malsana curiosidad por saber hasta qué punto va a recurrir a su poder de persuasión.

Para que no existan barreras, aparta la sábana con rabia y sonríe de medio lado al encontrarme sin nada encima. Se acerca un poco más hasta llegar a mis pechos. Se humedece los labios, un gesto de lo más depravado, antes de inclinarse despacio y atrapar un pezón para chuparlo de forma un tanto grosera.

—No he terminado de desayunar —murmuro por tocarle la moral, aunque es cierto, pues sólo me he bebido medio vaso de leche.

—Yo tampoco —dice sin apartarse de mi piel—. Ahora me voy a dar un buen atracón con tus tetas.

¿Habéis oído lo mismo que yo?

Y no me refiero a la parte vulgar.

Podría darle muchas vueltas, pero me decanto por el significado más explícito.

Y la intuición no me falla, pues tira de mí para que me acueste y acto seguido me separa las piernas.

Uy, uy, uy…

¿Quién es la valiente que dice que no?

—Ponte cómoda, porque estoy hambriento —musita, mientras juega con la punta de la lengua sobre mi ombligo, después de haberme dejado los pezones ultrasensibles.

Inspiro hondo.

Supongo que me entenderéis cuando digo que los pasos previos al sexo oral son, con diferencia, de lo más morbosos. Sabes lo que va a pasar y, salvo que el sujeto que tienes entre las piernas sea un inútil (que los hay, vaya que sí, aunque, tranquilas, os haré una lista de incompetentes, porque en los últimos tres años me los he encontrado a todos), disfrutas antes y, por supuesto, durante y después.

De eso se trata, ¿no? No de pensar, con cara de panoli, cuánto va a tardar en dejarme tranquila, que ya me ocupo yo del asunto con mi propia mano.

Y ahora diréis algunos, oye, que también hay tías incompetentes. ¡Pues claro! Pero la diferencia es que no van presumiendo por ahí de ser buenas amantes. Cierran el pico y listo.

Por cómo se coloca Fran, es evidente que sabe lo que se hace. No se va a limitar a chupar como si yo fuera un helado que se derrite demasiado deprisa (admitámoslo, todas odiamos eso), o, como dice Gema (perdón por la comparación, mi amiga no tiene remedio), algunos son igual que un cerdo buscando trufas.

Olvidemos por favor esta comparación o se arruinará el momento.

Fran se aparta un instante y me dedica una mirada que, uff, qué

sudores me entran. Tiene que deshacerse de su atuendo deportivo. Tarda un suspiro en mandar a paseo las zapatillas, los calcetines y ese pantalón ajustado que, desde luego, delata lo excitado que está. Y ya, sin la licra, ¡ni os cuento!

—¿Por dónde íbamos? —inquiere de forma retórica, gateando para recuperar la postura anterior.

Tengo las piernas bien separadas, sin embargo, él, supongo que para excitarme más, o yo qué sé, posa las manos en mis rodillas y me las abre todavía más. Como es lógico, mi resistencia sólo obedece a un motivo, crear tensión, no se lo voy a poner fácil.

—Ibas a desayunar —le recuerdo.

Se muerde el labio inferior durante cinco segundos de calculada pausa que me ponen muy cachonda.

—Joder, qué vista —musita y me siento halagada.

A lo mejor no estoy en la pose más glamurosa del mundo, pues la diferencia entre estar con las piernas abiertas en la consulta del ginecólogo o con un amante es prácticamente nula, sin embargo, el tono empleado por Fran hace que me recorra un escalofrío muy prometedor.

—Me voy a dar un atracón —añade en un murmullo.

Estiro los brazos, arqueo la pelvis y gimo cuando comienza a besarme la sensible piel del interior de los muslos. Besos y mordiscos. Sabe muy bien cómo hacer que desee el siguiente paso. Seguro que si le suplico se mostrará encantado, de ahí que me esfuerce todo lo posible por sólo jadear, de momento. No todo va a ser según espera, siempre resulta la mar de interesante obligarlos a que se esfuercen.

Y se está esforzando, vaya que sí. Con la lengua va recorriendo el camino, acercándose, retrocediendo cuando cree que me acelero y volviendo a tocarme ahí, sí, ahí, donde más me gusta y como más me gusta.

Fran es de los que saben comerse el helado saboreándolo, dejando que se derrita poco a poco. Pasa la lengua, presiona, vuelve a pasarla, suave. Murmura algo que no llego a entender, pero que me produce un morboso cosquilleo.

—Bueno, pues con esto me siento satisfecho —dice y se aparta.

—¿Perdón? —acierto a preguntar tras aclararme la voz.

Me incorporo sobre los codos, porque esto debe de ser una

broma; una de mal gusto, por cierto.

Él se ha quedado de rodillas y se pasa una mano por el pelo. Tiene una erección monumental y aun así habla tan pancho de dejarlo en este punto.

—Acabo de recordar que yo no soy capaz de satisfacerte y, claro, no quiero que luego tengas que ir por ahí quejándote delante de mis amigos —me explica y creo que se está regodeando por haberme provocado de esta forma.

—¿Todavía sigues molesto con esa estupidez? —replico y su cara me da la respuesta—. Nunca imaginé que fueras tan vengativo. Y tan infantil.

—Tranquila, seguro que alguien en el pueblo consigue complacer a la exigente pija de ciudad.

Ahora tengo dos opciones, mandarlo a paseo, que es lo que me pide mi lado racional, o invitarlo a continuar y como los tíos para estas cosas son muy gilipollas y muy básicos, habrá que esforzarse y entrar a matar.

—¿Puedes acercarme la maleta? —le pregunto sin parecer molesta por que me haya dejado a medias.

Fran parpadea sin duda perdido. Vamos bien. Sigamos.

—Tengo un vibrador de emergencia para estos casos, porque, de verdad, últimamente llevo una mala racha con los tíos…

Frunce el cejo porque lo he incluido en la categoría de malos amantes. Que espabile si quiere salir de ella y entrar en la de aceptables. Y si quiere que lo incluya en la de inolvidables, va a tener que currárselo a base de bien.

—¿Un vibrador?

Asiento.

—¿De emergencia?

Vuelvo a asentir.

Es una trola monumental; no porque no disponga de un excelente y eficaz Lelo modelo Gigi. Los mejores ciento cincuenta euros que he gastado.

Y porque no puedo invertir un poco más en juguetitos, porque han salido unos modelitos alucinantes.

—¿Me lo acercas? —le pido sugerente y así, como quien no quiere la cosa, me acaricio un poco el pezón, que sigue bien duro.

—Creo que no lo vas a necesitar… —dice seductor, reculando

sin duda.

¿Qué os había dicho?

—¿De verdad?

—Ajá.

—¿Seguro? —insisto, suspirando de placer.

Vale, he exagerado, que no dejáis pasar ni una, pero había que darle dramatismo al asunto, jopetas.

Fran, que sigue empalmado, lo que hace que sea más fácil manipularlo (como a todos), está a punto de rendirse, de ahí que ahora sólo me quede darle la puntilla. Se inclina con evidente intención de retomar sus atenciones, justo lo que yo busco.

—Espera un segundo —le pido e intento juntar las piernas, pero al tenerlo entre ellas me es imposible. Estiro el brazo y cojo el móvil —. ¿Llamamos a tus colegas para que vengan y sean testigos de tus proezas amatorias?

—No jodas —exclama y frunce el cejo al analizar mis palabras, cosa que tiene cierto mérito, porque de todas es sabido que, cuando se les pone dura, lo que se dice pensar más bien poco—. ¿Te van esas cosas raras? ¿El exhibicionismo?

Me encojo de hombros como si fuera una experta en la materia.

—Tiene su morbo —admito, mintiendo como una bellaca.

A ver, todas hemos coqueteado y fantaseado con esas cosas y en mi caso fue junto a Sun. Os lo explico, antes de que lleguéis a conclusiones precipitadas. Llevadas por la curiosidad, nos fuimos a un club que encontramos tras una investigación poco rigurosa en internet. Una vez entramos allí, nos quedamos patidifusas por lo que vimos. Y no me refiero al sexo, que sí, es lo que buscábamos, en sus diversas opciones, lo que nos dejó con la boca abierta fue la falta absoluta de glamour.

Una lee o escucha maravillas sobre clubes sexuales decorados de forma sublime, donde todos los asistentes son elegantes, hombres sofisticados, mujeres estilizadas… Pues ni rastro de eso. Tipos barrigudos, calvos, con cara de salidos. Mujeres mal arregladas, bragas y sujetadores de poliéster y mostrando las lorzas. Un horror.

—Ahora me dirás que has tenido experiencias lésbicas —dice Fran con un tono que deja implícito que, de ser cierto, quiere los detalles.

—Por supuesto —respondo orgullosa, pues en aquella visita a

ese club, Sun y yo, para esquivar a los tipos calvos y barrigones que nos entraban sin parar, fingimos ser lesbianas y nos dimos algún piquito y así nos dejaron en paz—. Entonces, ¿los llamo o no?

—Joder… —Se pasa una mano por la cara, sin duda contrariado —. Si te van estas cosas, cojo el coche, nos vamos al pinar y allí nos lo montamos. Seguro que algún paisano nos ve.

—Ni loca me vas a llevar a un pinar —replico y añado la excusa más acorde con mi personalidad—: Qué incómodo, por favor.

—Pues nada, nos apañaremos en mi humilde cama.

¿Veis qué fácil es manipular a un tío empalmado?

Fran, sonriendo cual seductor experimentado (cosa que no dudo), me separa las piernas con brusquedad y en esta ocasión no pierde el tiempo. Va directo a mi clítoris. Presiona, lame, acaricia, es expeditivo, es efectivo, es la puta hostia.

Estiro los brazos y le acaricio el pelo, bueno, mejor dicho, le tiro de él a medida que me tenso. Estoy cerca, pero que muy cerca de correrme.

—Ni se te ocurra parar —lo amenazo.

—No podría, porque en cuanto te corras te la voy a meter a lo bestia —replica, haciéndome temblar de arriba abajo ante semejante promesa.

Intensifica su asalto en toda regla. También gime. Combina a la perfección boca y manos para que todo sea intenso. Incluso me roza detrás y, aunque yo no soy muy entusiasta del sexo anal, reconozco que me pone como una moto cada caricia. Y ya, por si no estuviera lo suficientemente cachonda, el roce de su barba, que a buen seguro me irritará la piel, pero da muchísimo placer.

Cierro los ojos a la espera de que llegue lo mejor.

Y llega…

Claro que llega.

Ya sé que utilizar la palabra *tsunami* está muy visto para describir el orgasmo, pero entendedme, no soy capaz de encontrar una mejor y, como llevaba tanto tiempo sin tener orgasmos alucinantes, ando un poco escasa de vocabulario.

—Sí, joder, sí —jadeo y me retuerzo, me arqueo, grito, maldigo, mientras disfruto del clímax.

Fran gatea con rapidez hasta quedar cara a cara. Aún estoy inspirando hondo cuando me besa. Que comparta conmigo mi

propio sabor no me desagrada, aunque de verdad, necesito respirar. Todavía estoy jadeante. Él no parece entenderlo, pues se muestra avasallador.

—Dame un minuto —le ruego. Estiro los brazos por encima de la cabeza y, con los ojos cerrados, añado en un susurro—: Justo lo que tardas en ponerte un condón.

—Oye, un poco de colaboración —me espeta mientras coge una caja.

Algo más recuperada y al ver que se pelea con el precinto debido a la impaciencia, le arrebato el paquete.

—Joder, qué mierda —protesta.

Gracias a mi habilidad, saco uno sin problemas. Ahora es mi turno de sorprenderlo. Me arrodillo delante de él, agarro su erección y Fran, aparte de sisear, se queda quieto para que se lo ponga.

—Me encanta cuando pones tus manos sobre mi polla —murmura y le doy un pequeño (o no tan pequeño) apretón en la base.

—Listo.

Entonces, sonriendo de medio lado, me tumba con agresividad y se sitúa encima, listo para el ataque. Vuelve a besarme, le respondo y, a pesar de haberme corrido hace tan sólo cinco minutos, de nuevo estoy excitada.

Cumple su promesa y me penetra de forma violeta. Arqueo la pelvis de tal manera que pueda entrar aún más hondo. Fran jadea y gruñe con cada envite. Yo echo los brazos hacia atrás y me dejo llevar.

Se las ingenia para meter las manos debajo de mi culo y así agarrarme bien, a lo bruto, clavándome los dedos.

¿Significa algo todo esto?

Mejor me limito a disfrutar del momento. Nada de sacar conclusiones precipitadas. Esto es sexo puro y duro. Excelente sexo, no lo niego. Joder, vale, alucinante, como hacía tiempo que no experimentaba.

En castellano, para que todo el mundo lo entienda: folla divinamente.

Dejémoslo aquí.

Capítulo 10

Lo primero que veo cuando Fran para el motor no es el estupendo muro de piedra con su no menos artística puerta de hierro forjado de entrada a la propiedad. ¿Y cómo olvidar la garita del portero, ahora vacía? En estos momentos, por desgracia, lo primero que un visitante ve es el enorme y deprimente letrero de una inmobiliaria anunciando la venta de la que ha sido la casa de mi familia.

Y, seamos realistas, un cartel de «Se vende» significa que algo no va bien. Hemos sido la comidilla de la urbanización. Y no sólo por haber dejado de pagar las cuotas mensuales de la comunidad. Dimes y diretes durante meses y este cartel es sólo la confirmación. Ya no podemos engañar a nadie.

Según el mensaje de mi madre, todavía disponemos de una semana para acabar de recoger nuestros enseres. Lo que me deprime aún más.

—Te ayudo con las maletas —murmura Fran y es el primero en bajarse.

Durante el trayecto apenas hemos hablado. Sólo cuando a mitad camino me ha preguntado si me apetecía tomar un café. Lo cierto es que ha sido demasiado educado y, por ende, aburrido. Ni rastro de su ironía habitual, por lo que yo no he tenido que ingeniármelas para replicar.

Ha sido incómodo. Un horror. Y mira que ha habido tipos que me han traído a casa tras una noche «olvidable», de los que me he deshecho sin pamplinas y sin remordimientos. No obstante (y me joroba no saber muy bien por qué), no quiero despedirme de Fran de este modo tan feo.

Podría llamar para que abrieran el portón y que él entrara con el coche, pero no quiero arriesgarme a que mi madre decida preguntar (interrogarle) y acosarle. Puedo caminar y arrastrar la maleta unos metros por la finca hasta la entrada principal.

Cuando cierra el maletero, me mira. Un momento incómodo (otro más). Ninguno de los dos sabe muy bien qué decir.

—Gracias por traerme.

¿A que es una frase estúpida y más teniendo en cuenta lo que ha ocurrido entre nosotros?

—Siempre cumplo mis promesas —dice en tono desapasionado.

Uy, uy, uy, qué mal rollo.

—En fin, supongo que tienes cosas que hacer. —Otra frase penosa.

—Parece que tienes prisa por deshacerte de mí —aduce, y niego con la cabeza.

—Sólo te estoy evitando un interrogatorio; en breve, mi madre se dará cuenta de que hay un coche parado a la entrada y enviará a la asistenta para cotillear. Le contará que estoy aquí, hablando con un tipo y que el vehículo es de gama alta, por lo que terminará apareciendo ella y, créeme, entonces sí que te sentirás muy incómodo.

—¿Te avergüenza que te vean conmigo?

Suspiro. Qué duro de mollera.

—No seas gilipollas —le espeto y, mira, a lo mejor prefiero discutir con él en vez de mantener una conversación estúpida—. Claro que no, pero tampoco somos nada especial y mi madre podría pensar lo contrario. Me has traído a casa tras unos días divertidos. No le des más vueltas.

Fran frunce el cejo. No parece muy contento con mi exposición de los hechos.

—¿Y si quisiera volver a verte?

Uy, uy, uy, eso ha sonado peligroso y no quiero responder.

Trago saliva, confieso que no esperaba semejante propuesta.

—Supongo que cualquier día de estos coincidiremos en alguna parte —respondo y, como habréis comprobado, he sido muy poco original, por no decir desconsiderada.

—No es eso lo que quería decir —me aclara, como si yo no lo hubiera entendido a la primera.

Podría ser altiva y decirle algo así como que soy una mujer especial e irrepetible y que es lógico que se interese por mí, sin embargo, no estoy disponible. En esta ocasión creo que me será más útil recurrir a la lástima.

Señalo el cartel antes de comenzar la actuación.

—No estoy en mi mejor momento. Nos mudamos a otra casa y voy a tener una semana complicada. Mi humor será más bien huraño —explico.

—No te estoy pidiendo una cita, sólo quería saber si puedo llamarte alguna vez y, en caso de hacerlo, si me responderías —contesta no muy amable.

Se ve a la legua que no está acostumbrado a esto, porque seguro que es al revés, que las mujeres son las que lo atosigan para volver a quedar.

Como la lástima no ha funcionado, me toca hacerme la ofendida.

—Ahora te entiendo, tú lo que pretendes es lo que todos, tener a alguien disponible siempre que pases por la ciudad. Pues no, no pienso ser una de esas amiguitas a las que llamas cuando te pica ahí abajo. Ni hablar. —Agarro el asa de la maleta y tiro de ella, dispuesta a dejarlo con la palabra en la boca. Pero Fran me sujeta del brazo y me detiene.

Y hace lo que menos esperaba, besarme ahí, en medio de la calle, a la vista de todos, en especial de mi madre, que ya estará mirando por el vídeo portero.

Y no se trata de un besito rápido, que visto desde lejos hasta podría ser inocente. Nada de eso, me aprisiona contra la carrocería del coche y hasta me pone la mano en el culo mientras me devora la boca. Y yo gimo, porque, maldita sea, me he excitado. Y mucho. Y él, también.

Sin embargo, uno de los dos tiene que echar el freno y a Fran, por cómo me está metiendo mano por debajo de la camiseta, me parece que no lo veo muy proclive a apartarse.

No sé qué me está pasando, no soy capaz de mandarlo a paseo. Me estoy derritiendo e incluso planteando pedirle que nos subamos al Lexus y me lleve a un hotel donde alquilen habitaciones por horas. Miento, para toda la noche, porque, será un chulo, pero rinde muy bien. Aun así, me contengo, porque esto se nos va de las manos.

—¿Decías? —musita, acariciándome el labio inferior con el pulgar.

—Tengo que irme —acierto a decir, tras inspirar hondo.

Fran sonríe, porque sabe que me ha puesto cachonda; no

obstante, he de comportarme con madurez y frialdad.

—A ver cómo te las apañas con este calentón, pija —se guasea y yo miro su entrepierna.

—Lo mismo digo.

Me aparto y por fin consigo llegar hasta la verja. Él se queda con los brazos cruzados, apoyado en el coche con una actitud de malote indolente que no puede con ella. Claro que puede, con esos vaqueros negros y la pertinente camiseta gris deforme. Sin olvidar la sonrisa chulesca a juego.

—¿Te mando a esta dirección el cheque por tus servicios? —inquiere con cierto aire burlón al decir «servicios».

—No. Ya te daré la nueva —respondo y entro en la finca, dispuesta a olvidarme de él y llegar cuanto antes al dormitorio, a ver si puedo relajarme con uno de mis vibradores.

El plan se va al carajo nada más poner un pie en la casa.

—Hola, señorita —me saluda Juliana, la asistenta. La mujer que lleva con nosotros desde siempre y a la única que no hemos despedido. No le podemos pagar, sin embargo, ella mantiene su lealtad a la familia.

—¿Quién era ese hombre, María del Pilar? —pregunta mi madre muy seria. Traducido, ha presenciado toda la escena por el vídeo portero. Maldita tecnología—. Y no me digas que era sólo un amigo.

—Es el primo de Gema —respondo, porque a veces la verdad es la mejor excusa.

—Hija, esa gente tendrá dinero —dice como si el dinero de «esa gente» fuera basura—, pero no te conviene. Ya es bastante cuestionable que seas amiga de esa chica, como para que encima tontees con un primo suyo. Confío en que la cosa no pase de ahí —añade en tono de regañina.

Tontear… si ella supiera.

«He tonteado mucho, mamá, pero mucho, mucho.»

—Tranquila, mamá —contesto, porque no quiero entrar en detalles ni soportar los sermones que me ha repetido desde que tengo uso de razón. Los cuales, por cierto, a veces me parecen surrealistas—. Me ha traído a casa, sólo eso.

Ni siquiera me pregunta por la boda. Lógico, no he asistido a una de alta alcurnia, en donde «pescar» marido y/o conocer a personas influyentes, por lo tanto, no lo considera un acto

relevante. Si incluso llegó a sugerirme que no asistiera. Lo de mezclarme con «esa gente» lo lleva muy mal, como habréis comprobado.

—Está bien, te creo —murmura no muy convencida—. Anda, sube a descansar un rato y después empieza a organizar tus cosas, que pasado mañana viene el camión de la mudanza y debemos tenerlo todo listo.

—¿Has hablado con Demetria sobre lo que podemos llevar a su casa? —pregunto, porque conozco a mi tía. Vive en una casa tan grande como la nuestra, pero es poco amiga de los excesos y siempre que ha venido por aquí ha criticado sin piedad lo mucho que le gusta a mi madre acumular «trastos» para darse tono, no porque sean necesarios.

Cuando conozcáis a mi tía Demetria, vais a flipar con sus teorías.

—Por supuesto que no, de hacerlo empezaría a protestar. Mejor llegamos con la mudanza y después ya veremos.

Le doy un beso en la mejilla para que se quede tranquila y subo a la planta de arriba. Una vez en mi dormitorio, lo primero que debo hacer es un plan de traslado y enciendo la luz del vestidor. ¿Cómo voy a empaquetar y transportar todo esto?

Son unos treinta metros cuadrados de armario, zapatero, colgadores, cajones… Ordenado y clasificado. Hay prendas de todo tipo, la envidia de cualquier chica, y ahora debo recogerlo para meterlo en cajas y dejar fuera sólo lo necesario, pues a buen seguro mi tía me tendrá preparada una habitación normalita.

Cuando Sun se mudó al piso de su marido, me contó horrorizada que tuvo que prescindir de la mayor parte de su ropa y otros complementos. Se vio obligada a seleccionar lo que consideró imprescindible. Me solidaricé de inmediato con ella, pues la sola idea de no poder disponer de mis cosas, de todas, me aterroriza.

Puede que la gente corriente se conforme con media docena de pantalones, dos vestidos de fiesta, dos chaquetas, algún que otro chándal y unas cuantas camisetas baratas. Quizá se pueda vivir con ese guardarropa. ¡Por favor! ¡Es imposible!

Pues bien, ahora me ha tocado a mí.

Veo junto al balcón un montón de cajas de cartón plegadas, con el logo de la empresa de mudanzas impreso. Vaya ironía, guardar trajes de diseñador con zapatos exclusivos a juego y bolsos de

edición limitada en simples cajas de cartón, que lo mismo sirven para guardar periódicos viejos que prendas únicas.

No sé ni por dónde empezar y aquí estoy, sentada en mi enorme cama con dosel. Sí, ¿qué pasa? Tuve un antojo de cama con dosel a los veinte y aún la conservo, con cortinajes y toda la parafernalia…, cordones, borlas…

Desde luego, la realidad es el mejor antídoto para la excitación, ya no me queda ni rastro del calentón.

Busco el móvil en el bolso y le mando un mensaje a Sun, sólo ella puede entenderme.

Por desgracia, la pillo ocupada, así que quedamos para vernos el sábado y como Gema habrá regresado de su luna de miel, aprovecharemos y nos pondremos las tres al día, que buena falta nos hace.

No es ningún secreto que cuando Sun se emparejó sentí cierto temor a que el grupo se fuera distanciando. Ahora ha sido Gema la que se ha casado, dejándome a mí como la única soltera y, por lo tanto, la única con tiempo libre. Pues ya se sabe que cuando se tiene pareja no se dedica tanto tiempo a las amigas.

Y lo definitivo será cuando alguna de ellas tenga críos, entonces ya resultará casi imposible reunirnos las tres. En fin, confiemos en que nuestra amistad sobreviva a todos estos cambios.

—¡No me lo puedo creer! —exclama Sun entre risas, cuando Gema termina de contarnos su accidentada luna de miel.

—Pobre Alberto —añado yo.

—Ya te vale, ¿no podías hacer una excepción? —le pregunta Sun a la recién casada.

—¿Tú lo haces esos días? —pregunta a su vez Gema en voz baja.

Sun se encoge de hombros.

—A ver, no es lo ideal; sin embargo, si surge…, ya me entendéis, no vas a decir que no.

—¿Y tú lo haces? —Gema se dirige a mí.

—A mí, últimamente, no me surge ni en esos días —respondo con un resoplido.

—Pues yo, lo siento mucho, pero me da repelús —afirma Gema.

—A quien le tiene que dar repelús es a Alberto —la contradice Sun—. Además, era vuestra luna de miel, dudo que pusiera muchas pegas.

—Fui incapaz y él… bueno, se resignó. Resumiendo, que sólo lo hemos hecho una vez en diez días.

—Mientras haya sido un buen polvo… —digo con actitud pesimista.

—Pero ¿a ti qué te pasa para estar tan amargada? —me pregunta Sun.

—Se supone que has estado con mi primo y, por lo que yo sé, Fran no perdona. Tiene fama de… —Se calla y hace una mueca—… Joder, ¿qué hago yo hablando de las proezas sexuales de un familiar? —Gema incluso finge un escalofrío.

—No hace falta, de eso se encarga Mapi. Desembucha, ¿cómo folla el primo de Gema?

Sonrío con ironía ante la pregunta tan directa.

—Te recuerdo que te apostaste con él una mariscada a que no conseguía montárselo conmigo —le espeto a Gema—. Así que ahora no me vengas con remilgos.

—Era necesario —se justifica ella—. ¿Cuánto llevabas quejándote de que no te dabas un buen revolcón?

Achico la mirada. Sun sonríe de medio lado.

—Sois un par de liantas —las acuso, al encajar las piezas.

Una me birló el móvil, probablemente Sun, y la otra le lanzó el cebo a su primo.

—Sí, sí, lo que tú digas. No te desvíes de lo importante. Los detalles —me apremia Sun—. Porque la foto que nos enviaste era… —se abanica—… prometedora.

Empiezo a relatarles cómo Fran se presentó en mi habitación de hotel el mismo día de la boda. El calentón que no fue resuelto, el viaje a la granja para echarle una mano y el primer polvazo en su casa-choza.

—¿Te llevó a su guarida? —pregunta Gema y parece sorprendida.

—¿Guarida? ¿De qué hablas? —tercia Sun sin entender—. ¿Hay tipos que tienen una guarida? ¡Yo quiero verla!

—Cuando Fran vivía en el pueblo de alquiler con su madre, tenían problemas para llegar a fin de mes. En más de una ocasión mis padres les prestaban dinero, así que, cuando pudo invertir, compró varias propiedades en el pueblo sólo para darle en el morro a más de uno, propiedades que habían pertenecido a su antiguo

casero, y reformó ese antiguo pajar a todo trapo. Le gusta ir allí solo, para relajarse y descansar.

—Pues por lo que ha contado Mapi no ha descansado mucho —apunta Sun con sarcasmo.

—Eso parece —la secunda Gema riéndose.

—Y, esto, una cosilla… esa guarida tan espectacular del mundo rural, ¿la alquila? Lo pregunto para hacer una escapadita con Daniel el próximo finde —dice Sun animada.

—Lo dudo, Fran es muy reservado con ese sitio —responde Gema.

—Qué lástima —se lamenta Sun—. En fin, por lo menos tú podrás disfrutarla, porque supongo que vas a repetir, ¿verdad?

Niego con la cabeza.

Gema frunce el cejo.

—¿Y por qué no? —insiste Sun.

—Porque tengo que centrarme. Pasado mañana me mudo a casa de mi tía y no puedo seguir tonteando por ahí. Además, creo que él pasa de mí —alego, recordando la última conversación.

—Eso me cuadra. Fran hace mucho que no persigue a las mujeres, está acostumbrado a lo contrario —afirma Gema.

—¿Nos estás diciendo que, de haber insistido cual tipo baboso, tendrías otra cita con él?

La pregunta de Sun ha dado en el centro de la diana. Vaya que sí. Mi ego hasta lo hubiera agradecido. No puedo hacerme trampas al solitario, ¿verdad que no? Sin embargo, ahora he de olvidarme de Fran.

—¡Pues claro que hubiera vuelto a quedar con él! —se adelanta Gema—. Mírala, si todavía se pone tontorrona cuando recuerda lo que hizo en la «choza».

—Ya vale. Ahora hablemos de otro asunto —propongo, aunque intuyo que estas dos van a darme la lata con el temita de Fran.

En efecto, se pasan un buen rato soltando estupideces. Es lo que ocurre por ser sincera con las amigas. Pero siempre hay que serlo, de otro modo, la amistad no tiene sentido. Me echan en cara las múltiples veces que me he quejado de los tipos con los que he estado. Las decepciones acumuladas. Los orgasmos fingidos para así escaquearme y volver a casa cuanto antes.

Menos mal que terminan asumiendo que no voy a quedar más

con Fran, por mucho que al recordarle sienta un leve (vale, algo más que leve) cosquilleo entre las piernas. Nada que mi vibrador Lelo no consiga apaciguar.

¿Tengo pilas alcalinas de repuesto?

Capítulo 11

Hacía mucho tiempo que no acudía a la inauguración de un restaurante de lujo acompañada de un hombre al que no se le puede poner una sola pega. Educado, elegante, buen conversador, se mantiene bien y, sobre todo, es multimillonario. Este último detalle es fundamental. Por ponerle una pega, se peina un poco desfasado y clásico. Creo que si se decantara por otro corte parecería más joven. Otro punto cuestionable es su edad, ya ha cumplido los cuarenta y cinco, lo que no me importa si sólo me atengo a mis intereses. Hoy he vuelto a sentirme importante, tanto que hasta voy a pasar por alto las maquinaciones de mi querida madre.

¿No os lo he contado?

Pues sí, mi madre, que por lo visto está cansada de discutir con su hermana a cada hora, decidió ir un día por el casino. A pesar de que lleva bastante tiempo sin pagar las cuotas por falta de liquidez, no sé cómo, pero consiguió colarse. Supongo que a Benita Sañudo no es fácil pararle los pies cuando se propone algo. El caso es que se reunió allí con su antigua camarilla de marujas, con mucho tiempo libre y casadas con hombres acaudalados, y entre ellas estaba Rosalía de Cepeda y Antúnez.

El nombre de esta señora así de primeras no os dice nada, pero lo importante aquí es que mi acompañante, Julián de la Hoya y Cepeda es su hijo. Y ahora me diréis: ¿quién es este hombre?

Os pondré en antecedentes.

Cuando en los años cincuenta y sesenta se vivió una expansión urbanística sin precedentes debido al éxodo masivo del campo a la ciudad y la demanda de viviendas hizo que multitud de avispados empresarios construyeran a destajo, ganando cantidades insultantes de dinero, algunos supieron invertir y otros no. En el caso de la familia de Julián, su abuelo fue el más listo. Empezó como todos, pero se dio cuenta de algo en lo que muy pocos se fijaron y

diversificó. Sin abandonar del todo la edificación de viviendas, construyó también aparcamientos subterráneos en el centro las principales ciudades. Muchos lo tildaron de loco, pero a medida que las poblaciones crecían, a la par que el parque móvil, y los ayuntamientos reducían los espacios públicos para estacionar, fue evidente que se precisaban aparcamientos y sólo su empresa los tenía, así que, claro, pusieron la tarifa que les dio la gana.

Y así hasta la fecha, dinero a mansalva; no han necesitado reconvertir sus negocios, como otros empresarios, pues apenas tienen competencia y dudo que la tengan, pues es difícil que otras empresas obtengan permiso para excavar bajo los edificios.

¿Y por qué mi madre me ha concertado esta cita?

¿No lo adivináis?

En efecto, quiere que Julián y yo intimemos. Y quien dice intimar dice «cazarlo». Lo que ocurre es que mi progenitora es muy fina, pues en estos menesteres de hacerse con un marido rico no se puede ir a las bravas, todo ha de llevarse a cabo de manera sutil.

¿Y por qué Julián de la Hoya y Cepeda y no otro?

Porque él hace un año que se ha divorciado, no tiene hijos y, por tanto, es el candidato ideal a marido. Si apareciera un divorciado o viudo con hijos y no quedase más alternativa, también se iniciaría la «Operación conquista», pero mi madre, que no tiene un pelo de tonta, sabe que los hijos lo complican todo, porque no siempre aceptan una nueva pareja de su padre.

No pongáis esa cara, la mentalidad de mi madre es así y yo…, bueno, creo que no me queda más remedio que aceptar la realidad. La triste realidad.

Es un poco mayor para mí, lo sé, sin embargo, no abundan los candidatos de treinta y tantos que tengan la misma cuenta corriente que Julián, estén solteros y dispuestos a intimar con una chica de clase alta venida a menos. Porque, aceptemos la situación, mis apellidos ahora están a la altura del betún. Mi padre se ha encargado de ello.

Os preguntaréis por qué en vez de buscar un marido rico no me busco un buen trabajo y me gano la vida por mí misma. Muy sencillo: uno, abandoné los estudios en secundaria, ya que, en teoría, para casarse bien sólo debía preocuparme de ser mona, simpática, educada y poco más, por lo tanto, los empleos a los que

podría optar con semejante currículo estarían muy mal remunerados.

Dos, el descrédito social. ¿Me imagináis en un supermercado, reponiendo mercancía en los estantes? ¿O en un bar sirviendo mesas? O peor aún, ¿limpiando retretes? No, ni hablar, por ahí sí que no paso.

Y tres, si estáis pensando en que recurra a una amiga con dinero, por ejemplo, Sun, la respuesta es no. Rotundamente no.

Sé que ella, en Dulces y Confituras Faustino Peralta e hijos S. A., la empresa de su familia en la que trabaja, podría buscarme un empleo bien remunerado; sin embargo, ese gesto, a priori sin importancia, podría derivar en una enemistad.

Entre amigas nos podemos prestar cien euros porque se te ha olvidado la cartera en casa y has visto la nueva barra de labios de Chanel en exclusiva y quieres ser la primera en comprarla. Pero si aceptas el préstamo es porque al día siguiente se lo puedes devolver.

Ahora mi situación es diferente, así que ni se me ocurriría pedirles un euro prestado, ni a Sun ni a Gema. Quiero que sigan siendo mis amigas, de ahí que lo más oportuno sea buscar a ese hombre con dinero que pueda ofrecerme no sólo bienestar económico, sino también posición social.

Sin olvidar los contactos, porque mi padre sigue en la cárcel y en ciertos círculos sociales todos se conocen y se hacen favores.

Motivo por el que Fran, a pesar de tener dinero, jamás podría considerarse un candidato apropiado. Pero recordar ahora a Fran sólo serviría para arruinar la velada, así que me centraré en Julián y sus posibilidades.

También sentiréis curiosidad por saber cómo es posible que lleve un modelito nuevo cuando tenemos las cuentas congeladas por orden judicial y no podemos pagarle a la asistenta. Pues bien, me llegó un generoso cheque bancario de Fran y, en vez de llenar la despensa, opté por ir de compras. Cierto que no pude ir al estudio de ningún diseñador como antaño, el cheque no era tan generoso, pero al menos he podido adquirir un vestido de firma, eso sí, en un *outlet*. Dios mío, yo que tanto he criticado a quienes van a esos establecimientos. Siempre he considerado que son gente que quieren y no pueden, aspirantes a clase alta sin una billetera que los

respalde.

No me señaléis con el dedo, mi situación es complicada y cada uno se las apaña para seguir adelante como puede.

—Estás muy callada —comenta Julián, con ese tono tan modulado característico de los hombres ricos acostumbrados a que cuanto dicen se escuche.

—Todo tiene tan buena pinta que no me decido —alego con una sonrisa.

—A mí me ocurre parecido.

Mi comentario dice a las claras que estoy tan aburrida de ir por todos los restaurantes del mundo, que ya nada me sorprende. Sin embargo, sé que a los hombres como Julián hay que adularlos un poco, así que añado:

—¿Qué me recomiendas?

—El tartar de Kobe debe de ser delicioso, ¿no crees? —sugiere y por el tono es evidente que Julián ya se ha decidido.

Sonrío, qué remedio, aunque la mención del Kobe es de lo más desafortunada.

—Aceptaré tu recomendación —digo, sin dejar de sonreír.

Ya sé que de seguir así terminaré con dolor facial, pero es fundamental que él se sienta cómodo todo el tiempo.

Cuando la camarera nos toma nota de la comanda, yo me limito a asentir incluso cuando elige el vino. También sé lo mucho que les gusta a estos tipos hablar de sus proyectos, así que, sin parecer una cotilla, formulo alguna que otra pregunta y de esa forma mantengo la conversación viva, pues en estos casos no hay nada más desesperante que comer en silencio.

Julián da los detalles justos sobre su trabajo y sabe que no ha de preguntar por el mío. En estas citas existe un código no escrito, y ambas partes lo conocen a la perfección.

Antes del postre siempre hay que excusarse e ir al aseo. La explicación es muy simple: primero, para evitar la tentación de comer y la segunda para retocarse, porque en breve abandonaremos el restaurante y hay que salir por la puerta de manera impecable, ya que nunca se sabe qué ocurrirá a continuación.

Julián, con su educación estudiada, me sonríe y aprovecha para sacar el móvil. Algo lógico, pues pocas veces quieren estar desconectados y como revisar los mensajes durante la cena es de

mala educación, se contienen. Le daré esos diez minutos que necesita para ponerse al día.

Mientras camino, despacio, por supuesto, hacia los aseos, observo la decoración y lo cierto es que, a veces, los interioristas no saben cómo acertar. En este caso, para ser un restaurante de lujo, los materiales usados son de lo más cutres. Los restos de una obra, eso sí, bien combinados y con una luz ambiental muy sugerente.

—Si no te conociera, pensaría que me estás acosando —dice una voz burlona a mi espalda.

—No puede ser —murmuro antes de darme la vuelta—. ¿Qué haces tú aquí?

Fran me mira de arriba abajo y esboza media sonrisa. Yo hago lo mismo. Está impresionante, con ese traje azul cobalto que le sienta divinamente.

—Lo dices como si me tuvieran que prohibir la entrada —comenta con sarcasmo.

—Qué mal está el servicio —añado y cruzo los brazos—. En fin, me alegro de haberte visto. Hasta la próxima.

—Yo también me alegro —dice y me agarra de la muñeca para obligarme a poner una mano sobre su entrepierna.

—¿Qué haces? —siseo, mirando alrededor por si alguien se percata de lo que está ocurriendo, en especial Julián.

—Tranquila, ese tío con el que has venido está más pendiente de su móvil que de ti —me informa.

—Oye, suéltame ahora mismo —le exijo.

Intento soltarme, pero aparte de no conseguirlo, creo que a Fran le divierte.

—¿Vas a gritar? ¿Aquí, en un sitio tan pudiente y pijo?

—¿Y qué será lo siguiente en tu catálogo de estupideces? ¿Arrastrarme hasta el baño, meterme a empujones y una vez allí…?

Me besa, no sé si para mosquearme o para callarme. Lo hace tal como recuerdo, con esa contundencia que resulta peligrosa porque me gusta, me gusta mucho, y le respondo.

—Vamos, no seré yo el que te contradiga —musita en tono seductor y como me tiene agarrada, tira de mí hasta que desaparecemos de la zona pública.

No puedo gritar, pues todos los presentes, incluido Julián, se percatarían. Como bien ha dicho, en los sitios pijos todo el mundo

se comporta y nadie eleva la voz, porque de inmediato sería el centro de atención.

Debería sentirme aliviada cuando pasamos de largo los aseos, sin embargo, me dura bien poco el alivio, pues accedemos al almacén. Oh, oh, esto no pinta nada bien.

—A solas, tal como querías —me espeta tras cerrar de un portazo.

Miro alrededor y me quedo perpleja, porque el almacén, que no lo parece, es mucho más elegante que el comedor. Las estanterías alineadas y ordenadas, un pequeño escritorio blanco con un portátil y bandeja de papeles. Nada que pueda usarse como arma arrojadiza.

—Yo no quiero estar aquí y menos contigo —le digo muy seria y muy digna.

—Joder, pija, no mientas. Te alegras de verme igual que yo a ti.

—Yo no diría tanto —mascullo y doy media vuelta dispuesta a marcharme, pero no lo hago.

Y la razón no es que Fran me lo impida, todo lo contrario; permanece con las manos en los bolsillos, en una actitud cercana a la indolencia, como si estuviera poniéndome a prueba.

—¿Y bien? —inquiere arrogante.

—¿Vas a decirme cómo has conseguido una invitación para la inauguración?

—¿Qué pasa, te sorprende que a los tipos como yo nos inviten a sitios de postín? —replica sarcástico.

Y, de verdad, no quiero enfrascarme en un combate verbal, porque me excita, y excitarme es lo que menos me conviene.

—Sí, si te soy sincera, es el último sitio donde esperaba encontrarte.

—¿Eso significa que querías volver a verme? —pregunta y se echa a reír—. Mira, pija, por mucho que te creas el ombligo del mundo, los demás tenemos nuestra vida y, aunque te sorprenda, este restaurante es de uno de mis clientes.

Ay, mierda, ¿cómo no he pensado en eso?

Y no sólo le han dado una invitación, sino que, además, como proveedor, seguro que tiene acceso a la zona privada.

—Pues me alegro de que te vaya bien —digo de mala leche, al sentirme un poco estúpida.

Cada vez que me empeño en considerarlo un don nadie, resulta

que, a pesar de no alardear, no es un tipo cualquiera.

—En parte gracias a ti —añade y, bueno, no lo voy a negar, es cierto.

Inspiro, porque esto tiene que acabar, debo volver a la mesa con Julián y punto. Sin embargo, hay algo que me lo impide y para mi desgracia sé lo que es. Le deseo, quiero que se acerque, que me diga alguna ordinariez o lo que sea, con tal que me toque.

Porque no he vuelto a echar un polvo desde el fin de semana rural y es como poner un chuletón delante del hambriento. Soy incapaz de razonar.

Pero hay un pequeño problema, si soy yo quien da el primer paso, puede que, uno, Fran lo aproveche para burlarse, y dos, prefiero fingir que todo ha sido iniciativa de él.

De ahí que me resulte imperativo lanzar el anzuelo y dejar que sea Fran quien, en apariencia, maneje la situación. A ellos les encanta y a mí me cuesta muy poco fingir que soy inocente; una pobre víctima que cae sin remedio en las garras de un seductor.

—Debería marcharme —murmuro—, cualquiera puede sorprendernos aquí y sacar conclusiones precipitadas.

Fran arquea una ceja y mantiene las distancias, aunque he llamado su atención. Bien, ésa era la idea. Adopta una pose indiferente y cuando se mete las manos en los bolsillos se le abre la americana y, oye, que yo conozco esos abdominales y me pican los dedos, pues mi primer impulso es desabrocharle la camisa y arañárselos.

—Puedo sacarte de aquí sin que nadie nos vea.

—¿Perdón?

—O, ya puestos, cumplir una de tus fantasías. Si no recuerdo mal, te excita eso de que te miren, ¿verdad?

Oculto mi sonrisa. Ha sido demasiado fácil. Ahora sólo he de mostrarme más preocupada, y su lado canalla, ese que todos los hombres tienen y del que les gusta presumir, hará acto de presencia.

—Qué buena memoria —susurro—, pero hoy no puedo arriesgarme. He venido acompañada.

Nada más decirlo, Fran da un paso adelante y otro, y otro más hasta acorralarme contra la puerta. Excelente. Ya puedo aspirar su colonia, que por cierto es de las baratas, no más de quince euros.

No sabría decir la marca, no he comprado en mi vida una fragancia tan barata. Un detalle que no mencionaré, pero aun así debe de contener algún tipo de feromonas para que yo me ponga como una moto.

—Pija… ven aquí —susurra, aunque yo lo interpreto como una orden.

Niego con la cabeza, pese a que me muero de ganas de obedecer. Entonces él me rodea la cintura, apartándome de la puerta para pegarme bien a su cuerpo.

—Me siguen sin convencer tus arrebatos de machote.

—Calla un poco…

Fran comienza a besarme el cuello, busca cada punto sensible, al tiempo que su mano se va colando por debajo del vestido. Ya está en la parte superior del muslo, muy cerca del tanga.

Voy girando la cabeza y busco sus labios. Al encontrarlos, aprovecho para acercar los míos y besarlo.

—Ya te ha costado… pija —musita, antes de responder tal como yo esperaba, con esa contundencia que tanto me gusta y que me calienta como a una perra.

Estoy parafraseando a Gema, porque yo jamás habría pensado algo semejante.

Me derrito, no voy a negarlo. Me derrito a medida que profundiza y gimo, joder, vaya si lo hago, porque los últimos días han sido una auténtica mierda y ahora al menos podré olvidarlos durante un ratito.

Soy una imprudente y una inconsciente y voy a disfrutarlo.

Me cuelgo de su cuello y lo atraigo más hacia mí. Ya no voy a andarme con indirectas. No he sido consciente de cuánto lo necesitaba.

—Te noto un tanto impaciente —dice con su tono burlón, ese que me enerva y me pone cachonda a partes iguales.

—Cállate —mascullo y lo beso para que no diga más.

No sé qué tiene o qué hace. La forma de besar de Fran es… demasiado peculiar. Presiona, mete la lengua, avasalla, pide paso, aunque sin atosigar. ¿Me entendéis? Mira que es difícil besar bien, sin embargo, él lo consigue. De ahí que no me canse de hacerlo.

—Joder, pija, cómo me gusta tener tus manos en mi polla —musita y me muerde el cuello.

—¿Llevas condones? —le pregunto entre jadeo y jadeo, pues tiene una mano metida entre mis piernas y, a pesar de que aún llevo el tanga puesto, me está acariciando con verdadera maestría.

—Pero bueno, señorita pija, ¿me traes a este almacén para aprovecharte de mí y no tienes condones? —replica guasón.

—¿Tienes o no? —insisto, porque sería muy mala suerte que al final tuviéramos que parar por falta de preservativos.

—Doy por hecho que no tenías intención de follar con tu cita de esta noche —suelta tan arrogante como siempre, para no variar.

Se lleva una mano al bolsillo y saca la cartera, que me entrega.

Nos apartamos lo imprescindible y yo busco. Veo que lleva bastante dinero, tres billetes de quinientos como mínimo y sólo una tarjeta de crédito. Por lo visto es de la vieja escuela, de los que pagan en efectivo. Algo que se considera de mal gusto, eso de ir a pagar la cena y contar billetes como si fuera un vulgar vendedor de mercadillo; nunca, pero nunca, ha de sacarse un fajo de dinero.

Ya lo sé, mejor sacar el fajo que tener telarañas en el monedero, como es mi caso, pero tenía que decirlo.

Encuentro el condón y le devuelvo la cartera. Se limita a guardársela como si no llevara más que calderilla y me mira con una sonrisa de medio lado de lo más traviesa.

Estoy perdida.

Sin remedio.

Lleva el pelo algo más largo que cuando lo conocí y le cae sobre la frente. En un estúpido gesto, lo peino con los dedos y su sonrisa se amplía.

—Perdón por lo que voy a hacer —dice en voz baja.

—¿Cómo?

No hace falta que me dé una explicación, pues oigo un rassssss. Está claro qué ha hecho.

—No he podido resistirme —dice, sin visos de arrepentimiento.

Me muestra orgulloso mi tanga negro, o lo que queda de él, porque desde luego acabará en la basura.

—¿Por qué te lo guardas? —pregunto, al ver que se lo mete en el bolsillo de la chaqueta, y él se encoge de hombros—. Ah. Ya veo, coleccionas trofeos.

—Ponme el condón y deja de decir tonterías. Simplemente no vamos a dejar aquí pruebas de lo que ha ocurrido.

No me quedo convencida del todo ante la explicación, pese a ello, lo dejo correr. Me dispongo a ponerle el preservativo y él se baja los bóxers por debajo del trasero para poder maniobrar mejor. Sé que el tiempo apremia y, al ponérselo, no pierdo la oportunidad de acariciarlo hasta oír cómo inspira hondo.

Parpadeo, tiene una mirada que… uff, no sé explicar, pero es penetrante, perversa, muy caliente y algo más… No es el momento. Vamos a lo práctico, a echar ese polvo exprés. Sin embargo, no conseguimos acoplarnos bien. Fran es más alto que yo y dobla las rodillas, mientras yo, con los tacones que llevo, puedo reajustar la postura, pero aun así…

—Lamento no poder metértela hasta el fondo… —se queja con un gemido cuando empuja.

—Y yo más —jadeo. Levanto una pierna con intención de rodearle la cintura, pero ni así conseguimos acoplarnos del todo. Y es una pena, con las ganas que tengo de echar un polvo en condiciones.

—Tenemos dos opciones: nos apañamos así —propone, sin dejar de embestir—, o perdemos medio minuto y utilizamos ese escritorio.

—El escritorio —elijo sin pensar y Fran se aparta.

Yo me acerco al mueble, retiro con cuidado los papeles para no desordenar mucho y me subo encima. Inmediatamente abro las piernas y Fran se sitúa entre ellas.

Me besa y, sin perder un segundo, vuelve a penetrarme.

—Mucho mejor —susurro.

—Ya lo creo, pija.

Comienza a empujar, me agarro a sus hombros, no quiero que, debido al ímpetu que demuestra, acabe cayéndome o algo peor. Busco sus labios, no me canso de besarlo o morderle el cuello y él murmura unas cuantas obscenidades.

—¿Has cerrado con pestillo? —pregunto de repente.

—No —gruñe—, así es más emocionante.

La posibilidad de que nos sorprendan, porque ninguno de los dos estamos siendo muy comedidos a la hora de gemir, hace que mi libido se dispare. Y a Fran debe de ocurrirle lo mismo.

El escritorio cada vez traquetea con más fuerza.

—Nos van a pillar —farfullo; sin embargo, no sería capaz de

detenerme.

—Están en pleno servicio de cenas, dudo mucho que justo ahora quieran mirar papeles o revisar la contabilidad.

—Eso no me tranquiliza —replico y miro la puerta con temor, sí, pero también me produce tal subidón que apenas unos segundos más tarde me corro.

—Joder, pija, cómo me aprietas cuando te corres.

Fran tensa la mandíbula, yo no me canso de besarlo, incluso le susurro alguna que otra guarrada. Y, claro, estalla con un sonoro gruñido, empujando de forma brusca, hasta quedarse inmóvil y jadeante.

Yo también respiro de forma entrecortada, pero tenemos que separarnos y hacer como que no ha ocurrido nada. Fran se aparta, se quita el condón, le hace un nudo y lo tira en una papelera. Yo me bajo del escritorio y me estiro el vestido. Le ha quedado alguna que otra arruga, menos mal que sentada no se me notará mucho. Él ya tiene los pantalones abrochados y yo abro el bolso, he de retocarme el maquillaje.

—No necesitas esa mierda —me espeta en un tono que podría interpretar como desagradable; no respondo, no lo entendería.

En la mano tengo mi barra de labios Chanel Rouge Allure Passion. Apenas me queda y en otras circunstancias ya hubiera comprado otra, pero me aguanto y la exprimo hasta el final.

Fran abre la puerta despacio.

—Sal tú primero —me dice en voz baja, muy serio.

—De acuerdo.

Paso a su lado con la evidente intención de marcharme, no tengo por qué despedirme, así es más sencillo. No obstante, Fran reacciona de forma extraña, pues me retiene un segundo para darme un beso que podría ser hasta desagradable y me suelta:

—Hasta la próxima.

Lo miro una última vez.

No sé si habrá una próxima vez.

Abandono el almacén con una sensación agridulce.

Camino hasta la mesa. Miro la hora en el móvil. ¡Cielo santo! He estado más de veinte minutos en el «aseo». A ver qué película le cuento a Julián. Pienso en algo triste e intento llorar, pero después de echar un polvo, fingir una desgracia es muy complicado y mis

dotes de actriz no son tan buenas.

Camino en dirección a la mesa y estoy tentada de mirar por encima del hombro, por si Fran me está observando, pero mantengo la vista al frente y sólo soy consciente de las miradas de otros comensales.

—¿Todo bien? —me pregunta Julián cuando me siento. No está acostumbrado a que lo dejen solo sin él pedirlo.

Suspiro de manera exagerada y niego con la cabeza.

Entonces le suelto un rollo sobre una amiga a la que su novio la ha dejado después de cinco años y a un mes de la boda. Le digo que me ha llamado llorosa y me ha tenido al teléfono todo este tiempo. Me disculpo por haberlo dejado solo en la mesa y Julián se muestra comprensivo, aunque no por gusto, sino por educación.

Ésta no es la mejor manera de comenzar una posible relación. Mi madre me mataría si llegara a enterarse del riesgo que he corrido. Riesgo que, por otro lado, me ha sabido a poco, pues, de haber podido, no sólo hubiera echado un polvo, también me habría ido con Fran a un hotel.

Capítulo 12

—A ver si lo he entendido bien, ¿llevas dos meses viéndote con Julián de la Hoya, en plan parejita pija sin tocamientos, y follando con mi primo?

—De la Hoya y Cepeda, que no se te olvide —se guasea Sun.

Asiento ante el resumen, un tanto simplificado, de Gema.

Sun arquea una ceja.

Hemos quedado para comer juntas después de bastante tiempo sin poder hacerlo. Gema, recién casada, no se separa de Alberto ni con agua caliente y Sun, con tanto viaje de negocios, es difícil que pueda quedar, amén de que también le cueste horrores separarse de Daniel. Menos mal que no han tenido críos.

—Me dejas muerta —dice Sun, aunque no detecto censura en su voz—. Y con cierta envidia, todo hay que decirlo.

—¿Envidia? —pregunta Gema perpleja.

—Pues sí, tiene uno que la lleva por ahí, a estrenos, restaurantes de lujo, exposiciones y demás actos sociales de postín en los que ver y dejarse ver y después a otro que le da lo suyo y lo de su prima.

—¿Problemas en el paraíso? —inquiero con cautela.

Sun niega con la cabeza.

—No, pero lo de follar en el restaurante me lo apunto —dice convencida.

—¿Y no puedes hacerlo en tu casa, como todo el mundo? —refunfuño, porque no desaprovechan la oportunidad de recordarme ese episodio. A veces pienso que esto de la amistad unida a la sinceridad es una puñeta.

—La semana que viene tengo una comida de trabajo con unos distribuidores alemanes y, mira por dónde, le pediré a Daniel que se presente en el local, yo me escaqueo a mitad de la comida, echo un polvo y vuelvo relajada —afirma y la veo anotarlo en su agenda del teléfono.

—No me acostumbro a verte como una ejecutiva —comento sin rastro de maldad.

Y es cierto, Sun y yo nos conocemos desde crías y siempre hemos vivido de las rentas, nunca imaginamos que trabajar fuera necesario. En mi caso, sigo sin estar dispuesta a someterme al yugo del mundo laboral. En el de Sun fue por decisión de su marido, que la obligó (literalmente) a trabajar y ella, no sé por qué, aceptó (no me preguntéis por qué) el reto.

Y así hasta ahora, que se ha convertido en una ejecutiva de la empresa de su familia y, encima, lejos de pensar dejarlo, se la ve encantada. Y, por lo que acaba de decir, hasta piensa divertirse un rato.

Ver para creer.

—Ni yo —me secunda Gema—, pero volvamos a tema principal —me señala—, Mapi y su bigamia.

—Eh, eh, eh, que sólo me acuesto con uno —me defiendo.

—Llámalo equis, guapa, juegas a dos barajas —insiste Gema—. Y que conste que la primera extrañada soy yo, porque a Fran le gusta picar en todos los platos y lleva ya más de un mes bastante modosito. O eso dice mi tía.

—Y sigue picando en todos los platos —la corrijo.

La prima del protagonista niega con la cabeza. Frunzo el cejo, porque dudo mucho que Fran apueste por la monogamia.

—Te digo yo que no, hasta mi tía está perpleja, porque está acostumbrada a que su hijo cambie de chica como de camisa —asevera—. La de veces que se queja porque no termina de aprenderse el nombre de una que ya aparece con otra.

No me gusta fruncir el cejo, porque a la larga me saldrán arrugas, sin embargo, eso que ha dicho sobre Fran me desconcierta. No puede ser cierto. Nos acostamos, de acuerdo, pero en ningún momento hemos mencionado que debamos ser fieles.

—¿Y eso qué importa? —tercia Sun—. Lo relevante aquí es que estás en medio de una relación sexual intensa. Sí, no me mires así, está claro que el primo de ésta folla como un dios.

Gema se tapa los oídos, no del todo, pero hace una mueca. La entiendo, es difícil hablar de sexo (bueno, Sun ha dicho follar, no nos vamos a rasgar las vestiduras ahora) y en la misma frase mencionar a un familiar.

—Y, redoble de tambor por favor —Gema hace el gesto palmeando la mesa—, con un tipo serio, con dinero, algo mayor, pero que podría ser tu salvación si al final la relación va a más.

Suspiro, porque mi amiga ha dado en el centro de la diana. Es la pregunta que me he hecho una y otra vez desde que me enrollé con Fran la misma noche que salía por primera vez con Julián.

Sí, la noche que estáis pensando.

—¿A quién debería dejar plantado?

—A Julián —dicen ambas a coro.

—No sé para qué pregunto —me quejo.

Las miro alternativamente, sin duda contrariada, no esperaba semejante respuesta.

—Uy, qué raro… —reflexiona Gema mirando a Sun—. Nunca pensé que eligieras a mi primo.

—¿Por qué? —pregunta ella.

—No sé, como siempre sois tan «o sea» y os gusta analizar el pedigrí de la gente, me sorprende, nada más.

—No soy tan «o sea» como crees —se defiende Sun.

—Y todo gracias a tu marido —remata Gema y nuestra amiga se encoge de hombros.

—Vale, centrémonos —les pido.

—Planta a Julián —me repiten a dúo.

—¿Y quedarme con un tipo que, aparte de follar como un dios, es incapaz de comprometerse, algo que me ha dejado bien claro desde el principio?

Sin olvidar que, a pesar de su cuenta corriente, mi familia no lo aceptaría. Pensamiento que no digo en voz alta para no ofender a Gema.

—Bah, eso lo dicen todos —murmura Sun—, por la sencilla razón de cubrirse las espaldas. De ese modo, si la relación es un asco, tienen una excusa estupenda para mandarte a paseo.

—Lo secundo palabra por palabra —dice Gema—. Y en el caso de mi primo, la teoría es perfecta. Desde que lo dejó su primera novia…

—Remedios, ¿verdad? —la interrumpo, recordando a la farmacéutica más desagradable del mundo.

—¿La conoces?

—Tuve el dudoso placer —respondo.

Como Sun está perdida, Gema le hace un resumen de cómo Reme dejó plantado a Fran porque no tenía más que telarañas en la cuenta bancaria y después, cuando logró el éxito empresarial, quiso volver con él.

—Una asquerosa de cuidado. Cuando cambiaron las tornas, resulta que así, de repente —chasquea los dedos— se da cuenta de que aún lo quiere —remata Gema, haciendo una pedorreta dedicada sin duda a la susodicha.

—Me importa un pimiento su ex —interviene Sun—. Yo tengo sueños muy morbosos desde que enviaste esa foto de su culo. Me la pondría como fondo de pantalla en el móvil, pero a Daniel no le haría mucha gracia.

—Yo tengo pesadillas —dice Gema con cara de asco.

—Centrémonos —insisto, porque a la menor oportunidad empiezan a desvariar—. ¿No veis posible seguir así un tiempo más?

—Nunca pensé que fueras tan perraca —me acusa Gema.

—Puedes, por supuesto, siempre y cuando lo tengas todo muy claro —opina Sun, pese a que no la veo muy convencida—. Aunque tengo la impresión de que tu madre tiene mucho que ver con esto.

Asiento.

—¿Tu madre? —inquiere Gema.

—Doña Benita Sañudo, al igual que mi madre, es de esas personas que creen a pies juntillas que el destino de cualquier mujer es casarse bien.

—Mi primo tiene el riñón bien cubierto —interrumpe Gema sin comprender, por lo que Sun prosigue:

—Casarse bien significa seguridad económica y posición social. Las dos cosas.

—Ah, vale.

—De ahí que Julián de la Hoya sea el candidato ideal.

—¿Y la diferencia de edad? —indaga Gema—. ¿Los tíos de más de cuarenta funcionan?

Sun asiente muy convencida y me mira a la espera de que diga algo.

—Claro que funcionan, doy fe —prosigue Sun muy orgullosa y me señala—. Y tú también podrías darla.

—¿Alguna vez vas a dejar de recordarme que me acosté con tu marido? —protesto.

—No, es muy divertido.

—Vale, los tíos de cuarenta o más funcionan, es un alivio saberlo —se burla Gema—. Fran aún no los ha cumplido, por tanto, su rendimiento está fuera de duda, y ese tipo rico debe de andar por los…

—Cuarenta y cinco —digo yo.

—A ver, no dudo que tu primo folle bien, no hay más que mirarla —tercia Sun, señalándome—, pero te digo yo que más sabe el diablo por viejo que por diablo.

—Yo me quedo con Alberto y sus treinta y cinco, digáis lo que digáis.

—¡Estoy hecha un lío, joder! —exclamo frustrada—. Esta conversación no me está ayudando nada de nada.

—Lo relevante aquí es que debes tener cuidado, pues si decides seguir con este embrollo, te pueden pillar.

—Fran sabe que salgo con Julián —les explico—. Desde el principio y no parece molestarle mucho.

—Ya, pero eso es porque no te acuestas con Julián —dice Gema, la que sin duda está más picajosa con mi forma de proceder.

—Algo que ocurrirá tarde o temprano —añade Sun—. Porque ese tipo tendrá ganas, digo yo.

—Pues de momento no ha hecho ningún avance. Un beso en la mejilla, una mano en la espalda cuando me guía y, como mucho, un piquito al despedirnos —les cuento.

—¡Es todo un caballero! —se burla Gema.

—O tiene un lío con su secretaria —apunta Sun.

—Muy graciosas —me quejo—. Y, repito, con esta actitud no me estáis ayudando nada, que conste.

—A tu edad, ya deberías saber que sólo una misma tiene las respuestas a sus propias preguntas —suelta Gema y nosotras la miramos como si tuviera una espinilla gigante en la cara.

—¿Perdona?

—Lo leí en una servilleta del restaurante chino —alega Gema.

Las tres nos echamos a reír. Será una estupidez, pero de vez en cuando es justo lo que se necesita para sentirse mejor, o al menos para no agobiarse tanto.

Puesto que mis amigas no me dan la solución, dejamos de lado el tema y nos ponemos al día sobre otras cosas. Por ejemplo, sobre

cómo, tras una luna de miel atípica, Gema y su marido han recuperado el tiempo. De lo que, por supuesto, me alegro.

A Sun tampoco le va nada mal, aparte de su trabajo como ejecutiva en la empresa familiar, su relación va viento en popa. Le pregunto si se ha planteado tener hijos, pero niega con la cabeza y me responde que ahora que le ha pillado el tranquillo a trabajar, no va a dejarlo.

Por desgracia, ellas tienen obligaciones, así que, en vez de alargar la velada, como en otras ocasiones, la damos por finalizada y cada una regresa a su casa.

En teoría no tengo ningún plan para esta noche de sábado, o sí. Sólo he de enviar un mensaje, pero me parece cruel quedar con Fran sólo para echar un polvo. No sé, puede que le haya cogido cariño y, pese a que él no se muestra especialmente molesto cuando quedamos, siempre me marcho con la sensación de que no estoy actuando del todo bien.

Y, a pesar de las dudas, no puedo pensar en otra cosa que en verlo. Debería cortar de raíz, asumir de una vez que no puedo dejarme llevar por un poco de sexo. Bueno, puede que sea algo más que un poco. Vale, sí, mucho sexo, y tan intenso que me hace perder el norte.

Consigo resistirme y llego a casa. Como bien sabéis, vivo de prestado, y nada más entrar por la puerta de servicio (mi tía prefiere que usemos esta entrada que da a la cocina, porque así no manchamos el vestíbulo, como lo oís), Demetria me saluda y me dice:

—Tienes visita. Una señoritinga de esas que tanto le gustan a tu madre. Fíjate si serán petardas, que van a tomar té con pastas. Les he ofrecido un café con leche para mojar las galletas y me han mirado mal.

Me echo a reír, porque le estoy empezando a pillar el punto a mi tía y a su sarcasmo. Y porque no me imagino a mi madre mojando galletas. Eso sería una herejía.

—¿Y de quién se trata?

—De una amiga, o eso dice. Rosalía de Cepeda y Antúnez, me ha soltado como si fuera una marquesa y, para más inri, me ha tratado como si fuera la asistenta cuando me ha dado esa caja de pastas para que las sirviera —me señala una caja que está encima de la

mesa.

Cielo santo, la madre de Julián aquí. Esto no es buena señal. O sí, nunca se sabe. ¿Qué pensáis?

—¿Qué haces? —pregunto, tras recuperarme de la impresión de ver cómo mi tía guarda las pastas de la caja en un táper y las sustituye por otras, presupongo que más baratas.

—Dar el cambiazo —admite sin un ápice de vergüenza—. Las pastas que ha traído esa señoritinga las hacen las clarisas y están de muerte, pero esas condenadas monjas se han subido a la parra y cobran un dineral, así que éstas nos las guardamos para desayunar y a tu madre le sacamos las baratas que compré en el Lidl el otro día.

Me echo a reír, porque mi tía es fan del Lidl. Todo lo compra ahí, incluida la crema hidratante antiarrugas. Lo sé, una auténtica aberración. Una noche, al poco de trasladarnos aquí, mientras recogíamos los platos de la cena (¿habéis oído la frase que dice que ningún pobre necesita criado? Es la favorita de mi tía) y dejábamos la cocina limpia (sí, otro dogma de esta casa, nada de manchar el comedor a lo tonto), me preguntó cuánto gastaba en cosméticos y, a pesar de ser una mujer poco o nada religiosa, terminó santiguándose cuando le dije los precios.

Ella, por supuesto, me explicó amablemente que no era necesario gastarse esas barbaridades, pudiendo comprar un envase de crema en el Lidl por cuatro euros. Fue el turno de mi madre de santiguarse, al escuchar semejante barbaridad.

A veces pienso que no son hermanas, que una de las dos es adoptada, pues no pueden ser más diferentes.

—¿Ves? Ni se nota. Tu madre, como mucha gente, se fija sólo en el envase. Tú bien sabes que en casa no pasamos hambre, pero sí necesidad, así que no entiendo cómo se ha podido volver tan finolis. Y encima te ha contagiado —afirma y me da la bandeja de pastas—. Anda, ve al salón, no vaya a ser que se pongan malas de tanto beber té.

Con las pastitas baratas y escondiendo la sonrisa, porque no puedo presentarme ante la madre de Julián como si estuviera al tanto de la trastada de mi tía, así que debo ser toda formalidad.

—Oh, aquí estás, cariño —dice mi madre, toda cantarina.

Está, como podéis comprobar, en su salsa. Vive para estas reuniones y sé que su objetivo es volver a ser la organizadora de

encuentros entre damas (como dice ella) de postín. Y que, a la larga, yo siga la misma onda.

Si lo miro por el lado práctico, ya organizo reuniones entre amigas, de hecho, vengo de una. La única pega es que mi madre censuraría la presencia de Gema.

—Buenas tardes, Rosalía —saludo a la invitada con dos besos y de forma muy cuidada.

Si utilizo su nombre de pila es porque ella me lo pidió en un encuentro anterior. Pero nunca ha de hacerse, nunca, hasta que te lo pidan.

—Buenas tardes, querida —responde ella, sonriendo levemente. Todos sus gestos son suaves, moderados.

En estas entrevistas hay que comportarse siempre con finura. Nada de reírse de manera escandalosa, nada de comer como si estuvieras muerta de hambre. La bebida con moderación, por lo que un té te puede durar hasta quince minutos dando sorbitos. Se supone que a la gente de dinero le sobra todo y que tienen acceso a cualquier capricho, por tanto, se muestra desdén hasta por lo más mundano, como la comida.

Aun así, alguna que otra señora de estas que no cogen más que un canapé de la bandeja, después se esconden alguna que otra cosilla en el bolso. Yo nunca me hubiera percatado de semejante detalle, pero una vez acudimos Sun, Gema y yo a una fiesta organizada en un casoplón (palabra cortesía de Gema) de la urbanización, y nuestra amiga de orígenes humildes, al haber vivido en un barrio digamos cuestionable y acostumbrada a ver de todo, nos señaló a una invitada que iba guardándose en el bolso esto y aquello. Un cenicero, alguna figurilla y hasta cubiertos.

Pensamos que era algo puntual, pero no, ya que a partir de ese momento, cada vez que acudíamos a alguna fiesta del pijerío (otra aportación de Gema) nos fijábamos mejor, y a más de una, y de uno, se le iba la mano. Por supuesto, no nos chivamos, aunque nos divertíamos bastante.

—Estas pastas están increíbles —dice mi madre, mordisqueando una.

Mi tía tiene razón, hay gente que sólo se fija en el envase, aunque en este caso el comentario es una forma descarada de hacerle la pelota a nuestra invitada, y Rosalía, por supuesto, jamás

dirá dónde las ha comprado, pues se da por hecho que son las mejores y que se lo puede permitir.

Comentamos esto y aquello, una conversación banal que suele durar media hora. Algo tedioso, pero hay que soportarlo. Yo contesto cuando me preguntan y finjo que me interesa.

Os estaréis preguntando para qué sirven estas reuniones. Muy sencillo, para evaluar a las personas, en este caso a mí, pues soy consciente de las constantes miradas de Rosalía. Todo para saber si sé comportarme o tengo la educación suficiente para entrar en su círculo.

Y, como no podía ser de otro modo, dejar caer de forma un tanto velada si aprueba mi relación con su hijo.

Por cómo sonríe mi madre, creo que he aprobado la primera evaluación.

—Ay, cariño, está encantada contigo —exclama entusiasmada tras la marcha de Rosalía.

Estamos en la cocina. Son las siete de la tarde de un sábado y yo no tengo ningún plan. Mi tía nos mira burlona y dice:

—Benita, deja de intentar vender a la niña.

—Qué sabrás tú —replica mi madre y se dirige a mí—. Lo importante es que María Pilar sea feliz y estoy segura de que con Julián de la Hoya puede serlo.

—Ya, sobre todo si ese millonetis paga bien y, así, una vez colocada la niña, tú puedes meter baza.

—Mamá, nos conocemos hace poco —le digo para frenar un poco su optimismo.

—Bobadas. Si no estuviera interesado en ti, su madre no nos dirigiría la palabra. ¿Te has fijado lo mucho que te ha mirado? —Asiento—. Eso significa mucho.

No puedo contradecirla, pero tampoco quiero aguantar su exceso de entusiasmo, así que le doy un beso en la mejilla y otro a mi tía. Después me voy a mi cuarto, ¿o debería decir cuartucho?

En comparación con mi dormitorio de toda la vida, éste es minúsculo. Sólo un armario de dos puertas. ¡Nada más! Y qué puertas, de pino teñido color miel, un horror estético que no se lleva ni en el mango de los paraguas. Así que he tenido que dejar muchas de mis cosas en cajas, almacenadas en el garaje. Un auténtico drama; seguro que lo comprendéis.

Me quedo sentada en la cama, miro la hora y me deprimo. La perspectiva de pasar un sábado noche en casa con mi tía y mi madre me entusiasma tanto que, sin pensármelo más, le envío un mensaje a Fran.

Estoy libre. Podemos quedar ahora si quieres.

No os hacéis una idea de cómo miro la pantalla a la espera de que aparezcan los dos palitos azules indicando que ha visto el mensaje.

Está en línea, pero no escribe. Maldita sea.

Han pasado cinco minutos y nada, hasta que por fin llega la respuesta.

¿Libre como un taxi?

Ahora no necesito tu sarcasmo.

Estoy ocupado. Con los colegas. Hasta las nueve no puedo.

—Joder —me quejo, porque eso significa esperar casi dos horas, pero no me queda más remedio. Viendo el lado positivo, por lo menos no está con otra. A ver, sé que se acuesta con sus amiguitas, pero me parecería un tanto desagradable estar por la tarde con una y por la noche conmigo.

De acuerdo. A las nueve.

En mi casa.

Vale.

Dejo el teléfono a un lado y me quedo tumbada en la cama, boca arriba, mirando el techo y sintiéndome estúpida. Como si en la pintura blanca estuviera la respuesta.

Y os preguntaréis cómo es que voy a su apartamento. Pues muy simple, por comodidad. Aparte de que no podíamos ir follando en trastiendas o baños públicos, pese a que os parezca de lo más excitante (que lo es), decidimos ir, cuando quedábamos, a un hotel, pero eso resultaba muy frío. Echábamos el polvo, nos vestíamos y hasta otra. Sin olvidar que siempre pagaba él la habitación. Imaginaos en qué posición quedaba yo. Por eso, un día Fran sugirió ir a su apartamento. Estábamos cerca y, a pesar de que tras darnos

el revolcón por norma general prefiero marcharme, no queda tan desapasionado como un encuentro en un hotel, porque eso de pedir habitación sin llevar maleta es proclamar alto y claro a lo que se va y, pese a que los empleados de hotel están curados de espanto, yo no me siento cómoda. Sin olvidar que puedo encontrarme con algún conocido y la vergüenza ya sería absoluta.

Vive en un ático muy coqueto, no muy grande y situado en una zona más bien tirando a modesta, aunque en expansión. Algo que no entiendo, pues podría permitirse una vivienda de lujo, y lo más lógico cuando te van bien las cosas es que los demás lo sepan. En el caso de mi familia, hasta cuando todo se iba a pique intentábamos mantener una imagen, de eso mi madre sabe mucho, aunque ya, con la pérdida de la casa, la situación ha cambiado. Aun así, Benita Sañudo no se rinde y va por ahí como si nada hubiera ocurrido. Un aplauso para mi madre y su ánimo, que no decae.

Y aquí estoy yo, teniendo citas elegantes, sofisticadas y de alto copete con un hombre, mientras hago tiempo para verme con otro.

Algo tengo que hacer para pasar el rato hasta las nueve, y al final me incorporo, dispuesta a salir de casa ya mismo. Meto ropa interior limpia en el bolso y me doy cuenta de que hasta podría llevar el cepillo de dientes…

Capítulo 13

Y aquí estoy, sentada en una cafetería frente al portal donde vive Fran, tomando un refresco bajo en calorías. Son las ocho y cuarto. Me queda todavía un buen rato hasta que llegue y no puedo pasar por alto que estoy actuando como una ansiosa, pues es la primera vez en mi vida que hago esto de esperar a un tío con tanta antelación.

Por norma general, era siempre al revés.

Soy patética, lo confieso. Pero que él no lo sepa bajo ningún concepto, por favor, me moriría de vergüenza. Yo, María del Pilar de la Vega Sañudo viéndome a escondidas (o casi, porque esto sólo lo sabemos él, yo y mis dos amigas) con un tipo que ni me conviene ni me gusta. Vale, la primera parte está más o menos clara, pero ¿la segunda?

Miedo me da asumir que, bueno… a lo mejor… puede… que algo me atraiga de él, o también que la explicación sea que estoy pasando por una mala racha, eso es. Pronto recuperaré mi vida y esto será un recuerdo, nada más.

Miro por el ventanal de la cafetería a la gente que pasa, en su mayoría personas de barrio, carentes de estilo. A veces incluso me duelen los ojos ante algunos atuendos. Sólo el pitido del móvil me saca de este horror. Es Fran.

Tienes suerte, pija, llego en diez minutos.

No debería alegrarme tanto al leer este mensaje. Si respondo que ya estoy aquí quedaré como una estúpida y él es demasiado arrogante como para no burlarse, así que escribo:

Me conmueve tu detalle.
Te veo ansioso por verme.

Pues claro, pija.
Hace una semana que no das señales de vida.
Yo no me oculto, como haces tú.

Haré un esfuerzo y estaré allí antes.

Yo también haré un esfuerzo, te lo garantizo.

Me echo a reír. Fran es arrogante y, cuando empiezas a conocerlo, te das cuenta de que tiene su gracia. No me lo neguéis.

Abono la consumición para salir en el momento en que me convenga. No dejo de mirar hasta que veo su coche pasar por delante y entrar en el garaje del edificio. Un vehículo que desentona bastante en el ambiente. Mi primer impulso, y lo más desaconsejable, es salir corriendo de la cafetería, sin embargo, me obligo a respirar y a calmarme.

Al menos he de esperar quince minutos.

Toco el timbre del telefonillo sólo cinco minutos después.

No aguantaba ni un minuto más.

Fran deja la puerta abierta de su apartamento, así que entro sin llamar. Lo encuentro tras la barra de la cocina, tan pancho, bebiendo una cerveza y con una sonrisa un tanto arrogante. Da igual, esa actitud ya no me cabrea como al principio, más bien me excita, pero queda feo llegar a casa de alguien y, sin decir hola, meterle la mano dentro de los pantalones. ¿No estáis de acuerdo?

Aunque… creo que ya he sido lo bastante formal por hoy.

—¿Una copa o vamos directos al dormitorio? —pregunta él sin mover un dedo.

Atención, tono sarcástico. Sé que hasta ahora así han sido nuestros encuentros. No sé por qué se muestra tan picajoso.

—Nunca llegamos al dormitorio —replico insolente y hasta alzo la barbilla.

—Tienes razón —murmura tras apurar la cerveza—, siempre acabamos desnudos en el sofá. Vienes, follamos y te vas.

No tengo por qué sentirme ofendida ante sus palabras, son cien por cien ciertas. Rara vez estoy más de dos horas con él.

Sonrío y dejo el bolso a un lado, me doy media vuelta y camino hacia el salón. Él puede ver cada uno de mis movimientos, que, por supuesto, son suaves e insinuantes. Pese a su recibimiento, enseguida noto su cuerpo pegado a mi espalda. Me abraza desde

atrás y va subiendo las manos hasta abarcar mis pechos.

—Deberías ir por ahí sin nada, es un crimen que este par de tetas tengan que estar confinadas, por muy seductor que sea el sujetador.

—Entiendo que a los tíos os encante ir con todo colgando —murmuro con humor y lo oigo reír—, pero no es lo mismo.

—Levanta los brazos —me pide, y mi camiseta es historia.

Acto seguido me desabrocha el sujetador. Noto la aspereza de su ropa (hoy lleva uno de esos *outfits* baratos, vaqueros Slim y camiseta deforme) en mi espalda y no estoy dispuesta a quedarme en desventaja, así que me vuelvo, decidida a desnudarlo.

—Qué apretadito vas hoy —comento señalando sus vaqueros, porque le marcan to-do.

—Siempre hay que hacer promoción —replica con guasa.

—Veamos entonces lo que escondes…

Cuelo las manos por debajo de su camiseta y él, obediente, sin que yo se lo pida, alza los brazos, lo que me permite acariciarle el torso y desnudarlo de cintura para arriba. Nos miramos un instante hasta que se inclina hasta poder besarme el cuello y ocurre lo de siempre, que nos desbocamos.

Comenzamos una frenética competición de a ver quién se desprende de la ropa primero sin dejar de tocarnos, besarnos, provocarnos, hasta que, una vez desnudos, Fran me coge en brazos dispuesto a llevarme a la mesa del salón. Sin embargo, cambia de idea, pues me pide que me tumbe en el suelo, sobre la alfombra.

—Ni hablar, que rasca una barbaridad —me quejo—, mejor ponte tú.

—Oye, pija, que el otro día yo acabé con las rodillas peladas mientras empujaba como un campeón y tú te limitabas a gemir como una perra —arguye todo chulo.

No miente, fue un polvo antológico. Si me acuerdo, os lo cuento después.

—Pues hoy te vas a pelar el culo —le digo, empujándolo para subirme a horcajadas.

Por cómo sonríe es evidente que no le molesta acabar con el trasero irritado, así que, una vez reajustada la postura, me inclino para besarlo y olvidarme de la dichosa alfombra. Tal como estoy hoy, me trae sin cuidado. Fran piensa igual, pues enseguida ambos

jadeamos.

Aprisiono entre mis muslos su erección y me restriego sin pudor alguno. Fran gime y me pellizca los pezones. No creo necesarios más preliminares, así que le agarro la polla, le doy dos sacudidas y me colocó hasta dejarme caer y clavármela hasta el fondo.

—Eso es, pija, móntame bien —me anima entre gemidos.

Fran arquea todo su cuerpo, tensa la mandíbula y me da un buen azote en la nalga, sin duda tan excitado como yo. Comienzo a moverme deprisa, montándolo sin pamplinas, disfrutando del contacto y él coloca una mano cerca de mi sexo para acariciarme el clítoris con el pulgar.

Así no voy a durar ni cinco minutos. ¿Y qué más da? He venido a esto, a follar sin pensar en nada más y, encima, hoy puedo hacerlo sin preocuparme de los condones, algo que no le he dicho para darle una sorpresa.

—Joder… joder… pija, cómo me gusta que te comportes de forma tan desvergonzada —me alienta y yo le sonrío, a la par que le pellizco una tetilla.

—Puedo ser aún más desvergonzada —susurro con mi voz más sugerente.

—Lo estoy deseando…

Tengo todo el control. Disfruto del placer que me proporciona, y él, aunque embiste desde abajo, sabe que debe someterse a mi ritmo. Lo hace, o más bien lo intenta, pues de vez en cuando me da un buen azote en el culo, o mete un dedo entre mis nalgas para ver qué pasa y, por supuesto, no deja de soltar obscenidades.

A veces me inclino y lo beso para que se calle, otras me siento hasta complacida de que alabe mis artes amatorias, pese a que él lo expresa de forma menos elegante, como por ejemplo cuando suelta que mi coño es sin duda de lo mejorcito.

—Pija, espera —dice de repente e intenta apartarse.

—No, ni hablar —lo contradigo y me muestro mucho más brusca y exigente.

Estoy cerca y ahora no voy a quedarme a medias porque al señorito se le antoje.

—Maldita sea, aparta —gruñe, pero yo me echo hacia delante y, valiéndome de mi peso, lo inmovilizo y además le muerdo la mandíbula.

—Estoy a punto de correrme —musito.

—Pija, joder, que no me he puesto condón —masculla.

Sonrío y sigo adelante. Tenso todo el cuerpo, en especial los músculos internos. Fran se resiste, o al menos lo intenta, pero yo me muestro implacable hasta que se corre, eso sí, soltando una retahíla de tacos que me dejan pasmada, aunque me da igual, yo he disfrutado de lo lindo.

Lo que no me deja tan indiferente es que, medio minuto después de correrse, me empuje de cualquier manera para que me quite de encima.

—¿Qué mosca te ha picado ahora? —pregunto, al ver que se sienta en el suelo apoyado en el sofá, alejándose de mí, e incluso se lleva las manos a la cabeza, como si hubiera cometido una barbaridad.

—¿Y encima tienes que preguntar? —replica, alzando la voz.

—No entiendo qué ha hecho que te encabrones de esa manera, no es la primera vez que echamos un polvo en el suelo estando yo encima.

—No, pero sí la primera vez que lo hacemos a pelo —masculla y me fulmina con la mirada.

—Tengo entendido que a los tíos os encanta follar de esa manera —me guaseo y me incorporo para ir en busca de mi ropa; no tengo por qué aguantar sus estupideces.

—Joder, ahora lo veo claro. Tú lo que quieres es quedarte preñada —me espeta cuando me estoy abrochando el sujetador.

Abro los ojos como platos.

—¿Perdona?

—¿Por qué ibas a dejar que te follara sin nada?

—Imbécil —le digo muy cabreada ante semejante suposición—. ¿Quién iba a ser tan idiota que quisiera quedarse embarazada de ti?

—Unas cuantas —responde con rabia—, que pretenden vivir a mi costa.

—Pues yo no soy una de ellas. ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que te den!

Tengo que salir de ahí, así que termino de vestirme. Vaya porquería de sábado por la noche. Al final he echado el cepillo de dientes en el bolso para nada, porque este gilipollas ha hecho suposiciones que nada tienen que ver con la realidad.

—Oye, pija, no te vas a ir de rositas. Ahora mismo me visto y te llevo a urgencias —dice tenso, mientras me sujeta de la muñeca—. Pediremos la pastilla del día después.

Me mira fijamente y entonces caigo en la cuenta de lo importante que es este asunto para él. Al fin y al cabo, nunca conoció a su padre así que…

—Mira, sé que debería habértelo dicho —digo y procuro utilizar un tono sosegado, pese a estar hirviendo de rabia—, pensaba que… yo qué sé… Después de este tiempo, confío en ti, sé que estás sano y, bueno, llevo un mes tomando anticonceptivos…

—Pija… —musita sin soltarme.

—Comprendo tu reacción, pero aun así…, me ha sentado como una patada en el culo que pensaras eso de mí.

—Ven aquí —dice, tirando de mí, esta vez con delicadeza.

Me abraza, yo estoy a medio vestir y Fran no lleva nada encima.

Nos quedamos un rato así. Debería sentirme estúpida o, peor aún, una cursi de manual, no obstante, he de reconocer que, tras la discusión, no esperaba este momento tan… no digáis romántico, mejor lo dejaremos en especial.

—Lo siento —musita y no sé cómo explicarlo, pero mi cabreo se diluye.

—Ya que la primera sorpresa no te ha gustado… tengo otra más —comento y él, en vez de preguntar, me besa.

Despacio, rodeándome con los brazos e incluso meciéndome. Ay, joder, que yo no esperaba semejante comportamiento. El señor don arrogante resulta que tiene un lado tierno.

—¿No quieres saber cuál es?

Niega con la cabeza y vuelve a besarme.

Aunque no se limita sólo a eso, de forma poco disimulada, cuela una mano por debajo de mi camiseta hasta llegar al broche del sujetador, que, por cierto, suelta en cero coma. Algo que no me sorprende.

—Puedo quedarme toda noche… —susurro, al tiempo que aprovecho para rozarle la polla, que empieza a dar señales de querer entrar en acción—… si tú quieres, claro.

—¿Hoy tienes permiso para dormir fuera de casa? —pregunta, retomando ese tono tan burlón que cada vez me gusta más.

—Ajá.

—¿Y qué pasa con…?

—No lo estropees, ¿de acuerdo? —lo interrumpo, poniéndole una mano en la boca.

—Vale —acepta y sonríe—. Te invito a cenar.

—Si te soy sincera… —le acaricio despacio el estómago y un poco más abajo, que lo queréis saber todo—… lo que menos me apetece ahora es arreglarme y salir.

—Puedes salir así —propone y me horrorizo ante semejante posibilidad. He debido de poner tal cara, que añade—: O podemos cenar aquí.

—¿Vas a cocinar para mí? —pregunto un tanto preocupada, porque, si no recuerdo mal, sus habilidades culinarias dejan mucho que desear.

Cada vez que recuerdo aquellos vasos de leche con galletas, tiemblo. Así que, si con el desayuno fue desastroso, no quiero ni imaginar qué puede ocurrir con la cena.

—Qué graciosa eres, pija —dice sonriente y me lleva de la mano hasta la cocina.

—¡Vístete, por Dios, no irás a cocinar en bolas!

Fran, en vez de aceptar mi amable sugerencia, me ofrece una panorámica de su culo cuando se da la vuelta para abrir el frigorífico y mostrarme los estantes repletos de tápers de comida.

—Elige el menú —me pide cual azafato de concurso, moviendo el brazo y señalando los envases.

—¿Me estás vacilando?

—Albóndigas caseras… Hummm, para chuparse los dedos. ¿O tal vez te apetecen unos pimientos rellenos de bacalao? —pregunta y hasta se relame—. Joder, ¡si también tengo canelones de marisco!

No hace falta ser ninguna lumbrera para llegar a una conclusión evidente, pues los tápers no tienen ningún logotipo a la vista.

—No me lo digas… Mamá ha venido de visita.

—Pues sí. Mira que le tengo dicho que no trabaje, pero no hay manera. Todas las semanas me trae comida como para un regimiento. —Saca unos envases de la nevera—. Como veo que no te decides, te haré un menú degustación, que a las pijas os gusta eso.

—Sí, aunque eso de que el chef me sirva en pelotas va a ser una experiencia inolvidable —me burlo.

—Entonces, quítate la ropa y…. —Me mira de arriba abajo y se relame antes de añadir—: Empecemos.

Vale, me está seduciendo aprovechándose del talento culinario de su madre, aunque lo cierto es que cenar albóndigas me parece un suicidio nutricional. Sin embargo, soy consciente de que no puedo hacerle ningún desaire. Así pues, no me queda más remedio; fingiré que estoy comiendo, mientras me limito a mover la comida en el plato. La de veces que he recurrido a este truco, porque lo que me ponían delante era incomestible.

Y lo buena que soy fingiendo.

—¿No tienes miedo de sufrir un accidente? —pregunto, señalando su entrepierna.

—Si cae algo, me lo chupas y punto.

Me atraganto con la respuesta y quiero sentirme ofendida, aunque me da la risa. Y él también se ríe.

Fran sirve los platos y es todo un *show* verle trastear desnudo en la cocina. Cuando termina, me hace un gesto un tanto burlón para que tome asiento. Antes de hacerlo, me desprendo de mi ropa de forma teatral, incluso tarareo algo mientras lo hago. Él me silba y me anima.

—Porque no llevo nada encima, que si no, te meto billetes en el tanga —me suelta con un tono de lo más grosero, pero que no me molesta, es más, hasta me divierte.

—La próxima vez, me vengo con bragas de abuela, así recaudaré más —replico, haciendo una bola con mi tanga y lanzándoselo.

Fran lo atrapa al vuelo y lo deja sobre la encimera.

—¿Cenamos?

En vez de dejarme a mi aire como esperaba, pincha con el tenedor y me lo ofrece. Mierda, ¿cómo le digo que no?

Abro la boca, me lo comeré para que me deje en paz y después seguro que se olvida.

Mastico despacio, es el mejor truco para comer menos.

—Hummm, joder, qué bueno está esto —digo con la boca llena, perdiendo los modales que mi madre me ha grabado a fuego y, de verdad, no miento, está buenísimo—. Dame más.

—Las albóndigas de mi madre nunca fallan —afirma orgulloso y de nuevo pincha otro poquito y me lo ofrece.

Esto es el comienzo de una cena en la que, una a una, rompo

mis normas en cuanto al consumo de calorías, carbohidratos, sal y demás elementos que siempre controlo. Fran me hace probar de todo y, por desgracia para mí, todo me gusta y no sólo eso, me encanta.

He comido en los mejores restaurantes y degustado platos elaborados por los más reputados chefs del mundo. Sí, de acuerdo, en los últimos tiempos no mucho, pero sé de lo que hablo y la madre de Fran debería tener tres estrellas Michelin; como mínimo.

—No puedo más, de verdad —digo, porque nunca ceno tanto; no obstante, es difícil resistirse.

He probado las mejores albóndigas del mundo, unos pimientos rellenos de morirse, un pudin de cabracho que te dan ganas de rebañar el plato… Y no sigo porque se os va a hacer la boca agua.

—Pues aún queda el postre.

A ver, ésa es la insinuación más vieja y manida del mundo para echar un polvo tras la cena; sin embargo, en este caso es cien por cien literal. Fran saca del frigorífico dos fuentes y después busca en el armario un bol para servir.

—Miedo me da preguntar —murmuro y, sin mucha vergüenza, porque no tiene sentido, meto el dedo y después me lo llevo a la boca para chuparlo. Lo juro, yo no quería que pareciera un gesto obsceno, sólo uno travieso.

—Joder, pija, no hagas eso con la *mousse* de limón —me regaña, y yo, ante su tono lastimero, sonrío y, por supuesto, repito.

Me conocéis y por tanto deberíais saber que no voy a desaprovechar esta oportunidad. Así que no sólo disfruto de una increíble *mousse* de limón, sino que, además, gimo cual chica de anuncio extasiada. Fran gruñe y, como si quisiera pasar por alto mi numerito, mete la cuchara en la fuente, prueba el postre y dice con la boca llena:

—Tienes toda la maldita razón, esto está de muerte.

Y así, a lo tonto, entre bromas, dedos y cucharas, nos ventilamos la mitad de la *mousse*. Yo, todo hay que decirlo, lo hubiera embadurnado con ella para después entretenerme en limpiársela, no obstante, me he limitado a degustarla, pues me he dado cuenta de que, a diferencia de otros rollos, con Fran no todo tiene que tener un desenlace sexual, o al menos no de forma tan obvia.

Decidimos no comer más, yo tampoco podría, y mientras él

recoge los cacharros, me limito a observarlo. Se da maña, por lo que me veo obligada a preguntar:

—¿No tienes asistenta?

Me mira arqueando una ceja, lo que podría ser intimidante, pero al estar en pelotas y fregando los platos, no funciona.

—A ver, pija, información de última hora: mucha gente se ocupa de las obligaciones domésticas en persona —me dice con evidente recochineo.

—Pues no te entiendo. Posees dinero de sobra y podrías permitirte, además de una casa más grande, gente de servicio. ¿Por qué te limitas a lo básico?

—En primer lugar, mi apartamento no es «básico», creo que ciento cincuenta metros cuadros para una persona sola son más que suficientes. Hay quienes tienen que vivir en menos. Segundo, desde que alquilé mi primer piso, y te aseguro que no era ni con mucho tan amplio y luminoso, siempre me he ocupado de mis cosas; y no se me caen los anillos por ello. Y tercero, joder, pija, si tuviera asistenta, ¿cómo podríamos cenar en pelotas?

—En eso tienes toda la razón.

Capítulo 14

—¿Te decides ya? —pregunta Fran, porque llevo diez minutos mirando el menú de Netflix sin encontrar nada que me apetezca ver.

Ahora nos hemos tumbado en el sofá, bueno, Fran permanece sentado y yo tirada cuan larga soy, dejando que mis piernas reposen sobre sus muslos.

Seguimos desnudos, sin embargo, para no enfriarnos, Fran ha traído un plaid increíblemente suave para cubrirnos.

Ya sé que parecemos una parejita convencional, con mantita y sofá viendo la tele, pero no me vais a amargar el momento. Me siento a gusto, saciada, al menos de comida y por el momento de sexo también. Aunque me conozco y lo más probable es que antes de dormir echemos otro polvo.

—No sé… —murmuro y continúo desgranando el menú.

Fran, bajo el plaid, me acaricia despacio las piernas, apenas va más allá de las rodillas. Se trata de un roce suave, relajante incluso.

—Pues no será porque no haya donde elegir —bromea.

—¿A ti qué te apetece ver?

En vez de responder, levanta el plaid y echa un buen vistazo a mi cuerpo.

—Yo tampoco me decido —comenta guasón y vuelve a taparme.

Sonrío de medio lado ante su tono tan en apariencia inmune a mis encantos.

Ver la tele, juntitos bajo la manta, hablar de tonterías y demás moñadas no entraba en mis planes cuando he llegado. Yo buscaba sexo salvaje, en el sofá, en la alfombra, en el cuarto de baño… donde fuera y en cambio aquí estamos, cual típica parejita.

Debería huir de esto como de la peste. Vestirme y regresar a casa, bueno, a casa de mi tía Deme y encerrarme en mi minúsculo y cutre cuarto. ¿Y por qué no lo hago? ¿Quién me lo impide?

Pues yo misma, porque, y aunque parezca inexplicable, estoy a gusto, relajada y si bien no soy muy aficionada a compartir momentos tan íntimos con un hombre, y menos cuando en teoría sólo quiero follar con él, deseo quedarme.

—¿No habrás elegido una cursilada? —me pregunta cuando empiezan los títulos de crédito de *Suite francesa*. Me ha gustado el título y la sinopsis. Aunque todos sabemos que la sinopsis a veces no tiene nada que ver con el argumento. Corregidme si me equivoco. ¿Cuántas veces os habéis llevado un chasco tras leer un libro que habéis comprado porque os parecía que tenía un argumento atractivo?

Vemos la película, juntos, pero no revueltos. Algún que otro roce, aunque sin más pretensiones. Me sorprende, no lo voy a negar, pues Fran no tiene pinta de ser un hombre proclive a los cariñitos «parejiles». Lo miro alguna que otra vez de reojo, sin embargo, parece atento a la pantalla y es que la película está muy bien.

—Yo creo que no se van a liar —dice de repente, cuando entre los protagonistas empieza a surgir cierta química. Bueno, mucha química, y no me extraña, porque a ella, la pobre, la tienen reprimida. Vaya suegra…

—Te equivocas —replico convencida—. Se ve de lejos que ella va a mandar al cuerno sus convicciones y se va a liar con el oficial nazi. Con esa suegra hasta yo lo haría, por favor, qué amargada.

Fran niega con la cabeza.

—¿Apostamos?

No me gusta fruncir el cejo porque salen arrugas, eso ya lo sabéis, no obstante, me ha lanzado un reto y sería de cobardes no recoger el guante.

—Vale —digo muy chula—. ¿Qué nos jugamos?

De repente, vemos cómo los protagonistas comienzan a besarse, a meterse mano, se van a enrollar de un momento a otro. Sonrío. La escena va subiendo de intensidad, están a punto de caramelo. Ambos miramos atentos la pantalla, no hemos fijado las condiciones de la apuesta, aunque poco importa, es la victoria moral lo que cuenta.

—Te lo he dicho —dice Fran muy pagado de sí mismo, cuanto de repente los dos personajes frenan en seco, y a mí se me borra la sonrisa de la cara.

Me conocéis y no voy a dar la batalla por perdida, así que, en vez de asumir una derrota, me pongo muy digna y digo:

—Se han enrollado.

—Él se ha ido con un calentón de mil demonios y ella está sonrojada hasta la raíz, pero no han rematado la faena. Yo gano.

—Ni hablar —me obstino—. Es un empate técnico.

Entonces él estira el brazo por debajo del plaid y me pellizca en el culo.

—Qué mal perder tienes, pija —se guasea.

Como no quiero discutir, cierro el pico y sigo atenta a la película. Puede que en algún momento surja otra escena de sexo y así pueda darle en el morro. Pero entonces caigo en la cuenta de que él, que debería haberlo pensado también, no dice nada. Conociéndolo, aprovecharía la ocasión para retarme de nuevo y al no hacerlo llego a una conclusión evidente: ya la ha visto y el muy puñetero me ha hecho trampas.

Otro motivo para vengarme en cuanto me sea posible.

Y me doy cuenta de que no he de esperar mucho cuando acaba la película; aparto la mantita y aprovecho la ley de la ventaja para subirme a horcajadas sobre él. Fran no esperaba semejante maniobra, aunque no lo veo muy disgustado.

Me mira a los ojos y no dice nada, aguarda a ver cuál es mi siguiente movimiento. Ni siquiera me toca, pese a que me encantaría sentir sus manos en el trasero.

—No he venido aquí con la intención de ver la tele —susurro, pegada a sus labios.

Esboza media sonrisa, como siempre con su aire burlón. Sigue sin decir nada.

Estiro los brazos y lo agarro de las muñecas, de esa forma llevo sus manos a mis pechos y hago que me los acune. Por si acaso no pilla la indirecta, presiono con mis propias manos.

Parece reaccionar, aunque no con la fuerza que desearía, así que le sujeto la barbilla, adopto una actitud marimandona y digo:

—Hoy he venido dispuesta a… —arquea una ceja— a todo.

—¿De verdad? —pregunta y presiona un poco.

Me encanta cuando es agresivo a la par que vulgar; sin embargo, se está comportando de una forma rara.

—Sí, a todo —le confirmo.

Fran baja las manos y yo oculto mi desilusión. No está por la labor de otra apasionante ronda de sexo. Quizá con la primera se conforma. Me joroba, aunque en el fondo le puedo entender, ya que por norma general no me quedo con él tras el polvo, así que este momento de, digamos convivencia pacífica, es una anomalía.

Doy un respingo cuando, sin esperarlo, me aprieta las nalgas y hace que me frote sobre su polla, que sin duda va por libre, pues la tiene bien dura.

—Has dicho ¿a todo? —inquiere cuando desliza un dedo en la separación de mis nalgas, buscando y encontrando «ese» punto tan controvertido.

—Por supuesto —musito y aquí he de hacer un inciso, pues, si bien he probado de todo, el sexo anal, lo siento, no es mi favorito. Me cuesta horrores, no termino de cogerle el punto y, no lo neguemos, es incómodo.

No soy yo quién para quitarle las ganas a nadie, eso que vaya por delante, no obstante, allá cada cual.

Ya sé cuál es vuestra sugerencia: decirle que no.

Y es lo que he de hacer cuanto antes, porque, de no hacerlo, Fran se animará y queda bastante feo negarse casi al final.

—No te imaginas lo cachondo que me pone follarte ese culito respingón que tienes. Cada vez que lo mueves no pienso en otra cosa —susurra y yo trago saliva.

No son las palabras lo que me excita, sino el tono. Y, por supuesto, ese maldito dedo que sigue ahí enredando

—Y por cómo te frotas sobre mi polla, está claro que a ti te excita tanto como a mí —añade.

No me he dado cuenta, pero tiene razón, sentir su erección entre mis muslos es increíble y supongo que me he dejado llevar.

Aún no tengo claro si quiero seguir adelante con idea de sexo anal; no obstante, quiero besarle, bien fuerte, gemir en su boca y quizá así logre que se decante por una penetración más convencional.

Devoro sus labios, gimo y él hace lo mismo. Responde con ímpetu, aun así, no desiste y continúa indagando entre mis nalgas. Le dejo hacer, pues tampoco me resulta molesto, está siendo paciente y cuidadoso. Mete la mano libre entre nuestros cuerpos y va directo a mi sexo. Lo acaricia con menos pericia de la que

acostumbra, por lo que deduzco que sólo quiere crear expectación.

Y vaya si la crea… Un dedo por aquí y otro por allá. A dos bandas. Por delante y por detrás.

Doy un respingo y también jadeo cuando presiona por detrás; no creo que haya metido nada, pero mi cuerpo se tensa de arriba abajo y, en vez de apartarme, deseo que avance, que no se limite a tantear.

—Deja de marear la perdiz, pija, y móntame —me pide jadeante—. Porque si continúas restregándote sobre mi polla, vamos a tener un disgusto.

—Qué sensible —me burlo.

Me muerde el labio inferior y, ahora sí, inserta la punta del dedo. Y me da que sólo es el principio.

Se las ingenia para agarrarse la erección y lograr que yo caiga encima.

—Joder, qué ganas tenía de metértela —gruñe.

Estoy a punto de decirle que yo también deseaba que ocurriera, pero no voy a alentar su ego, que bastante subidito lo tiene ya.

Al estar yo encima y él sentado, con un simple vaivén obtengo una fricción maravillosa en el clítoris y eso va a ser definitivo. O tal vez el dedo que cada vez se adentra más en mi ano.

—Estoy a punto… —gimo, montándolo cada vez con mayor rapidez.

—Ya lo sé, sólo hay que ver cómo me aprietas…

Nada más escuchar esas palabras, me recorre una especie de corriente de alta tensión por todo el cuerpo. Echo la cabeza hacia atrás. Inspiro hondo. Fran empuja desde abajo y termina de meterme el dedo por detrás. Sentir la doble penetración hace que pierda el control, que me vuelva más agresiva y que termine corriéndome entre increíbles jadeos.

—Follando eres la rehostia, pija —gruñe y me besa antes de alcanzar su propio clímax.

¿Y qué respondo yo a eso?

Ya es de día.

Un domingo cualquiera. Me despierto y lo primero que hago es comprobar que no tengo el típico hililllo de baba resbalando por la comisura de los labios. De acuerdo, una es humana, sin embargo, prefiero que semejante humanidad se quede en el ámbito privado.

Me limpio por si acaso y me muevo despacio con la intención de ir al baño; tengo que ocuparme de más asuntos mundanos que también debo ocultar.

—¿Adónde vas? —pregunta Fran somnoliento y me agarra de la cintura para impedir que deje la cama.

—Al aseo —respondo tensa, porque me hago pis, mucho y eso una señorita como yo jamás lo menciona en voz alta.

—¿A maquillarte? —pregunta burlón.

Lo miro por encima del hombro. El muy cretino tiene esa cara de engreído que no puede con ella. Qué ganas de partírsela. Si no fuera por sus habilidades en la cama, desde luego que haría mucho que lo habría mandado a paseo.

—Por supuesto —admito, porque siempre es mejor que piense eso a decirle la verdadera razón.

—No necesitas ni una sola gota de maquillaje, pija —susurra y hasta me ha sonado sincero.

¿Ha sido un halago o sencillamente me lo estoy imaginando?

Mejor no pienso lo que no es, al fin y al cabo, se trata de Fran, el chulo de siempre. ¿Por qué iba a ser sincero pudiendo tocarme la moral?

—Eso se lo dirás a todas —replico e intento de nuevo liberarme para ir al baño; de verdad, no puedo aguantar más.

—He salido con muchas aspirantes a modelo, es cierto —afirma y no parece muy arrogante, aunque no me fío— y por mucha mierda que se echen en la cara, la prueba definitiva es despertarse al lado de la chica de turno. Ni te imaginas qué desagradables sorpresas se lleva uno, y por eso te aseguro que tú no necesitas nada, me gustas al natural.

Otro piropo. Y ya van dos. No estoy preparada para esto, lo admito, y también me asusta, ya que en teoría entre nosotros no ha de surgir nada más.

Por desgracia, tendré que recurrir a la verdad.

—Suéltame, Fran, me hago… —trago saliva—… pis.

Encima tiene el valor de reírse a carcajadas.

—Joder, pija, qué cursi eres —dice y me suelta, eso sí, me da un buen azote en el culo—. Anda, date prisa.

Me escapo de la cama y me encierro en el baño, donde, por supuesto, echo el pestillo; ni loca me pongo a «eso» sin asegurarme

de que no puede entrar, que lo conozco y es capaz de sorprenderme y hacer algún chiste sobre lluvia dorada.

Hay quienes pensarán que soy una exagerada, no lo soy. Me han educado para ser discreta en lo que a funciones corporales se refiere. A ver, sólo hay una excepción, sí, justo la que estáis imaginando, el sexo, las demás no son para compartir, por muy moderno que suene eso.

A veces, cuando oigo hablar a la gente, sobre todo parejas que llevan tiempo juntas, y explican que cuando uno va al baño la otra se lava los dientes como si tal cosa, soy incapaz de asimilarlo. Además, ¿quién va a ser tan idiota para irse a vivir con un hombre para compartir justo ese momento? Y, ya puestos, ¿quién es tan tonta como para compartir casa con un hombre si no hay dos cuartos de baño como mínimo?

A pesar de que hay una puerta de madera de por medio, abro el grifo, cualquier sonido es bueno para disimular.

Al acabar me lavo las manos y la cara. Al mirarme en el espejo sin una gota de maquillaje, no me reconozco, de verdad que no. Desde que tengo catorce años y asistí, junto con Sun, a una demostración de cosméticos y una amable señorita nos dio la primera clase. Aprendí a conocer mi piel, a saber qué productos podía o no usar, a potenciar mis mejores rasgos y a disimular los menos buenos. Aprendí a maquillarme según lo que requería cada ocasión y, por supuesto, a conocer los componentes para que no me dieran gato por liebre.

Y todo para que un tipo con el que sólo follo, en vez de apreciar mis esfuerzos para estar divina, me diga que le gusto al natural. A veces los hombres no tienen la más mínima sensibilidad.

—¡Me abuuuuurroooooo! —grita Fran, sin duda para llamar mi atención.

Salgo del baño y me le encuentro tumbado en la cama, con los brazos cruzados tras la cabeza y sin nada encima.

—¿Y mi desayuno? —pregunto con sorna—. El vasito de leche con galletas es todo un clásico en mi dieta desde la primera vez que me lo ofreciste.

Fran se ríe y da unos golpecitos en el colchón en plan chulito para que me acerque, algo que voy a hacer, aunque a mi ritmo.

Camino despacio, muy despacio, muevo las caderas más de lo

normal y me ahueco el pelo justo cuando llego a su altura, incluso me permito el lujo de mirarlo con altanería.

—Ven aquí, pija, y desayuna lo que quieras —me dice entre risas, contagiándome, porque mira que hay que ser payaso.

Con cualquier otro no habría aguantado ni una sola estupidez, y no sé por qué Fran consigue hacerme reír con esos tópicos de machito, tan estúpidos.

—Hummm… —ronroneo, acostándome a su lado.

Él permanece quieto, y yo, cual depredadora sexual, comienzo a acariciarle el torso. Despacio, arriba y abajo. Cuando me acerco a su erección, retrocedo. Noto cómo su respiración se altera y aun así no interviene. Me lo paso en grande jugando, provocándole.

No tenemos por qué ir al meollo de la cuestión, nos podemos permitir el lujo de perder el tiempo, de tocarnos sin más. Después de lo de anoche… Cielo santo, vaya polvazo que echamos.

Nos metimos en la cama, en teoría satisfechos, y, como era lógico, caímos rendidos, sin embargo, no sé quién tocó a quién primero, pero cuando fui consciente, Fran estaba encima de mí, empujando como un campeón y yo rodeándolo con piernas y brazos, jadeando como una posesa. Ni una sola palabra, sólo gemidos, besos y muchas caricias, hasta que ambos nos quedamos a gusto. Al menos lo suficiente para dormir, porque tal como está ahora Fran, desde luego pide a gritos otro meneo.

Mi mano se vuelve más descarada y ya no pasa de largo de su miembro, sino que se lo agarro con fuerza para acariciarlo. Fran arquea la espalda y observo cómo inspira profundamente. Quiero ser mala y por eso me inclino hasta poder atrapar el lóbulo de su oreja entre mis dientes y mordérselo.

—Pija… —gruñe, sin duda encantado.

Voy a hacer mi siguiente movimiento y entonces suena su móvil.

—Ni se te ocurra responder —le advierto.

—Es mi madre —dice y estira el brazo para alcanzarlo—. Dime, mamá.

Me tumbo a su lado, boca arriba, a la espera de que acabe la conversación; que tiene cierta guasa que justo en este momento suene su móvil.

—No te olvides de que hoy comemos en casa de tu prima —dice su madre.

Al estar tan cerca, puedo oír toda la conversación. No debería, pero siento una malsana curiosidad.

—Sí, tranquila. Pasaré a recogeros a ti y a la tía Juana —responde él amable, aunque impaciente por colgar.

—Por cómo hablas, está claro que no estás solo —dice Mariana y detecto cierta desaprobación, algo que no tiene sentido, pues aquí, el figura, lleva un historial alucinante y digo yo que su madre ya estará acostumbrada.

—No, no lo estoy —admite a regañadientes.

—Seguro que es una de esas pelanduscas que no tienen dónde caerse muertas y te engatusan para que las mantengas —añade ella, y Fran me mira de reojo por si me he sentido retratada.

—Sí, es una de esas pelanduscas —contesta y sé que sólo intenta que su madre no averigüe que soy yo la que estoy con él, pues, de saberlo, se reavivaría su interés por juntarnos.

—Pues ten cuidado. Si quieres voy ahora y la echo de tu casa; la tía Juana puede venir conmigo.

—No, no hagas nada, que ya se marcha —murmura Fran y noto que quiere a su madre por encima de todo, pues pocos hombres aguantarían que una madre interrumpiera de esta manera—. ¿Algo más?

—No, cariño, sólo quería saber cómo estás. Nos vemos luego.

—Un beso, mamá.

—¿Una pelandusca? —pregunto, fingiendo estar ofendida, cuando finaliza la llamada.

—Y de las peores —afirma y se queda tan pancho—. Así que cumple tu función —señala su entrepierna—, que para eso te invité a cenar.

—¿Esto te funciona?

—Siempre —responde y me besa—. ¿O saco la Visa?

Lo ha vuelto a decir, sin embargo, no con el mismo tono de desprecio, ahora está de guasa.

Vuelve a las andadas, a mostrarse expeditivo. No sé cómo, pero ya me tiene tumbada, abierta de piernas y gimiendo.

Va desplazándose por mi cuerpo, alternando besos suaves con otros no tanto. Me muerde los pezones, me los chupa. Y sé que es sólo una etapa, porque sigue descendiendo. Abro más las piernas. Él me mira un instante con esa actitud a caballo entre la arrogancia y

la excitación que me pone cardíaca. Noto su respiración justo a la altura del pubis. Estiro los brazos y cierro los ojos, dispuesta a disfrutar y eso que se suponía que era yo quien debía complacerle.

—Por fin… —suspiro, cuando su lengua comienza a hurgar entre los pliegues de mi sexo.

Y cuando digo «hurgar» me quedo corta. No tantea, no pierde el tiempo, va directo a cada punto sensible y lo estimula hasta conseguir que jadeé.

—Cómo disfruto comiéndote el coño —murmura.

—A mí me lo vas a contar…

Estoy a un pasito de correrme y me preparo para disfrutarlo…

—¡Paquito! ¿Estás en casa?

Nos quedamos pasmados. Fran me mira, yo lo miro.

—Joder, mi madre.

—¡No puede verme aquí contigo! —susurro aterrorizada y salto de la cama.

Busco la ropa con la mirada y entonces recuerdo que me la quité en el salón, así que mis bragas y todo lo demás está esparcido por ahí. Mierda, nos va a pillar.

Fran se pone un pantalón de deporte negro que disimula a duras penas lo empalmado que está y me hace una seña para que me esconda en el baño. Él sale escopetado y a mí, en vez de hacerle caso, me sale la vena curiosa y me quedo junto a la puerta del dormitorio, envuelta en una sábana.

—Mamá, tía, ¿qué hacéis aquí? —pregunta tenso.

—Ay, hijo, es que me has dejado inquieta —responde su madre—. Últimamente estás muy raro.

—Estamos preocupadas —añade Juana—. Ya no vas con las mismas mujeres que antes.

—¿Perdón? —dice él con tono perplejo—. Lleváis toda la vida dándome la lata con el tipo de chicas con las que salgo y ahora ¿qué pretendéis?

—Que sientes la cabeza, cariño —dice Mariana y se nota el afecto.

—Ya sé que la amiga de Gema sale con un tipo rico, pero podrías buscar otra chica así —apostilla Juana.

—Joder…

—A mí me gustaba mucho esa chica —añade su madre—.

Deberías…

—Utilizar tus armas de seductor y reconquistarla —remata la tía.

«Yo no debería escuchar esto», pienso.

—Venga, dejadme tranquilo. Id a tomar un chocolate con churros. Y nada de hacerlo aquí cerca para espiarme, ¿entendido?

—Ay, Paquito, cómo te pones.

—¿Entendido?

—No te espiamos, sólo velamos por ti, cariño.

—Os conozco, y ni se os ocurra esperar en la cafetería de enfrente para hacer fotos y compartirlas en el whatsapp familiar. ¿Estamos?

Los oigo despedirse y Fran vuelve enseguida al dormitorio.

—¿Por dónde íbamos? —pregunta, desprendiéndose de los pantalones.

—¿Aún tienes ganas?

—La duda ofende, pija.

Capítulo 15

—¡¿Cómo que te casas con Julian?! —exclama Sun ojiplática, nada más conocer la noticia.

Miro a Gema, que está callada.

—¿Tú no vas a decir nada?

—*I´m totally fliping* —murmura.

—¿Perdón? —inquiere Sun.

—Totalmente flipada —nos aclara—. Lo oí el otro día en la parada del autobús y me hizo gracia.

—¿Por qué vas en autobús? —le pregunto extrañada—. Tienes coche.

—En el centro no hay quien aparque y me sale más barato —se justifica.

—Así no hay manera —suspira Sun, y yo asiento.

A ver, supongo que todos os habréis quedado a cuadros al saber que Gema va al centro en autobús. No es para menos, sin embargo, hoy lo pasaré por alto, pues hay otro bombazo informativo: mi inminente boda. No os culpo. Tendré que hacer una especie de rebobinado para que lo entendáis.

—Esto de la bigamia te está pasando factura —añade Sun.

—Lo que tiene es una tontería encima que no puede con ella —me regaña Gema y saca su móvil para enseñarme fotos mías con Fran saliendo de su apartamento, lo que significa que la madre y la tía nos espiaban, pues hay unas cuantas—. ¿Qué significa esto?

—Que tu primo y yo quedamos de vez en cuando y que en tu familia no hay más que cotillas —alego y resoplo ante el marcaje de esta gente.

—No te desvíes del tema —pide Sun, arrebatándole el móvil a Gema para curiosear—. Te vas a casar con Julián, ¿por qué?

—Porque me lo ha pedido.

—Después de cuánto… ¿seis meses?

—En efecto. Y le he dicho que sí.

Hagamos ahora el inciso.

Durante estos meses, he seguido viéndome con Julián. Cenas, recepciones, eventos de su empresa…, lo normal para aparecer en público y que todos crean que somos la pareja perfecta. Paralelamente, me he estado acostando con Fran. Y lo curioso es que no me ha supuesto ningún cargo de conciencia. Y todos sabíamos lo que ocurría, a excepción de Julián, claro.

El caso es que debí de aprobar el examen de Rosalía, porque dio luz verde a mi relación con su hijo, de ahí que el domingo pasado nos invitasen a comer en su casa de campo. Mi madre, eufórica como no podía ser de otro modo, revisó mi atuendo, y yo, que no me apetecía mucho salir, tras haber pasado la noche dale que te pego con Fran, terminé vestida para la ocasión con un vestido un tanto sobrio, zapatos destalonados de salón y recogido elegante, para acabar sentada en su impresionante comedor rústico, decorado con trofeos de caza.

Una reunión que no tenía por qué pasar de ahí, pero a los postres, sí, postres en plural, porque en las casas de postín se da a elegir, aunque es una prueba encubierta para comprobar la glotonería, por lo que yo, bien aleccionada, elegí sólo uno y elogié el resto. Mi madre y Rosalía se apartaron con más o menos discreción para dejarnos a Julián y a mí solos. Y entonces él me lo preguntó.

A ver, mi cara fue de completa estupefacción, pues no me lo esperaba. Cierto que a lo largo de estos meses saliendo juntos, que no revueltos, hemos llegado a conocernos y a entablar cierta amistad, pero de ahí a casarnos…

Me comporté como la perfecta mujer sorprendida y encantada y le dije que sí, pues era la respuesta a todas mis oraciones. Algunos mal pensados dirán que me he vendido por dinero, puede ser, pero no voy a renunciar a una vida de lujo y con una posición social envidiable sólo por ciertos reparos.

—¿Cuándo te has acostado con él? —pregunta Sun con cierta incredulidad en mitad del relato.

No lo neguéis, queríais hacer la misma pregunta y mi amiga se os ha adelantado.

—Todavía no…

Sun y Gema dan un respingo y se miran entre ellas, para después fijarse en mí a la espera sin duda de una aclaración.

—No ha surgido la oportunidad —explico en voz baja.

—¿Que no ha surgido en seis meses?

—Claro, como estabas follando con mi primo…

—No miento. Julián no parece tener prisa en llevarme a la cama y yo tampoco me he mostrado muy entusiasmada, lo admito.

—Nada, que nos vamos de boda —canturrea Gema con evidente sarcasmo—. Pues te digo una cosa, no pienso comprarme nada nuevo, iré con algún modelito de hace al menos dos temporadas.

—Tampoco te pases —le advierte Sun.

—Y eso no es todo —les digo, porque aún queda lo más peliagudo.

A ver cómo se lo explico para que no parezca una transacción comercial.

—¿Te ha exigido un contrato prematrimonial?

—Más o menos.

—No me sorprende, Julián tiene un patrimonio enorme —comenta Sun—. Yo también lo haría.

—¿Y cuál es el problema? —indaga Gema.

—Se ha comprometido a comprar la casa de mis padres y ponerla a mi nombre. Moverá sus hilos para intentar que mi padre obtenga antes el tercer grado y yo sólo tendré que darle un hijo antes de dos años.

—¡Joder! —exclama Gema.

Asiento.

En realidad, fue Rosalía quien me expuso las condiciones, aunque mi futura suegra, tirando de eufemismos, dijo que eran simples compromisos de buena voluntad entre una pareja.

—¿Y has dicho que sí? —pregunta Sun, poniendo mala cara.

—¿Cómo iba a decir que no? —replico.

—Hola, guapas, aquí tenéis unas pastitas, de las buenas —nos interrumpe mi tía Deme.

Y os estaréis preguntando ¿cómo es que hemos quedado en la casa donde vivo ahora? Pues muy sencillo, porque ando justa de dinero, y salir por ahí supone quedar mal con mis amigas, ya que es posible que tuvieran que prestarme algo para pagar la cuenta.

—No de esas que le doy a Benita cuando vienen sus amistades

petardas —añade mi tía toda ufana y me guiña un ojo.

Me da la impresión de que se regodea al decirlo.

—Yo, a lo mejor, también soy un poco petarda —dice Sun sin perder la sonrisa.

—Pues no se te nota nada —replica la dueña de la casa con cariño.

Y en parte tiene razón, porque Sun, desde que está con Daniel, ha perdido parte (no toda) de su vena clasista. A mí me ha ocurrido igual, pero por razones económicas. Actitud que pienso recuperar en cuanto me case con Julián.

—¿Ya os ha contado sus avatares en el mercado matrimonial? —pregunta mi tía y ellas asienten.

—Mire esto, Demetria —pide Gema, enseñándole el móvil—. ¿Qué le parece?

Me estiro para ver qué le está mostrando y me encuentro con una imagen de Fran sonriente. Lo que me faltaba. Estoy por darle a Gema una patada por debajo de la mesa.

—Llámame Deme, hija, como todo el mundo, aquí en esta casa no somos tan estiradas como mi hermana. —Observa con atención la foto y después añade—: Buen mozo. ¿Es tu marido?

—No, mi primo y está loquito por ella —me señala.

—Es pobre, ¿me equivoco? —sugiere mi tía y Gema niega con la cabeza.

—Todo lo contrario —presume.

—Entonces es que no le gusta a la estirada de Benita —reflexiona en voz alta.

—No lo conoce, pero le aseguro que es un chico estupendo —apostilla Gema.

—Cómo te gusta ejercer de casamentera —bromeo, no muy contenta con ello.

—A ver, tú estás con un tipo normal, ¿y a qué no pasa nada? —le pregunta mi tía a Sun.

—Confieso que no era mi primer candidato —replica la aludida—, aunque ahora estoy encantada con Daniel.

—Eso le digo yo a mi sobrina. Su madre se empeña en casarla con un tipo que algo esconde —tuerce el gesto—, nadie es tan perfecto.

—Es Mapi quien debe elegir —aduce Sun, y yo asiento—. Nos

guste o no.

Menos mal que me echa un cable.

—Pues yo disiento —tercia Gema.

Sun le hace un gesto para que cierre el pico, porque al final se le va a escapar algo y no quiero que mi tía sepa que juego a dos barajas.

—Ya he elegido.

—Mejor di que Benita ha elegido por ti. Qué hermana tengo, debe de ser adoptada —se queja Demetria.

Desde luego, con tanto apoyo moral una se siente hecha una mierda. La decisión ha sido fácil, pues era lo que esperaba. Sin embargo, a medida que voy haciéndome a la idea y de que escucho opiniones en contra, me entran las dudas.

Mis amigas se despiden, pues cada una tiene obligaciones y compromisos, aunque me gustaría pasar más tiempo con ellas, como antes. A mí me quedan dos opciones, seguir de cháchara con mi tía o encerrarme en el mini cutre cuarto.

Hay algo que no me he atrevido a mencionar delante de ellas: que aún no se lo he contado a Fran. Aunque intuyo que Gema ya habrá hecho las labores de mensajera.

¿Cómo se actúa en estos casos?

¿Lo llamo y nos despedimos a lo grande?

¿Lo informo y ya?

¿Le explico los motivos?

¿Quizá ya se lo imaginaba?

Hace más de diez días que no lo veo, está de viaje de negocios y, me pesa reconocerlo, le echo de menos. Más de lo que imaginaba cuando sólo pensaba que era un tío con el que follar y punto. Pero ya es algo más que una polla con ojos, le he cogido cariño. Sí, lo he dicho, «cariño», no os emocionéis. No tiene nada de malo tener aprecio por una persona con la que te acuestas repetidamente, porque si bien Fran y yo no mantenemos una relación convencional, sí puedo decir que es el tío con el que más veces he estado. No recuerdo haber tenido una relación tan larga en mi vida.

Cojo el móvil y busco su número.

Opción A: llamarlo ¿y qué le digo? Vale, con Fran no hay que hablar mucho, basta con preguntarle si está en casa y si puedo ir a verlo.

Opción B: un mensaje. Simple, directo.

Ambas me parecen frías. Cierto que ha sido la forma de comunicarnos estos meses. Y no es menos cierto que él espera que yo me ponga en contacto. Es paciente, lo que resulta toda una contradicción en un hombre tan arrogante.

Me decido por la opción B y escribo:

¿Cómo te va todo?

Me quedo mirando la pantalla como una tonta, esperando una respuesta.

Una respuesta que no llega.

Pasan los minutos y nada.

Ni siquiera ha leído el mensaje.

Empiezo a impacientarme, hasta estoy tentada de ir a la cocina y tomar un vaso de leche con galletas. Jopetas, sí, eso he dicho.

Suena el móvil y miro esperanzada a ver quién es, pero mi gozo en un pozo. Es Julián.

Inspiro, he de responder.

—Hola, Julián —digo con el tono suave típico de una mujer educada.

¿A que he disimulado perfectamente mi desilusión?

—Hola, querida. Te llamaba para invitarte mañana a comer. Y, antes de que lo preguntes, sí, es una comida de negocios. Después podemos irnos juntos por ahí, de compras, a pasear…

Por cómo lo dice, es evidente que rara vez hace concesiones como ésta y que se va a aburrir. Y lo de ir de compras es un mensaje encriptado. ¿No lo pilláis? A ver, mi situación económica es una mierda y, con disimulo, mi madre habrá dejado caer que es imprescindible que se me vuelva a ver gastando dinero en ciertas tiendas.

—Estupendo —digo como si me sintiera halagada.

—Muy bien, mañana envío a mi chófer a recogerte. ¿Te parece bien?

Los hombres como Julián, cuando preguntan si te parece bien, significa que no admiten réplica, nadie osa hacerlo.

—Genial. Nos vemos mañana entonces.

—Sí, hasta mañana —se despide con rapidez. Lógico, ya ha transmitido el mensaje y no tiene por qué perder ni un segundo más

en una conversación con su prometida.

Estoy a punto de dejar el móvil sobre la mesilla e ir al armario en busca de ropa adecuada para una comida de negocios, cuando por simple y malsana curiosidad miro los mensajes por si Fran ha respondido. Y veo que me ha escrito.

¿Hoy no quieres follar?

Su respuesta no me sorprende, aunque sí me molesta un poco, de ahí que escriba:

Pues no, sólo quería charlar un rato contigo.

Para eso está tu novio oficial.

Me lo tengo merecido. Puede que sólo esté bromeando, es difícil saberlo, ya que al no oír su tono sólo puedo sacar conjeturas.

No siempre quiero follar contigo.
A veces incluso te escucho cuando sueltas alguna que otra majadería.

¿Esas que te digo mientras follamos?

Vale, no está de humor. Está en su derecho. Eso significa que Gema ya le ha dado la gran noticia.

Pasar de él resulta tentador, pero me veo arreglándome para salir. Hay cosas que es mejor hablarlas cara a cara. Puede que no lo pille en casa, aunque me arriesgaré.

Mi tía, al verme salir, tuerce el gesto. Menos mal que mi madre no anda cerca para interrogarme.

Pido un taxi para ir del extrarradio a casa de Fran. Sí, ¿no os lo había dicho? Mi querida tía compró el chalet más grande de una urbanización repleta de obreros y poco más, pudiendo permitirse otra vivienda en una zona de más categoría.

Pagar el taxi me descuadra un poco, bastante, el presupuesto, pienso con disgusto, pues era algo de lo que antes nunca me preocupaba. Da igual, en breve abandonaré este sistema de racionamiento.

Justo cuando voy a llamar al telefonillo, sale un vecino, así que me cuelo y voy directa al ascensor para llegar al ático. Reconozco, sois testigos, que estoy nerviosa.

Si bien no es una ruptura en toda regla, sí se le parece bastante.

—No estoy de humor, me duele la cabeza —es el saludo de Fran al abrir la puerta y verme.

—¿Puedo pasar? —pregunto y él se aparta de mala gana.

Debe de haber llegado hace dos minutos del gimnasio, porque aún lleva la ropa de deporte y está sudado.

—Qué remedio —murmura—. Si no te importa, voy a darme una ducha. No hace falta que me frotes la espalda.

De acuerdo, su tono dice a las claras que está escocido y, por tanto, su nivel de sarcasmo va al alza. En fin, nadie dijo que fuera sencillo lidiar con amantes o futuros examantes picajosos.

Lo he visto desnudo unas cuantas veces, así que debería esperar sentada tranquilamente con una copa de vino, en cambio, lo sigo hasta el cuarto de baño de su dormitorio. Él arquea una ceja, aunque no dice nada, mientras ajusta la temperatura del agua.

Utilizo el retrete como asiento y me quedo aquí, observándolo, lo cual ya es de por sí entretenido, pero he de organizar un discurso coherente para que me entienda, empezando por el hecho de que nunca le he mentido respecto a mis aspiraciones.

—¿Te doy ya la enhorabuena o esperamos a la invitación oficial? —inquiere con recochineo cuando sale de la ducha.

Iba a darle la toalla, pero ahora no muevo ni un dedo.

—Las noticias vuelan, por lo que veo —comento y pienso que quizá deba considerar a Gema una traidora.

Fran se seca con movimientos enérgicos y yo… en fin, disimulo como buenamente puedo las ganas de tocarlo. Debería replicarle de forma ingeniosa; no obstante, sigo callada hasta que él me agarra de la muñeca y tira de mí para sacarme del cuarto de baño.

—Vamos, supongo que has venido a por tu polvo de despedida.

—No seas grosero —le espeto, apartándome de él—. Y deja de montarme el numerito de novio celoso, no te pega nada.

Me acorrala contra la pared.

—Yo no soy tu novio —arguye tenso—. Y no estoy celoso.

—¿No? Qué desilusión —digo con ironía—. Pues no lo parece.

—Sé que no follas con él, de hacerlo, no vendrías aquí cada dos por tres cuando te pica el coño, para que me encargue yo de ello —añade, recuperando su tono más chulesco y cruel.

Lo peor de todo es que no le falta razón. Cierro los ojos un

segundo, he de recomponerme. Sigue pegado a mí, desnudo, aún con la piel húmeda y yo soy débil. Sí, maldita sea, lo soy. Tengo por delante un futuro lleno de lujos y en cambio sólo pienso en montármelo con Fran una vez más.

Reacciono de la forma menos oportuna al ponerme de puntillas y besarlo. Tanteo sus labios con paciencia, pues no se muestra muy proclive a seguirme la corriente. Aun así, no cedo y al final responde, con las ganas y la agresividad que desde el primer día me han seducido y son, con toda probabilidad, la razón por la que, a pesar de sus salidas de tono, sigo deseándole.

Despacio, voy rodeándole el cuello con los brazos, atrayéndolo cuanto me es posible, para sentirlo cerca. Me estoy poniendo moñas, pero lo cierto es que hasta su olor me excita y no veo el momento de que se meta dentro de mis bragas.

Me tiene a su entera disposición, derretida, ansiosa y gimiendo, con mi boca pegada a la suya. Sólo me besa, las manos las mantiene inmóviles, apoyadas en la pared. No le pregunto, porque de hacerlo me soltará alguna ordinariez. Me conformo, de momento, con besarlo.

Él se aparta de repente. Me mira fijamente y da un paso atrás y otro, hasta llegar al armario. Comienza a vestirse de malas maneras, furioso. Cuando acaba, sale del dormitorio y lo sigo. Se detiene junto a la puerta de entrada y la abre.

—Hasta siempre —me dice en voz baja.

—¿Perdón? —farfullo, sin comprender el repentino cambio.

—Se acabó, pija. Tú has elegido y yo también. No le des más vueltas —añade—. Yo no pienso hacerlo.

Puedo rogarle, explicarle la situación, incluso mentirle y decirle que lo he pensado mejor, que lo de Julián es pasajero, que no va en serio; sin embargo, su mirada deja claro que nada de lo que diga lo va a hacer cambiar de opinión.

—De acuerdo. Muy bien —digo e inspiro hondo para calmarme y lidiar con mi desilusión—. Si así es como quieres que terminemos, por mí perfecto —le espeto, conteniendo mi rabia.

—Ni siquiera ha empezado, pija —me replica—. Y no me vengas con milongas de que podemos ser amigos. Esa mierda no va conmigo. Ahora vete.

—Adiós —musito y antes de cometer una estupidez, como

derramar una lágrima, doy media vuelta y llamo al ascensor.

Una vez en la calle, inspiro hondo. Es tarde y he de volver a casa, pero al buscar el teléfono en el bolso para llamar un taxi, me da por mirar el monedero y veo que no tengo suficiente dinero para pagarlo. Me siento en un banco, no me pueden salir peor las cosas, ¿verdad?

Veo pasar un autobús y, como si fuera una señal divina, una de mal gusto, me veo en la obligación de buscar el número que me lleve hasta la urbanización donde vivo ahora.

No recuerdo haberme subido nunca a un bus urbano, espero que no me reconozca nadie. El trayecto se me hace eterno y, encima, cuando me apeo, resulta que tengo que caminar otros diez minutos.

Tal como yo pensaba, el transporte público es una mierda.

Capítulo 16

El día de mi boda.

Admito que, a medida que pasaban los días, confiaba en que alguna desgracia lo paralizase todo. Sin embargo, mi suegra no da margen de maniobra. No se le escapa nada. Y, por si acaso, estaba mi madre al quite, pululando alrededor de la *wedding planner*. Atosigándola más bien con un sinfín de exigencias.

Cuando nos reunimos con los abogados de Julián, sí, en plural, tuve la sensación de que Rosalía es quien maneja los hilos, es decir, quien maneja a su hijo, pues él apenas habló, todo lo dijo ella. Y es que, cuanto la más conozco, más me doy cuenta de que le gusta estar en todas las salsas, como el perejil, aunque en un segundo plano, que no se note mucho. Al fin y al cabo, es una señora conservadora.

Julián lleva los negocios, por supuesto, pero todos sabemos que en las familias como ésta hay más asuntos que tratar. Y Rosalía se encarga de esa parte. No da puntada sin hilo y, si bien he aprobado el examen para ser la esposa de su hijo, está claro que no se fía del todo.

Intenté hablar de ello con Julián en una de nuestras salidas oficiales y él desvió la conversación. Me di cuenta de que estaba cien por cien de acuerdo con su madre, así que mi futura suegra es la que se encarga de la parte menos glamurosa, liberando a su querido hijo de tan engorrosa tarea.

También quise averiguar algo sobre su primera mujer y, ante su hermetismo, busqué en internet. Apenas aparecieron referencias. O es una mujer extremadamente discreta o bien recibe una cuantiosa pensión, suficiente como para que no quiera decir ni pío y no correr el riesgo de perderla.

Me apuesto lo que sea a que fue Rosalía quien negoció los términos de la separación. Lo que me extraña es que, siendo tan

puntillosa, no haya obtenido la nulidad eclesiástica. En fin, tampoco me preocupa.

Al firmar el acuerdo prenupcial me sentí como una mercancía, quizá influida por las palabras de mi tía Deme, que hasta el último segundo no ha dejado de repetir que podía haber llevado un letrero de «se vende» colgado del cuello, porque para el caso era lo mismo.

Las discusiones entre ella y mi madre fueron antológicas y yo acabé con un dolor de cabeza increíble. En otras circunstancias me hubiera escapado un ratito para olvidar las penas con un buen revolcón, pero he tenido que sufrir en silencio.

No hagáis el chiste de las almorranas, por favor.

Mi padre, que sigue en prisión, se ha mostrado conforme con todo. Aunque yo no he ido a verle, pues mi madre me lo ha prohibido y Rosalía me lo ha desaconsejado para guardar las apariencias, ya me entendéis. Aunque, de haber querido ir, nadie me lo hubiera impedido. Admito que me he sentido dolida por la actitud de él, como si le importase un pimiento con quién me caso. Supongo que mi progenitora le llevó el informe correspondiente antes de dar su beneplácito y que sólo ve en mi boda una oportunidad para arreglar su situación.

Nunca habría pensado que mi padre fuera tan egoísta.

Y así han ido pasando los días hasta llegar a hoy.

Una boda de tarde, que siempre queda más elegante. Como Julián es dueño de un sinfín de propiedades, ha elegido una bien apartada y así evitamos curiosos a nuestro alrededor. El palacete donde ahora me encuentro hasta dispone de capilla propia, aunque, por razones obvias, no hemos hecho uso de ella.

Nos hemos casado en el salón principal, adornado para la ocasión y, todo hay que decirlo, con un gusto exquisito. Rosalía es, ante todo, una mujer con clase.

Todo ha salido perfecto, a pesar de que yo he mostrado el mínimo interés por los preparativos. Julián contrató a la *wedding planner* más cara, que, en tres meses, ha logrado organizarlo todo, eso sí, con las directrices de Rosalía y las constantes intromisiones de mi madre. Porque Benita Sañudo se lo ha pasado en grande; daba la impresión de que su meta en la vida fuera organizar la boda de su única hija. Por favor, qué agotamiento. Entre que yo no hacía mucho caso y que ella quería controlarlo todo, terminaba con dolor

de cabeza debido al constante cacareo.

Yo nunca he sido una de esas mujeres que soñaban con este día. Me limitaba a imaginar que todo sería magnífico, elegante, carísimo y punto. Para eso se tiene dinero, para que se preocupen por ti y no agobiarse. No como mi amiga Sun, que, desde que conoció al que supuestamente era el amor de su vida (el mejor amigo de su hermano), empezó a apuntar en un cuaderno cualquier detalle que se le ocurría para organizar la boda más perfecta de la historia. Detalles que os sorprenderían, como el color de la mantelería, la disposición de los invitados, los trajes de las damas de honor o cada una de las piezas musicales que sonarían durante la ceremonia.

Un cuaderno por otro lado que ahora es un recuerdo sin más, pues el supuesto amor de su vida mantiene una relación a tres bandas. Sí, algo muy complicado y largo de contar y que a todas nos sorprendió cuando nos lo dijo.

Sun está con un tipo al que dudo mucho que pueda convencer para organizar un bodorrio como ella querría. La de años que Gema y yo echábamos un vistazo a esas notas, sólo por diversión. Ahora Sun hasta bromea sobre el cuaderno, pero en su momento fue un aspecto muy importante de su vida.

Tenéis que entenderla, tanto ella como yo nos hemos criado sin otro pasatiempo que gastar dinero. Pero volviendo a mi boda, el vestido que he llevado durante la ceremonia era el más barato que había en la tienda y lo elegí sólo por jorobar a mi madre, que, junto con Rosalía, insistieron en que llevara uno de diseño exclusivo, a lo que me negué. A Julián sé que le daba igual el dinero que costara, de hecho, creo que no ha escatimado gastos. Ahora mismo me estará esperando en una de las *suites* de este palacete del que es propietario y donde nos hemos casado.

Una boda civil, para disgusto de mi madre y de la suya, pero a mí ese detalle me daba igual.

Me siento delante del tocador y me miro al espejo. No me apetece sonreír. Fijaos cómo ha transcurrido todo, que, durante el acto, ha habido una pausa porque uno de los invitados ha sufrido un ataque de tos y yo he llegado a pensar que era… bueno, ya sabéis quién, parando la ceremonia. Pero no, se trataba de un señor mayor acatarrado.

Gema ha cumplido su amenaza y ha venido con un traje

desfasado, un maquillaje de choni y un peinado indescriptible. En otras circunstancias se lo habría recriminado; sin embargo, puedo entenderla, se siente molesta. Aunque sé que con el tiempo asimilará esta situación. Sun, pese a no estar del todo de acuerdo, ha sabido guardar las formas y, como siempre, ha sido un modelo de elegancia y de comportamiento.

Los invitados, como no podía ser de otro modo, gente importante. Empresarios, políticos y algún famoso. Lo curioso es que me daba igual, he sonreído cuando me lo pedían, nada más. No he sido capaz de divertirme. He estrechado manos, he posado para un sinfín de fotografías y le he dado las gracias con educación a todo aquel que me ha deseado lo mejor en mi matrimonio. Pero de todas las fotos sólo una he guardado en el móvil, la que estoy con mis amigas. Sun posando como sólo ella sabe y Gema seria. Una a cada lado, justo antes de abandonar la *suite* donde me he arreglado, para dirigirme al salón. Aún era una mujer soltera, lista para la función. Maquillada y peinada por una de las mejores profesionales. Nada podía salir mal y de hecho así ha sido.

Sin embargo…

Sin embargo, ni rastro de emoción y ahora, cuando en breve aparecerá mi marido, lo único en lo que pienso es en tumbarme sola en la cama y recrearme con alguna de mis fantasías habituales.

¿Una noche de bodas más deprimente es posible?

Lo dudo.

Y eso que aún no me he acostado con Julián. Sí, es algo que resulta difícil de creer. Hay quien pensará que, debido al ajetreo previo a la boda, ambos hemos estado muy ocupados, pero ¿tanto? Él ha seguido sin mostrar ningún interés por llevarme a la cama.

¿Cómo os habéis quedado?

Igual que yo, que llevo más de tres meses de sequía sexual. Bueno, miento, no recuerdo haberle dado nunca tanto uso a mis vibradores. Y os estaréis preguntando por qué he seguido adelante con la boda, en vez de admitir que quizá, sólo quizá, debería haber hablado con Fran y ver si había una posibilidad de… no sé, de algo.

No tengo la respuesta, sólo sé que pronto aparecerá Julián.

Y aquí está, acaba de llamar a la puerta. Yo sigo sentada frente al tocador, terminando de desmaquillarme.

Él entra sin esperar a que yo diga nada.

A través del espejo puedo observarle. Se ha cambiado de ropa. Lleva un pantalón de pinzas negro y una camisa gris. Clásico y formal, como siempre. Antes de que me pregunte si estoy bien, sonrío, no quiero que se lleve una impresión equivocada, pues una recién casada siempre ha de estar contenta, ¿verdad?

—¿Una copa de cava? —pregunta y, antes de que responda, ya la ha servido.

—Sí, gracias.

Me incorporo y me acerco hasta donde me aguarda él. Bebo un sorbo despacio, mirándolo de reojo. Él hace lo mismo. Es ridículo que a estas alturas nos sintamos cohibidos, aunque así es. Estoy tentada de dar el primer paso; no obstante, intuyo que a Julián le gusta llevar la voz cantante en estos menesteres y por tanto he de esperar.

—Suéltate el pelo —me pide en voz baja y obedezco, pese a que habría esperado un tono más seductor.

Me quito la pinza y dejo que mi melena caiga sobre mis hombros. Entonces Julián esboza una sonrisa y me acaricia la mejilla. Me ha parecido un gesto demasiado fraternal, poco o nada sensual; esto pasa por no acostarnos antes de la boda, ahora no tengo ni idea de qué hacer o qué decir. Y tampoco tengo la menor idea de sus gustos sexuales ni él de los míos.

¿Cómo podían nuestras abuelas esperar a la noche de bodas? ¿Y si el marido era un bruto? O peor aún, ¿un ignorante? ¿Por qué he sido tan gilipollas de no follar antes con él?

No hace falta que me fustiguéis, ya lo hago yo bastante bien sola.

Se sitúa a mi espalda y me aparta el pelo para besarme en el cuello. Me gusta, me parece un buen punto de partida. No son unos besos todo lo provocadores que esperaría de un hombre con el que llevo saliendo unos meses y que supuestamente está loco por meterse en mis bragas, pero confío en que se animará.

Pasa la mano alrededor de mi cuerpo, hasta cogerme la copa de cava que aún no me he acabado y después se aparta. Miro por encima del hombro y veo que, tras dejarla sobre la mesa, se acerca al interruptor para apagar la luz.

—Más íntimo, ¿no te parece? —susurra, colocándose de nuevo a mi espalda.

A ver, tiene razón, la oscuridad es un aliado de los amantes, pero no me parece adecuado que nuestra primera vez sea a oscuras. Cierto que él, pese a conservarse bien, no tiene el cuerpo atlético de un treintañero, sin embargo, y no voy a pecar de falsa modestia, yo sí y a todas nos gusta sentirnos deseadas y admiradas.

La oscuridad es para un callejón en donde te vas a dar el lote con tu novio porque no puedes quitarle las manos de encima y necesitas un mínimo de privacidad, no para una noche de bodas.

Julián juega con las tiras del camisón de raso rosa que llevo. Un regalo de mi tía Deme, que me soltó a entregármelo: «Tú no eres virgen, nada de blanco». Me eché a reír, claro, e imaginaos la cara de mi madre.

Ahora Julián me besa los hombros y deja que el camisón resbale. Me ha desnudado de una forma que, lejos de excitarme, me ha parecido un tanto mecánica. No dice nada, su respiración en normal cuando se supone que debería estar cachondo.

Me gustaría volverme y, si bien no puedo ver su cara, al menos tocarlo o besarlo. Esto de permanecer inmóvil no es lo mío, a menos que oiga alguna palabra u orden que me excite. Pero sólo se oye la respiración de Julián, la mía apenas se ha alterado. Más vale que vaya pensando en algo morboso para ponerme a tono. De repente, posa las manos sobre mis senos y aprieta. No es desagradable, pero tampoco me pone cachonda.

Como no puedo aguantar más, y aun a riesgo de mosquearlo, me doy la vuelta y le rodeo el cuello con un brazo para después besarlo. Reconozco que esperaba algo de entusiasmo; sin embargo, Julián se aparta.

—No tenemos prisa —susurra.

Me quedo alucinada. ¿No tenemos prisa? ¿Estamos tontos o qué?

Menos mal que no puede ver la cara de decepción que he puesto.

Desnudar a un hombre no tiene secretos para mí, de modo que, sin que me lo pida, comienzo a desabotonarle la camisa. Él no se muestra muy colaborador y pienso que quizá se avergüence un poco de su cuerpo, algo absurdo.

Bajo un poco más las manos y palpo por encima del pantalón y mi sorpresa es mayúscula.

Os estaréis preguntando, ¿qué esconde ahí para que me haya

quedado perpleja?

La respuesta más evidente es: una polla de tamaño XXL.

Pues no, para mi completa desesperación, ni siquiera está empalmado. Nada de nada. Como os lo cuento.

Empiezo a pensar lo peor. Julián tiene problemas de erección, y yo con unas ganas locas de echar un polvo.

Aunque sea mediocre.

Aparta mis manos con delicadeza y me limito a agarrarme a sus hombros mientras me va llevando a la cama. Me pide que me tumbe y lo hago. Él se desnuda y enseguida lo noto encima. Sigue sin tenerla dura.

Mal empezamos.

Comienza a besarme en los pezones, parece torpe o, lo que es peor, desganado, lo que no cuadra en absoluto, pues un hombre de su edad ha tenido sí o sí oportunidades de aprender. Tampoco me da la sensación de que esté borracho. Sin embargo, parece que Julián ha suspendido todas las clases.

Ni rastro del empresario serio de día, morboso de noche que tanto se repite en las novelas.

Gimo, exagerando, por supuesto, para echarle un poco de sal al asunto y él ni se inmuta. Quiero tocarlo, pero cuando lo intento, me sugiere que eche las manos hacia atrás y me agarre al cabecero.

En otras circunstancias, o con otro amante, obedecería encantada, pues eso a lo mejor significa un polvo a lo brutote. Pum, pum, pum, el cabecero golpeando contra la pared. Pum, pum, pum, él embistiendo como un poseso. Pum, pum, pum, follándome sin descanso… Pum, pum, pum, ahora ponte a cuatro patas. Pum, pum, pum, qué pasada… Pues no, pinta de ser así no tiene.

Ni rastro del pum, pum, pum.

Noto que Julián cambia de postura, se recuesta sobre un lado y me toca los senos, pero ¿qué hace con la otra mano?

¿Se está masturbando?

Eso parece por cómo se mueve. Comienza a jadear, a respirar de forma más acelerada, lo que, por supuesto, es horrible; que se ponga a masturbarse justo ahora es una perversión demasiado extraña incluso para mí. Yo no digo que, en otro momento, jugando, provocando, lo haga delante de mis narices, pero hoy no, por favor.

Me aprieta los pezones, murmura incoherencias y, sin dejar de tocarse, me tiene aquí, tumbada y abierta de piernas. Mi sexo hoy es de secano, pues apenas siento humedad.

Y de repente, sin avisar, se pone encima, coloca su miembro y empuja. Esto no es un polvo a lo brutote, que quede claro.

A ver, cierto que he despejado las dudas sobre el tamaño y que Julián no va mal servido, pero hago una mueca, molesta, cuando me penetra. Él gime y no me da la impresión de que sea de placer, y de nuevo embiste, como si tuviera ganas de acabar cuanto antes.

Yo me siento como una muñeca hinchable, una de lujo, por supuesto, mientras Julián se comporta como un conejo. Empuja, empuja y empuja, jadea un poco y nada más.

Arqueo la pelvis, a ver si con un poco de suerte mejora, pero no, nada.

Podría meterme una mano entre las piernas y acariciarme el clítoris, que, por cierto, se siente abandonado, pero el peso de Julián me lo impide.

Acelera, resopla y se estremece.

Se ha corrido en… ¿cinco minutos?

Tenéis razón, soy una exagerada, han sido tres como mucho.

Rueda a un lado, se queda tumbado y no dice nada.

Qué desperdicio. Supongo que ahora se dormirá.

Pues no, dejándome una vez más estupefacta, se incorpora, enciende la lamparita y dice:

—Hoy ha sido un día muy largo. Estarás agotada. Te dejo para que descanses.

Y, con las mismas, recoge su ropa, se viste y me abandona en la cama, insatisfecha, molesta y con un beso en la frente que me deja sin palabras.

Yo que pensaba tener una noche de bodas, sino espectacular, al menos interesante… Si la de Gema fue de traca, no tengo ni idea de cómo calificar la mía.

Exacto, no hay adjetivos para describirla.

Y aquí estoy, sola, mal follada y con ganas de gritar de pura frustración. Eso sí, en un palacete de lujo.

Resoplo una y otra vez.

Con las prisas no tengo ni idea de dónde he metido uno de los vibradores. Así que no me va a quedar más remedio que

apañármelas con mi mano.

Desde luego… Vaya racha llevo.

Como ya estoy desnuda, sólo tengo que cerrar los ojos, pensar en algo lo bastante morboso como para excitarme y deslizar la mano hacia abajo.

No sé por qué, algunos hombres, véase el ejemplo de mi marido, se comportan como unos verdaderos asnos en estos asuntos. Con lo fácil que resulta ir a lo seguro y, como muestra, ahí están mis dedos, rozando el clítoris, despacio, que se vaya preparando. Y lo hace al tiempo que en mi cabeza se suceden recuerdos de mis encuentros con Fran. De cómo pasó de llamarme «pija» con cierto desdén a hacerlo con cariño. O al menos era la sensación que me daba. O de cómo me decía que, a pesar de ser una pija de cuidado, follaba de puta madre.

Sí, funcionan. Los recuerdos de mis revolcones con Fran me están ayudando. Menos mal. Me he humedecido, bastante, lo confieso. Porque, de no ser así, ¿qué me queda ya?

Voy más rápido, paso al siguiente nivel. Mi cuerpo reacciona, me humedezco todavía más y me muerdo el labio para no gemir demasiado alto; pese a ello, al medio minuto mando la contención a paseo. Ya sólo me faltaba tener que disimular.

Imaginar que ésta es la mano de Fran, o, ya puestos, su boca, resulta definitivo. Me tenso, me retuerzo y jadeo, porque estoy a un paso. Sólo a un maldito paso.

—Sí, por fin…—murmuro al correrme.

Lo necesitaba, vaya que sí. Sin embargo, poco a poco se va desvaneciendo la satisfacción sexual. Ahora no hay nadie a mi lado al que mirar o con quien discutir. Nadie que te dé un azote en el culo y te haga proposiciones deshonestas o proposiciones de lo más vulgares para la próxima vez.

Sigo sola, en una cama enorme, en un dormitorio de lujo, y mañana, en el desayuno, tendré que fingir que todo es maravilloso.

Mejor me voy mentalizando, porque me va a hacer falta.

Capítulo 17

—¿Y te ha dicho eso?

—¿Con esas palabras?

Mis amigas han venido a desayunar conmigo al ático donde vivo con Julián. Un ático dúplex, como no podía ser de otro modo. Él está de viaje (otra vez) y yo me aburro mucho. Y ya que mi suegra está también fuera (esa mujer no descansa, tiene un radar que ya quisiera el CNI), aprovecho para juntarme con Sun y con Gema, que hace al menos tres meses que no nos vemos. La asistenta nos ha servido todo y, como no quiero que se entere de nuestra conversación, he cerrado la puerta del salón.

Estoy convencida de que me espía para contárselo después a Rosalía. Y no es paranoia, es realidad.

Les acabo de explicar la última discusión con Julián.

Sí, como lo habéis oído.

Ayer, antes de marcharse, tuvimos unas palabras, porque al parecer está mosqueado, ya que aún no me he quedado embarazada. Por lo visto es de los que creen que sólo se debe tener sexo con el fin de procrear, pues hasta me da la sensación de que controla mi ciclo menstrual. Me acusó, por ejemplo, de haber tomado en el pasado anticonceptivos, dejando entrever que a lo mejor seguía tomándolos.

Un planteamiento del paleolítico, lo sé.

—Como os lo cuento —contesto y resoplo, porque, de verdad, esto se me está haciendo muy cuesta arriba.

—¿Y qué le has dicho?

—Que engendrar de un marido ausente es un milagro —respondo muy seria.

Sun tuerce el gesto. Gema se ríe.

—Bueno, aunque viaje a menudo… —murmura Sun.

—Si no es mucho preguntar, ¿cada cuánto echáis un polvo?

—A ver, déjame que lo cuente —digo irónica y, como si fuera una niña pequeña ante su primera suma, utilizo los dedos, aunque me sobran los de una mano—. En el último mes, tres veces.

Ambas me miran ojipláticas.

—¿Seguro que has contado bien? —inquiere Sun, tras recuperarse de la impresión.

Asiento con pesar.

—Julián no es lo que se dice —bajo la voz por si alguien del servicio me escucha y luego le va con el cuento—… muy aficionado al sexo.

Las dos abren la boca.

—Vaya papeleta —musita Sun.

Y Gema me mira con cara de tú te lo has buscado.

—Y lo peor es que piensa que le engaño y que no he dejado de tomar la píldora.

—Vamos a ver si me aclaro, ¿quieres tener hijos o no? —tercia Sun.

—Bueno, tan pronto no, sin embargo, me comprometí a ello —respondo.

—Pues estás metida en un buen lío, querida —se burla Gema, que parece disfrutar de mis desgracias conyugales.

—Y encima la semana que viene ha organizado una fiesta aquí, en casa, para celebrar la compra de no sé qué empresa. Tengo a Ernesto, su secretario, dándome la lata para discutir la lista de invitados y esas bobadas —me quejo y las miro—. Por cierto, estáis invitadas, os necesito cerca.

—Será tu estreno como anfitriona —dice Sun y sabe muy bien de lo que hablo.

—Me temo que sí —admito—. Siempre he deseado ser la típica mujer casada con la única ocupación de organizar eventos para lucimiento de su marido y ahora que debo hacerlo, me resulta deprimente.

—¿Y cómo te lo vas a montar?

—Iré a la peluquería, de compras y apareceré radiante.

Gema niega con la cabeza, porque ella no entiende estas cosas. Sun sí y sabe lo importante que es estar espectacular.

Dedicamos el resto del día a hablar de nuestras cosas, porque tampoco voy a aburrirlas con mis problemas matrimoniales. A

Gema le va estupendamente con el negocio de hostelería que ha montado con su marido. Y si bien ni Sun ni yo aprobamos que a veces trabaje en él como camarera, lo cierto es que nos alegramos mucho.

Sun nos cuenta la última trastada que le ha hecho a Daniel. Alega que ha sido en defensa propia, pues él le escondió la bolsa de maquillaje durante unas minivacaciones y tuvo que ir cuatro días sin nada, sólo con la cara lavada. ¿A que también os habéis horrorizado ante semejante barbaridad? Pues bien, Sun, en respuesta le desordenó todos sus cedés de música pop de los ochenta, y no sólo eso, le creó una lista de reproducción para el coche con los éxitos más machacones del momento, titulada «Ochenta´s party».

Desde luego, no se aburren, pienso con un poco de envidia.

Cuando se marchan, a última hora de la tarde, le pido a la asistenta que me prepare algo ligero de cena y que me lo sirva en el salón. A Julián no le gusta nada la idea de comer frente al televisor; sin embargo, esta noche estoy sola y hago lo que me viene en gana.

Cuando menos me apetece hablar con nadie, llama mi madre anunciándome que por fin mi padre ha obtenido el tercer grado. No lo veo desde la boda, a la que acudió con un permiso especial. Pero no quiere que la acompañe a buscarlo por si hay prensa, que ver salir a alguien de la cárcel da muy mala imagen.

—¿Seguro que no ha sido idea de Rosalía? —pregunto, porque mi suegra es, con diferencia, la mujer más controladora que he conocido. Y me quejaba de mi madre.

—No, cariño —miente, seguro—. Aunque, desde luego, es una sugerencia estupenda.

—¿Y dónde os vais a instalar?

La pregunta va con mala leche, porque no imagino a mi padre viviendo de prestado en casa de tía Deme. Se llevan a matar. Ella lo considera un tipo vago, malcriado y derrochador, «el señorito» lo llama siempre con segundas, y él piensa de ella que es una barriobajera que sólo sirve para despachar chóped.

—Habíamos pensado en volver a la casa, ya que Julián ha comprado la propiedad para ti…

—Primero tendría que hablar con él, ¿no crees? No le hará mucha gracia.

—Para eso estás tú, para explicárselo. No puede tener a los suegros viviendo de cualquier manera, qué dirá la gente. ¡Por Dios, María del Pilar!

¿Os habéis fijado en lo lista que es mi madre cuando le conviene?

—A estas alturas todo el mundo conoce vuestra situación —le recuerdo.

—Por eso mismo, hija, hay que recuperar el buen nombre de la familia cuanto antes.

—Claro, claro…

Sigue hablando y yo finjo que la escucho. Murmuro algún que otro «ajá» y confío en que no me dé mucho la lata. Quiero irme a dormir relajada, no con la cabeza como un bombo. Me recuerda una y otra vez lo importante que es mantener las apariencias, que cuanto antes se nos vea como una familia unida, mejor. Que debemos ir todos de la mano, para que nadie invente nada, que suficiente mala prensa hemos tenido ya por cuatro duros…

Bueno, cuatro duros no han sido, que mi padre llevaba mucho tiempo metiendo la mano en la caja y no para comprarse unas chocolatinas precisamente.

Me duele que sigan como si nada y encima mi padre haya actuado también como si nada, sin importarle mis sentimientos, sólo pensando en sí mismo, en salvar el culo. Y eso duele mucho.

Cuando por fin logro que se calle y me deje en paz, me encierro en la alcoba, que uso sólo yo, porque Julián se empeña en dormir separados, pues, según él, es importante para el descanso. ¿A que suena estúpido?

Pues lo mismo pienso yo desde la primera vez que me lo dijo. Sin embargo, lo ha mantenido a rajatabla. Viene a mi dormitorio, apaga la luz, se desnuda, me toca lo justo, se la menea, me penetra, se corre y se despide con un beso. Así, tal cual. Quince minutos a lo sumo. Deprimente y así llevo desde la noche de bodas. El hecho de que pase de mí no tendría por qué dolerme tanto, al fin y al cabo, es lo que se espera de la mujer que se casa con alguien como Julián; pese a ello, digo yo que al menos al principio una esperaría un poquito más de entusiasmo.

He buscado información en internet sobre personas a las que no les interesa el sexo y por lo visto hay hasta asociaciones de gente

que dice ser asexual, que nos les interesa mantener relaciones sexuales. Increíble pero cierto. Personas que deciden, sin ningún tipo de presión, renunciar a esa faceta tan importante.

Pues así, por las buenas, yo me he casado con uno de ellos.

Sí, nada de paños calientes, he de aceptar la realidad y hacerme a la idea de que, en cuanto me quede embarazada, mi vida sexual se reducirá a poco más que mis apaños, porque, desde luego, con Julián no puedo contar. No negaré que con este panorama he llegado a pensar, y más de una vez, mandarlo todo a paseo. Plantar cara a Julián, renunciar a todo y volver con él (ya sabéis con quién, no quiero pronunciar su nombre, porque a lo mejor me echo a llorar); un plan con muchas lagunas, por supuesto.

No sólo por el hecho de que me he comprometido por escrito, con las implicaciones legales que eso conlleva, también está el hecho de que mi situación económica volvería a ser un desastre. No obstante, lo más importante es que si por un casual me atrevo a ponerme en contacto con Fran (sí, vale, lo he dicho), puede que me mande a paseo. Y con toda la razón.

Ahora es cuando podéis hacer leña del árbol caído. Un coro de «Te lo dije», no hace falta que me lo restreguéis por la cara. Ya estoy yo lo bastante amargada como para encima soportar las críticas de nadie.

De esta forma tan anodina transcurre la semana, entre sesiones de *spa*, masajes, visitas a la modista. Sí, a la modista; se acabó comprar ropa fabricada, ahora me la hacen a medida. Quizá sea, como canta Madonna, una *Material Girl*, pero es difícil resistirse a estos lujos, y los remordimientos, pesares y demás que a veces me asaltan por la noche, se desvanecen cuando voy al garaje y arranco mi flamante BMW i8, que estrené hace dos semanas.

No me juzguéis, ¿vale?

Acabo de llegar a casa, tras pasar la mañana en el centro de estética, aplicándome un tratamiento de radiofrecuencia facial. No pongáis esa cara, es un tratamiento novedoso que ayuda a la firmeza de la piel y yo debo estar radiante. También he recogido el traje que llevaré para la fiesta, un elegante y sofisticado mono en azul Prusia, que me sienta de maravilla.

La única parte negativa es que he tenido que hablar con Ernesto, el secretario de Julián, un treintañero guaperas e insoportable, con

dos carreras universitarias y uno o dos másteres, que le organiza la vida a mi marido y que por lo visto me la quiere organizar a mí.

Aún recuerdo el día en que vino a casa a traerme la American Express que Julián había solicitado a mi nombre. Me la entregó como si me estuviera haciendo el favor de mi vida, tratándome como a una cualquiera. Incluso llegó a decirme que, de tener algún problema, hablara con él en vez de con Julián, pues él sería quien revisaría los extractos.

Pedante.

La fiesta es esta noche. Reconozco que no se puede dar un paso por el ático sin tropezar con alguien. Los del *catering* se han adueñado de la cocina y, a excepción de los dormitorios, todo es un caos. Yo me he encerrado en mi alcoba. Creo que Julián ya ha llegado a casa, pero como apenas nos hablamos, seguro que se ha encerrado en su despacho.

Dudo mucho que venga a ver cómo estoy, pues se da por hecho que una mujer de mi clase estará a la altura de las circunstancias. Por supuesto, descartamos que de repente le hayan entrado las ganas de echar un polvo con su mujer tras un viaje de negocios.

Yo les he pedido a Gema y a Sun que vengan un poco antes. Las necesito lo más cerca posible. Por supuesto, sus respectivos maridos también están invitados, pero ellos pueden entretenerse por ahí, con el resto de los asistentes. Ellas y yo queremos estar juntas.

Me siento al tocador para maquillarme. Reconozco que no me apetece esforzarme como solía hacer antes y me limito a una base en polvo, un toque de corrector de ojeras, que buena falta me hace, el *eye liner*, lo justo de colorete y barra de labios suave. A la porra el perfilador, los polvos iluminadores y el sérum.

Justo cuando me levanto para ir al vestidor, llaman a la puerta. Voy deprisa a abrir, con la esperanza de que sean mis amigas, pero no, es Julián, ya arreglado. Me mira de arriba abajo como si tuviera que pasar un examen. Cualquier otro recién casado, al verme así, en ropa interior, mandaría a paseo la puntualidad y me tumbaría en la cama en menos de lo que canta un gallo para echar un polvo exprés.

Y a la porra el maquillaje. No os imagináis lo que daría por llegar tarde a la fiesta y tenerme que volver a maquillar. Y con cara de recién follada, que todo hay que decirlo.

—¿Ocurre algo? —le pregunto un tanto impertinente.

—No, sólo quería saber si todo iba bien —murmura, se acerca a la percha donde cuelga el mono azul Prusia y lo toca con una actitud indolente que mosquea.

—Todo perfecto —respondo y en otras circunstancias me hubiera exhibido delante de él, pero ni me apetece provocarle. Ya he sufrido la vergüenza de presentarme en su dormitorio, con la esperanza de activar nuestra vida conyugal, para encontrarme con su desdén y su frialdad.

Un error que no pienso volver a cometer.

—Muy bien, te espero entonces fuera, no tardes.

Cada vez que se despide, me da un beso en la mejilla o en la frente. En ambos casos me repatea; no obstante, me limito a poner buena cara, aunque llegará el momento en que ya ni me esfuerce.

Termino de vestirme. Dispongo de joyas, prestadas por una amiga de Julián que posee una importante cadena de joyerías exclusivas. Yo sólo tengo que elegir las piezas que me gustan del catálogo y me las traen a casa. No tengo la menor idea de si se paga alquiler por ellas. Me pongo unos pendientes de platino, con gargantilla a juego y ya estoy lista para representar el papel de esposa educada y sofisticada.

Llego al vestíbulo, donde saludo a los primeros en llegar. Julián me los presenta, aunque no hago ni caso, sólo sonrío. Hasta que llegan Gema y Alberto. Mi marido se da cuenta de mi cambio de actitud, pero no dice nada y saluda con educación. Le susurro a Gema que en cuanto llegue Sun y yo pueda, nos escaqueamos a la terraza, y, como en los viejos tiempos, a pasarlo bien.

Por fin aparece mi otra amiga, del brazo de Daniel. Yo aún me siento incómoda delante de él, sin embargo, él no parece recordar que en una ocasión cometimos la estupidez de acostarnos y me da dos besos sin más.

Tengo que aguantar un poco más junto a Julián para saludar a los que van llegando, hasta que por fin puedo reunirme con mis amigas. Por supuesto, ellas se han deshecho de sus respectivos maridos y, de esa forma, podemos sentarnos las tres solas en la terraza cubierta.

Nos miramos, cómo han cambiado las cosas en los últimos dos años. Aunque a ellas les va mejor que a mí y así se lo cuento.

—¿Sigues con la sequía sexual? —pregunta Sun, tras dar un buen sorbo a su cerveza, sí, eso ha pedido y la está bebiendo a morro. Nada de los sofisticados combinados que tomaba antes.

Gema en cambio toma una mimosa. Yo me tengo que conformar con agua, ya sabéis por qué.

—Decir que tú te lo has buscado no es para ofenderte, sólo constato un hecho.

—No eches sal en la herida —le pido a Gema.

Como no queremos terminar discutiendo, preferimos parlotear sin más, pero por desgracia no llevamos ni media hora cuando aparece mi madre para decirme que vuelva a la fiesta. Por lo visto, hay gente preguntando por Julián y éste no aparece.

Hay que guardar las formas ante todo. Y, claro, que ninguno de los dos anfitriones se deje ver en la fiesta, queda feo.

Me despido de ellas y deambulo por la sala. Con disimulo, busco a Julián, charlo con los invitados, respondo a sus comentarios, sonrío cuando dicen algo supuestamente gracioso y les hago señas a los camareros para que se acerquen con las bandejas.

Hay demasiados ricos por metro cuadrado.

Y sigo sin encontrar a Julián.

Rosalía se detiene a mi lado y, sin cambiar su cara de todo va bien, me susurra:

—Querida, ¿habéis discutido mi hijo y tú? —Ese tono, en apariencia calmado, dice a las claras que yo soy la responsable, y no sólo eso, que está al tanto de mis cuitas. Seguro que si en un año no me quedo preñada, me lleva a una clínica de fertilidad. Me armo de valor para no replicar como deseo.

—No, para nada.

—Pues búscalo, la gente hace preguntas y murmura. Vamos, ve —me ordena.

Por lógica, sólo puede estar en las zonas privadas, así que primero voy a su dormitorio. Llamo y no obtengo respuesta y, pese a que no le gusta que entre, asomo la cabeza y veo que está vacío.

Dudo mucho que se haya escondido en el cuarto de la asistenta o en el de la lavadora, así que voy a su despacho. La puerta está entornada.

—Bueno, entonces, ¿has preñado ya a tu querida esposa?

Quien habla es Ernesto, el soplagaitas del secretario. El tono

burlón no me pasa desapercibido. Me joroba, pues significa que está al tanto de todos los pormenores de este matrimonio. Cielo santo, seguro que hasta el servicio sabe que no me quedo en estado y las veces que Julián me visita por la noche.

—No, por desgracia ésta es tan incapaz como la otra —responde Julián con hastío.

—Entonces tendrás que seguir follándotela —sugiere ese imbécil, como si se tratara de un sacrificio.

—No me lo recuerdes, joder. Cada día me cuesta más empalmarme. Me estoy planteando ir a una clínica de reproducción asistida, me corro en un bote y que la inseminen, maldita sea. Ni te imaginas en lo que tengo que pensar para que no se me baje.

Un momento, un momento. Yo sigo pegada a la pared, escuchando a escondidas y por lo tanto no me lo está contando nadie. Julián habla claro, sin tapujos. ¿Tan asqueroso le resulta acostarse conmigo?

—No es mala idea —comenta Ernesto—, así te quitas un peso de encima, porque, joder, tu mujer es para echarle de comer aparte.

—Fea no es…

«Vaya, gracias, querido esposo», pienso con sorna.

—Ya, pero no tiene lo que a ti te gusta…

A ver, a ver, que me estoy haciendo una paja mental. ¿Os ha sonado tan insinuante como a mí o es que ya estoy paranoica?

—Ahora no es el momento —replica Julián y, jopetas, que sí, que ha sonado seductor.

Tengo que asomarme, no puedo limitarme a escucharlo, a lo mejor se trata de alguna broma de mal gusto entre ellos.

—No me dejes así. Estos días juntos han sido increíbles y ahora no sé cuándo podremos estar otra vez sin tener que ocultarnos.

—Ernesto… —jadea mi marido.

Me asomo, no puedo aguantar más y me quedo de piedra cuando veo a Julián arrodillado delante de su secretario, desabrochándole la bragueta, mientras éste lo peina con los dedos. No son imaginaciones mías. Ernesto gime y sé el motivo. Mi marido se la está chupando.

Esto no se lo creerá nadie, así que saco el móvil y hago una foto, lo que resulta un error garrafal, pues el sonido del disparo los alerta. Julián se incorpora y se percata de mi presencia, pero lejos

de dar una explicación, me mira arqueando una ceja.

—Ahora lo entiendo todo —comento con ironía.

—Pues ya has tardado, bonita —me espeta Ernesto con chulería.

—Así que soy sólo una hembra reproductora —añado, al encajar todas las piezas.

—Borra ahora mismo esa foto —me exige Julián.

Entonces me doy cuenta de que la foto es una garantía, por lo que, antes de que me arrebate el móvil, echo a correr hacia la fiesta, donde no puede montarme un escándalo, pero el cabrón de Ernesto me detiene antes de conseguirlo.

—Dame eso.

Le suelto un bofetón. Qué a gusto me he quedado. Las señoritas no hacen estas cosas, me han dicho siempre, pues bien, de vez en cuando hay que romper las normas y, por si acaso, me escondo el móvil dentro del sujetador.

—¿Qué ocurre aquí? —pregunta Rosalía entre dientes. Se ha acercado antes de que alguno de los invitados se percate de lo que ocurre.

—¿Sabías que tu hijo le come la polla a su secretario? —le suelto.

—María del Pilar, no seas tan vulgar, por favor —me replica con su habitual tono seco.

Y encajo otra pieza más del rompecabezas.

—Ya lo sabías, ¿me equivoco?

No dice nada, lo que confirma mi teoría.

No voy a permanecer ni un segundo más aquí.

Con el móvil a buen recaudo, me paseo por la fiesta. Julián tiene que disimular. Rosalía echa humo. Mi madre se vuelve loca intentando averiguar qué está pasando y yo consigo llegar hasta Sun, que charla animada con su marido.

—Necesito que me hagas un favor —le pido muy seria.

Capítulo 18

¿Cuántas veces les decimos a las personas que nos rodean eso de «Cuenta conmigo para lo que sea»? ¿Cuántas veces somos sinceras? Reconozcámoslo, hay frases que sólo se pronuncian para quedar bien, porque sabemos que, llegado el momento, encontraremos una excusa para no cumplir la promesa o bien no se atreverán a reclamarnos ese supuesto favor.

Pues bien, una frase tan manida adquiere sentido cuando tienes a dos amigas que, pese a no estar para nada de acuerdo con las decisiones que tomas y hasta incluso tratar de que las reconsideres, te apoyan hasta el final y, además, como ha sido el caso, te prestan apoyo logístico.

Sabía que Sun y Gema no me fallarían.

Arranco el coche de Daniel, porque quedaba muy mal darse a la fuga con un vehículo propiedad de la persona de la que quieres huir, además, el BMW es muy llamativo y tiene localizador, el Skoda es mucho más discreto. No sé cómo Daniel aún lo conserva, pues Sun no deja de insistirle para que cambie de coche, pero él ha recalcado que, mientras funcione, no lo vende.

Gema, se ha colado en mi dormitorio, arriesgándose a que alguien de la casa le pidiera explicaciones, me ha conseguido el bolso con la documentación y me ha cogido algo de ropa, porque una no se va a escapar sólo con ropa de fiesta.

Y mientras, yo, en la calle, escondida, vestida con el mono azul, con cara de gilipollas y con ganas de gritar como una loca de pura frustración, pues no dejo de repetirme cómo he podido estar tan ciega.

Ambas, sin hacer preguntas y al ver mi cara, han hecho lo que les pedía y me han deseado buena suerte. Yo he prometido contárselo todo en cuando me sienta preparada para ello. Si es que alguna vez lo consigo.

En teoría voy a un hotel para pasar la noche sola, para reorganizar mis pensamientos y mañana tomaré una decisión. El móvil con la prueba definitiva sigue conmigo y, por si acaso lo pierdo, detengo un instante el coche y envío la foto al grupo de WhatsApp que compartimos las tres y escribo:

Esto es lo que ha pasado.

Después apago el teléfono, no quiero que me molesten. Mañana, si me apetece, daré explicaciones.

Conduzco durante media hora y paso por delante de algún que otro hotel, pero no detengo el coche.

Puede que sea mi subconsciente o que ya no quiera ocultarlo más. Aparco en la calle donde vive Fran. Voy a hacerlo.

Si no está en su casa, mala suerte; no obstante, de encontrarse allí quizá sea todavía peor, pues significará que no hay posibilidad de dar media vuelta como si nada. Pero lo más catastrófico sería que estuviera en casa acompañado.

No voy a perder el tiempo en disquisiciones. Me bajo del coche, comparto la ubicación con Sun para que lo recoja su marido con las llaves de repuesto y maldigo; entre mirar la pantalla del móvil y las prisas, casi me tuerzo el tobillo, porque, atención, chicas, los tacones no son recomendables para huir. Después, cojo la pequeña bolsa de viaje y voy directa al portal. Llamo al telefonillo y me abren sin preguntar. ¿Eso es buena o mala señal? ¿Gema se me ha adelantado y lo ha avisado?

Da igual, ¿no creéis?

Parece que fue ayer la última vez que hice este recorrido y, por inexplicable que parezca, siento un cosquilleo por todo el cuerpo que no sé muy bien si es excitación o miedo. Me miro en el espejo del ascensor y pienso que debería haberme cambiado, en vez de presentarme con este atuendo tan de fiesta. No parezco una chica en apuros. Bueno, si te fijas en mi cara, sí lo parezco.

¿Debería haber llorado a moco tendido?

Por increíble que parezca, no he derramado ni una lágrima.

¿Qué puede significar?

Ya estoy aquí, delante de la puerta. Sólo hay una en el rellano. Un detalle que ya sabía, sin embargo, ahora parece que a todo le doy más importancia.

Llamo al timbre y me cambio la bolsa de mano. Soy patética. Oigo pasos, me da la sensación de que son tacones.

Mierda.

—¿Y tú quién eres? —me pregunta una morena que debe de medir uno ochenta como mínimo. Delgada. Modelo o aspirante a ello. No respondo, pues me imagino lo peor—. Si eres otra amiguita de Fran, te lo advierto, ahora está conmigo.

Lo ha dicho con un tono tan repipi que he estado a punto de reírme; sin embargo, llevo un día a cuestas, que ni el mejor humorista lograría hacerme reír.

—Fran, cariño, ¿has llamado a una chica para hacer un trío? —pregunta la morena con su voz de pito—. Te dije que me lo pensaría, cielo.

Qué cursi es la pobre, por favor.

—¿Un trío? Qué buena idea, pero yo no he llamado a… —Se calla al llegar a la puerta y verme.

Ahora es cuando, dependiendo de lo que diga, me echa a patadas o me deja pasar. O me deja pasar para reírse de mí y echarme a patadas. O me da con la puerta en las narices y se va a meterle mano a la morena.

—Entonces, ¿qué pinta ésta aquí? —pregunta con aire despectivo y hasta se permite mirarme como si fuera una cualquiera.

Uy, que al final la agarro del moño y la tenemos.

No, las señoritas como yo nunca perdemos los estribos.

—Anda, déjame hablar a mí —dice él serio.

—¡Fraaaan, porfissss! Esta noche teníamos planes —se lamenta ella, poniéndole morritos, lo que a él sólo parece desagradarle.

—Teníamos —contesta Fran sin rastro de humor.

Yo permanezco callada, es lo mejor. Prefiero no montar una escena, pese a que ganas no me faltan, porque, de verdad, a veces los hombres son estúpidos. Mira que habrá chicas estupendas por ahí y él va y se lleva a casa a la más petarda.

Y sí, antes de que me lo preguntéis, estoy celosa, pero no tengo derecho a estarlo y, si lo pienso detenidamente, quizá sea mejor que se haya tirado a unas cuantas como ésta, sin dos dedos de frente. Lo peligroso habría sido que, en estos meses, hubiera conocido a una tía simpática, guapa y cariñosa que lo conquistara por algo más que

unas buenas tetas.

—Ni hablar, cariño. Si ésta se queda, yo me voy —afirma orgullosa, poniéndolo entre la espada y la pared, un error garrafal.

En otro tiempo yo habría actuado con la misma estupidez.

Fran se da media vuelta y nos deja solas, lo cual es un riesgo; sin embargo, reaparece en menos de un minuto con el bolso y la chaqueta de la morena en la mano.

—Lárgate, tía. ¿No ves que molestas? —me suelta ella toda chula.

Suspiro. ¿Qué le digo yo a esta petarda?

—Toma, ya te he pedido un taxi —le espeta Fran entregándole sus cosas y añade como si fuera lo más normal del mundo—: Yo lo pago, tranquila

—¡¿Qué?! —exclama la chica, contrariada, mientras coge su bolso y su chaqueta antes de que se caigan al suelo.

—Será mejor que te marches —insiste Fran y todas sabemos que esa frase es lapidaria.

Ella me mira con rabia, no es para menos, y después pone carita de niña buena para suplicar:

—Fran, cielo, si es una amiga ya sabes que puedo ser comprensiva.

Uy, cómo se rebaja…

—El taxi espera —le recuerda él.

—Te llamaré, ¿de acuerdo? —dice ella y hasta hace el gesto con la mano que simula llamar por teléfono.

—No, no lo hagas —replica Fran, dejando implícito que ni se molestará en contestar.

También me doy cuenta de que mañana ni recordará su nombre.

—Eres un gilipollas —lo insulta la chica, como si de repente hubiera recuperado la dignidad—. Y, tú, ¿crees que a ti te va a hacer más caso? Pues vas lista, este capullo folla bien, pero no se compromete con nadie.

—Adiós —dice él, señalándole el ascensor.

La morena hace resonar sus tacones enfurruñada y nos deja a solas. No sin antes fulminarme con la mirada.

Ahora ya no hay distracciones. Solos él y yo.

—Bien, ahora que me has arruinado el plan para esta noche, ¿qué cojones haces aquí?

Tengo tal nudo en la garganta que soy incapaz de articular palabra, así que dejo caer la bolsa de viaje, me echo a sus brazos y, sí, ahora lloro como una magdalena. Seguro que termino manchándole la ropa.

Fran tarda más de lo que esperaba en abrazarme. Tira de mí para poder cerrar la puerta y yo sigo deshaciéndome en lágrimas. Todas las que no he derramado en todos estos meses.

—Joder, pija —dice abrazándome, por fin, fuerte.

No os podéis imaginar lo que me alegra oír que me llama «pija» de nuevo.

Y lo de sentirlo tan cerca, ya ni os lo cuento.

Noto su mano recorriéndome la espalda desnuda. No es un gesto sexual, sólo relajante, y se lo agradezco una barbaridad, pues podía haberme dado con la puerta en las narices nada más verme. No lo ha hecho y eso significa algo, ¿verdad?

—Deja de llorar, pija. Vas a acabar con el maquillaje hecho un asco y te vas a enfadar —añade y esbozo media sonrisa ante ese comentario con el que pretende animarme.

—No me importa —sollozo.

Fran resopla.

—Mira, se me dan como el culo estas situaciones. Así que sólo se me ocurren dos opciones, la primera, te llevo al dormitorio, te desnudo y follamos hasta que se te olviden las penas. Y la segunda… —suspira y yo esbozo una sonrisa ante la sugerencia.

—¿La segunda? —pregunto en voz baja.

—¿Has cenado?

—No —murmuro y me siento confundida.

—Perfecto, tengo unas berenjenas rellenas que te van a quitar todos los males. Venga, vamos.

Casi a rastras, me lleva a la cocina y me sienta en uno de los taburetes. Empieza a trastear hasta servir los platos. Tengo la cara hecha un asco, pero en vez de ir al baño, me limpio con un trozo de papel de cocina. Observo a Fran en silencio e intento reorganizar todo lo que tengo en la cabeza, porque le voy a tener que dar una explicación. Sé que no me la va a pedir; sin embargo, he de dársela, pero cuando tenga el estómago lleno, porque lo que está calentando huele de maravilla.

También dejo caer los zapatos de tacón.

—Y dime, ese modelito que llevas ¿te lo has puesto para venir a verme? —pregunta de repente y agradezco el comentario frívolo para aligerar el disgusto que llevo encima.

—Estaba en medio de una fiesta de postín, de esas en las que te aburres de sonreír, y como Julián no aparecía por ningún lado, he ido a buscarlo y me le he encontrado arrodillado, chupándosela a su secretario, tras confesarle que sólo se ha casado conmigo porque soy mona y estoy en edad fértil, pero como tiene que acostarse conmigo para preñarme, se está planteando llevarme a una clínica de reproducción, porque en tres meses no ha conseguido dejarme embarazada y para él es un suplicio acostarse conmigo —le suelto a bocajarro sin hacer pausas.

Fran se queda a medio servir, mirándome como si le estuviera vacilando.

—No me jodas…

—Como te lo cuento.

—Vale. Te has casado con un gay y, perdona, porque no te va a hacer ni pizca de gracia lo que voy a decir: ¿no lo habías notado antes?

Ésa es la pregunta que me he hecho yo unas doscientas veces mientras conducía de camino aquí.

—No, pensé que… Bueno, seamos sinceros, salía con él y follaba contigo, es normal que, y no te vengas arriba, estuviese satisfecha sexualmente hablando, por lo que no le di mucha importancia, la verdad.

Ya está, primera confesión de la noche.

Fran me mira de forma intensa unos segundos, aunque enseguida se concentra en la cocina. Sabe muy bien lo que he dicho, aunque intuyo que a lo mejor no es el momento de presumir de sus habilidades amatorias.

—Ya sé que te marchabas satisfecha —replica con su tonito arrogante, que, lejos de ofenderme, me gusta—. Y por eso regresabas una y otra vez.

—No debería haber dicho nada —murmuro y él sonríe de oreja a oreja, sin duda muy pagado de sí mismo.

—Pija, que los arañazos en mi espalda y tus gemidos ya eran suficiente prueba. Pero gracias por reconocerlo.

—He sido una imbécil —admito y me limpio los mocos, sí, los

mocos, ¿qué pasa?, con papel de cocina.

—Elegiste libremente —apunta recordándomelo.

—Acepté porque…

Le cuento el pacto al que llegamos, las compensaciones económicas, el estatus del que disfruto ahora, los beneficios penitenciaros para mi padre… en resumen, todo, no me guardo nada para mí.

—¿Has renunciado a un BMW i8 por venir aquí?

—De todo lo que te he contado, ¿sólo te has fijado en eso? —pregunto mosqueada y él tiene la desfachatez de sonreír de nuevo de oreja a oreja.

—Mira, prefiero no encabronarme, así que, si no te importa, me tomaré todo esto por el lado divertido.

—De acuerdo —convengo, porque sé que si él también se pone dramático acabamos fatal.

Me pone un plato delante y, antes de decir más estupideces, cojo el tenedor y me pongo a comer.

—Muy rico —murmuro y me quedo corta—. Dale las gracias a tu madre. Esto está de muerte.

—Lo sé. Y reconoce que no sólo venías a verme para follar —añade y me hace reír.

Asiento.

—Ahí me has pillado —admito con la boca llena—, sólo me acostaba contigo para poder disfrutar de la cocina de tu madre.

Fran sonríe y yo también. Ha sido sencillo, él sabe qué comentario en apariencia inofensivo decir para que me sienta mejor.

No hace falta entrar en más detalles de mi aparición estelar por el momento, sólo diré que cenamos en silencio. Aunque no puedo evitar mirarlo de reojo y creo que él hace lo mismo. No tengo la menor idea de lo que ha hecho estos meses en los que no nos hemos visto y sí, lo reconozco, me gustaría saberlo. No obstante, me morderé la lengua y no se lo preguntaré.

Sin que él diga nada, me levanto y lo ayudo a recoger los platos. Sí, yo tampoco me reconozco, pero el tiempo vivido en casa de mi tía Deme, donde se aplicaba la norma de «ningún pobre necesita criado», ha hecho mella en mí.

—¿Postre? —inquiere al terminar de recoger.

Estamos el uno junto a al otro, sólo tendría que volverme un poco y lo podría besar o al menos intentarlo. En cambio, me limito a responder:

—Por supuesto.

—Tengo una leche frita casera que te vas a chupar los dedos —anuncia.

—Hoy no me hables de chupar nada —farfullo, y él estalla en carcajadas ante mi tono tan lastimero.

—Pija…

Me pone delante el postre y, bueno, tiene toda la maldita razón. Con este atracón calórico se te van las penas. Es como el alcohol; la única diferencia es que, en vez de resaca, voy a terminar con dos kilos de más. En fin, no todo es perfecto.

Con el estómago lleno, me disculpo un instante para ir al aseo. No sólo a cambiarme de ropa, sino a limpiarme la cara. Es inaudito que haya estado delante de un hombre con esta pinta. Pero no me pongo histérica y me desmaquillo en silencio. En cuanto al mono azul Prusia, lo voy a quemar. Los zapatos también. Las joyas… bueno, las guardaré hasta ver si Julián tiene huevos de reclamarlas.

Con una camisola gris un tanto simplona y unas zapatillas de andar por casa (me tengo que apañar con lo que mi amiga me ha metido en la bolsa de viaje), voy al salón, donde Fran me espera aún de pie, con las manos en los bolsillos, supongo que se siente tan confuso como yo.

—¿Te apetece tomar un té de esos guarros que te gustan tanto? —me pregunta.

Arqueo una ceja.

—¿Desde cuándo compras té? —inquiero perpleja.

—Desde que empezaste a venir —contesta.

Esta respuesta se merece un inciso, pues cualquiera que sepa leer entre líneas ha detectado lo mismo que yo. A ver, hay imbéciles que lo son de la cabeza a los pies. Ésa era la opinión que tuve de él cuando lo conocí. Sus comentarios burlones, su falta de respeto y su arrogancia. Sin embargo, sé que Fran finge ser imbécil, que no es lo mismo.

Nada más verme llorosa, un simple imbécil hubiera soltado cualquier milonga y a estas alturas ya me habría follado y poco más. Un alivio efímero. Un imbécil que sólo finge serlo, lo dice, lo

insinúa, pero te cuida, te escucha y te deja al borde de las lágrimas cuando te confiesa, no con esas palabras, que ha pensado en ti.

—Ahora tomo un vaso de leche con galletas —digo y otra vez me echo a llorar.

—Joder —masculla y de nuevo me lanzo a sus brazos para llorar a moco tendido—. Al final te voy a tener que llevar a la cama.

—Vale —susurro.

Claro que vamos a la cama, algo más serena, pero a dormir. O al menos ésa es la intención que manifiesta Fran cuando nos tapamos con las sábanas.

—Descansa —susurra y me da un beso en la mejilla.

Como os podéis imaginar, eso me sienta como una patada en la espinilla.

Apaga la luz y me da la espalda.

Genial.

—Meterse en la cama con otro no se puede considerar infidelidad —digo, y él resopla.

—No es el mejor momento. Duérmete —murmura.

No le hago caso, por supuesto. Me acerco y, antes de que se resista, le pongo la mano sobre la entrepierna. Muy animado no lo encuentro, cierto, pero aun así… Con un ligero roce seguro que se viene arriba.

—Pija… —protesta y aparta la mano—, esta noche no.

Inspiro. Un rechazo nunca sienta bien. Pero puede que tenga razón.

—No te he dado las gracias por acogerme.

—De nada. Duerme.

—Ni te he pedido perdón por jorobarte el plan con esa morena.

—Perdonada. Duerme.

Salta a la vista que no entra al trapo. En fin, tendré que hacerle caso. Pero antes bien puedo provocarlo un poco.

—Ni te imaginas la de noches que he dormido sola. Fíjate que hasta le he puesto nombre a mi último vibrador, de lo mucho que hemos intimado.

Emite algo así como un gruñido o yo qué sé. Perfecto, eso significa que me escucha.

—Es recargable, porque no ganaba para pilas —añado y vuelve a gruñir—. Porque Julián se limitaba a apagar la luz, desnudarse,

tumbarse encima, meneársela hasta empalmarse, unos pocos empujones, medio gruñido y hale, ya ha cumplido la función biológica. Un beso en la frente y buenas noches.

—Qué pena me das —se burla.

Sonrío y me acerco a él. Mis ojos ya se han acostumbrado a la oscuridad y puedo encontrar sus labios sin problemas. Lo beso despacio, él se muestra reticente, pero al final toma el mando. Esos labios que tanto he echado de menos vuelven a hacerme vibrar, a olvidar por unos segundos todas las meteduras de pata y a confiar en que mi situación cambie, para bien, por supuesto.

Cuando se aparta, inspiro hondo y le doy las gracias con mis labios pegados a los suyos.

—¿De verdad tu marido se la estaba chupando a otro o sólo te lo has inventado para meterte en mi cama? —inquiere con su habitual tono burlón.

—Hasta he hecho una foto.

—No me jodas…

—Tienes razón. Quizá hubiera sido mejor grabarlo en vídeo —afirmo y él se ríe entre dientes.

—Buenas noches, pija.

—Buenas noches.

No le he sido infiel a Julián, pero no me importa.

Otro día le pongo los cuernos.

Capítulo 19

Por lo visto, he conseguido dormir como un tronco y además descansar, pues al despertarme me siento bien, relajada. Teniendo en cuenta lo acontecido la noche anterior, me resulta sorprendente que, en vez de sentir rabia, sienta cierta tranquilidad.

Me he quitado un peso de encima.

Un matrimonio sin futuro y fuera sentimiento de culpabilidad.

Aunque no todo es perfecto, pues estoy sola en la cama, cuando me hubiera gustado mucho abrir los ojos y ver a Fran a mi lado. En fin, tendré que conformarme con su hospitalidad.

Me quedo acostada boca arriba, mirando el techo. El día después. Hoy he de enfrentarme a Julián, o mejor dicho, a mi suegra. Pero no me apetece nada, amén de que tengo la cabeza hecha un lío y no sabría ni por dónde empezar.

¿Qué se le dice a un marido que resulta que es gay y que te ha engañado desde el primer momento? ¿Alguna idea?

Quizá, si me hubiera explicado los motivos por los que quería casarse, además de resultar más maduro, yo habría tomado una decisión, consciente de lo que se cocía, en vez de pronunciar el «Sí, quiero» engañada.

En fin, por desgracia, ahora todo se ve con más claridad. ¿Por desgracia? Bueno, a lo mejor no. ¿O sí? Mierda, no lo sé. Estoy hecha un maldito lío.

—No sabía que ya estabas despierta —dice Fran, que ha entrado en el dormitorio con cuidado.

Ya está vestido, bueno, más o menos, porque no va nada elegante. Lo siento, me puede la vena estilista. Lleva una camisa vaquera abierta (no parece de diseñador), una camiseta negra (con toda probabilidad de confección masiva), unos vaqueros (no más de veinticinco euros) y unas deportivas de marca indeterminada, que bien podrían ser de mercadillo. Un atuendo básico y proletario,

aunque, todo hay que decirlo, le sienta divinamente.

Se acerca a la cama y me mira antes de dejar algo sobre la mesilla.

—Aquí tienes las llaves, puedes quedarte todo el tiempo que quieras. Yo volveré dentro de una semana —susurra.

—Espera, espera —le pido sentándome y lo agarro de la muñeca —. ¿Me dejas? ¿Aquí? ¿Sola?

—Pija, tengo trabajo —responde con un tono medio burlón medio triste.

Suspiro.

—Trabajo…

—Sí, eso que hace la gente para ganarse la vida —añade con sarcasmo.

—¿Una semana? —repito, pasando por alto el tono—. ¿Y adónde vas?

—A Zúrich. Un viaje de negocios.

—¿Así vestido? —pregunto, señalando su cuestionable vestimenta—. ¿Por qué no te pones uno de tus trajes?

Se ríe de medio lado.

—Llevo ropa cómoda porque he de conducir un camión frigorífico.

Parpadeo. Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—¿Tú? —Lo señalo, y él arquea una ceja.

—Sí, yo —me confirma—. Y tengo que darme prisa. A la vuelta hablaremos.

—¿De verdad vas a ir a Zúrich conduciendo un camión? —inquiero aún sin podérmelo creer—. ¿Y por qué? Se supone que para eso están los conductores.

—Lo sé, pero el que iba a llevar el camión no puede porque su mujer se ha puesto de parto y no va a marcharse y dejarla sola. No hay nadie disponible para hacer esa ruta y no me puedo arriesgar a que el primer envío a Caprice Food International con los productos de la granja los lleve cualquier inepto.

Me va a dejar sola cuando más lo necesito.

Ha dicho que a la vuelta hablaremos, eso es buena señal, ¿verdad?

Y me deja las llaves de su casa, lo que es una muestra de confianza.

Pero no quiero quedarme aquí, sin él. Ya sé que soy egoísta, no hace falta que me lo digáis, y por eso, antes de que me arrepienta, digo:

—¡Me voy contigo!

—Joder, ¿qué cojones dices? ¿Cómo vas a venir conmigo en el camión?

Fran me mira como si estuviera loca. No lo culpo, hasta yo me he sorprendido. Se pasa una mano por el pelo, dejándoselo con ese aspecto de recién follado que me pone cardíaca.

De un salto abandono la cama y comienzo a vestirme.

—Hace mucho que no voy a Suiza —comento, porque la cara de perplejidad que ha puesto es para verla.

—Oye, pija, no vamos de paseo, son más de mil seiscientos kilómetros —me informa con cierta guasa.

—Lo sé. Y confío en ti.

Me meto en el baño y hago mis cosas en un tiempo récord. Para que os hagáis una idea, sólo me he dado crema hidratante. Nada más. Y ni siquiera he echado el pestillo. Una temeridad justificada por las prisas.

Fran me espera con los brazos cruzados y con cara de pocos amigos, junto a un troley negro.

—¿Estás segura? No vamos a dormir en hoteles de lujo, ni a comer en restaurantes de postín —me advierte.

Sin duda pretende ofrecerme una salida digna para que me eche atrás.

—Me lo imagino —contesto decidida y meto lo poco que tengo en la bolsa de viaje—. Sólo tengo bragas para un par de días, así que espero que hagas una parada técnica.

—Vámonos antes de que me arrepienta —masculla.

Lo sigo hasta el garaje. Por extraño que parezca, no dudo y eso es bueno. El que parece más contrariado es él, que mantiene el silencio.

Fran arranca su coche y nos dirigimos hasta el almacén, donde tienen el camión ya cargado y listo para salir de ruta. Yo lo observo todo con cierta admiración, pese a que hablan de temas especializados que me dejan descolocada.

Algunos empleados lo saludan con afecto y, por las conversaciones, deduzco que aún se acuerdan de su antiguo jefe. Yo

voy a su lado como un pasmarote, apenas me dedica atención y sólo parece importarle lo que le está contando el encargado, que le entrega una carpeta y una tableta repleta de información. También le da las gracias, unas diez veces, por ocupar el puesto del chófer asignado. Fran le resta importancia, algo que dice mucho de su forma de ser.

Cuando me acerco con la bolsa hasta el hangar donde guardan el camión, me quedo patidifusa. Decir que es grande es quedarme corta. Cielo santo, ¿yo voy a ir en eso?

—Venga, te ayudo —me dice Fran, tras desbloquear las puertas, y me alegro de no haberme puesto tacones, porque podría haberme matado.

Él se encarga del equipaje y enseguida se pone tras el volante. Yo he viajado en jet privado y he visitado la cabina y al ver tantos controles, pienso que casi es lo mismo. Y ya, cuando miro hacia atrás y veo la litera, abro los ojos como platos.

—Ponte cómoda —murmura Fran, más pendiente de programar el navegador.

Bueno, claro que voy a ir cómoda, por favor, si este asiento es increíble. Puedo estirar las piernas, reclinarme. Lo único que me parece raro es que, si quisiera, por ejemplo, tocarle a él (y no digo que vaya a hacerlo, porque al volante todas las precauciones son pocas), no podría, porque no llego ni estirando el brazo.

—¿Esto es una nevera? —pregunto, mientras curioseo en los compartimentos de la cabina y él se limita a asentir—. Vaya…

Hay de todo, refrescos, café y cerveza sin alcohol. También aperitivos y sándwiches envasados. Esto se parece cada vez más a un vuelo en primera clase, incluso creo que tengo más espacio.

Fran se abrocha el cinturón y yo hago lo mismo. Entonces dice:

—Última oportunidad para volver a casa.

—¿Les gastas esta broma a todas las chicas?

—Pija, la única mujer que me ha acompañado en algún viaje es mi madre —afirma y yo trago saliva.

Es una confesión demasiado importante. Y yo estoy demasiado sensible como para que no se me escape una lagrimilla. Él suspira, sin duda pretendía que me lo tomara como un comentario divertido.

—Si lo sé, no te digo nada.

Busco pañuelos de papel en el bolso, pero él se adelanta y me da uno.

—Gracias —musito tras limpiarme—. Eso que has dicho es muy bonito.

—No te me pongas ahora tierna —dice entre dientes—, que tengo que conducir.

—Vale.

Fran arranca y maniobra con soltura, sabe lo que se hace y, bueno, sigo alucinando. Al fin y al cabo, el camión es un Mercedes, y digo yo que aplicarán los mismos estándares de calidad a los coches que a los camiones.

Supongo que, para distraerme, Fran me da detalles técnicos del vehículo, como por ejemplo que tiene una caja de cambios automática de doce velocidades. Doce, sí, yo me liaría seguro, aunque él conduce sin problemas y salimos del hangar. Me quedo boquiabierta por enésima vez al saber lo que cuesta sólo la cabina tractora. Y ya, cuando me dice en cuánto está valorada la carga que llevamos, no me hago una idea. No me extraña que no quiera dejar conducir a cualquiera, pues un chófer inexperto o un, palabras textuales suyas, un «mangamazos», jodería el camión y encima la carga no llegaría a su destino.

Lo miro de reojo. Se le ve seguro al volante y me pregunto cuántas horas habrá estado conduciendo, porque sí, el asiento es comodísimo, y a esta velocidad nos van a dar las uvas, pero no puede ir a más porque, atención, llevamos un vehículo de dieciséis metros de largo y dieciocho toneladas de peso. Una locura. ¿A que nunca os habíais parado a pensar en estos datos? Yo tampoco, lo admito, aunque de algo tenemos que hablar si no queremos entrar en detalles más personales.

El navegador indica que nos quedan unos trescientos kilómetros hasta la frontera, así que, nada, a relajarse y a esperar a que Fran decida hacer una parada. No me voy a poner tiquismiquis, por lo que cierro el pico.

—Venga, pija, vamos a comer algo —dice y parpadeo, pues he debido de quedarme dormida con el ronroneo del motor.

Miro por la ventanilla, estamos en un área de servicio. Justo en la frontera con Francia. Es la hora de comer. Fran está inclinado sobre mí y, bueno, como una tonta le sonrío. Él arquea una ceja y

pone cara extraña, pues no está acostumbrado a verme tan…

—Oh, joder —me tapo la cara—, si no me he maquillado todavía.

Por eso me mira raro.

Pero en vez de soltar alguna estupidez, me aparta las manos y me acaricia la mejilla.

—Este viaje se me va a hacer muy cuesta arriba —murmura y se aparta.

El restaurante es, por decirlo de una manera educada y concisa, peculiar. Cierto, hay que adaptarse a las circunstancias; sin embargo, yo tengo un cupo de adaptación y no se puede pasar de vivir rodeada de lujos a comer en un establecimiento cutre de la noche a la mañana.

A Fran, a pesar de tener una cuenta bancaria mucho más saneada que la mía, no parece importarle, incluso yo diría que se encuentra en su salsa. No le haré ningún comentario al respecto. Para mí se queda el hecho de que nos han servido un menú de tres platos, con los cuales yo hubiera comido una semana. Cantidades industriales y, claro, yo, que procuro comer más bien poco, lo he dejado casi todo.

Tras la apasionante experiencia (voy a ser positiva), nos ponemos de nuevo en ruta (esto de huir tiene sus contraindicaciones), pues en teoría tenemos que llegar a Montpellier para hacer noche allí. A saber qué sorpresa me tiene Fran reservada.

Sólo he de esperar doscientos kilómetros para averiguarlo, durante los cuales me limito a observar la carretera y sí, vale, me habéis pillado, también lo miro a él. Me cuesta conciliar la imagen de chulo con la de profesional. La de chico despreocupado, que usa ropa barata, con la de hombre de negocios. Y sin olvidar la de amante experimentado con la de gilipollas arrogante. En resumen, que me quedo con todas sus facetas y que me estoy poniendo tontorrona.

Qué narices, acabo de darme cuenta de algo que, por estúpida, no he querido admitir antes: que desde hace tiempo estoy coladita por él. Pero de momento no se lo digo, ¿verdad? Mejor espero a que estemos en la habitación del hotel, más tranquilos, no quiero que se sobresalte mientras conduce.

Si mis expectativas ya eran poco optimistas, se desvanecen cuando llegamos al hotel de carretera y entro en la habitación. Para que os hagáis una idea, la puerta del baño no abre del todo, porque pega con una bañera de color verde vómito. ¡No exagero!

—¿Quieres ducharte primero? —me pregunta Fran, no sé si con amabilidad o con recochineo, porque me conoce.

—Sí, gracias —respondo muy digna y, a pesar de que me dan grima, cojo una de las toallas que han dejado sobre la cama y me voy al cuarto de baño.

Otra experiencia que contar en una reunión de amigas. Seguro que a Sun le divierte, porque de un tiempo a esta parte todo lo cutre la intriga, y a Gema… bueno, a ella poco la sorprenderá, pues ha vivido en pisos de protección oficial.

Con un algodón tan áspero, ya no me hace falta el exfoliante.

A pesar de la cutre bañera, después me siento mejor y cuando vuelvo a la habitación veo a Fran esperando junto a la puerta del cuarto de baño, con cara de podría haber entrado y darte un meneo, sin embargo, soy un buen chico y me he aguantado.

—Pide la cena, si no te importa, prefiero no tener que vestirme.

Miedo me da llamar al servicio de habitaciones. Con más o menos acierto, consigo hacerme entender. Así que tres cuartos de hora más tarde, ambos estamos comiendo pizza bastante recalentada, pero debe de ser cierto que a buena hambre no hay pan duro. También me conformo con una Coca-Cola normal.

Fran lo recoge todo en una bolsa y después me pregunta si quiero ver la tele o hacer otra cosa. ¿A que es un capullo? En fin, ni siquiera tendré que fingir que me arrimo a él de forma accidental, pues en la habitación hay dos camas separadas por una mesilla.

Me tumbo con una camiseta y unas bragas y miro al techo. Tengo dudas sobre las sábanas, aunque mejor no lo pienso mucho. Él se queda tan sólo con los bóxers y sin intención de arrimarse.

—Mañana toca madrugar —comenta y se pone cómodo.

—Vale —murmuro bostezando y, a pesar de todo, termino durmiéndome antes de que pueda pensar por qué diablos no me toca.

Bip. Bip. Bip.

Estoy soñando, bueno, mejor dicho, tengo una pesadilla en la que alguien, cuando aún no ha amanecido, ha tenido la genial idea

de programar la alarma y, no contento con semejante barbaridad, encima se mueve por la habitación como un fantasma.

—Arriba, dormilona, tenemos que ponernos en marcha.

Encima el fantasma habla. Y con un tono de voz similar al de Fran.

Y también tiene la mala leche de él, pues me aparta las mantas, dejándome con el culo casi al aire.

—¡Arriba, pija! —grita y me da un buen azote en el culo.

Abro los ojos de golpe. No se trata de ningún fantasma, sino de Fran, ya vestido con lo que podría denominarse uniforme laboral, cara de malas pulgas e impaciencia.

—No hablas en serio, ¿verdad?

En vez de responder, saca ropa limpia de mi bolsa de viaje y me la acerca, pero como yo aún no soy persona, se encarga de vestirme.

—Levanta el culo, joder, que vamos mal de tiempo —masculla.

Resulta bochornoso que un tío te quite las bragas con el único propósito de colocarte otras limpias y, en vez de aprovechar para tocar aquí y allá, el muy canalla me pone unos vaqueros, el sujetador y, para rematar, una de sus camisetas de confección masiva y/o de mercadillo.

Con un café de máquina y un cruasán industrial, cara de sueño y bostezando, me acomodo en el camión. Fran adopta la actitud de comandante de la nave y yo cierro los ojos. Dormiré mientras pueda.

Hasta que una especie de frenazo brusco, seguido de un volantazo, hace que me sobresalte. Me agarro al reposabrazos y enfoco la vista. El camión se ha detenido en un área de servicio de esas en las que yo pienso que sólo paran los pobres, porque no veo más que unos bancos y mesas de hormigón en un estado cuestionable.

—Venga, atrás, a la litera —me ordena tenso tras bloquear las puertas y apagar el motor.

—¿Estamos en peligro? ¿Nos hemos quedado sin combustible? ¿Los franceses nos van a volcar el camión? —pregunto azorada, incapaz de moverme. Estamos en peligro y yo no tengo ni idea de qué hacer.

—Joder, que ya no vuelcan camiones —gruñe Fran—. Que vayas a la litera.

Eso es que algo grave pasa y no quiere preocuparme. Obedezco y me escondo, tal como me ha pedido, incluso echo la cortinilla.

—¿Qué pasa? —inquiero con un hilo de voz, cuando él, de malos modos, descorre la cortina y me mira con cara de malas pulgas.

—Que ya no puedo más, eso es lo que pasa —responde y, antes de que pueda procesar sus palabras, lo tengo encima, aplastándome contra el colchón e intentando desabotonarme los vaqueros.

—¡Fran! ¿Estamos en peligro o no?

—Calla, pija, que bastante he aguantado —masculla y comienza a besarme de una forma que, ¡oh!, bueno, no me voy a poner tiquismiquis ahora, ¿verdad?—. Y la que está en peligro eres tú.

Se muestra expeditivo, desesperado, y yo, ¿qué queréis que os diga? Pues seré sincera, me he puesto cachonda en cero coma con semejante reacción. He pasado de la inquietud a la excitación sin darme cuenta y cuando sus manos se enredan dentro de mis bragas, sólo puedo desear que siga adelante.

—Más te vale que te concentres —me amenaza, mientras se pelea con los pantalones para bajármelos—, porque ni cinco minutos voy a aguantar.

Tiemblo de arriba abajo, como es lógico, y lo ayudo en lo que puedo hasta quedar a su entera disposición. Cuando tantea mi sexo con los dedos, me encuentra resbaladiza, por lo que le susurro un «No esperes más» que le hace reaccionar, desabrocharse los vaqueros y bajárselos por debajo del culo.

—Joder, pija, ni te imaginas la tortura que me ha supuesto aguantar sin follarte.

—¿Y por qué lo has hecho?

—Antes teníamos que hablar —dice entre jadeos, debido al esfuerzo de empujar.

—Hummm —gimo, porque no quiero entrar en detalles.

—Ya sé que tenemos una conversación pendiente; sin embargo, prefiero echar un polvo rápido, nos vendrá bien a los dos.

—Es la primera vez que lo hago en un camión —comento, y él se echa a reír sin perder comba.

«Y espero que no sea la última», pienso.

—No te desconcentres, que yo voy a tope y hoy no estoy para virguerías —me recuerda una vez más y me penetra.

—Joder, sí —jadeo bien alto.

—Pija… —gruñe y embiste a lo brutote, a la vez que se las ingenia para meter la mano entre nuestros cuerpos. De esa forma presiona sobre el clítoris y entonces yo despego.

Ya no sólo siento la tensión entre mis muslos, sino por todo el cuerpo. Me arqueo, lo beso, le tiro del pelo, me retuerzo, jadeo y todo para correrme como hacía mucho tiempo que no me ocurría.

Estiro los brazos hacia atrás, seguro que se me ha quedado una cara bobalicona, pero me trae sin cuidado. Esto es demasiado bueno para que nadie me lo estropee.

—¿Ya? —pregunta él deteniéndose. Abro un ojo y lo veo fruncir el cejo. Asiento y lo acaricio entre las cejas—. Joder, pija, estabas más necesitada de yo.

«No te haces una idea», pienso, pero como no me quiero poner muy intensa, susurro:

—Venga, aprovéchate de mí.

Gruñe y embiste, qué fuerza, qué ímpetu y qué ritmo. A mí ya me da igual, que haga lo que quiera, y lo hace.

Le doy un azote en el culo. Gruñe por última vez y se corre. Le robo el aliento, besándolo de forma agresiva, incluso le muerdo el labio. Fran no se aparta, todo lo contrario, me responde con mayor fuerza si cabe y nos besuqueamos hasta que él decide apartarse.

—Me gustaría hacerte muchas más cosas, ninguna decente, te lo garantizo; sin embargo, hay que ponerse de nuevo en camino.

Se levanta y tarda en arreglarse medio minuto, no como yo, que he de localizar mis bragas. Cuando por fin estoy vestida, Fran ya se encuentra en el asiento del conductor. Se ha puesto hasta las gafas de sol y espera a que yo me abroche el cinturón para arrancar.

Prefiero no mirarlo y concentrarme en el paisaje.

O no llegaremos nunca.

Capítulo 20

No me lo creo ni yo.

Bueno, Fran ha debido de hacer cambios en su planificación sólo por contentarme, pues tras dos días de ruta, moteles cutres, restaurantes cuestionables y un polvo en la litera del camión (algo que no olvidaré nunca), por fin estamos en Zúrich. Nada más llegar a la plataforma de descarga, me ha metido en un taxi y me ha enviado a un hotel de lujo. Y aquí estoy, mientras él se encarga de sus cosas de trabajo.

Estoy a punto de sumergirme en la bañera para darme uno de esos largos baños relajantes, porque me lo he ganado a pulso, no me digáis que no. Pero antes sé que debo revisar el móvil, que he tenido dos días apagado, y cuando lo enciendo, ahí está la prueba. Cuarenta llamadas perdidas y doscientos treinta y cinco mensajes. Borro los de mi madre, que ya sé que está atacada de los nervios. También los de Rosalía, mi controladora suegra, porque necesito paz mental, y los de Julián… Bueno, ésos los leeré en otro momento, aunque intuyo qué dirán.

Voy directa a los de mis amigas. Como era de esperar, se preocupan por mí, aunque un mensaje de Gema me hace sonreír, pues sabe dónde y con quién estoy, por lo que sólo me pide que disfrute. A lo que Sun ha añadido que recapacite.

Me hago un selfie tumbada en la enorme cama (a la que confío darle múltiples usos y cuando digo múltiples me refiero a posturas), para que sepan cómo me encuentro. Sé que a mi regreso tendré que enfrentarme a la realidad, pero no quiero hacerlo ahora.

He dejado toda la ropa desperdigada por la *suite* de camino hacia el baño, un rastro imposible de obviar y espero que Fran me encuentre aquí metida y se anime a unirse a mí, porque por lo poco que ha dicho mientras me follaba en la litera del camión, viene con ganas de marcha. A ver si es verdad.

Disfruto del baño relajante, del agua perfumada y admito que me gustaría estar acompañada. En esta bañera bien pueden caber dos personas. Un masaje, hummm…, piel húmeda, hummm…, sin embargo, ni rastro de Fran, por lo que decido salir y vestirme. No es que disponga de un guardarropa muy amplio, aunque, total, para pasar la noche, con unas bragas limpias me apaño. No, mejor ni me las pongo, así será más obvio.

Envuelta en la toalla, deambulo por la *suite* y salgo del dormitorio al coqueto recibidor y una vez más pienso en las contradicciones de Fran, que lo mismo duerme en un hotelucho de carretera que te lleva a un establecimiento de lujo. Y en todas partes parece adaptarse bien.

Justo en este instante se abre la puerta y aparece él, pero además de arrastrar su troley, lo sigue un empleado del hotel con un carro del que cuelgan fundas de ropa. Él le da las gracias y una propina. Por fin solos.

—Pija… —murmura, mirándome de arriba abajo y haciéndome sentir… esto… ¿cómo decirlo? ¿Cachonda? ¿Importante? ¿Deseada? —. Tengo una noticia mala y una buena. Elige.

—La mala, con la racha que llevo…

—Esta noche nos han invitado a un cóctel de esos elegantes, que seguro que te encantan y en los que te desenvuelves como pez en el agua.

—¿Ésa es la mala noticia? —replico y me doy cuenta de que sí, en efecto, lo es—. ¡No tengo nada que ponerme!

Mi queja le hace gracia y sonríe.

—He aquí la buena —dice y me señala las fundas de ropa.

Voy como una loca y bajo cremalleras sin ton ni son. Primero me encuentro un traje para él y resoplo. Así que sigo y veo tres vestidos de fiesta a cuál más impresionante. Uno rojo burdeos, otro gris plomo y el tercero verde musgo. No abro las cajas porque entiendo que son los zapatos a juego. Como una niña pequeña, me pongo los vestidos sobre el cuerpo y me miro en los espejos de la entrada.

—¿Te decides ya? —me interrumpe Fran guasón.

—El gris —respondo, tras las pertinentes comprobaciones. Tiene el escote preciso, elegante, cubre un hombro y queda justo por encima de la rodilla.

—De acuerdo. Pues deja caer esa toalla y agradécemelo como es debido.

Un comentario machista de principio a fin, ¿a que sí? Chico (el que siempre maneja la pasta) se gasta dinero en chica (la pobre) y ella sólo se lo agradece de una forma. Intercambio de bienes y servicios por sexo.

Sin embargo, sé que Fran, pese a su tono burlón, lo dice con otra intención mucho más perversa, que es, aparte de provocarme, seducirme. No me obliga, sólo sugiere, y por eso tengo la sartén por el mango, así que abro sólo la mitad de la toalla y dejo un costado desnudo a la vista. Él se pasa las manos por ese pelazo castaño que tiene y sonríe. Repito el gesto por el otro lado, sin mostrarle lo que intuyo que quiere ver y después me cierro la toalla.

—¿A qué hora debo estar arreglada? —le pregunto y se echa a reír a carcajadas.

La fiesta a la que asistimos es elegante, llena de gente adinerada (eso se nota nada más entrar) y también algún que otro pedante. No sé qué pensarían los directivos de Caprice Food International si llegaran a saber que Fran en persona ha traído el cargamento, después se ha puesto un traje gris (que, ojo al dato, lleva hasta chaleco, le queda divinamente y no, no es de mercadillo, os lo garantizo) y ahora se codea con ellos como si tal cosa.

Yo me siento en mi salsa, sé desenvolverme, conversar sin decir nada, comer un canapé de pie sin mancharme y beber champán sin perder la gracia. Al menos es lo que quiero pensar, pues no veo el momento de marcharnos. Bueno, y algo más. Quiero desnudarle, frotarme contra él, decirle guarradas, escuchar las suyas susurradas al oído entre jadeos y gruñidos de lo más morbosos, dejar que haga con mi cuerpo lo que le venga en gana, que me lleve a un escondrijo oscuro para arrodillarme y… Tengo que abanicarme con disimulo, pues seguro que me he sonrojado y el maquillaje que llevo no es nada bueno.

Bebo un buen sorbo de champán, pero no es suficiente, cojo otra copa y otra. Estos sofocones no son nada sencillos de disimular. Fran, que sigue a mi lado, me mira de reojo. Yo sonrío, pues no quiero preocuparlo y procuro ser la acompañante perfecta de un hombre de negocios, tal como me han enseñado.

No obstante, me cuesta, quizá porque esta situación me recuerda

demasiado la vida que he llevado hasta ahora y mi breve matrimonio, al que, por cierto, no estoy dedicando ni un minuto de mis pensamientos. Sólo tengo una cosa clara, se ha acabado. Ya veremos cómo resuelvo los pormenores.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Fran en voz baja, acercándose demasiado y yo no estoy precisamente para estos susurros y menos aún si me rodea la cintura con el brazo, dejando caer como quien no quiere la cosa la mano sobre mi culo.

—Sólo un poco cansada —respondo.

—Si quieres nos vamos —propone y, nada más decirlo, se acerca un tipo que debe de ser un jefazo y se lo lleva, así que he de quedarme sola un rato, acompañada de gente que viene y va, aunque quien no se separa de mí es el champán.

Cuando Fran regresa a mi lado, no sé si han pasado quince minutos o sesenta, el caso es que me noto achispada. No borracha, sólo animada. Aún no me tambaleo sobre los tacones.

Pero sí se me suelta la lengua:

—No pienso en otra cosa que en chupártela —musito y él se atraganta con la bebida.

—¿Qué has dicho?

Se lo repito y esta vez con tono mucho más lascivo.

—Eso me había parecido.

—¿Y no vas a hacer nada?

—Pedir un taxi. Ahora mismo.

Fran, mintiendo con un descaro y un aplomo aplastantes, le pide a uno de los ayudantes que nos envíen un taxi, alegando que mañana tiene una reunión ineludible a primera hora y debe retirarse. Desde luego, como hombre de negocios es creíble y, sin más, nos facilitan un vehículo privado.

En la parte trasera del coche me siento lo bastante atrevida como para sobarlo un poco. Nada de modestia, para sobarlo a base de bien. Fran intenta comportarse, pero su polla no, ella me responde sin titubeos.

—Para —musita y lo oigo respirar hondo.

—Humm… ¿seguro? Te has empalmado.

—¿Y qué esperabas?

Por fin llegamos al hotel y, nada más cerrarse las puertas del ascensor, lo acorralo contra la pared del fondo y digo:

—Llevo toda la noche pensando en chupártela. —Me llevo un dedo a la boca y le hago una demostración práctica.

Fran traga saliva.

—Y enseguida vas a poder hacerlo —murmura a duras penas, pues la tela de los pantalones está tensa, mucho.

—Aquí y ahora —afirmo y hasta hago amago de arrodillarme, aunque él me lo impide.

—Hay cámaras de seguridad —masculla e intenta apartar mis manos de su cinturón.

—Llevas toda la noche provocándome —musito y le pongo morritos—. Con ese traje… Hummm, no puedo pensar en otra cosa que en saborear tu polla una y otra vez hasta que…

—Calla, por favor —me ruega y me besa como maniobra de distracción.

A trompicones, vamos por el pasillo hasta la puerta de la *suite*. A Fran le cuesta pasar la tarjeta por el lector, porque no dejo de meterle mano. Él protesta y yo no desisto.

—Las cámaras —gruñe.

—Me pone un montón que me vean follar —contesto.

—Ya me he dado cuenta. Venga, pija, entra antes de que demos el espectáculo.

Se cierra la puerta y lo empujo para que se quede quieto. Fran me mira arqueando una ceja y yo pongo una mano en el centro de su pecho y presiono.

—Te la voy a chupar hasta dejarte seco —prometo.

—Y yo me dejaré encantado.

Doy un paso atrás, dejo caer el bolso y me llevo una mano al costado para bajarme la cremallera. Dejo que el vestido, por muy caro que sea, se arrugue a mis pies.

Me humedezco los labios, al tiempo que me deshago del sujetador y se lo tiro a la cara. Él lo aparta de un manotazo. Lo siguiente es mi tanga, que le meto en la boca a modo de mordaza.

—Me voy a comer tu polla hasta que me atragante —digo y, sí, no ha sonado nada elegante, pero a él se le van a salir los ojos de las órbitas.

—Déjate los zapatos puestos —pide, escupiendo el tanga.

—De acuerdo.

Me dejo caer de rodillas y le abro los pantalones todo lo

despacio que se me antoja, para sentir su desesperación. Miro hacia arriba, Fran no me quita ojo, sin duda no se esperaba tanta sinceridad y entusiasmo por mi parte.

—Pareces hambrienta —me provoca, cuando ya tengo su erección en la mano y, sin preámbulos, me la meto hasta el fondo. Succiono con energía y el sonido es jodidamente morboso.

—Llevo mucho tiempo sin comerme una buena polla —confieso, y él jadea, porque no doy más explicaciones, comienzo a lamerlo sin darle cuartel.

—Joder, pija… —gruñe, al tiempo que sus caderas empiezan a embestir, lo que me obliga a inspirar hondo por la nariz para no atragantarme.

Y como no quiero tener arcadas, le agarro la base con la mano y así, además de acariciarle y de arañarle, controlo mejor y soy yo quien marca el ritmo.

Por cómo lo hago, es evidente que lo estoy volviendo loco. Acelero, chupo con fuerza, gimo, succiono… y cuando él quiere tomar el control, me lo saco de la boca, alzo la mirada y me relamo. Lo reconozco, estoy actuando como una pésima actriz porno, porque, pese a todas las connotaciones negativas que como mujer pueda ver, sé que a los tíos les gusta.

No lo neguéis, pillines.

Y Fran, en ciertos aspectos, responde igual que el resto. También confesaré que me estoy esforzando mucho, pero mucho. Mis rodillas pagarán gustosas el precio, pues la moqueta no es tan suave como parece.

Estoy tentada de meterme una mano entre las piernas y acariciarme, aliviar un poco el hormigueo de mi sexo, aunque me contengo, pues de esa forma es todavía más morboso. Sin olvidar que Fran se encargará en persona de dejarme satisfecha.

—Un poco más, pija, hazlo un poco más fuerte —exige entre gemidos—. Me voy a correr en tu boca… Y quiero que no se te escape ni una gota.

Era de esperar que dijera algo así, es otro clásico de las mamadas. No me importa. Miro una última vez hacia arriba, él tiene los ojos entrecerrados y la expresión tensa, está a puntito de caramelo. Y es el mejor momento de ser mala, muy mala.

—Creo que no me encuentro del todo bien —murmuro

apartándome.

—¡¿Qué?! Mierda, pija, ¿estás bien?

Qué mono, pienso, de verdad se preocupa.

—Falsa alarma —replico y sonrío. Nunca imaginé que chupársela a un tío pudiera ser la oportunidad perfecta para recabar información.

—Eres una cabrona… —dice, porque se ha dado cuenta—, pero como la chupas mejor que nadie, te perdono.

—Supongo que hablas con conocimiento de causa.

—Abre la boca, luego te pongo nota —contesta.

Ya no queda espacio para las medias tintas, tal como me pide, separo los labios y me concentro en conseguir ser la mejor. Que, pase lo que pase, no se le olvide de con quién está. Borrar de su memoria (si es posible) cualquier recuerdo de las mujeres con las que ha estado antes y, aunque intuyo que ninguna le ha dejado huella, por si acaso, yo lo intento.

No le doy tregua, va a ser una mamada espectacular y, por si mi boca no es suficiente, le acaricio los testículos hasta que comienza a temblar, a soltar juramentos y entonces se corre diciendo el clásico:

—Joder, joder, joder, pija, eres la puta hostia, trágatelo todo.

Mantengo su polla un poco más dentro de mi boca con la intención de que se relaje. Sin embargo, Fran me aparta con suavidad y se inclina hasta poder tirar de mí y alzarme. Me mira fijamente, con una intensidad que hasta ahora no he visto o no he querido ver. Y no sólo eso, también me acaricia la mejilla.

Y además me besa, ¡y cómo lo hace! Acunándome el rostro, con una pasión difícil de asumir, al menos para mí, que llevo mucho tiempo dando tumbos en esto de los amantes.

Respondo besándolo de igual modo. Sigo tan excitada que el más pequeño roce me hace estremecer y gemir y tirar de él para que se desnude de una vez y me lleve al dormitorio, que tampoco está tan lejos.

—Pija… —susurra volviéndome a dejar sin aliento, con la mirada clavada en mis ojos.

Demasiada intensidad me parece a mí, sobre todo porque aún no hemos tenido esa conversación pendiente, de ahí que me vea obligada a soltar una frivolidad mientras me relamo.

—¿He entrado en el cuadro de honor?

—Acabo de crear una categoría nueva sólo para ti —bromea o eso creo.

—No sé con cuántas has estado…

—Con demasiadas —me interrumpe.

—Y, por lo visto, te lo han debido hacer de pena —remato la frase, porque no voy a pecar de falsa modestia.

—Vamos a la cama —dice sin recoger el guante—. Tengo unas cuantas ideas y en todas sigues con esos zapatos puestos.

Que levante la mano la valiente que no tiembla ante semejante propuesta.

Sonrío con aire arrogante y doy un paso atrás y otro para que pueda contemplarme bien.

—La verdad es que estilizan una barbaridad —susurro, refiriéndome a los zapatos, aunque su mirada sigue fija en mi rostro.

—Camina —ordena—, mueve ese culo, al que pienso dedicarle un buen rato, hasta la cama.

Me recorre un escalofrío y me doy la vuelta despacio, cual modelo de pasarela, y me dirijo al dormitorio. Oigo cómo inspira hondo y se abrocha el pantalón para seguirme y no tropezar.

Una vez que llego junto a la cama, me siento en una esquina de forma un tanto remilgada y cruzo las piernas.

Fran comienza a desnudarse, dejando caer cada prenda de forma descuidada, y luego, en vez de venir directo a por mí, se queda ahí de pie.

—¿Sólo vas a mirar?

—Dame diez minutos —murmura muy serio.

—¿Diez minutos?

—Me has sacado toda la sustancia.

Me echo a reír ante semejante estupidez y, para incentivarlo un poco, separo las piernas y coloco una mano entre ellas. De nuevo recurro a trucos de actriz porno.

—¿Decías? —pregunto sugerente.

Cae de rodillas y ahora es mi turno de tener un gesto tierno, peinándolo con los dedos.

—Pija… —suspira—. Contigo uno se recupera en menos de cinco minutos.

Nada más decirlo, se inclina hacia delante y, antes de que pueda

replicar, su lengua está hurgando con maestría en cada uno de mis pliegues.

Sin dejar de lamerme, me alza las piernas para que cuelguen por su espalda y me echo hacia atrás para disfrutar como una loca del segundo asalto de lo que promete ser una noche de sexo desenfrenado.

Capítulo 21

Me despierto abrazada a algo blandito, a… una almohada. ¿Estoy tonta o, lo que es peor, sola en la cama? Pues no, muevo una pierna y enseguida me topo con piel caliente y un poco áspera. Me doy la vuelta, suelto la almohada de malos modos y voy directa a por él. Así dormidito, tan calladito… si hasta parece buena persona.

Y no lo es, nada en absoluto.

Porque anoche salió el demonio que lleva dentro y me tuvo entretenida hasta las tantas. Su catálogo de vulgaridades fue tan extenso que al final le pedí que me dejara dormir un rato y me temo que aún se guardó algo en la recámara.

Cada vez que me llevaba al límite y me susurraba «pija» me derretía. Estuve a punto de confesarle lo mucho que le he echado de menos; sin embargo, logré callarme. Dudo que el mejor momento para soltar algo así sea cuando una está a cuatro patas, mordiendo la sábana y gimiendo como una perra; palabras textuales suyas.

En fin, tendré que encontrar el momento adecuado, por ahora voy a observarlo a placer. Aparto la sábana para contemplar su «patrimonio» y admito que sí, que va sobrado, observación que no haré en voz alta para que no se venga arriba.

Me acerco a él, me recuesto sobre su pecho y entrelazo mi mano con la suya, que reposa sobre su abdomen.

Se mueve al notar mi contacto, pero no se despierta. Yo continúo mirándolo y a buen seguro que tengo cara de gilipollas enamorada. En fin, seguro que más de uno y más de una ya había llegado a esa conclusión, y me perdonaréis, pero si me ha costado reconocerlo es porque… porque soy estúpida.

En fin, ahora que lo he asumido, supongo que debo ir pensando en cómo afrontaré la más que probable hostilidad que encontraré a mi vuelta, y cuando digo hostilidad estoy siendo suave; será un enfrentamiento en toda regla. Julián no me va a perdonar y

Rosalía… bueno, seguro que me intentará machacar.

Pero ahora no toca amargarme, así que cierro los ojos y me acurruco junto a Fran. Deslizo una mano por sus abdominales, qué gozada, y ahora que he descansado ya me siento otra vez en disposición de meterle mano y despertarlo de forma creativa.

Su cuello, por ejemplo, es un buen comienzo y le doy un sinfín de besos, de esos que parecen ligeros, pero que gustan y excitan. Él murmura algo adormilado y yo continúo tocándolo aquí y allá. Juego con el contorno de su oreja, le chupo el lóbulo y parece que va volviendo a la vida.

—Pija… —susurra como si estuviera molesto, aunque de ser así me habría apartado—, que no he desayunado todavía y anoche me dejaste sin batería.

—Pues no hagas nada, limítate a cerrar los ojos. —Le paso un dedo por los párpados instándolo a hacerlo—. Y a disfrutar, por supuesto.

—Se me va a caer el rabo a cachos —dice, haciéndome reír—. Aun así, me sacrificaré.

—Oh, sí, cómo te sacrificas —me burlo sin dejar de atosigarlo con caricias y besitos.

Fran gime y se queda quieto, dejándome hacer cuanto quiero con él. Me encanta tenerlo así, tan sumiso y manejable, al menos en la cama. Creo que es en el único sitio donde se muestra de este modo, porque fuera del dormitorio es siempre bastante mandón.

No me importa, diría más, me gusta y me excita su arrogancia, de ahí que se me escape:

—No te imaginas cuánto te he echado de menos.

Abre los párpados despacio y me mira a los ojos. Dejo de provocarlo y me limito a acariciarle la cara con cariño.

—Lo mismo dijo, pija —admite y, bueno, no os hacéis una idea del subidón, no sólo sexual, que experimento. Sin olvidar el momentazo, porque esto es muy íntimo.

Ha llegado la hora de sincerarse al cien por cien.

—Fran, cuando regresemos voy a hablar con Julián. Se acabó, renunciaré a todo. —Él inspira hondo, es evidente que vamos a tocar fibras muy sensibles—. Me da igual el acuerdo que firmé y los compromisos que adquirí. Sólo tengo clara una cosa y es que no puedo volver con él y seguir fingiendo.

Se aparta, es lógico, no es un tema para hablar mientras tonteamos. Tengo que andar con pies de plomo, pues intuyo que para él no debió de ser nada fácil asumir la decisión que tomé de casarme.

—Haz lo que consideres oportuno. Eres mayor de edad. No voy a darte ningún consejo, pija.

Dejándome con la palabra en la boca y un mal cuerpo que para qué, salta de la cama y se mete en el cuarto de baño. No cierra ni da un portazo. No está enfadado, creo que sólo molesto, y no lo culpo. Me imagino lo que debió de pensar de mí cuando lo dejé; nada bueno, eso seguro.

Tan sólo se me ocurre una descabellada idea para, de alguna manera, convencerlo de que, en cuanto solucione los asuntos que me atan a Julián, si él quiere, podemos ser algo más que amantes.

Busco mi neceser. Sé que, entre los mil cachivaches, tiene que haber alguno que sirva y sí, ¡bingo!, hay un tubo de lubricante, el que utilizo con mi vibrador doble. No queda mucho producto, pero seguro que servirá.

Puedo esperar a que Fran salga del baño, aunque al oír el sonido de la ducha, salto de la cama y voy directa. Él se sorprende cuando abro la mampara y me cuelo dentro. Se aparta el pelo mojado de la cara y me mira. Por su expresión poco puedo adivinar.

—Estoy dispuesta a todo —digo alto y claro, entregándole el envase.

Lo mira un tanto perplejo, justo la reacción que yo esperaba. No pierdo ni un segundo más, le doy la espalda y me coloco en posición, apoyando las manos en los azulejos y dejando mi trasero expuesto, bien expuesto, para que no albergue dudas sobre lo que deseo.

—¿Aquí y ahora? —pregunta acercándose.

—Aquí y ahora —repito sin rastro de vacilación.

Fran coloca una mano en mi costado y me acaricia despacio. Poco a poco el agua de la ducha va mojándome. Estoy demasiado sensible, así que cuando sigue acariciándome, dudo si me gusta o me está poniendo de los nervios.

—No lo pienses más —musito para animarlo.

—¿Has hecho esto antes? —inquiere y noto cierta cautela.

Ese orgullo que a veces lo estropea todo, me pide a gritos que

me dé la vuelta y le suelte alguna grosería del tipo «¡Pues claro! A ver si vas a ser tú el único con una vida sexual memorable», no obstante, prefiero mandar a paseo mi orgullo y ser sincera.

—Sí —afirmo en voz baja y añado—: Aunque confío en que contigo sea mucho mejor.

—Demasiada responsabilidad, pija —dice y me besa en la nuca.

Ahora está pegado a mi cuerpo, yo sigo apoyada contra la pared de azulejos y no lo toco, intento permanecer quieta. Al tenerlo tan cerca sé lo duro que está y por eso no entiendo a qué demonios espera. Se lo he puesto en bandeja.

De repente, deja de caer agua sobre mi cabeza y veo que ha descolgado el cabezal de la ducha y no sólo eso, se está arrodillando detrás de mí.

—No te muevas —susurra y comienza a besarme el trasero—. Separa más las piernas.

Lo hago, adoptando una postura muy similar a la de una detenida por la policía a punto de ser cacheada. Humm, qué cosas más morbosas se me pasan por la cabeza.

Fran prosigue con sus besos y algún que otro mordisco seguido de «Cómo me gusta tu culo» o «Qué apretadito lo tienes» y, para tenerme entretenida, ha metido el cabezal de la ducha entre mis muslos de tal forma que el chorro de agua impacta justo ahí, donde estáis pensando.

—Fran… —gimoteo—… Fran…

—Enseguida, pija —murmura.

«Enseguida» quiere decir tenerme un buen rato más a base de besos, mordisquitos y caricias más o menos eficientes, sin apartar el chorro de agua.

—Por fin —jadeo, cuando un dedo impregnado de lubricante comienza a internarse entre mis nalgas.

Presiona, aunque no me penetra, rodea toda la zona, reparte el producto y juega de nuevo a desesperarme. Aparto el cabezal de la ducha, porque a este paso me voy a correr, y oigo sus risas cuando dice:

—No sabía que tuvieses tantas ganas de que te follaran este lindo culito.

—Como sigas así —lo amenazo—, mi lindo culito y yo nos vamos a ir a otra parte.

—Pija, tranquila —dice azotándome.

Se incorpora y da un paso atrás. Yo, curiosa y excitada, miro por encima del hombro y observo cómo se embadurna la polla de lubricante. También aplica una generosa cantidad entre sus dedos y comienza a jugar con ellos, dilatándome y preparándome. Así, por cómo me siento, por lo que noto, son dos dedos los que utiliza.

Echo el culo hacia atrás, me tenso de arriba abajo y jadeo cada vez más descontrolada, porque no deseo otra cosa que llegar hasta el final.

—Pija, me estás matando… —gime y, sin dejar de meterme los dedos por detrás, pasa un mano hacia delante y me aprieta un pezón hasta hacerme gritar—. Quiero ser suave e ir despacio, porque en cuanto te la meta, no voy a parar.

Se pega más a mí y saca los dedos. Yo trago saliva, ahora viene lo bueno. Fran jadea y adelanta las caderas, se posiciona, empuja despacio. Vuelve a empujar, esta vez con mayor fuerza y cierro los ojos, noto la invasión, la extraña sensación, molesta y placentera a la vez. Intento relajarme, pero me resulta imposible. Sé que va despacio para no hacerme daño, sin embargo, yo no aguanto tanta espera.

—Fran, maldita sea, ¿a qué esperas?

—Relájate, joder, o no lo disfrutarás —me dice tenso.

A cámara lenta, demasiado lenta según mi opinión, va penetrándome. Sus manos comienzan entonces a tocarme no sé si con la intención de volverme loca o de despistarme, pues resulta complicado describir qué experimento mientras me va follando el culo, al tiempo que me pellizca el pezón. Esa doble ración de dolor, tan bien combinada, hace que comience a moverme.

—Joder…. pija… qué gustazo —exclama cuando en un último envite me la clava bien clavada hasta el fondo—. Deja que lleve yo el ritmo.

Jadeo bien alto.

Él gruñe.

—De acuerdo —acepto a regañadientes.

Fran se mueve, pero ambos sabemos que no puede hacerlo al mismo ritmo que en una penetración normal. Por eso se muestra cauteloso, avanza y retrocede con cuidado y, para desesperarme aún más, coloca una mano entre mis muslos y me frota, al mismo

ritmo, el clítoris.

—Ahora me gustaría tener a mano uno de tus juguetitos —musita embistiendo y no sé qué es más morboso si su voz o el sonido de su cuerpo chocando contra el mío—. De esa forma, mientras tengo la polla bien metida en tu culo, podría follarte también por delante.

—La próxima vez —replico, encantada con la idea.

Mi respuesta hace que gruña, sin duda complacido y que, ¡por fin!, se decida a ser todo lo expeditivo que yo ansío.

Empujones bruscos, gemidos cada vez más altos, el choque constante de su cuerpo contra el mío, las manos resbalando por la pared embaldosada, que me hace perder el equilibrio, sus dedos enredando sin descanso en mi sexo, los constantes besos y mordiscos en el cuello y la nuca…

Todo se une para que sea, sin duda, la mejor experiencia sexual hasta la fecha. Fran sabe lo que se hace, ya ha mandado (por fortuna) a paseo sus reticencias del principio y empuja como un poseso, jadeando y hasta gruñendo al más puro estilo primitivo y yo…, bueno, yo no voy a poder resistir mucho más.

—Pija… ¡Joder, qué bueno, hostias! —exclama y por su tono sé que está cerca de correrse.

Yo también, por eso no quiero que se despiste.

—No hables, sólo empuja —farfullo y me aparto como puedo el pelo mojado de la cara.

—¿No quieres saber lo increíble que es follarte este culito respingón? —pregunta de forma retórica, con una voz tan morbosa que me estremece—. Confieso que fue el segundo pensamiento que tuve nada más conocerte.

¿A que estáis deseando saber cuál fue el primero, lo mismo que yo?

Fran no deja de empujar, yo me muerdo la lengua, pese a que siento una curiosidad terrible por saber qué se le pasó por la cabeza cuando nos conocimos. Algo me dice que no fue nada amable, sin embargo, visto ahora, hasta resulta divertido.

—Estás temblando —susurra con la voz entrecortada debido al esfuerzo—, a punto de caramelo. Eres la rehostia, pija…

—Lo sé… —jadeo y empujo hacia atrás para sentirlo, si eso es posible, aún más adentro.

—No aguanto más, joder —se queja, pero sin dejar de embestir.

Lanzo uno de esos gemidos lastimeros que sólo significan una cosa. Él se tensa y yo me quedo inmóvil, mientras disfruto del orgasmo quizá más completo que he experimentado, e intento respirar cuando Fran, tras darme un sonoro azote en el culo, me aprisiona entre sus brazos y gimotea.

Su abrazo me asfixia, sin embargo, soy incapaz de pedirle que me suelte, y nos quedamos así, unidos de todas las formas posibles unos minutos, o puede que sólo sean unos segundos; no obstante, para mí significa todo.

No, no he olvidado sus palabras. Ahora, tras echar el mejor polvo de mi vida y que espero mejorar en un futuro no muy lejano, nos hemos secado y metido en la cama. Y sí, con el pelo de cualquier manera, ni siquiera me lo he desenredado. Por dos motivos, uno, el cansancio y dos, porque no tengo a mano ningún peine de púas anchas para hacerlo. Fran permanece con los ojos cerrados, tumbado boca arriba, y yo he hecho lo mismo, aunque al revés, por lo que mis pies descansan en la almohada junto a su cabeza. Ni rastro de la sábana. Nos podemos acariciar a placer, aunque creo que nos apetece mucho más relajarnos y disfrutar de los estímulos visuales, dejando el tacto para otro momento.

—Cuando nos presentaron, pensé que eras la típica tía petarda, más estrecha que el coño de una Barbie, que pretende tener a todos los tíos babeando a sus pies —dice en voz baja y se vuelve para darme un mordisco en el dedo gordo—. Y no sólo eso, también de las que cuestan una fortuna mantener.

—Ese pensamiento es, como poco, retrógrado y machista —replico ante tanta sinceridad.

—De ahí que el segundo fuera mucho más… hummm… interesante.

—Todo depende de cómo se interprete —digo en voz baja, pues hace ya tiempo que le he pillado el punto a sus comentarios—. De todas formas, no lo vayas diciendo en voz alta, o tendrías problemas.

—¿Me estás amenazando? —pregunta sin inmutarse; está claro que no le preocupa nada el asunto.

—No, sólo haciéndotelo notar.

Fran resopla.

—Mira, como creo que ya te dije una vez, por desgracia me he topado con demasiadas tías que sólo se acercaban a mí para que las mantuviera, por lo tanto, tengo derecho a pensar como me plazca de ellas.

—Pero estamos hablando de mí, no de las otras —le recuerdo con retintín.

—A priori, por lo que me contó Gema, tenías todas las papeletas para ser una más —admite y le tiro de los pelillos de las piernas en señal de protesta—. Sin embargo, creo que… —Hace una pausa e inspira hondo antes de añadir como si estuviera molesto consigo mismo—: Joder, pija, no me hagas hablar más de la cuenta.

Sus palabras, aunque no son todo lo explícitas que hubiera deseado, resultan sin duda un gran aliciente. Pese a ello, como tengo una vena un poco sádica, le quito otros cuatro pelillos de la pierna para hacerle sufrir.

Fran reacciona y abandona su postura de relajación para aplastarme contra el colchón e inmovilizarme, tanto con su cuerpo como con su mirada.

—Estate quieta —me advierte y yo, muy seria, obedezco a mi manera, pues separo las piernas—. ¿Es una invitación?

—Tú verás…

—Pija… que necesito descansar.

—Hummm —ronroneo.

—Mañana tenemos que madrugar y nos esperan muchos kilómetros —añade con el mismo tono admonitorio.

—Hummm…

De repente, se aparta para quedarse de rodillas delante de mi cuerpo expuesto. Sonríe de medio lado y, sí, se ha empalmado, por si os lo estáis preguntando, lo cual me lleva a suponer que necesita un incentivo extra.

Deslizo una mano por mi cuerpo hasta cubrir mi sexo y, una vez allí, comienzo a moverla con precisión hasta que él disimula, muy mal por cierto, un gemido.

Ahí tiene un incentivo irrefutable.

Veamos cómo lo aprovecha.

Capítulo 22

El viaje de regreso ha sido triste y tedioso. Por dos motivos, el primero es que, muy a mi pesar, hemos viajado de nuevo en el camión, ya que, según Fran, había que aprovechar el viaje y lo ha traído cargado. El segundo, y por supuesto el más deprimente, es que a medida que acortábamos kilómetros, me acercaba a casa y por tanto a Julián.

Hace ya un rato que nos hemos bajado del camión y estoy esperando en el coche a que acabe el papeleo. Aún no le he dicho que quiero quedarme en su casa y lo peor de todo es que no sé ni cómo plantearlo. Tal como le ha ido en el pasado con las mujeres, no quiero que malinterprete la situación. Yo no pretendo vivir a su costa, aunque tampoco sé muy bien de qué voy a vivir en cuanto Julián me dé la patada. Porque me la va a dar, y mi suegra estará ahí para asegurarse, seguro.

—Por fin he acabado —comenta al volver junto al Lexus. Abre la puerta del copiloto y tira de mí para sacarme fuera y, cuando lo hace, me da las llaves del coche—. Venga, conduce, que estoy hasta los huevos de hacerlo yo.

—Hummm… Esto, ¿me vas a dejar tu coche? —pregunto dubitativa, porque todas sabemos lo mucho que les cuesta a algunos ceder el control.

—Pues sí, estoy reventado, así que procura conducir con normalidad. Cuanto antes llegue a casa, mejor. No veo el momento de meterme en la cama.

Está guapo hasta cuando se pone mandón, por eso, sin importarme que me vean, lo arrincono contra la carrocería del coche y le doy un beso de película. Incluso mejor, hasta que gime bien alto y, bueno, también se le pone dura, pero tras dos días en la carretera, el chico se merece un respiro.

—Sube, que te llevo —le suelto todo chula y hasta le sobo un

poco el paquete por encima del pantalón.

—Esto tendrá consecuencias —me amenaza.

—Confío en que así sea.

Arranco el Lexus y, para mortificarlo un poco, salgo derrapando, antes incluso de que él se haya abrochado el cinturón. El sensor del coche empieza a pitar como un loco. De ese modo me gano otra mirada de advertencia, que sí, lo admito, me pone a mil por hora.

Una vez que me he desquitado un poco, conduzco con normalidad. En teoría debería dirigirme al ático en el que he vivido con Julián, pero termino aparcando frente al apartamento de Fran.

—¿Qué significa esto? —me pregunta serio.

—Déjame pasar la noche contigo —musito—. Ya sé que no hemos hablado de ello, y que tampoco me has prometido nada; sólo esta noche, ¿de acuerdo?

Asiente no muy convencido, o al menos es la impresión que me da, pues saca el equipaje en silencio. Una vez en la casa, la situación no varía, y yo, que no quiero presionarlo, me limito a darle espacio y a ser una compañera de piso silenciosa. Una ducha rápida, por separado, una cena ligera (gracias a Mariana y sus tápers caseros) y nos vamos a la cama. Me contengo para no tocarlo y me limito a cerrar los ojos y cubrirme con el edredón, pero a los pocos minutos Fran se acerca para abrazarme.

—Buenas noches —susurra.

No soy capaz de responder y me limito a relajarme. Mañana me espera un día duro de verdad.

Abandonar la cama, en la que se está tan a gusto, para enfrentarte al que dentro de nada esperas que sea tu ex, pues como que no apetece nada. ¿Me equivoco?

Fran se ha limitado a prepararme el desayuno y a dejarme su coche.

Y aquí estoy, a punto de entrar en el edificio donde Julián tiene su despacho. No he querido poner un pie en el ático, pese a que allí están todas mis cosas. En algún momento deberé pasar a recogerlas, aunque de momento me apañaré con lo poco que tengo. Eso sin olvidar que mi guardarropa y demás lo ha pagado Julián.

Les he mandado un mensaje a las chicas, porque se merecían saber de mi vida y ambas me han deseado lo mejor. Por suerte, no me han hecho más preguntas, aunque les he prometido una reunión

informativa para contárselo todo.

Quien me ha gritado, y a base de bien, es, como podéis suponer, mi madre. Está histérica y lo que más me duele es que el motivo no sea yo, sino la merma de nuestros ingresos, porque a mi padre, que ya disfruta del tercer grado, no se le abren tantas puertas como esperaba para volver a sentarse en un consejo de administración, cosa en la que confiaba, gracias al apoyo de un yerno importante.

Con ánimo conciliador, y consciente de que Julián no me va a pasar ni una, me dirijo al despacho y nadie me detiene ni me pregunta. Eso quiere decir que, de puertas afuera, nada ha cambiado. ¿O sí? ¿Me están mirando más de lo normal? ¿Soy una paranoica?

—Buenas días —me saluda Ernesto con evidente malestar—. Julián está ocupado, tendrás que esperar para verle.

Lo más lógico sería acatar la sugerencia, sentarme y esperar; sin embargo, va listo si piensa que va a condicionarme.

—Aparta del medio, que molestas —le espeto un tanto agresiva y voy directa a la puerta.

—¡Joder! —exclama él refunfuñando y me sigue, con la evidente intención de pararme los pies, pero yo me detengo un instante para soltarle:

—¡Deja de dar por el culo!

Ernesto da un respingo y entonces me doy cuenta del doble significado.

Camino decidida y entro sin llamar a la puerta.

Julián levanta la mirada con cara de sorpresa y de asco. Capto el mensaje, soy persona non grata. Con eso ya contaba.

—No he podido detenerla —se excusa Ernesto.

—Déjanos solos —le exijo al secretario.

Julián le hace un gesto y, a regañadientes, su amante sale del despacho. Yo me aseguro de que la puerta esté bien cerrada.

—Qué inesperada sorpresa —comenta Julián burlón—. Después de la que has liado, no esperaba que tuvieras la caradura de aparecer por aquí.

—¿Perdón?

—Pensaba que eras de fiar, responsable y discreta, y no eres más que una jodida cotilla —me acusa.

Mi perplejidad, como entenderéis, es total.

—¿De verdad me estás diciendo tú eso a mí?

Llaman a la puerta. Mierda, ya nos están interrumpiendo. Me doy la vuelta y flipo en colores cuando veo entrar a Rosalía. Su expresión dice a las claras que va a por mí. En fin, otro contratiempo en forma de suegra. Puedo con ello.

El gilipollas de Ernesto la ha avisado. Seguro. Mierda.

—Nuestros abogados se pondrán en contacto contigo. Así que, si eres tan amable…

Es tan educada que da asco. No pierde las formas, aunque hierve de indignación.

—Fuera —le replico señalando la puerta—. Esto es entre Julián y yo. ¡Fuera!

—Yo la acompaño a la salida —se ofrece Ernesto.

—Está claro que me confundí contigo —me espeta ella con desdén—. Debí ser más cauta. No hay más que ver a tu madre…

—Lo sabías ¿no es cierto? —pregunto mirándola, pasando por alto el insulto a mi madre, que, sí, tiene parte de razón y me río sin ganas—. Sabías los gustos de tu hijo y le buscaste una esposa para disimular.

La he tuteado porque ya ni la respeto y porque me da la gana.

—Por favor, bajemos el tono —pide Julián tenso.

—Rosalía, lo siento, no voy a discutir contigo, así que te agradecería que abandonases el despacho. Y, tranquila, seguro que tu hijo te lo cuenta todo después. —Vaya cara me ha puesto la que espero que sea pronto mi exsuegra. Con altanería, miro al secretario —. Ernesto, acompáñala, por favor.

Julián arquea una ceja, pues hasta la fecha he sido un ejemplo de moderación. Algo que se acabó.

A regañadientes, Rosalía se marcha, aunque supongo que no muy lejos, para escuchar cuanto aquí se diga.

—Y ahora, tú y yo vamos a poner las cartas sobre la mesa —le digo a Julián.

Mi todavía marido adopta una actitud seria, de hombre de negocios implacable que no deja pasar ni una y aplasta a quien ose intentarlo.

—Te has encargado de joderlo todo —me acusa.

—¿Perdón?

—¿Por qué narices tuviste que ir por ahí contando lo mío?

Ya sabéis que no me gusta fruncir el cejo, no obstante, lo hago, confusa, ante su acusación.

—¿De qué demonios hablas? —pregunto, porque dudo mucho que las chicas se hayan ido de la lengua y Fran… tampoco, confío en él.

—Ahora todos saben mi problema —dice entre dientes y veo que de verdad le afecta.

—¿Problema? —replico, antes de caer en la cuenta. Estoy a punto de reírme—. ¡No seas ridículo, Julián! Ser gay no es un problema, por favor. Es una opción, nada más. ¿Qué importancia tiene eso?

—Llevo años, ¡años!, llevando una vida normal y tú lo has jodido todo.

—¿Una vida normal? —repito, incrédula ante la sarta de estupideces que estoy escuchando—. Tú no has llevado una vida normal, Julián, has estado fingiendo lo que no eres.

—¡¿Qué sabrás tú?! —me espeta con rabia—. Eres una maldita chivata.

—Espera, ¿crees que yo he ido por ahí pregonando que eres gay?

Me fulmina con la mirada, porque pronunciar dos veces la palabra que parece maldita, es falta grave por lo visto.

—¿Quién iba a tener motivos para hacerlo?

Me pongo a pensar.

—Cierto, soy la primera sospechosa. Sin embargo, a mí ni me va ni me viene, ya deberías conocerme.

—Ya, claro. ¿Crees que no sé lo que pretendes? Sacar tajada y así continuar follándote a ese tipo —dispara a matar el jodido.

Ay, ay, ay, espera un momento.

—¡¿Lo sabías?!

—Desde el principio —admite y se pasa la mano por el pelo, sin duda hastiado de esta situación—. Y no me importaba, porque bueno… has sido discreta y supongo que tienes tus necesidades.

—Qué comprensivo —me guaseo, porque la cosa tiene bemoles.

—Sólo tenías que callar, mirar para otro lado, disfrutar de una envidiable posición económica y…

—Quedarme preñada —remato por él—. Ya, ese punto lo tengo claro.

—Ahora todos saben que yo… —susurra y lo veo de verdad afectado.

Puede ser un hombre de negocios impasible, pero debe de llevar toda la vida ocultándose y eso es sin duda una gran losa.

Me acerco a él y, a pesar de que el contacto entre nosotros ha sido más bien frío y desapasionado, termino abrazándolo. Julián se muestra reacio a corresponderme, aunque al final acepta el gesto.

En teoría estamos en medio de una discusión, pero creo que él se siente peor que yo.

—Julián, ahora todo el mundo sale del armario, ¿quién te va a señalar por eso?

—Tú no sabes en qué mundo me muevo —dice abatido.

—Si hasta los de derechas se casan, por favor. Deja de hacer el tonto y asúmelo. Quien debería estar molesta soy yo; eres un pésimo amante —añado con aire frívolo.

Julián se aparta y me mira. Sonríe débilmente e inspira hondo.

—¿No has sido tú?

—Pues claro que no —respondo y entonces se enciende una luz en mi cabeza—. ¡Ernesto!

—¿Cómo?

—¿Cuánto lleva contigo? Siempre a la sombra, en segundo plano, ha visto cómo te casabas no con una, sino con dos mujeres…

Julián achica la mirada y la fija en mí. Está sin duda analizando mi acusación. Tiene lógica, aunque supongo que no se va a arriesgar. También creo que al estar los sentimientos de por medio no puede ser todo lo objetivo que quisiera. Y, pese a ello, ha de admitir que mi argumento tiene sentido.

—Joder… Todo encaja. Se va a enterar.

—A mí me cae como el culo —confieso—, pero quizá te quiere.

—Si de verdad me quisiera no me habría delatado.

—Julián, no dramatices. Seguro que en todos estos años como empresario de éxito tienes trapos sucios mucho más jugosos que tu homosexualidad, algo que, por cierto, deberías asumir y disfrutar.

Tuerce el gesto, qué mal lo lleva, porque con la mención de los trapos sucios empresariales ni se ha inmutado.

Y, para mi sorpresa, es él quien, así, de repente, me abraza con fuerza.

—Nunca pensé que fueras tan comprensiva.

Me encojo de hombros.

—No me queda más remedio —digo y suspiro—. Pero ahora tenemos que solucionar todo esto. Y, por favor, encárgate tú, deja a tu madre al margen.

—Te eligió ella, ¿sabes? Me dijo que eras la candidata perfecta y como necesitabas dinero…

—Te compró una mujer a medida. Tu primera esposa lo sabe, ¿verdad? —Julián asiente—. Y como le pagas una buena pensión, no dice ni pío.

—Sí, así es —admite y nos separamos.

El abrazo me ha parecido raro, aunque reconfortante.

—Renuncio a todo, Julián. A todo. Díselo a tus abogados y firmaré los papeles. En cuanto a mis cosas, las recogeré del ático cuanto antes.

—¿Te vas a vivir con él?

—No lo sé, no lo hemos hablado. Quizá vuelva con mi tía —confieso con pesar, pues no me gustaría nada esa posibilidad.

—Tendremos que esperar al menos dos meses —me informa.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—¿Y si estás embarazada?

Pongo cara de ni de coña.

—Julián, hace una semana te aseguro que no lo estaba, así que… ¡ay, Dios mío!

—¿Qué pasa? —inquiere preocupado, ante el grito que he pegado—. ¿Estás bien?

—No, mierda. No lo sé. Joder, qué fallo…

—No me asustes —me pide tenso y me coge de la mano—. Mapi, ¿qué ocurre?

¿Cómo se le dice al que todavía es tu marido que a lo mejor te has quedado preñada de otro hombre, porque has echado un polvo en la litera de un camión? ¿Que el embarazo, si lo hay, es producto de una infidelidad? ¿Que todo el mundo va a echar cuentas?

—He sido una irresponsable —musito y me quedo corta.

¿Cómo se lo tomará Fran?

Para él este tema es sagrado, me lo dejó bien claro.

—Escucha, no sé qué has estado haciendo, pero me lo imagino. Y si te estás preguntando de qué vas a vivir ahora, tranquila, yo me ocuparé de todo.

Lo miro enfurruñada.
—No quiero nada tuyo, Julián. Te lo agradezco, no obstante, por una vez he de asumir mi responsabilidad, así que me buscaré un trabajo, de lo que sea.
Ni yo misma, ni nadie, ¿verdad?, habría creído que alguna vez llegara a pronunciar semejantes palabras.
—Insisto. Quédate con el apartamento, yo me ocuparé de los gastos. Y con el coche. Es un regalo.
—¿Tu madre lo aceptará? —pregunto con mala idea. ¿A que se ha notado?
—Por desgracia, intentará hacerme cambiar de opinión, pero no lo haré, porque quizá tengas razón y todo esto haya servido para liberarme. Pese a que no perdono a Ernesto, primero por hablar y segundo por echarte la culpa.
—Habla con él, quizá tenga alguna razón de peso.
Niega con la cabeza.
—No, no la tiene, porque ha querido presionarme sin medir las consecuencias y eso no se lo permito a nadie —asevera y de nuevo sale a relucir su faceta más ejecutiva.
—Como tú lo veas.
—No será fácil pasar página.
—Oye, que estás de buen ver. Te has asegurado de que no te vea desnudo, pero por lo poco que he podido apreciar, aún estás en forma.
Se ríe ante el cumplido.
—¿De veras?
—Pues sí, mírate. Elegante —me quedo corta, pues hoy lleva un traje negro y una camisa azul que le quedan como un guante—, educado, guapo, con dinero. ¡Los hombres van a hacer cola a tu puerta!
Es un tanto rocambolesco que una deba echarle piropos a un marido que te ha salido gay, sin embargo, intuyo que Julián necesita creérselo.
—¿Te estás quedando conmigo?
—Yo sólo te cambiaría el peinado. Es un tanto soso. Si me dejaras aconsejarte…
—¿Puedo abrazarte de nuevo?
Me lanzo a sus brazos. Y, mira, cada vez se nos da mejor.

Quizá, y es un quizá enorme, hasta podamos ser amigos.

—Espero que te vaya bien con ese hombre. Le he investigado y es buena persona —susurra sin rastro de culpabilidad.

—¿Qué has hecho qué? —pregunto algo molesta, lo admito.

Julián se aparta y se acerca a su escritorio para buscar una carpeta entre los papeles.

—No me quedaba más remedio. Imagina que alguien decide joderme a través de ti. Tenía que asegurarme.

La parte racional de mi cerebro puede llegar a entenderlo, en cambio, el lado emocional hace que defienda a Fran como una gata, sacando las uñas.

—Eso estuvo mal, Julián. Fran es un tipo increíble, decente y de fiar.

—Lo sé.

—No tenías ningún derecho a inmiscuirte en su vida —lo regaño y, desde luego, es un dato que no podré mencionarle al susodicho, le sentaría como una patada en los huevos.

—No me arrepiento, Mapi. Y, si te sirve de algo, os deseo lo mejor, de verdad.

Tengo dos opciones, montar un buen escándalo o perdonarle.

¿Qué elijo?

Pues la segunda. Ya no tiene sentido encabronarse ni tampoco pedirle cuentas. Y si hay por ahí alguien que piense que lo hago como agradecimiento a su generosidad, no es por eso, os lo aseguro. Malpensados.

—¿Me invitarás a la boda? —pregunta con una sonrisa un tanto maliciosa.

—¿Me invitarás tú a la tuya?

Capítulo 23

Gema y yo acabamos de llegar a casa de Sun. Sábado por la tarde, reunión de chicas, o aquelarre, como dice Fran. Más tarde vendrán ellos. Los hemos mandado al supermercado por provisiones, porque luego tenemos idea de cenar los seis. Ya habréis adivinado que es una excusa bastante pueril para quedarnos solas.

Llevamos dos meses sin poder reunirnos así, con tiempo para nuestras cosas, porque nos ha pasado de todo, en especial a mí.

Y sí, cotillas, vivo con Fran, pero eso no es lo más relevante.

—Aquí está el mío —anuncia Gema seria, sacando algo de su bolso.

—Y el mío —añade Sun, tan nerviosa como el resto.

Yo también llevo escondido lo mismo en el bolso.

—¿Quién va primero al baño? —pregunta Gema y la señalamos para que entre.

—No tardes —le dice Sun.

—Sólo hay que mear en el palito —replica Gema y se mete en el aseo.

—No seas guarra —la reprende Sun.

Ella y yo nos quedamos a la puerta a la espera. La siguiente es mi amiga. Yo he pedido ser la última. Luego entenderéis por qué.

Una vez que acabamos con el desagradable paso de «mear en el palito», como bien ha dicho Gema, nos sentamos frente a la mesa del salón y dejamos juntos los tres tests de embarazo, a la espera de que anuncien el resultado.

—Ya podrías haber comprado uno más moderno —dice Sun mirando el de Gema.

—Era el más barato —se defiende ella—. La pantallita digital es una pijada. Yo prefiero las dos rayitas rosa de toda la vida.

Esperamos los cinco minutos de rigor, mirándonos unas a otras. Gema es la más impaciente, Sun intenta disimular sus nervios y yo

respiro hondo.

—¿Y si en un descuido se mezclan y luego no sabemos de quién es cada uno? —bromea Gema.

—Pues a por otro test y a «mear en el palito». Así que, haced el favor, las manos quietas —dice Sun.

Ésta nos ha contado que toda la decisión es suya, pues Daniel le ha dicho que la apoyará decida lo que decida, pues entiende que es su cuerpo y su vida, pero que no puede decidir por ella.

En el caso de Gema son los dos, ella y Alberto, quienes están locos por formar una familia.

En mi caso es diferente.

Fran y yo vivimos juntos, surgió de manera natural y él me recibió con los brazos abiertos cuanto volví de ver a Julián. Pero no hemos hablado de nada, nos hemos limitado a convivir, a adaptarnos el uno al otro.

—¡Positivo! —chilla Gema y comienza a dar saltitos y chillidos de pura felicidad.

—Positivo —anuncia Sun y también se pone a saltar en el sofá.

Ambas me miran a la espera de que acabe con el suspense y les muestro la pantallita.

—¡Las tres al mismo tiempo! —gritamos a coro.

Comenzamos a dar grititos, a hacer bailes ridículos, a mirarnos la tripa, a llorar, a reír, a cantar (más bien berrear), en definitiva, a montar un escándalo alucinante. Y, por si no estuviéramos lo suficientemente locas y embarazadas, Sun y yo nos ponemos a hacer posturitas al más puro estilo *Vogue* de Madonna.

—¿Te acuerdas? —grita Sun emocionada.

—¡Sí! —grito yo también.

Fue nuestra primera coreografía juntas. Éramos unas niñas que jugaban a ser mayores e imitábamos lo que veíamos.

—¿Qué carajo estáis haciendo? —inquiere Gema, perdida por completo.

—¡Bailando! —chillamos en respuesta y como nuestra amiga pone cara de no saber por dónde le da el aire, buscamos el vídeo en youtube y se lo mostramos.

—¡De pequeñas ya erais pijas! —exclama Gema, riéndose e imitando los gestos con poca gracia.

—Esto hay que hacerlo bien —dice Sun y le da una clase rápida

a Gema para que pille los movimientos.

A ver, ya sé que estamos mal de la cabeza, acabamos de saber que estamos preñadas y acabamos bailando *Vogue*. No miréis, a nosotras nos gusta.

Y así es cómo nos encuentra Daniel, que entra en su casa con Alberto a la zaga, cargados de bolsas. Al vernos así, tan alocadas, se miran entre ellos y se quedan tras la barra de la cocina por precaución.

—Miedo me da preguntar —comenta Daniel sardónico.

Pero Alberto se fija en lo que tenemos sobre la mesa y va raudo hacia Gema. Cuando ella le sonríe emocionada y llorosa, él la coge en brazos y comienzan a besuquearse, abrazarse, decirse ñoñerías… vamos, lo típico.

—Joder, cuánto cuesta aparcar en este barrio —interrumpe Fran, el último en llegar, con más bolsas—. ¿Qué pasa? —le pregunta a Daniel, que sigue sin enterarse de nada y se encoge de hombros.

Entonces Alberto, tras felicitar efusivamente a su mujer, nos mira a nosotras, coge los test y se acerca para besuquearnos, abrazarnos, felicitarnos y desearnos lo mejor.

—Las tres embarazadas al mismo tiempo, ¡qué pasada! —exclama y por fin los otros dos pánfilos se enteran de qué va la historia.

Sun va hacia su marido y le enseña el test. Daniel arquea una ceja y dice con sorna:

—¿Los echamos de casa y lo celebramos en privado?

—¡Fuera de mi casa, ya! —grita Sun tomándonos el pelo y nos echamos a reír.

—Ni hablar, yo no me quedo sin las croquetas de tu madre —le dice Alberto a Fran, señalando la bolsa que ha dejado sobre la encimera.

—Joder, es verdad —lo secunda Daniel, que ya ha logrado separarse de Sun, mientras saca los tápers de la bolsa.

—Primo, ¿no te alegras? —pregunta Gema, sorprendida por la pasividad de Fran.

Entonces él se acerca a mí, y sí, me da ese beso de película que me pone cardíaca, a pesar de que el resto de los presentes comiencen a silbar, tirarnos servilletas de papel hechas una bola y a

soltar algún que otro comentario subido de tono.

—A lo mejor deberíamos marcharnos —susurro, mirándolo sin pestañear.

—Pero las croquetas se quedan —nos recuerda Alberto.

A pesar de que me gustaría irme ya a casa y, bueno, ya me entendéis, opto por seguir los planes y, mientras ellos preparan la cena, nosotras parloteamos sin parar acerca de los cientos de cambios que va a haber a partir de ahora. Empezando por el trabajo.

Sí, eso he dicho. Ahora tengo una ocupación. Sólo llevo un mes y, la verdad, nunca pensé que hubiera un trabajo hecho a mi medida.

Veréis. Un día me llamó Julián para quedar a comer, ya que debíamos dejar cerrado el asunto de nuestro divorcio. Acepté y se lo comenté a Fran, al que le pareció normal. Una vez en el restaurante, Julián me dijo, un poco avergonzado, si podía ayudarlo a hacer ciertos cambios en su aspecto. Imaginad mi sorpresa. Acepté, faltaría más, y lo acompañé de compras, porque los trajes le sientan bien, pero necesita algo diferente para salir, así que pasé con él todo un día y además también fuimos a mi salón de belleza de cabecera.

Tendríais que verlo ahora, si antes ya era atractivo, os advierto que a más de una se os caerían las bragas, aunque ya podéis subíroslas, porque no os va ni a mirar. Y entonces me di cuenta de mi verdadera vocación: asesora de imagen.

Y, claro, mi ex, en agradecimiento, me presentó a una conocida que tiene una agencia de comunicación en la que buscaban gente como yo, con conocimientos de belleza, moda, estilo…, en resumen, mi mayor pasión convertida en salida profesional.

Os confesaré una cosa: la de famosos y famosas que tienen un gusto horrible a la hora de arreglarse. No me pidáis nombres.

Fran sigue volcado en su empresa cárnica. Sus productos se venden bien y se está afianzando en el mercado. Los pedidos han crecido y, si bien tiene que viajar bastante, sé que las separaciones son cortas y puedo soportarlas.

Sólo me queda una espinita clavada, mis padres. No me hablan ni tienen intención de hacerlo, ya que se han visto obligados a vivir con mi tía Deme, que, por cierto, se lo pasa en grande aguijoneando

siempre que puede a los okupas, como dice ella. Mi madre insistió en que les cediera el uso del ático que Julián me regaló; sin embargo, me he negado en redondo, primero a aceptarlo y después a consentir que lo usen.

También le he advertido a mi exmarido que ni se le ocurra darle un puesto de asesor a mi padre, aunque mucho me temo que acabará claudicando, porque, aunque me jorobe reconocerlo, mi padre aún tiene algún que otro contacto y eso en el mundo de los negocios por lo visto vale mucho. Que Julián se atenga a las consecuencias.

Respecto a nuestra relación, va cuajando. No somos amigos íntimos, pero sí que hablamos con cierta libertad y eso ayuda. Ahora lo estoy conociendo mejor y él a mí. Espero que poco a poco se afiance nuestra amistad. Incluso he pensado en presentarle a algunos de los tipos con los que ahora coincido por motivos profesionales; no obstante, me parece prematuro.

Tal como me dijo Julián, despidió a su secretario y amante. No le dio ni la oportunidad de explicarse, algo que me pareció excesivo.

Otra que me tiene enfilada es Rosalía. Ésa ni olvida ni perdona. Algo que por supuesto me trae sin cuidado. No así a mi madre, que ha tenido que soportar un par de desplantes de mi exsuegra. Rosalía es muy vengativa y, pese a que su hijo le ha pedido que se comporte, ella erre que erre.

Me da la sensación de que quien peor lleva la situación respecto a los gustos de Julián es su madre y también creo que ha tenido mucho que ver en el comportamiento a todas luces absurdo de él al ocultarlo.

—¡La cena está lista! —anuncia Alberto, tras poner la mesa y servir los platos.

—Adoro a tu madre —dice Daniel, probando la comida.

Nosotras no hemos movido ni un dedo y nos limitamos a sentarnos y a dejar que nos sirvan.

—Hay que hacer un brindis —propone Sun, pero antes de que pueda dar un sorbo, Daniel le quita la copa de vino y se la cambia por otra. Ella bebe y pone mala cara—. ¿Gaseosa?

—Es lo que toca —contesta él.

A todas nos sirven lo mismo, así que brindamos con gaseosa. No

nos importa, pues de lo que se trata es de pasarlo bien. Y lo hacemos a conciencia, todos juntos.

Por asuntos de trabajo y otras cosas no nos podemos reunir todas las veces que quisiéramos, por eso, cuando por fin nos juntamos todos, exprimimos la ocasión al máximo.

Miro a mis amigas y, lo admito, me sigo sorprendiendo de que, tras todos los vaivenes, hayamos llegado a este punto. Creo que ninguna hubiésemos adivinado ni de lejos cómo serían las cosas. Ni Sun ni yo apostábamos un céntimo por Alberto, y míralo, ahí, tan integrado en el grupo. Loquito por Gema e ilusionado como ninguno ante su próxima paternidad. Quizá porque es el más joven.

Daniel se lo ha tomado con más serenidad, aunque la cara de tontorrón no se la quita nadie, por mucho que intente disimular. Y por último Fran, sentado frente a mí. Poco o nada puedo deducir de su expresión. Charla animadamente con los demás, incluso les ha contado la vergonzosa anécdota del aseo del pueblo. Sí, ese de las pisadas lunares, haciendo que todos se partan el culo a mi costa.

Luego es el turno de Sun, pues Daniel nos cuenta su última trastada: le ha encuadernado el temario de sus clases con tapas de lo más llamativas. Con los típicos lemas cursis o, lo que es peor, con fotos de cantantes actuales, de esos que él no soporta. ¿El motivo? Que la coaccionó para que se ocupara durante una semana de la limpieza de la casa y ella, en vez de jugar limpio, habló con la asistenta a escondidas para que continuara haciendo su trabajo y, claro, Daniel la pilló. Y como Sun tiene mal perder…

La cena ha resultado increíble, risas y más risas, tantas que me duele la tripa de tanto reírme.

Son más de las dos de la madrugada y creo que ya va siendo hora de volver a casa, así que nos despedimos con la firme promesa de repetir reuniones como ésta al menos una vez al mes.

Sobre todo, si Fran llega cargado con tápers de comida preparados por su madre y es que mi suegra… Vale, no nos hemos casado, pero es que es un amor, cómo me cuida y cómo me quiere, y yo la llamo suegra con todo el cariño del mundo.

De regreso a casa conduzco yo, Fran se ha tomado sus cervecitas y no puede. Está inusualmente callado. Algo extraño, pues le encanta corregirme cuando me pongo al volante, sólo por el dudoso placer de pincharme.

Una vez en el apartamento, me pongo ropa cómoda, pero elegante, nada de una camiseta usada, y voy al baño para cepillarme los dientes y desmaquillarme; justo cuando acabo, entra Fran, se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con el brazo.

—¿Cuándo pensabas decírmelo? —pregunta en un susurro.

Vale, me ha pillado, la cuestión es, ¿cómo?

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Vivimos juntos desde hace dos meses y una de las primeras cosas que hiciste fue darme la chapa con tus cambios de humor debido al síndrome premenstrual. Y puesto que no he sufrido ninguno de esos arrebatos…

Tuerzo el gesto. Fran me observa en el espejo, aún pegado a mi espalda. Por su tono no podría decirse que esté enfadado, sin embargo, tampoco se lo ve muy entusiasmado. Quizás su beso peliculero delante de todos no haya sido más que un paripé.

—No sabía cómo decírtelo —admito en voz baja—. Tú siempre te has mostrado muy claro en este asunto y…

Se me quiebra la voz, porque o bien las hormonas están empezando a hacer de las suyas o me he puesto tontorrona sin querer.

—Pija… —susurra, abrazándome más fuerte—. No estoy enfadado ni tampoco quiero que te sientas responsable, porque yo asumo mi parte. Sólo era simple curiosidad.

Me limpia esa lagrimilla traicionera que se me escapa.

—No estaba segura de si tú querías ser padre. Además, es muy pronto, apenas llevamos juntos tiempo suficiente como para saber si esto va en serio.

Fran comienza a besarme en el hombro. No sé muy bien si el hecho de que se ponga cariñoso significa que está encantado con la idea de tener un hijo o, sencillamente, prefiere no pensar mucho en ello. Cierto que yo, cada vez que me roza, me pongo como una moto y se aprovecha de ello. No obstante, creo que es imprescindible aclarar este asunto. Por eso me aparto y doy media vuelta para quedar cara a cara.

—Aún no me has dicho qué piensas en realidad. —Sonríe de medio lado y me acaricia la mejilla—.Tal vez creas que lo he hecho aposta para engatusarte.

—Me engatusaste hace tiempo, pija —confiesa con ese aire

arrogante que rara vez abandona—. Y no, no me siento engañado, sólo sorprendido, porque no esperaba una noticia así.

Analizo sus palabras. Su tono ha sido cariñoso y me está mirando con deseo.

—Entonces, ¿no estás cabreado?

En vez de responder, se inclina hasta poder besarme detrás de la oreja, al tiempo que me atrae hacia su cuerpo. Aún lleva los vaqueros y una de esas camisetas amorfas que me gustaría tirar a la basura, pero que inexplicablemente me excitan, sobre todo, cuando puedo quitársela y arañarle los abdominales.

—Estoy asustado —confiesa en voz baja—. Pija, la mayor parte del tiempo eres impredecible, y ahora, embarazada… me acojonas.

—Hummm…

—Así que, por favor, sé buena conmigo, porque no tengo ni puta idea de embarazos —admite y me hace reír.

—Bueno, al menos sabes cómo empezó esto —digo y le cojo una mano para colocarla sobre mi vientre.

—Recuérdamelo —musita.

—¿Tenemos un camión con litera cerca?

Fran se aparta, da un paso atrás y de nuevo nos miramos a través del espejo, él sin duda perplejo ante semejante información.

—¿Bromeas?

Niego con la cabeza

Me doy la vuelta en sus brazos. Entonces se lanza a besarme cómo sólo él sabe hacerlo y, además, entre beso y beso lo voy desnudando, hasta que puedo contemplarlo a placer, ya que su retaguardia se refleja en la mampara del baño. Mi conjunto lencero para dormir también es historia.

Noto el frío de la encimera en el trasero, pero sus manos se encargan de calentármelo, igual que otras partes de mi cuerpo. Jadeo cuando comienza a hurgar entre mis piernas y, por supuesto, no me quedo quieta y le agarro la polla para darle un buen masaje.

A veces no son necesarios estos magreos, pues estoy muy excitada, lo mismo que él; pese a ello, nos gusta disfrutar y, cuando disponemos de tiempo, lo hacemos.

—Pija… —gime—. Ya sé que no hemos hecho las cosas de manera muy tradicional, pero aun así tengo que preguntártelo, ¿nos casamos?

—¿Tengo tu polla en la mano y me preguntas eso? —bromeo y él se encoge de hombros.

—Es el mejor momento —se justifica.

Cruzo los brazos, sin embargo, él no me lo permite y hace que recupere la posición anterior.

—Te recuerdo que aún estoy casada y que, si lo piensas bien…, a lo mejor no es necesario.

—¿Dónde está mi pija y qué has hecho con ella? —replica con aire guasón y luego añade ya más serio—: Es una proposición en firme, no producto de un calentón.

Me mira fijamente, yo sigo acariciándolo.

—Que conste en acta, es la proposición más rara y menos romántica que he recibido en mi vida; y te aseguro que tengo algo de experiencia.

Tuerce el gesto.

—Si quieres me arrodillo y todo eso —dice no muy convencido de cómo funciona esto de las peticiones de mano.

—De momento no hace falta.

—¿Entonces? —pregunta, conteniendo los gemidos, pues estoy siendo muy mala y no dejo de masturbarlo.

—Ya hablaremos mañana. Ahora, si te arrodillas, que sea para otra cosa.

—Faltaría más…

Referencias de las canciones

It´s Raining Men, ℗ © 1993 Fantasy, Inc., interpretada por The Weather Girls. *(N. de la e.)*

Dancing Queen, ℗ This Compilation 2001 Polar Music International AB © 2001 Polar Music International AB, interpretada por ABBA. *(N. de la e.)*

November Rain, ℗ This Compilation 1991 Geffen Records Inc. © 1991 Geffen Records Inc., interpretada por Guns N' Roses. *(N. de la e.)*

Just a Friend of Mine, ℗ 1988 SBME (BELGIUM) NV/SA, interpretada por Vaya con Dios. *(N. de la e.)*

Material Girl, ℗ 1984 Warner Records Inc. © 1984, 2001 Warner Records Inc., interpretada por Madonna. *(N. de la e.)*

Vogue, ℗ © 1990 Sire Records Company, interpretada por Madonna. *(N. de la e.)*



NOE CASADO. Nací en Burgos, lugar donde resido. Soy lectora empedernida y escritora en constante proceso creativo, con más de veinte novelas publicadas de diferentes estilos y con intención de no parar.

Comencé en el mundo de la publicación con mucha timidez, y desde mi primera novela publicada en 2011 hasta hoy, paso a paso, he recorrido un largo camino.

Si quieres saber más sobre mi obra, lo tienes muy fácil. Puedes visitar mi blog, **noe-casado.blogspot.com.es**, en el que encontrarás toda la información de los títulos que componen cada serie y también algún que otro avance sobre mis próximos proyectos.